Los olmecas en Mesoamérica

Los olmecas en Mesoamérica

John E. Clark
Coordinador

Fotografías de
Rafael Doniz

EL EQUILIBRISTA | TURNER LIBROS
MÉXICO | MADRID

© CITIBANK/MÉXICO
Av. Paseo de la Reforma núm. 390
06695 México, D. F.
ISBN 968-7318-22-8
Quedan hechos los depósitos conforme a la ley

Traducción: Angelines Torre y Katy Sánchez Condoy
Asistente de fotografía: Rafael Ávila Guzmán

Edición, diseño y producción:
Ediciones del Equilibrista, S. A. de C. V., y Turner Libros, S. A.
Déposito legal: M-37153-1994

Contenido

Agradecimientos 12

1. Los olmecas, pueblo del primer sol 15
John E. Clark

2. Breve crónica de la arqueología olmeca 21
Tomás Pérez Suárez

3. Antecedentes de la cultura olmeca 31
John E. Clark

4. San Lorenzo Tenochtitlan 43
Ann Cyphers Guillén

5. Los espacios sagrados olmecas: El Manatí, un caso especial 69
Ponciano Ortiz y Mª. del Carmen Rodríguez

6. La antigua ciudad olmeca en La Venta, Tabasco 93
Rebeca B. González Lauck

7. Comunidades de Chiapas relacionadas con los olmecas 113
Gareth W. Lowe

8. Los Altos de Oaxaca y los olmecas 119
Marcus Winter

9. Los olmecas en el estado de Guerrero 143
Guadalupe Martínez Donjuán

10. Chalcatzingo 165
David C. Grove

11. Presencia olmeca en el altiplano 175
Mari Carmen Serra Puche

12. El sistema económico de los primeros olmecas 189
John E. Clark

13. Arte monumental olmeca 203
Beatriz de la Fuente

14. Observaciones sobre su pensamiento cosmogónico y la organización sociopolítica 223
Jorge Angulo V.

15. Cosmología, soberanismo y espacio ritual en la Mesoamérica del Formativo 239
F. Kent Reilly III.

16. Los olmecas y el primer milenio de Mesoamérica 261
John E. Clark y Tomás Pérez Suárez

Bibliografía 277

1. Los olmecas, pueblo del primer sol

John E. Clark

Según una leyenda azteca, la tierra, y su soberano el sol, fueron creados cinco veces y destruidos cuatro. La creación del primer "sol" sucedió hace unos 3 000 años, época en que los dioses crearon la tierra del lomo de un cocodrilo gigante, colocaron esa nueva tierra en el mar primordial y crearon gigantes para habitarla. El dios Tezcatlipoca reinó durante esta primera creación hasta su fin, cuando los gigantes fueron devorados por jaguares (fig. 1.1). Las siguientes creaciones fueron destruidas por el viento, por una lluvia de fuego y por una inundación. Existen otras leyendas indígenas que describen de otra manera la secuencia de estas creaciones y destrucciones. Los mixtecos asumen que los primeros hombres fueron hechos de tierra y que al final de la primera creación se convirtieron en piedra.

¿Existe alguna base histórica para estas antiguas leyendas? Si así fuera, ¿quiénes eran esos pueblos de la primera creación? Desde el punto de vista arqueológico, sabemos que el primer grupo que alcanzó un verdadero nivel de civilización en Mesoamérica fue el olmeca que habitaba la tórrida planicie costera de Veracruz y Tabasco, hace unos 3 200 años. Es muy posible que estas referencias legendarias sobre gigantes y hombres de piedra se refieran a los olmecas, quienes dejaron un legado perdurable de monolitos tallados, entre los que se encuentran gigantescas cabezas de piedra (fig. 1.2), que probablemente fueron vistas y contempladas por pueblos posteriores como los toltecas y los aztecas. Las antiguas leyendas quizá se refieren a este primer florecimiento cultural en Mesoamérica o civilización olmeca. Dudo mucho que se pueda extraer algún detalle histórico de esas leyendas, pero al menos nos ofrecen una metáfora apropiada que nos dará qué pensar respecto a la naturaleza cíclica de la civilización mesoamericana y sus inicios hace más de 3 000 años. En los diferentes trabajos que se presentan en este libro describiremos al pueblo de la primera creación o "gente del primer sol".

Los olmecas en el tiempo y el espacio

Considerar a los olmecas como el pueblo de la primera creación los coloca cronológicamente en los inicios de la prehistoria mesoamericana. Los

Página de enfrente: Cabeza colosal 5 de San Lorenzo. Tenochtitlan, Veracruz.

Figura 1.1. Detalle del monumento 4 de Chalcatzingo, Morelos, con un tema mítico que corresponde a la leyenda de los soles. (Dibujo de J. E. Clark basado en un Takuhón de Chappie Angulo; véase la fig. 14.17.)

olmecas aparecieron en escena por vez primera hacia 1200 a.C. Para nuestro propósito, consideraremos que los olmecas perduraron durante 1 000 años. Como indicamos, la civilización olmeca nació en lo que hoy en día son Tabasco y Veracruz. La mayor parte de la escultura de piedra monumental de la civilización olmeca se ha encontrado en esta región tropical baja; sin embargo, los objetos olmecas aparecen en todas partes de Mesoamérica, lo cual indica que hubo una penetrante influencia en toda esta zona.

La dificultad para poder especificar qué se quiere decir con "olmecas", ha causado gran confusión entre los estudiosos de esta cultura. Se han sugerido varios términos para distinguir las diferentes manifestaciones de la influencia olmeca en el tiempo y en el espacio. En la figura 1.3 se muestran los sitios que se describirán en los capítulos de esta obra. Como se indica, hacemos una diferenciación entre una zona nuclear olmeca y las regiones que la rodean, a las cuales nos referiremos como zonas aledañas. La zona nuclear de la costa tropical del Golfo es la región donde se origina la influencia olmeca, y se puede considerar como la patria de los olmecas o su tierra natal. Cierto es que estos términos para las diferentes regiones nos remontan a teorías sobre la influencia olmeca en Mesoamérica que hoy en día son muy discutibles, pero utilizaremos aquí los términos por considerarlos convenientes para describir los acontecimientos en Mesoamérica durante el Formativo temprano (de 1700 a 900 a.C.) y el Formativo medio (de 900 a 300 a.C.).

En este libro, algunos de los autores utilizan una serie de esquemas temporales que merecen un breve comentario. Nos interesan aquí por lo menos tres de ellos. Para Mesoamérica en general usaremos los términos Formativo temprano y Formativo medio. Cada región de Mesoamérica tiene también un esquema cronológico particular de fases temporales, algunas de las cuales se describirán en las contribuciones individuales que siguen. El

Figura 1.2. Réplica de una cabeza colosal de Tres Zapotes, Veracruz. Culturas posteriores a los olmecas, al encontrar tales monumentos en la selva, quizás los explicaron con vestigios de una raza de gigantes que dominaba durante el primer sol. (Foto de la New World Archaeological Foundation; en adelante NWAF.)

milenio de la prehistoria olmeca se limita a los periodos Formativo temprano y Formativo medio.

Algunos de los autores de este libro siguen otro esquema descriptivo para diferenciar a los olmecas de los periodos Formativo temprano, medio y tardío. Los primeros desarrollos olmecas (1200-900 a.C.), tales como San Lorenzo, se dieron en el Formativo temprano, pero los desarrollos medios (900-500 a.C.) y tardíos (500-300 a.C.) ocurrieron durante el Formativo medio, lo cual crea confusión en las diferentes categorías. En la mayoría de los casos, especificamos los periodos de tiempo considerados en cada parte del texto para evitar confusiones sobre las relaciones cronológicas.

Propósito y plan del libro

Nuestro propósito en este libro es presentar datos recientes de las investigaciones que se están llevando a cabo en los principales sitios olmecas, así como nuevas síntesis del trabajo anterior. Están expuestas en él las diferentes perspectivas teóricas y metodológicas de investigación y de

ninguna manera intentan presentar un panorama unificado de los olmecas en el tiempo y en el espacio. Los estudios sobre los olmecas están en pañales, por lo que todavía es muy pronto para tomar decisiones respecto a las preguntas cruciales que nos planteamos. Hemos tratado de lograr una cobertura espacial y temporal lo más amplia posible y de proporcionar la información más reciente. Pasará todavía un tiempo antes de que se puedan completar los informes finales de casi todos los trabajos aquí presentados; por consiguiente, ofrecemos breves resúmenes de los datos y de los monumentos olmecas para que el lector los disfrute.

Los capítulos de esta obra están divididos en dos secciones principales. Después del material introductorio, la primera sección se refiere a estudios regionales. Éstos están organizados geográficamente empezando por la zona nuclear olmeca y extendiéndose hacia el occidente y el norte hasta la cuenca de México. La segunda sección versa sobre varios temas especiales como la economía, la política y la cosmogonía. Evidentemente, muchos estudiosos notables están ausentes en esta sección, pero sus puntos de vista se pueden consultar en libros recientemente publicados. Nuestro propósito es presentar aquí nuevos puntos de vista que se puedan comparar con los de los autores que no aparecen en esta obra.

Preguntas fundamentales sobre los olmecas

Como ya dijimos, es común que no exista un consenso sobre los temas principales referentes a los estudios que se han hecho sobre los olmecas. En los capítulos de este libro se plantean cuatro preguntas a las que se dan respuestas parciales con base en la información actual disponible. Estas preguntas son: *a)* ¿quiénes eran los olmecas?; *b)* ¿de dónde venían?; *c)* ¿cómo era la sociedad olmeca?, y *d)* ¿qué influencia ejercieron los olmecas en el resto de Mesoamérica? Esperamos que los datos que ofrecemos llevarán a posteriores investigaciones que nos permitan resolver estas preguntas. La mayoría de los autores que participan en este libro usan el término "olmeca" para referirse a un estilo de arte, con su correspondiente ideología, o para hablar de un grupo de gente que vivía en la zona nuclear. El uso de esta palabra es confuso porque todavía no sabemos la razón de la vasta dispersión de los artefactos olmecas en toda Mesoamérica. Si fueron transportados por mercaderes o colonizadores olmecas, podemos considerar como sinónimos la distribución del estilo de arte y el grupo étnico o lingüístico olmeca. Sin embargo, si el estilo de arte se difundió en Mesoamérica sin el correspondiente movimiento de olmecas, el uso más apropiado de la palabra sería para referirnos al estilo de arte y a los conceptos que esto implica.

Figura 1.3. Mapa de Mesoamérica temprana con la ubicación de los sitios descritos en los capítulos siguientes. El color más oscuro corresponde a la zona nuclear olmeca. (Dibujo de Áyax Moreno, cortesía de NWAF.)

2. Breve crónica de la arqueología olmeca

Tomás Pérez Suárez

Uno de los aspectos más controvertidos de los olmecas, además de su posición cronológica con respecto a las otras culturas mesoamericanas, ha sido el esclarecimiento de la filiación étnica, lingüística y racial de esta cultura que, en el sur de Veracruz y este de Tabasco, experimentó una nueva forma de organización económica, social, política y religiosa. Ésta fue totalmente distinta a la vida aldeana y tribal que le antecedió y a la que existía en la mayor parte de ese espacio geográfico que, con el transcurso del tiempo, llegaría a constituir la macroárea cultural denominada Mesoamérica.

El carácter primigenio de esta civilización, así como su gran antigüedad, motivaron desarrollos culturales posteriores que, poco a poco, la fueron sepultando, condenándola al olvido y confusión en la memoria de los pueblos mesoamericanos, presentes al momento del contacto con los conquistadores españoles del siglo XVI. Sin embargo, en todos esos pueblos hacían gala de presencia un sinfín de actitudes y rasgos culturales iniciados por esos olmecas, que ahora llamamos arqueológicos para diferenciarlos de los olmecas históricos. Trescientos cincuenta años después de aquel desigual encuentro entre España y Mesoamérica, lograda la independencia e instaurada la República, esa confusión habrá de prolongarse hasta 1869, cuando José Melgar publicó la crónica del descubrimiento de una gran cabeza, la cabeza colosal de Hueyapan o monumento A de Tres Zapotes (fig. 2.1).

Melgar (1869; 1871) consideraba que el monumento en cuestión era una buena prueba para aseverar que, antes de la llegada de los europeos, la raza negra o etíope estaba presente en América. Idea que también sustentará Alfredo Chavero (1887) en la ya clásica obra *México a través de los siglos*, y que aún sigue presente en la mente de un sector, afortunadamente cada vez más reducido, de "olmequistas". Con esta gran confusión étnica entre estilo artístico y raza, surgen los primeros textos conocidos para la historia de la arqueología olmeca. Pero al mismo tiempo, con ellos se genera el reconocimiento y rescate de esta ancestral cultura, sin nombre para esos momentos.

Se acercaba el fin del siglo XIX, pero el interés por el estudio de los pueblos precolombinos continuaba en ascenso. Francisco del Paso y Troncoso

Página de enfrente: Ídolo de San Martín Pajapan publicado por Blom y La Farge en 1926.

Figura 2.4. Figura olmeca de jade de la ofrenda de Cerro de las Mesas, Veracruz.

sentativas piezas olmecas (fig. 2.4) que formaban parte de ella (Drucker, 1955). Estas pequeñas esculturas se encontraban en un contexto de uso posterior a la época de su elaboración.

La primera temporada de excavaciones en La Venta se inició en 1942, y fue entonces cuando Stirling y Phillip Drucker descubrieron dos tumbas espectaculares con ricas ofrendas consistentes en orejeras, collares y figurillas de piedras verdes. Una de esas tumbas, ubicada debajo del Montículo A2, se localizaba dentro de una cámara formada por columnas prismáticas de basalto; la otra, dentro de un sarcófago, conocido como monumento 6 de La Venta y que ahora está perdido (véase el capítulo 6). Con esta información se presentó Stirling en la Segunda Mesa Redonda que, bajo el título de Mayas y Olmecas, organizó en agosto de 1942 la Sociedad Mexicana de Antropología en la ciudad de Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.

A ese acto asistieron los más destacados especialistas de aquel entonces (Alfonso Caso, Miguel Covarrubias, Wigberto Jiménez Moreno, Eduardo

Figura 2.5. Marion Stirling con la cabeza colosal 1 de San Lorenzo, Veracruz. Esta cabeza, conocida como *El rey*, pesa 24 ton y mide 2.41 m de altura. (Fotografía cortesía de la National Geographic Society.)

Noguera, Eric Thompson y muchos otros) y marca el inicio del segundo momento crucial en la historia de la arqueología olmeca, pues en esa reunión, además de sugerirse el nombre de cultura de La Venta para evitar confusiones con los otros olmecas, se reconoció la antigüedad e importancia de esta cultura al grado de que se le otorgó el calificativo de "cultura madre".

Por supuesto que no todos los asistentes estuvieron de acuerdo con las conclusiones ahí acordadas, pero las investigaciones posteriores habrían de ratificar la antigüedad y el carácter primigenio de estos escurridizos olmecas. Dos trabajos publicados en aquella época son imprescindibles para aclarar la temporalidad y la filiación étnica de esta nueva cultura que, poco a poco, fincaba su espacio en los estudios mesoamericanistas. El primero se publicó en 1942, está firmado por Wigberto Jiménez Moreno y se titula *El enigma de los olmecas*. En él, se aborda el problema del término olmeca que hace referencia a distintos pueblos y no a un grupo en particular, motivo de la confusión entre olmecas históricos y arqueológicos. Si bien el autor no nos dice con certeza cuál es la filiación étnica de los olmecas arqueológicos, sí nos señala con cuáles pueblos, más tardíos en la historia mesoamericana (olmecas históricos), no debemos confundirlos.

El otros trabajo es el de Miguel Covarrubias, publicado en 1946 con el título "El arte «olmeca» o de La Venta", artículo que sintetiza todo lo que hasta ese momento era conocido sobre el problema olmeca. Lo acertado y la validez de sus deducciones, además de expresarse en su dibujo sobre la evolución de los dioses del agua en Mesoamérica, se manifiesta en la siguiente cita:

> Las conclusiones a que llegamos en este breve y precipitado estudio de la gran cultura de La Venta son: se trata de un arte que no tiene nada de primitivo, y que no es uno de tantos estilos locales, sino una cultura madre muy antigua que ejerció una influencia definitiva en las artes del horizonte arcaico y del periodo de transición a la época de las culturas clásicas, como por ejemplo las épocas de Oaxaca llamadas Monte Albán I y II; la época chicanel de la zona maya que precede al llamado Viejo Imperio; la segunda época de Teotihuacan, y sobre todo a las culturas de la costa del Golfo: Tres Zapotes, Cerro de las Mesas y El Tajín (Covarrubias, 1946:177).

Cuando Covarrubias escribió este trabajo nada se sabía de la región de Río Chiquito, pues si bien en 1945 Stirling la visitó por vez primera, no fue hasta 1946 cuando, en compañía de Drucker, habrá de realizar en San Lorenzo una temporada de exploraciones que produjo, además de pruebas sobre la existencia de un sistema de acueducto, cinco nuevas cabezas colosales (fig. 2.5), altares y gran cantidad de otro tipo de monumentos de este sitio y de otros de la región como Potrero Nuevo y Tenochtitlan (Stirling, 1947 y 1955). Pocas páginas le dedicaron Drucker y Stirling a este sitio, aunque este último recalca la importancia de los monumentos, hace notar la poca majestuosidad de la arquitectura y señala que en sus excavaciones es evidente la ausencia de tumbas con ricas ofrendas, aunque no sospechó la importancia y antigüedad de este sitio con respecto a La Venta. El contraste era notorio, pues en la temporada de 1943, con la participación de Waldo Wedel, en La Venta se habían localizado grandes

mosaicos realizados con bloques de serpentina, ofrendas masivas de hachas petaloides y nuevas tumbas con abundantes jades.

Los años cincuenta se inician con la noticia de relieves olmecas en El Salvador. Es Stanley Bogs quien en 1950 da a conocer los relieves olmecas de Chalchuapa. Drucker (1952a; 1952b) publica su trabajo sobre la ofrenda de jades localizada en Cerro de las Mesas y el excelente trabajo titulado *La Venta, Tabasco: A Study of Olmec Ceramics and Art.* El interés de Phillip Drucker por lo olmeca lo lleva a realizar un nuevo proyecto en La Venta, en el año de 1955. En él participaron Robert Heizer, Robert Squier (Universidad de California) y Eduardo Contreras (Instituto Nacional de Antropología e Historia). Las excavaciones de esta temporada fueron cruciales para la ubicación cronológica de esta cultura, al obtenerse las primeras fechas de carbono 14, las cuales ubicaban el periodo de esplendor de La Venta entre 1000 y 400 a.C.

Es también en los cincuenta cuando Román Piña Chan (1952) y Noe Muriel Porter (1953) habrán de publicar sus trabajos sobre Tlatilco. En la segunda mitad de los cincuenta, la New World Archaeological Foundation trabajará en Chiapa de Corzo, cuya secuencia cerámica, una de las más completas, también será punto obligatorio de comparación para entender las ocupaciones tempranas en la costa de Chiapas y los materiales de varios sitios olmecas.

Al final de esta década y principios de la siguiente, la construcción del Museo de Antropología de Xalapa, Veracruz, requerirá piezas, y así la región de San Lorenzo se convertirá en abastecedora de importantes monumentos que ahora se exhiben allí. Durante el traslado de piezas Alfonso Medellín tendrá noticias de nuevos sitios como Estero Rabón, Medias Aguas, Cerro de la Piedra y Pilapan Mirador, y de manera especial nos brindará las primeras referencias sobre Laguna de los Cerros, sitio cuya importancia quedó manifiesta desde esos momentos por el número y la calidad de sus monumentos escultóricos.

Es también por esas fechas cuando Michael Coe (1961) publica los resultados finales de sus exploraciones en la costa del Pacífico en Guatemala, y establece una ocupación anterior a la olmeca, a la cual denominó Ocós (1500-1350 a.C.). Posteriores trabajos en esa misma región, pero con la asistencia de Kent Flannery, permitieron diferenciar el complejo cerámico Cuadros (1100-900 a.C.), cuyos materiales acusan una marcada influencia olmeca (Coe y Flannery, 1967).

Otro proyecto que cambió el panorama de las ocupaciones tempranas en Mesoamérica fue el efectuado durante 1961-1964 en el valle de Tehuacán, Puebla, bajo la dirección de Richard MacNeish. Durante esta primera mitad de los años sesenta, la aceptación de las fechas de carbono 14 obtenidas en La Venta dejó fuera de dudas la temporalidad temprana de la cultura olmeca, pero planteó nuevos problemas, especialmente el origen y nivel de organización política alcanzada por este pueblo. Producto de esa discusión son los trabajos de Robert Heizer sobre la agricultura y el Estado teocrático (1960), la naturaleza de la sociedad olmeca (1961), la estructura sociopolítica de La Venta (1962) y el acertado trabajo de Alfonso Caso (1965) "¿Existió un imperio olmeca?".

Por su parte, con motivo de la inauguración del Museo Nacional de

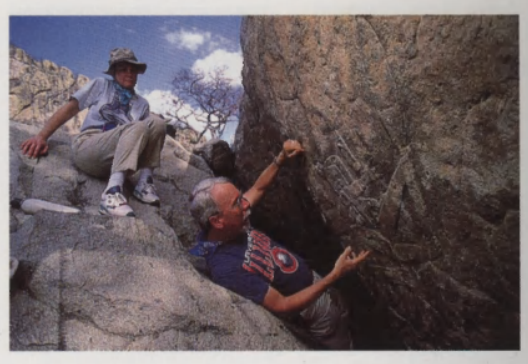


Figura 2.6. David Grove explicando un detalle del monumento 2, *La procesión,* de Chalcatzingo, Morelos. (Fotografía cortesía de Kenneth Garrett.)

Antropología, Román Piña Chan y Luis Covarrubias (1964) publicaron *El pueblo del jaguar.* Una exposición de arte prehispánico en Nueva York motivó que Michael Coe (1965) publicara *The Jaguar's Children: Preclassic Central Mexico*; este mismo año aparecerá en el *Handbook of Middle American Indians,* su artículo "The Olmec Style and its Distribution".

Con esta experiencia en el manejo de materiales tempranos, Coe emprenderá las primeras excavaciones controladas en San Lorenzo y Flannery reconocerá una ocupación temprana contemporánea a los olmecas, anterior a Monte Albán I, en sitios oaxaqueños del valle de Etla. Por otro lado, David Grove iniciará sus exploraciones en el estado de Morelos, las cuales han mostrado lo temprano de las ocupaciones en esa región y la importancia de Chalcatzingo (fig. 2.6).

Regresemos al área metropolitana olmeca, especialmente a San Lorenzo, sitio que después de la breve exploración de Medellín a principios de los sesenta, fue visitado nuevamente por Román Piña Chan y Luis Aveleyra; éste en 1965 dio a conocer una nueva cabeza colosal, la número 6 de San Lorenzo y oncena en el conteo total de este tipo de monumentos. Pero serán los trabajos de Michael Coe y Richard Diehl, patrocinados por la Universidad de Yale, los que habrán de refinar la cronología olmeca vista desde San Lorenzo. Los resultados de este proyecto, uno de los más completos realizados en el área olmeca, fueron publicados en la monumental obra *In the Land of the Olmec* (Coe y Diehl, 1980). Este proyecto se inició en 1966 y continuó hasta principios de los setentas; fue patrocinado por la Universidad Veracruzana y el Instituto Nacional de Antropología e Historia. En este proyecto, además participaron Francisco Beverido, Jürgen Brüggemman, Paula y Ramón Kroster y Ramón Arellano, entre otros, quienes habrán de ser protagonistas en el uso del magnetómetro para localizar nuevos monumentos.

Por su parte, en 1967, el grupo Berkeley integrado por Robert Heizer, Phillip Drucker y John Graham, de la Universidad de California, inicia nuevos trabajos en La Venta con fructíferos resultados, pues además de la identificación de un sistema hidráulico a base de caños de piedra con tapas y del hallazgo de un gran número de monumentos, fueron recuperadas nuevas fechas de carbono, que junto con las obtenidas en San Lorenzo, dejaron fuera de duda la temporalidad del florecimiento temprano de esta ancestral cultura mesoamericana.

Esto era lo conocido sobre el mundo olmeca cuando, en octubre de 1967, en Washington, D. C., se realizó un ciclo de conferencias sobre los olmecas. Esta reunión es conocida como Conferencia de Dumbarton, cuyos resultados fueron editados por Elizabeth Benson en 1968. Esta reunión, en la cual disertaron Matthew Stirling, Robert Heizer, Michael Coe, Kent Flannery, Tatiana Proskouriakoff, Ignacio Bernal, Peter Furst y David Grove, marca el tercer momento crucial en la historia de la arqueología olmeca.

De enero a abril de 1968, la Sección de Difusión Cultural del Museo Nacional de Antropología organizó un ciclo de conferencias, editadas en forma mimeográfica, dictadas por Román Piña Chan, Ignacio Bernal, Michael Coe, Alfonso Medellín, Otto Schóndube, Marta Foncerrada y Justino Fernández. Ese mismo año salieron a la luz los libros *El mundo olmeca,* de Ignacio Bernal, y *America's First Civilization,* de Michael Coe.

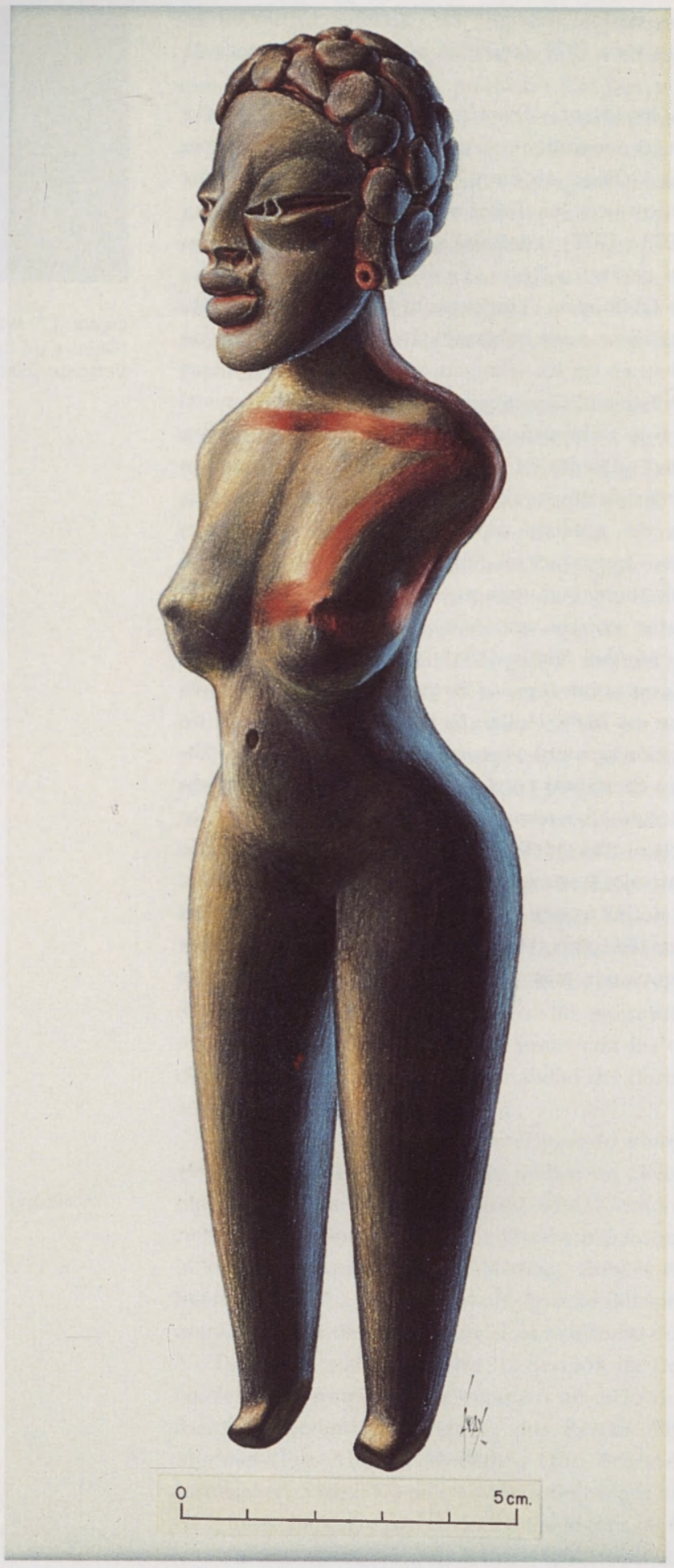
Un año antes, Gareth Lowe (1967) identificó el complejo cerámico

Barra en la costa de Chiapas. Carlos Navarrete dará a conocer en 1969 los relieves olmecas de Pijijiapan y en 1971 publicará otras piezas olmecas de Chiapas y Guatemala.

También a principios de los setentas Edward Sisson (1970) empezará a publicar los resultados de su reconocimiento arqueológico en la Chontalpa. Charles Wicke (1971) publicó *Olmec. An Early Style of Precolumbian Mexico.* Peter Joralemon (1971) da a conocer sus dioses olmecas en *A Study of Olmec Iconography.* Gareth Lowe (1973 y 1975) redefinirá y establecerá una posición temprana para el complejo cerámico Barra. Es él quien en 1974, en la reunión *The Origins of Maya Civilization,* comenzará a difundir en el medio arqueológico la idea de identificar a los hablantes de la familia lingüística mixe-zoque como descendientes de los olmecas arqueológicos. William Clewlow (1974) publicó *A Stylistic and Chronological Study of Olmec Monumental Sculpture* y Beatriz de la Fuente publicará el catálogo de escultura monumental en 1973 y *Los hombres de piedra* en 1977. Laguna de los Cerros es nuevamente visitado por Frederick Bove quien, en 1978, dará a conocer sus resultados sobre estudios de análisis espacial. David Grove y sus colaboradores llevarán a cabo investigaciones en Chalcatzingo, Morelos, el sitio olmeca mejor investigado fuera de la zona nuclear.

Los ochenta se inauguran con la aparición de *The Olmec and their Neighbors. Essays in Memory of Matthew Stirling* (1981) y la reunión organizada por Robert Sharer y David Grove sobre *Regional Perspectives on the Olmec,* cuyas ponencias fueron publicadas en 1989. Hallazgos fortuitos y denuncias de saqueos motivaron la elaboración de amplios proyectos en Teopantecuanitlán por Guadalupe Martínez y en El Manatí por Carmen Rodríguez y Ponciano Ortiz (fig. 2.7), en los estados de Guerrero y Veracruz respectivamente. Los trabajos de John Clark y Michael Blake definirán la cronología de la costa de Chiapas al identificar los complejos Locona y Cherla. Por último, esta historia termina con los resultados de las nuevas excavaciones en La Venta y San Lorenzo, dirigidas por Rebeca González y Ann Cyphers, respectivamente. Los resultados de estas investigaciones más recientes se presentarán en los siguientes capítulos.

Figura 2.7. Ponciano Ortiz excavando cabezas olmecas de madera en el sitio de El Manatí, Veracruz. (Fotografía cortesía de NWAF.)


0
5 cm.

3. Antecedentes de la cultura olmeca

John E. Clark

Desde el descubrimiento de la primera cabeza colosal en las selvas de Veracruz, en 1862, estas monumentales esculturas han dado pie a una ola de especulaciones sobre quiénes las hicieron. Hace unos 60 años, los arqueólogos y los historiadores decidieron dar el nombre de "olmecas" al pueblo de los descomunales monumentos. ¿Quiénes eran los olmecas y de dónde venían? De la respuesta a estas preguntas depende la comprensión de los orígenes y el desarrollo de la civilización mesoamericana.

Para muchos, las cabezas colosales olmecas representaban gente con antecedentes negros. En 1869, José Melgar, que fue quien descubrió la primera cabeza monumental (fig. 2.1), propuso que los olmecas eran etíopes provenientes de África, hipótesis que todavía hoy sostienen algunos eruditos. Otros argumentan que provienen de la antigua China o incluso de Sudamérica. La renuencia de algunos de estos estudiosos a buscar las raíces de la cultura olmeca en las sociedades de Mesoamérica se debe a la impresión que se tiene de que ninguna de las culturas preolmecas mesoamericanas eran lo suficientemente complejas para basar en ellas el origen de la civilización olmeca y su elaborado estilo de arte. Al parecer, los olmecas irrumpieron en el escenario mesoamericano hacia 1200 a.C. y carecían de antecedentes locales. Sin embargo, en este caso, las apariciones están en gran medida en función de las limitadas investigaciones arqueológicas de las culturas tempranas mesoamericanas. Hoy en día pensamos que, con excepción de este estilo único de arte monumental, la mayoría de las características de la cultura olmeca parecen provenir de las culturas formativas más antiguas de las regiones aledañas a Chiapas, Oaxaca y el altiplano mexicano. Quizá una de las culturas más importantes que contribuyó al desarrollo de los olmecas fue la mokaya del Soconusco, en la costa de Chiapas. Una breve reflexión sobre esta cultura temprana nos podrá ayudar a comprender mejor los principios de la civilización olmeca.

Página de enfrente: Reconstrucción de una f
gurilla de barro de la zona de Mazatán. (Dibuj
de Áyax Moreno, cortesía de NWAF.)

Figura 3.1. Vista del litoral de Mazatán en la que aparece un pequeño caserío, quizá similar a los que se encuentran en la fase Barra. (Fotografía cortesía de NWAF.)

Panorama del Soconusco

El Soconusco se conoce mejor en la prehistoria de Mesoamérica como la provincia situada al extremo sur del imperio azteca. Las razones que impulsaron a los aztecas a conquistar esta estrecha franja costera de Chiapas son muy ilustrativas. Dos veces al año, los pueblos conquistados del Soconusco rendían tributo a los aztecas con los principales productos de la región: cacao, pieles de jaguar y plumas de ave multicolores. Dotado de suelos volcánicos ricos, lluvias abundantes y sol, el Soconusco era una codiciada zona tropical de legendaria fertilidad y riqueza (fig. 3.1). Es muy probable que estas condiciones atrajeran a esta zona a los primeros cazadores, pescadores y recolectores hace unos 7 000 años y que esto desembocó en el desarrollo de la cultura mokaya que empezó hacia 1600 a.C.

La cultura mokaya

Le damos el nombre de mokayas a los habitantes del periodo Formativo temprano de la región de Mazatán en el Soconusco. Mokaya quiere decir el primer "pueblo del maíz". El término proviene de las lenguas zoque y mixe que eran las que probablemente hablaban estos antiguos pueblos y también los olmecas. Nuestro propósito en este capítulo es dar un panorama de los desarrollos anteriores al pleno surgimiento de la civilización olmeca, hacia 1200 a.C. Esto comprende un periodo de 500 años que hemos dividido en tres fases arqueológicas: Barra, Locona y Ocós. Describiré los desarrollos entre los mokayas de Mazatán según estos tres periodos.

Fase Barra (1600-1400 a.C.)

La característica más notoria de la fase Barra es la cerámica, que aparece por vez primera en el Soconusco. Como se muestra en la figura 3.2, la cerámica de Barra está muy decorada, sumamente bruñida, y aparece en una variedad de formas elegantes entre las que se incluyen jarras sin cuello, conocidas como tecomates, y vasijas de calabaza que debieron de usarse antes de la manufactura de la primera cerámica.

La fase Barra marca también el principio de una vida agrícola que caracterizaría a toda Mesoamérica durante los siguientes 3 300 años. Antes de la fase Barra, los pueblos del Soconusco se desplazaban de un lugar a otro durante el año pues practicaban una economía mixta basada en la caza, la pesca, la recolección de alimentos silvestres y quizá algo de cultivo. La fase Barra marca el principio de asentamientos permanentes y una mayor confianza en el cultivo de plantas domesticadas, tales como frijol, aguacate, maíz y quizá camotes y cacao. Incluso después de adoptar la agricultura, los mokayas siguieron cazando, pescando y recolectando alimentos silvestres, pero ya no eran tan nómadas como antes.

En aquella época su organización social y su gobierno eran rudimentarios. Se trataba de sociedades tribales con una autoridad temporal que adquiría aquel que se la ganara. La sociedad en la fase Barra era igualitaria, es decir que todo el mundo tenía las mismas oportunidades de alcanzar un *status* y que no había clases sociales. Los poblados Barra eran muy pequeños (probablemente de 50 a 200 personas) y casi todos vivían en pequeñas casas de palma que medían entre cuatro y ocho metros.

Aparte de haber creado una cerámica elegante, los mokayas de ese periodo temprano no parecen haber estado mucho más avanzados que las sociedades contemporáneas de las sierras de Oaxaca, Morelos o Puebla.

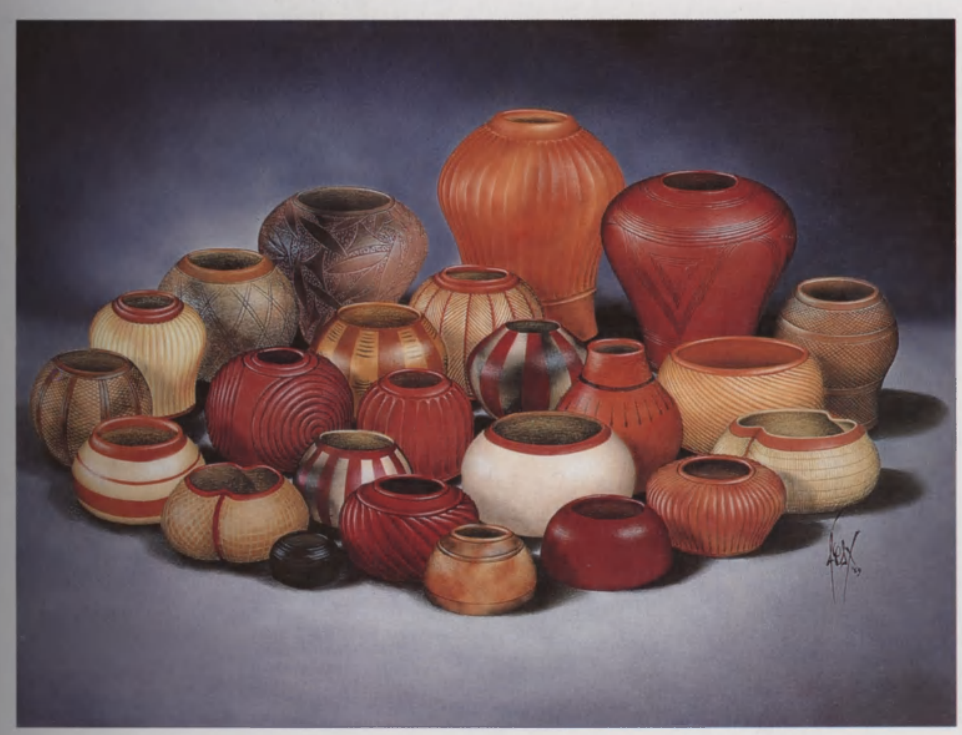


Figura 3.2. Reconstrucción de vasijas de cerámica de la fase Barra. (Dibujo de Áyax Moreno, cortesía de NWAF.)

La pregunta es por qué los mokayas tenían unas vasijas de cerámica con formas tan elegantes y las otras culturas no. Suponemos que estas primeras vasijas eran parte de un complejo que comprendía ritos públicos donde se festejaba y se bebía. El otro objetivo principal era la exaltación personal entre los aspirantes al poder y el prestigio; algo como en el sistema "potlatch" de la costa noroeste de Canadá y Estados Unidos. Si esto es cierto, ésta es la primera evidencia que tenemos de la incipiente complejidad en el Soconusco y en Mesoamérica. Pero la evidencia de una organización social y un gobierno más complejo es mucho más convincente en el segundo periodo.

Fase Locona (1400-1250 a.C.)

La fase Locona da fe del surgimiento de un gobierno más centralizado y de una organización social menos igualitaria entre los mokayas de la región de Mazatán. Los antropólogos llaman a este tipo de sociedades "cacicazgos", lo que quiere decir que estaban dirigidos por caciques y que el cacicazgo pasaba de padres a hijos, generalmente al primogénito. El surgimiento de los cacicazgos entre los mokayas señala los primeros pasos hacia una estratifica-

Figura 3.3. Vista de la Estructura 4 del montículo 6, Paso de la Amada, Chiapas. Este edificio probablemente fue la residencia de algún jefe hacia 1400 a.C. (Fotografía cortesía de Michael Blake.)

ción social o de clases y hacia la civilización que habría de manifestarse varios siglos después con los olmecas de las tierras bajas de la costa del Golfo.

Con el surgimiento de las sociedades caciquiles, cambió en muchos aspectos la forma de vida de los mokayas. En lugar de vivir en pequeñas comunidades independientes, ahora el pueblo estaba dividido en una serie de pequeñas unidades políticas o cacicazgos por herencia, cada uno de los cuales tenía un pueblo central y numerosos pueblos y caseríos dependientes de él. El cacique por herencia vivía en el pueblo más grande de cada cacicazgo.

El sitio de Paso de la Amada en la región de Mazatán fue alguna vez un pueblo grande que tenía entre 1 000 y 2 000 habitantes y fue el centro de un cacicazgo de unas 4 000 personas. Hemos encontrado vestigios de la residencia principal en ese sitio. Como se muestra en la figura 3.3, era una gran estructura oval y elevada sobre una pequeña plataforma que medía alrededor de 22 × 12 metros. La residencia no era común pues tenía dos largos pórticos y escalones a cada lado del edificio y muros cortos de barro en sus extremos. Los otros residentes de la comunidad de Paso de la Amada vivían, como antes, en pequeñas casas de palma. La organización del espacio doméstico de la gran residencia principal y la ubicación de los artefactos y figuras que se encontraron en el suelo nos hacen pensar que alojó a una familia polígama. Los jefes de los pequeños cacicazgos suelen tener más esposas e hijos que los demás hombres de su comunidad. Así, pues, las diferencias en los tamaños de las construcciones y en el número de miembros de las familias, nos indican los principios de cierta diferenciación social en la fase Locona.

La residencia principal de Paso de la Amada es nuestra mejor evidencia del surgimiento de una distinción hereditaria durante la fase Locona. A principios de este periodo, la comunidad de Paso de la Amada parece haber estado organizada como una agrupación indefinida de segmentos similares que constaban de unas 100 personas cada uno. Cada segmento del pueblo tenía su propio gran edificio que probablemente era la residencia de la familia de un gran señor o de un jefe de clan. Las similitudes en el tamaño y en la factura de todas estas residencias nos sugieren que todos estos jefes de pueblo tenía un *status* similar. Sin embargo, hacia 1350 a.C., todas estas residencias, excepto una, cayeron en desuso, lo que indica el cambio de un pueblo vagamente organizado a una comunidad unificada y centralizada alrededor de un jefe hereditario.

El edificio que se muestra en la figura 3.3 no era más que uno de los ocho erigidos en el mismo lugar, que hoy día se conoce como el Montículo 6. Debajo del piso más antiguo de este montículo encontramos un hacha de jade de gran calidad recién afilada, que al parecer fue una ofrenda. En las múltiples reconstrucciones de la residencia ésta se iba elevando y agrandando la plataforma que servía de base, lo cual hacía que cada una de las moradas subsecuentes de la serie estuviera más elevada. La residencia de 1200 a.C. estaba a cuatro metros sobre el nivel del suelo, y sobre todas las otras pequeñas residencias de la comunidad. El tamaño, la altura y la hechura de la residencia del Montículo 6 es una clara evidencia de que perteneció a un personaje de alta posición social. La continuidad de residencias en el Montículo 6 de Paso de la Amada durante un periodo de tres siglos es buena evidencia de la sucesión hereditaria del puesto de cacique (fig. 3.4).

Figura 3.4. Reconstrucción de la residencia que se muestra en la fig. 3.3. (Dibujo de Áyax Moreno, cortesía de NWAF.)

Otro indicador de las diferencias hereditarias sociales durante la fase Locona es el descubrimiento de un entierro de un adolescente que muestra un tratamiento especial. Como podemos observar en la figura 3.5, este joven de 11 años fue enterrado con un gran espejo en la frente que, probablemente, era parte de un casco especial o adorno para la cabeza, lo cual indicaba su rango distinguido. Su cuerpo estaba salpicado con ocre rojo. Este muchacho (o muchacha) era demasiado joven para haberse ganado ese tratamiento especial por sus propios méritos. Así pues, suponemos que el honor acordado a este individuo al morir se basaba en un *status* hereditario más que en los logros por alcanzarlo.

Algunas de las figurillas de barro nos sugieren que los hombres usaban tocados especiales y espejos que probablemente representaban a los caciques. Hemos encontrado figurillas masculinas y femeninas que parecen haber sido hechas por primera vez alrededor de 1450 a.C., hacia finales de la fase Barra (fig. 3.6). Las mujeres están representadas de pie, desnudas (fig. 3.7). Lo que más destaca en ellas son sus rasgos faciales, sus peinados, sus pechos y sus nalgas. Los brazos están indicados por muñones que salen de los hombros, y las piernas y los pies están simplificados. También otras sociedades conocieron pequeñas figurillas femeninas, desnudas, preolmecas contemporáneas de los altos de México y Oaxaca. Algunos arqueólogos sugieren que se utilizaban en rituales familiares de la fertilidad.

En contraste con las figurillas femeninas, las masculinas representan hombres sentados, parcialmente vestidos, sólo hombres viejos y obesos, probablemente jefes chamanes. Muchas de ellas portan una máscara de algún animal y adornados pectorales. Las máscaras representan pájaros, peces y mamíferos (a veces jaguares u otros felinos). Estas sencillas y primitivas figurillas masculinas nos recuerdan las posteriores representaciones de los obesos individuos olmecas y sus cascos especiales. Las primeras figurillas masculinas conocidas en la región de Mazatán estaban elegantemente elaboradas; eran huecas y sumamente bruñidas, con engobe y en posición sedente (fig. 3.6). Eran mucho más grandes que las pequeñas y macizas figurillas femeninas elaboradas durante el mismo tiempo. Posteriormente, se hicieron tan pequeñas y macizas como las femeninas (fig. 3.7).

Todavía no sabemos qué papel desempeñaban esas figurillas de cerámica en aquellas sociedades mesoamericanas del Formativo temprano, pero más que dioses o seres sobrenaturales, parecen representar a gente del pueblo y su jerarquía social, como por ejemplo, jefes o chamanes. Algunos investigadores sugieren que esas figurillas se usaban en sencillos rituales domésticos donde se rendía culto a los antepasados. Si así fuera, las figurillas hubieran representado a los ancestros que primero vivieron en la comunidad.

Durante la fase Locona vemos un aumento en el comercio a grandes distancias y el contacto con pueblos que se encontraban a 300 o 500 kilómetros de distancia. Entre los productos que se importaban en Mazatán estaban la obsidiana, el jade, la jadeíta, la mica, la hematita especular y probablemente una serie de productos perecederos.

El espejo frontal que se encontró en el entierro del adolescente estaba hecho de mica importada. Las exportaciones más probables desde Mazatán fueron las mismas que veremos 3000 años después en los aztecas: cacao, pieles de jaguar y plumas preciosas. Los lingüistas han determinado que una de

Figura 3.5. Entierro de un niño (o niña) procedente de la región de Mazatán en la costa de Chiapas. El espejo frontal indica que pertenecía a un grupo especial. (Fotografía cortesía de NWAF.)

las más antiguas palabras tomadas de la protolengua mixe-zoque (que era la que hablaban los mokayas y los olmecas) es "cacao" —lo que destaca la ancestral importancia del cacao como producto de comercio, y del chocolate como un importante componente de un posible y primitivo complejo ritual. Ejemplos similares en nuestra época serían las palabras "Pepsi" y "Coca Cola", ampliamente adoptadas en muchas lenguas junto con el producto importado.

Algunas de las materias primas que se importaban en Mazatán eran para hacer localmente productos de lujo. Durante la fase Locona vemos por vez primera una clara evidencia de técnicas lapidarias en la manufactura de cuentas de jade y vasijas de piedra pulida. Es interesante observar que las primeras vasijas de piedra fueron talladas imitando los elegantes platos de cerámica característicos de esa fase.

Las expediciones comerciales a grandes distancias pusieron a los mokayas en contacto con los pueblos de las tierras bajas de la costa del Golfo, que fue lo que más tarde sería el centro más importante de la zona olmeca. La prueba de este contacto temprano se ve más claramente en las vasijas de cerámica que se usaban en ambas regiones. En la figura 3.8 se muestra el estilo de las vasijas de Locona provenientes de Mazatán. Como se puede observar, sus formas eran muy diferentes de las que aparecen en la fase Barra. Uno de los diseños principales de la fase Locona eran franjas rosas sobre un fondo rojo oscuro; durante la fase Locona se hacían más platos y platones que antes. Este cambio en el inventario de vasijas puede marcar la creciente importancia que se daba a los festines públicos y a la manera especial de servir los alimentos. Lo importante aquí es, sin embargo, que la primera cerámica encontrada en el centro olmeca más importante (San Lorenzo) es similar a la de los mokayas de la fase Locona. Estas similitudes tan estrechas demuestran que existió un contacto muy significativo entre ambos, y quizá algunos mokayas del Soconusco se desplazaron a la zona olmeca para residir.

La distribución de la cerámica temprana en la parte oriental de Mesoa-

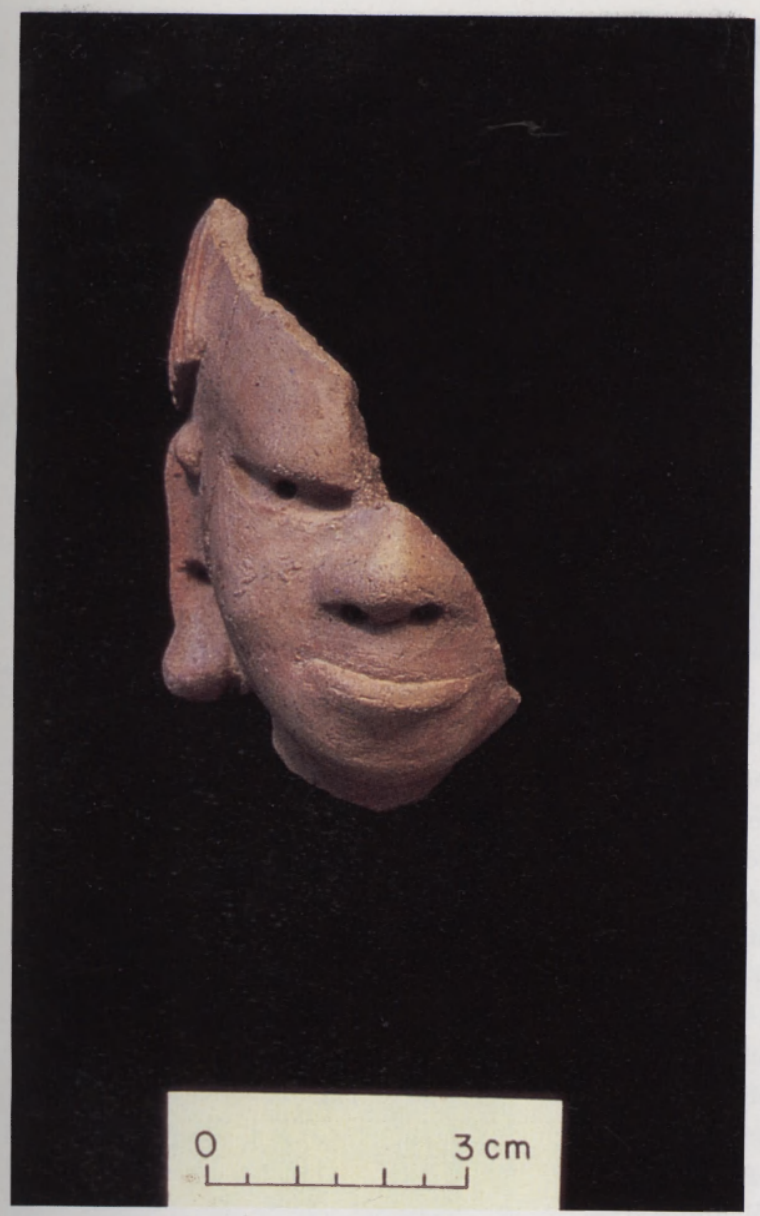


Figura 3.6. Figura hueca de la fase Barra y su reconstrucción. (Dibujo de Áyax Moreno, cortesía de NWAF.)

mérica nos hace pensar que hacia 1400 a.C., los mokayas ejercieron una gran influencia sobre muchos grupos incipientes entre los cuales se contaban los progenitores de los olmecas. Una de las razones para ejercer esta influencia puede ser que ellos tenían una organización social más avanzada y un sistema más evolucionado de las jerarquías hereditarias y los rituales de legitimación que esto traía consigo. Creemos que ese sistema rudimentario de gobierno y la organización social no igualitaria se difundieron ampliamente en 1400 a.C. a través de los contactos comerciales con diferentes grupos de Mesoamérica, y que muchas de las sociedades del Formativo temprano constituyeron sociedades caciquiles o no igualitarias, entre las que se contaban los grupos que vivían en lo que posteriormente fue la zona nuclear de los olmecas. En resumen, el primero y más importante paso hacia el desarrollo de los olmecas proviene de los mokayas de Mazatán.

Fase Ocós (1250-1100 a.C.)

La siguiente fase de Mazatán es más importante para la historia olmeca por lo que no pasó que por lo que sucedió. Durante ese periodo de tiempo no aparecen evidencias de un contacto significativo entre los mokayas y los olmecas. Durante este periodo, las culturas tanto en la región de Mazatán como en la costa del Golfo parecen haber seguido caminos divergentes en su desarrollo. Aparentemente en Mazatán estaban organizados de la misma manera de antes y con el mismo inventario básico de artefactos (fig. 3.9), mientras que en las tierras bajas olmecas los pueblos que ahí habitaban establecieron lazos más importantes con los del altiplano y evolucionaron rápidamente hasta llegar a lo que fue la civilización olmeca.

Las siguientes fases de la región de Mazatán nos muestran evidencias de que existió contacto importante con los olmecas de la costa del Golfo, pero ahora los papeles se habían cambiado. En contraste con los desarrollos del periodo Locona, ahora la influencia mayor es de los olmecas hacia los mokayas. Como antes, vemos una gran similitud en los estilos de cerámica, pero en esta ocasión eran los mokayas los que adoptaban los estilos olmecas de cerámica blanca y negra, vasijas talladas y figurillas blancas con engobe también blanco. En el capítulo 12 hablaré de estos desarrollos. Hacia esa misma época, casi todas las zonas de Mesoamérica sintieron la influencia olmeca (véanse los capítulos siguientes). Tenemos noción de que en cada región se dio un importante desarrollo en las sociedades preolmecas, tales como la mokaya, de tal forma, que es muy poco probable la colonización directa de los olmecas en todas estas regiones.

Herencia olmeca en el Formativo temprano

Aunque sólo haya abordado aquí el tema sobre los mokayas del Soconusco, los detalles de esta cultura nos proporcionan suficiente información en qué basarnos para determinar los posteriores logros olmecas en Mesoamérica. Muchas de las características que se pensaba eran específicas de los olmecas tempranos, ahora ya son evidentes en periodos anteriores. Las técnicas básicas de subsistencia y los productos básicos cultivados como maíz, frijol, calabaza, chile y aguacate ya se consumían en las sociedades preolmecas y supon-

Figura 3.7. Reconstrucción de figurillas femeninas y masculinas de la fase Ocós, procedentes de la región de Mazatán, Chiapas. Las figurillas masculinas, sedentes, aparecen con máscaras de animales que quizá representaban chamanes. (Dibujos de Áyax Moreno, cortesía de NWAF.)

go que los olmecas no hicieron muchas innovaciones al respecto. En el Soconusco, la tecnología preolmeca incluía diferentes métodos para hacer cerámica fina, joyería, hachas, espejos y vasijas de piedra, amén de una variedad de técnicas textiles y de cestería. Los rasgos culturales más interesantes son: *1)* la construcción de residencias complejas; *2)* ofrendas dedicatorias; *3)* figurillas sedentes que representaban a caciques obesos; *4)* la presencia de grandes espejos que posiblemente eran insignias preolmecas de distinción de cargos, y *5)* cascos y máscaras de diferentes clases. En la época de los preolmecas, en el Soconusco existía una gran tradición de figurillas entre las que se encontraban representaciones naturalistas de una amplia variedad de animales de la localidad; de hombres y mujeres, y se manifestaba la presencia de una tradición de figurillas huecas, bruñidas y engobadas. Quizá el desarrollo más importante de Mazatán fue la creación de una sociedad igualitaria o de cacicazgos y de un gobierno centralizado. Algunos datos sobre la región de Mazatán nos indican que los incipientes caciques de esta región tenían a su cargo la economía local y la redistribución entre la ciudadanía de la localidad, de los productos que entraban, como por ejemplo, herramientas de obsidiana para las tareas cotidianas.

La importancia de este legado del Formativo temprano se puede apreciar comparando esta lista de características con las que se tratan en los siguientes capítulos respecto de los olmecas. Es evidente que los olmecas fueron beneficiarios de una rica herencia proveniente de varias partes de Meso-

américa, en la que se encontraban las técnicas básicas de subsistencia y tecnología caseras (para la fabricación de cerámica, manos y metates, hachas, cestería, redes, ropa e implementos básicos de madera) y formaciones sociales y políticas rudimentarias. Todo este rico legado de los mokayas y los contemporáneos a los olmecas, de ninguna manera disminuye los logros tan singulares de éstos, pues tuvieron la capacidad de recombinar y modificar dichos rasgos y forjarlos para hacer un sistema completamente nuevo de vida social, política y ritual nunca antes visto en Mesoamérica. Evolucionaron el primer sistema de estratificación social, y la civilización en Mesoamérica, con razón, debe considerarse su primera civilización.

El rasgo más sobresaliente de los olmecas, como veremos en los capítulos siguientes, es su arte y sus esculturas monumentales. No existen antecedentes de esta tradición artística en ninguna parte de Mesoamérica. Es ampliamente sabido que el arte olmeca estaba entremezclado con la propaganda política, los ritos religiosos, la ideología, el poder y el mando, pero todavía falta por determinar de qué manera específica. Un rasgo de los olmecas tempranos puede haber sido la difusión del juego de pelota en toda Mesoamérica. Como lo demuestran Carmen Rodríguez y Ponciano Ortiz en su trabajo sobre El Manatí (véase el capítulo 5), las raíces del juego de pelota son antiguas en la zona nuclear olmeca y muy bien puede haber formado parte de su herencia local. Las figurillas que representan a los jugadores de pelota aparecen en toda Mesoamérica poco después de la primera influencia de los olmecas tempranos.

Todas las características que distinguen a los olmecas de sus predecesores del Formativo temprano están relacionadas con lo que normalmente consideramos civilización o alta cultura, o la cultura de alto rango y privilegio. El arte tan elaborado parece indicar la presencia, durante la primera época en Mesoamérica, de sacerdotes-reyes o reyes divinos (véase el capítulo 15) mucho mejor conocidos por la subsecuente civilización maya. Las cabezas monumentales olmecas evidentemente conmemoraban a esos reyes y quizá legitimaban su poder e influencia. La difusión de esta iconografía de poder tan especial en toda Mesoamérica representa, pues, un nuevo fenómeno. Esto lo veremos en los siguientes capítulos.

Figura 3.8. Reconstrucción de vasijas de cerám ca de la fase Locona. (Dibujo de Áyax Moren cortesía de NWAF.)

Conclusiones

La región de Mazatán es una de las muchas regiones que fueron ocupadas por sociedades caciquiles antes de que surgiera la civilización olmeca. Generalmente, la información sobre Mazatán es más completa que la que tenemos de otras regiones. Una breve inspección de los datos de esta zona nos sugiere que los mokayas tuvieron una gran influencia en las sociedades preolmecas de la costa del Golfo, que después se convirtieron en olmecas. Estudios detallados nos muestran que también ellas influyeron en la olmeca. Todos estos datos indican que la respuesta a mi pregunta inicial respecto de los orígenes de los olmecas es que se desarrollaron en Mesoamérica y que no vinieron de otra parte del mundo. Aunque todavía estamos lejos de comprender absolutamente los procesos que dieron lugar a esta civilización, encontramos suficientes raíces locales en las culturas mesoamericanas del Formativo temprano para buscar los orígenes de los olmecas en Mesoamérica.

Figura 3.9. Reconstrucción de vasijas de la fa Ocós. (Dibujo de Áyax Moreno, cortesía NWAF.)

4. San Lorenzo Tenochtitlan

Ann Cyphers Guillén

Los llanos costeros del Golfo de México que circundan el río Coatzacoalcos fueron, en un tiempo, una región de extraordinaria belleza, pero en la actualidad están cubiertos por terrenos pantanosos, colinas y gran profusión de flora, en su mayoría pastizales, que anteriormente fueron bosques tropicales. En las colinas bajas, los deltas y los llanos, los habitantes originales construyeron sus viviendas cerca de los ríos y el mar. La cuenca del río Coatzacoalcos fue la cuna de la civilización de Mesoamérica. Aquí, la presencia humana es muy antigua y los primeros pobladores pusieron las bases para el surgimiento de lo que ahora llamamos la cultura olmeca.

Antes de 1500 a. C., los primeros pobladores de la zona habitaron lugares cuidadosamente elegidos en la parte baja de la cuenca del Coatzacoalcos. Aunque en la actualidad se hallan con frecuencia sepultados por depósitos aluviales, los primeros asentamientos humanos se encuentran dispersos por toda la región. El ritmo de la vida era dictado por el río y el cercano Golfo de México. Se veían canoas viajando río arriba o río abajo entre los asentamientos situados en los mejores puntos ribereños. Las canoas y las balsas permitían el acceso a muchos recursos y las redes comerciales incrementaron la obtención de alimentos y materiales. Incluso en un principio, estos habitantes formaron y mantuvieron interacciones dentro de la región y con regiones distantes de Mesoamérica. Establecieron un patrón cultural definido que dio lugar al surgimiento de importantes transformaciones durante el lapso de algunos siglos.

Por toda la región existían pequeños sitios cerca de los ríos en lugares estratégicos. La mayoría de ellos se asentaban en montículos donde construían estructuras de caña cubierta con lodo y con techos de palma que eran las casas típicas y se hallaban a salvo de inundaciones por unos cuantos centímetros. Estos poblados estaban idealmente situados para que sus gentes estuvieran cerca de los recursos del río y de la tierra baja fértil para el cultivo. Las inundaciones de extraordinaria magnitud llegaban a cubrir el patio de sus casas forzándolos a refugiarse en terrenos más altos o, quizás, en los pisos superiores, como lo hacen hoy los habitantes de la región.

Página de enfrente: La cabeza colosal recient mente descubierta en San Lorenzo.

Figura 4.1. El río Chiquito, afluente del Coatzacoalcos, tal y como se aprecia hoy en día. (Fotografía cortesía de Ann Cyphers Guillén.)

Los colonizadores, al integrarse económica, social y políticamente, empezaron a formar una unidad regional en la cual la cooperación, el intercambio y la producción se administraron de manera más formal. En su etapa temprana, el sitio de San Lorenzo (fig. 4.1) empezó a surgir como el lugar más importante de la región, debido, principalmente, a su localización privilegiada junto al río. San Lorenzo comenzó una nueva fase de vida cultural y, para el año 1200 a. C., el sitio fue la capital de la parte baja de la cuenca del río Coatzacoalcos (fig. 4.2).

La transición al apogeo de la fase Formativa temprana de San Lorenzo, que se sitúa tradicionalmente entre 1200 y 900 a. C., parece haber sido gradual. No hubo un cambio brusco en los artefactos y las tradiciones. Por el contrario, se observa una clara persistencia de algunos tipos y formas. Este dato es importante porque demuestra que el desarrollo olmeca fue *sui generis* de la costa del Golfo, eliminando así la posible difusión transoceánica o de tierras altas, como fuente de la cultura olmeca.

Paisaje y medio ambiente

Aunque en términos generales se considera la costa del Golfo como un llano, está cubierta por lomas, a veces abruptas. El llano del delta tiene una variación sobre el nivel del mar de 20 metros, mientras que las colinas alcanzan una altura de 40 a 80 metros. La altura sobre el nivel del mar era un elemento importante que considerar, al elegir un lugar para asentamiento humano, ya que unos cuantos centímetros podían significar la diferencia entre la inundación y la destrucción, y la seguridad. Al sur y al este de San Lorenzo se encuentra la tierra alta (fig. 4.3). Los dos puntos más altos de la región son las colinas sagradas de Mixe y Manatí, al sur y al este, respectivamente; son dos colinas de laderas abruptas, notables por su visibilidad.

El mayor asentamiento de la región se encuentra en la planicie más elevada que hoy se conoce como la meseta de San Lorenzo, cuyas fértiles tierras

nunca se vieron inundadas. Donde se asienta San Lorenzo existe una serie de colinas que forman una cresta entre los brazos del río, haciendo un camino sinuoso natural por tierra, entre las confluencias norte y sur.

El complejo de sitios arqueológicos denominado San Lorenzo Tenochtitlan por Matthew Stirling, pionero de la arqueología olmeca, se localiza en la parte baja de la cuenca del río Coatzacoalcos. La principal característica de esta cuenca es su formación como llano de delta que recibe las aguas de importantes acuíferos que ahora se originan en la Sierra Atravesada. La parte más ancha del llano de la costa del Golfo es precisamente la cuenca del bajo Coatzacoalcos. La estructura geológica subyacente del llano del delta determina sus características y libera al río del estrecho paso de Peña Blanca. Al desembocar en el llano, el río toma la forma clásica de meandros, y se caracteriza por una hidrología en constante cambio. Hoy, la cuenca del bajo Coatzacoalcos es un llano con un complejo patrón de viejos y recientes recodos y meandros, producidos por el surgimiento de cúmulos de sal (colinas bajas) y

Figura 4.2. La meseta de San Lorenzo, vista desde la planicie aluvial al norte, cerca de la confluencia de los ríos Tatagapa y Chiquito.

Figura 4.3. Croquis de la región inmediata que rodea a San Lorenzo en donde se muestran las características geográficas principales y los puntos mencionados en el texto. (Dibujo de Fernando Botas.)

por frecuentes movimientos tectónicos en la región; además, la erosión, la sedimentación y el hundimiento han contribuido a modificar la estructura del terreno. En tiempos antiguos, San Lorenzo Tenochtitlan y las tierras altas que lo rodean, estaban circunscritas por dos ríos navegables. Uno de ellos coincide con el río Tatagapa que ahora fluye al oeste de San Lorenzo. El otro canal llamado Potrero Nuevo Azuzul pasa cerca del lugar, al este, al pie de las tierras altas: sin embargo, este canal no coincide con la actual trayectoria del río Chiquito formado en tiempos más recientes. Las principales rutas fluviales eran los ríos permanentes durante la estación de sequía, cuando el nivel del agua es bajo; en época de aguas la red fluvial se expandía incluyendo otros canales para formar una elaborada red de vías de comunicación y transporte. Entonces, las tierras altas del sur se conectaban con el llano bajo del delta. Estas tierras elevadas estaban cubiertas por selvas tropicales primarias que tenían que desmontarse para su cultivo, lo que significaba un alto costo de mano de obra. Hoy, la húmeda y calurosa región que rodea a San Lorenzo está casi totalmente deforestada debido a las modernas prácticas agrícolas y ganaderas. La vegetación original de la selva tropical ha desaparecido, dejando tan sólo unos pocos parajes con esa vegetación.

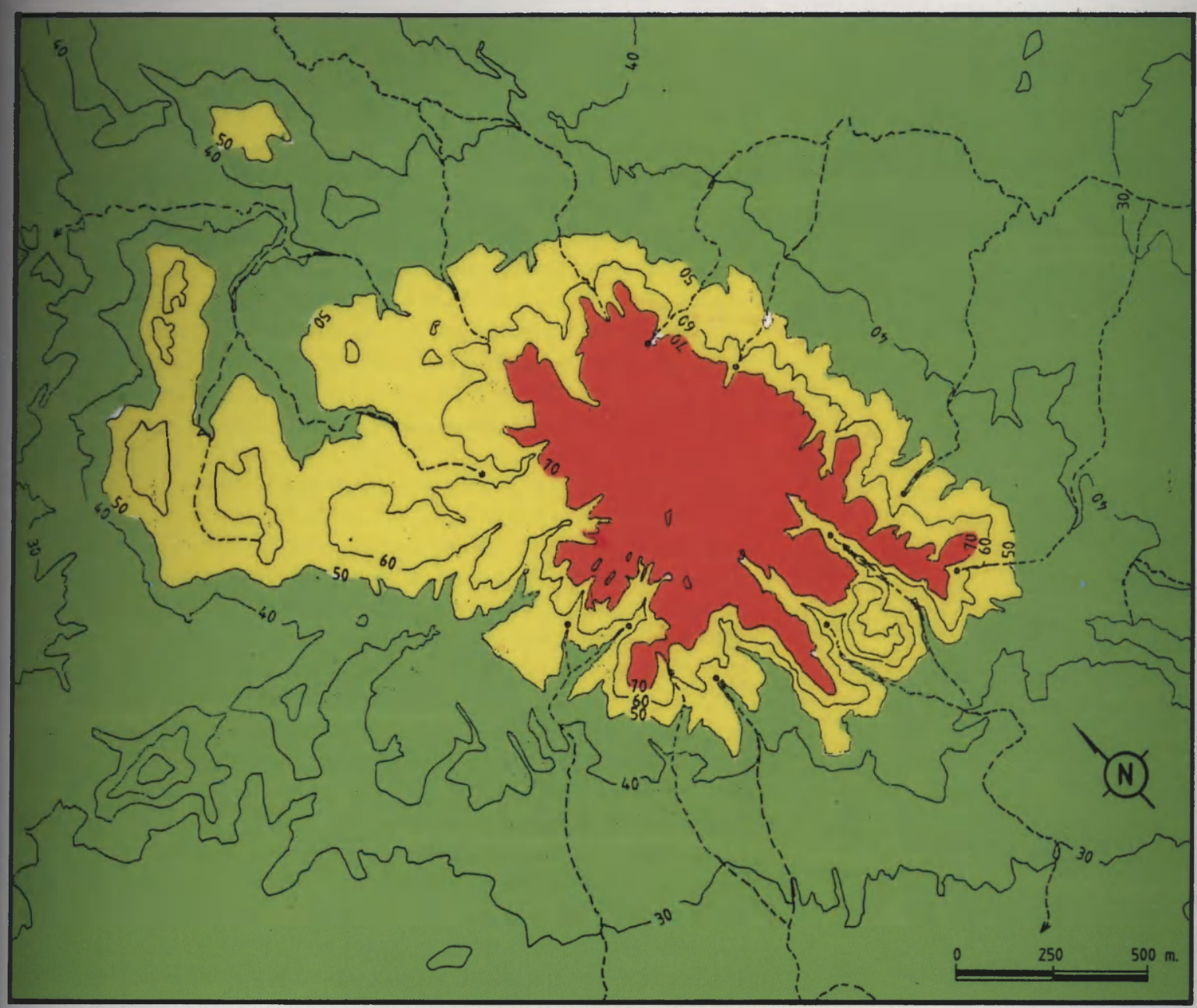


Figura 4.4. Mapa de San Lorenzo que muestra la parte alta de la zona plana de la meseta con las residencias de la élite, las zonas ceremoniales (en rojo) y las terrazas laterales que bordean la meseta (en amarillo). El material arqueológico de la superficie se extiende más allá del contor-no de 30 metros (zona marcada en verde).

La anastomosis del antiguo río produjo una bifurcación alrededor de San Lorenzo, en el paso de Las Camelias. Al norte de Tenochtitlan, se encuentran dos importantes confluencias de asentamientos del Formativo temprano (con manifestaciones artísticas monumentales), como El Remolino y Loma del Zapote. Además, pueden identificarse otras confluencias que se unen al río Tatagapa, al oeste. El curso de estos ríos se ha visto drásticamente alterado por la aparición de las montañas Tuxtla que, se sabe, registraron actividades tectónicas en tiempos del Formativo temprano y medio.

La situación estratégica de San Lorenzo sobre importantes vías fluviales y cerca de sus confluencias ofreció condiciones ideales para el crecimiento de asentamientos. Es más, el lugar ocupaba una posición intermedia entre el mar y las tierras altas, con un vasto sistema de comunicación y transporte.

Arquitectura y arte

Si la escultura de San Lorenzo ha definido en ese lugar la cultura olmeca, el diseño, la construcción y el uso de la arquitectura añaden otra dimensión conexa a la personalidad de los olmecas de San Lorenzo. La función de los espacios diseñados en San Lorenzo refleja la manera en que los olmecas se veían a sí mismos, dentro de su universo. La construcción monumental se expresa en San Lorenzo de una manera que no fue típica de Mesoamérica en ningún otro periodo de tiempo, y refleja la cosmovisión particular de los olmecas, o el concepto que tenían de la relación de la gente con el medio ambiente y el cosmos. Más tarde, los pueblos mesoamericanos diseñaron espacios arquitectónicos basados en el patrón de pirámides y plazas que variaban de estilo y disposición y de un lugar a otro. Los olmecas tempranos no construyeron pirámides ni plazas en San Lorenzo, sino más bien dieron nueva forma a la topografía natural, esculpiendo las colinas para darles la forma deseada. San Lorenzo y sus centros secundarios dependientes poseían este tipo de arquitectura, no así los asentamientos menores (fig. 4.4).

La meseta de San Lorenzo, el centro primario de la región, se distingue por la magnitud de la modificación arquitectónica sobre el terreno natural. Los olmecas restructuraron la tierra para crear un espacio sagrado. Al transformarse de una colina en una meseta sagrada, los olmecas hicieron su propia "montaña" sagrada que fue el centro de poder de su zona de influencia.

Decenas de miles de horas de trabajo se invirtieron en la modificación de la meseta para estructurarla de acuerdo con el tipo de espacio ajustado a las necesidades de los olmecas. Las construcciones arquitectónicas más notables, a este respecto, fueron las largas y anchas terrazas construidas por debajo de la cima de la meseta para crear espacios adicionales destinados a habitación y a la producción. El corte, rellenado y erección de muros de contención fueron técnicas aplicadas para dar forma a estas terrazas. Como señalaron Michael Coe y Richard Diehl, en la escala del esfuerzo humano, la meseta de San Lorenzo se coloca entre las obras arquitectónicas más importantes de Mesoamérica. La configuración de la meseta, hoy día, está distorsionada por la erosión postolmeca, por la formación de profundas cañadas, el hundimiento de las laderas y las actividades humanas. En tiempos de los olmecas, San Lorenzo se erguía sobre las tierras bajas circundantes como un tributo monumental a sus diseñadores y constructores.

Otra importante innovación arquitectónica del periodo Formativo temprano de San Lorenzo fue la construcción de plataformas bajas de tierra, para uso ceremonial o residencial. Miles de metros cúbicos de arcillas se apilaron formando bajas plataformas truncadas y escalonadas que con frecuencia se cubrían con arena pigmentada en rojo. A la fecha, no hay evidencia de que dichas estructuras se colocaran formando una plaza, aunque no se puede desechar esta posibilidad.

La incorporación de roca volcánica en la construcción de importantes estructuras domésticas constituye otra innovación significativa en la arquitectura empleada en San Lorenzo. Enormes columnas de basalto hasta de 4 metros de longitud soportaban el techo, y se colocaban piedras en forma de L, o banca, para cubrir las escaleras. También se incorporó a las paredes piedra caliza del lugar y losas de piedra arenisca. Los acueductos de basalto se asocian con estas construcciones casi palaciegas, donde se exhibía también roca importada en su arquitectura (fig. 4.5). La plataforma roja, donde se asienta el monumento 57, es un ejemplo importante de este tipo de construcción con su sinuoso drenaje de basalto y recubrimiento de escaleras.

Figura 4.5. Vista del Palacio Rojo, donde destacan el monumento 57, una columna de piedra quebrada, y un sinuoso acueducto, muestras ostentosas de las características arquitectónicas.

La construcción, el uso y el mantenimiento de elementos arquitectónicos especiales estaban íntimamente ligados con el ejercicio del poder y la legitimación de una ideología de desigualdad social. Las residencias que contienen esas características arquitectónicas son consideradas como elitistas. La vieja relación entre la soberanía y la religión es evidente en el ceremonial y el ritual, en asociación con la arquitectura del poder. La compleja interacción de religión/mitología y la legitimación del poder constituyen uno de los mensajes más poderosos del arte olmeca.

Los olmecas de la costa del Golfo representaron un grupo variado a través del tiempo; sus costumbres y estilos artísticos variaban, del área norte olmeca, hacia el sur y el este, pero compartían un sistema común de creencias que eran cambiantes. La riqueza y el prestigio, la condición social y el éxito estaban ligados a linajes familiares, pero, al mismo tiempo, se asociaban con posiciones clave en la estructura sociopolítica. Las alianzas matrimoniales entre grupos de la región fortalecían los lazos, ofreciendo seguridad contra la agresión.

Los olmecas veían y participaban de un universo definido por la unión recíproca de todas las cosas animadas. La explotación, así, como la coexistencia con animales y plantas, definían sus creencias particulares respecto a lo sobrenatural. Algunos animales se asociaban con determinadas habilidades, comportamiento o poder. En especial, en San Lorenzo, los felinos y las transformaciones felinas son particularmente evidentes (figs. 4.6 y 4.7). La participación olmeca en el medio ambiente era profunda y las creencias particulares fomentaron una firme identificación. Las actividades ceremoniales reforzaban sus creencias particulares, sin duda, a través de rituales y festividades cíclicas. Con las vestimentas, los monumentos y otros objetos decorativos, recreaban y volvían a actuar la historia de su pueblo y sus mitologías.

El arte monumental de San Lorenzo y sus dependencias se exhibían en áreas públicas asociadas con la arquitectura, para crear un despliegue escénico de arte y arquitectura de espectacularidad sin igual, en tiempos del Formativo temprano en Mesoamérica. Las esculturas se agrupaban para recrear mitos y acontecimientos históricos. El gobierno y las ceremonias iban de la

Figura 4.6. La combinación de rasgos humanos y felinos es evidente en el monumento 52. La espalda ahuecada de esta pieza indica que probablemente fue trasladada con una pértiga.

Figura 4.7. Monumento nuevo de San Lorenzo donde se observa una dinámica combinación de las características humanas y felinas en una pequeña pero expresiva escultura.

mano para enfatizar la unión del poder y el ritual. La compleja ideología olmeca de San Lorenzo se basaba en el arte político y religioso para apoyar a sus gobernantes.

Una visión particular del pasado se advierte en la acrópolis de Azuzul, en Loma del Zapote, donde se encontraron, *in situ,* cuatro esculturas monumentales, tal como las dejaron los olmecas (fig. 4.8). Colocadas en la orilla de un pavimento en la base superior de la gran terraza de la acrópolis, estas esculturas formaron una escena mítica en la que dos gemelos se enfrentan a dos felinos (figs. 4.9, 4.10, 4.11 y 4.12). Teniendo como referencia mitos mayas posteriores, es posible que ésta sea una manifestación temprana de los Héroes Gemelos que duró tres milenios.

Otra escultura recientemente descubierta en Loma del Zapote sugiere también que las esculturas se agrupaban para representar escenas. Un torso decapitado con una sola pierna intacta, muestra que la pierna faltante debe de haber estado colgada verticalmente frente al cuerpo (fig. 4.13). Por consiguiente, la escultura debe de haber descansado sobre una superficie elevada. La conclusión obvia es que esta escultura puede haber descansado sobre un trono u otra forma de asiento, durante algunos rituales.

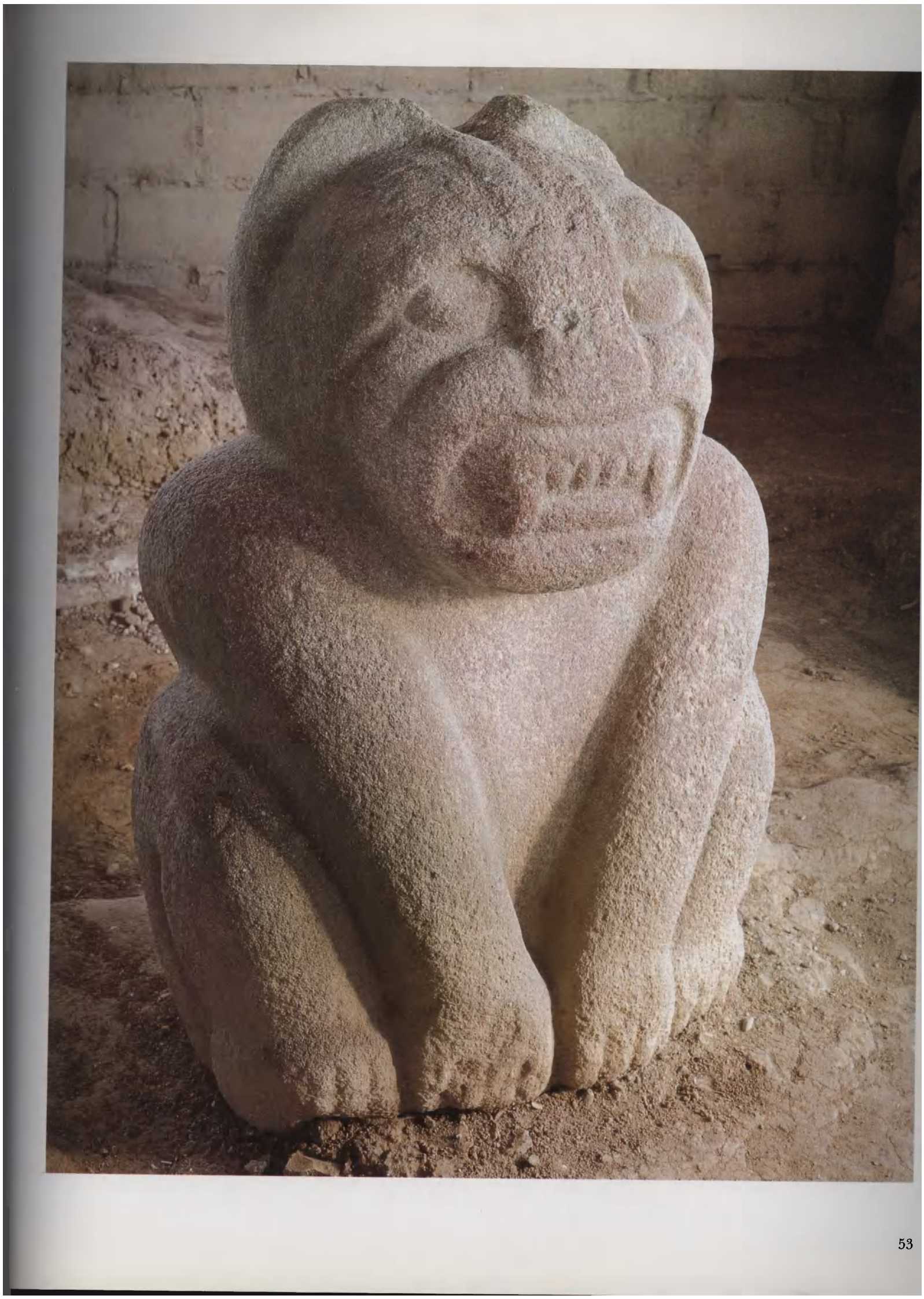
San Lorenzo tiene más cabezas colosales que cualquier otro sitio olmeca; incluyendo el último descubrimiento de 1994, el total es de 10. La nueva cabeza colosal descubierta es la más elaborada de todas, por el detalle representado en el tocado que está formado por cuentas cuadradas con esquinas redondeadas (fig. 4.14), estrechamente unidas. Un artefacto zoomorfo que representa el nombre cuelga del frente del casco y es la insignia de liderazgo. Esta cabeza, como todas las demás, es el retrato de un gobernante. Cada una de las cabezas colosales de San Lorenzo tiene rasgos diferentes y "personalidad". La expresión benigna de esta nueva cabeza contrasta con las facciones sonrientes y serias de otras cabezas (fig. 4.15).

Figura 4.8. Reconstrucción de la ubicación de las cuatro esculturas olmecas que se encontraron completas en la loma Azuzul, en el sitio Loma del Zapote. Al fondo, se ve la meseta de San Lorenzo. (Dibujo de Fernando Botas.)

Figura 4.9. Las esculturas gemelas procedentes de la loma Azuzul representan los únicos dos monumentos casi idénticos en el *corpus* de la escultura olmeca.

Figura 4.11. El pequeño felino, de 1.2 me de altura, procedente de la loma de Azuzu volvió a tallar sobre una escultura más anti y se colocó después en un despliegue escér con los gemelos y el gran felino.

Figura 4.10. Los ojos hendidos, las bocas con las comisuras hacia abajo y las poderosas mandíbulas de los gemelos de Azuzul representan el ideal físico olmeca.



ura 4.12. El gran felino de Azuzul, de 1.65 tros de alto, sigue el mismo canon artístico pequeño. Esta pieza, que forma parte del ıjunto con los otros monumentos, se colocó el borde de un pavimento de roca, en la era de la loma con terrazas. (Fotografía cor- ía de Ann Cyphers Guillén.)

ura 4.13. Magnífico torso masculino. Esta ultura mutilada está considerada entre las ulturas olmecas más finas y es especialmente sante porque tal vez se situó sobre una erficie elevada, quizá sobre un trono. Esta ultura tiene similitudes notables con la pin- a de un personaje sedente de Oxtotitlán, errero (véase fig. 9.4.). (Fotografía cortesía Ann Cyphers Guillén.)

ıra 4.14. La décima cabeza colosal olmeca, cubierta en 1994, mide 1.8 metros de altura osee el tocado más elaborado de todos los ocidos en estas cabezas. Esta persona, estrá- ı, representa a un hombre maduro con sus s hundidos, y las mejillas marcadamente ıetidas. (Fotografía cortesía de Ann Cyphers llén.)

Las cabezas colosales como retratos de gobernantes complementan los tronos monolíticos, anteriormente llamados "altares" hasta que David Grove aclaró su función. De hecho, como señala James Porter, algunas cabezas (como las cabezas 2 y 7) pueden haberse esculpido de tronos, en un ciclo de modificaciones escultóricas destinadas a legitimar los linajes de los gobernantes (figs. 4.16 a 4.22). La evidencia indica que el monumento 20 de San Lorenzo fue abandonado durante la etapa en que se reesculpió (figs. 4.23 y 4.24). La acción de reesculpir sugiere la decadencia de ancestros y castas en la sociedad olmeca. Los tronos, como símbolos de la posición sociopolítica del gobernante, muestran símbolos repetitivos de mandato, lo que indica claramente la institucionalización del cargo de gobernante.

La identificación y definición de las representaciones escénicas del arte de los monumentos se relacionó con el poder y la religión, y este reconocimiento permite una comprensión más amplia de la diversidad artística olmeca. La distribución temporal de los monumentos en conjuntos, constituyó un acto conmemorativo y una forma de presentar visualmente una narración.

A este respecto, el arte olmeca de San Lorenzo era movible y podía combinarse y recombinarse en diferentes escenas para expresar visualmente y recrear hechos importantes: la relación entre los mitos humanos y divinos, así como otros conceptos que quizás nunca comprenderemos. En algunos casos, las escenas se representaban sobre una arquitectura monumental o, en otros, en espacios arquitectónicos. El trabajo manual para mover incluso esculturas de mediano tamaño requirió la cooperación y quizás también la coerción de una importante fuerza de trabajo.

Todo lo expuesto muestra que la pompa del arte y la arquitectura formaban parte de un proceso político que relacionaba la tierra con el cosmos. No sólo se legitimó el derecho de gobernar, sino que la pompa política actuó dinámicamente para crear, mantener y modificar las relaciones sociales y los procesos históricos.

Comercio y producción

Como se mencionó más arriba, la localización de San Lorenzo fue particularmente favorable para la coordinación y el control del movimiento de personas y productos por vía fluvial. Además, la ventajosa localización fue ideal para la concentración de actividades productivas, proporcionando así una centralización capaz de coordinar tanto la producción como el intercambio. Las redes de transporte y comercio, como sistemas sumamente complejos en este entorno geográfico ramificado del llano del delta, ofrecieron un enlace interno natural; es así como la propia estructura geográfica influyó en la forma de los antiguos sistemas de comunicación y comercio. La eficiencia del transporte permitió la expansión e intensificación de los enlaces, creando al mismo tiempo una creciente especialización regional y abriendo las puertas a un mayor acceso de las fuerzas laborales. Con estas actividades económicas se registra una concentración de la población. El campo de la importación en un sistema semejante se intensifica considerablemente por la eficacia del transporte, que permite el flujo y acopio de grandes volúmenes de alimentos, materias primas y productos acabados. Durante la etapa

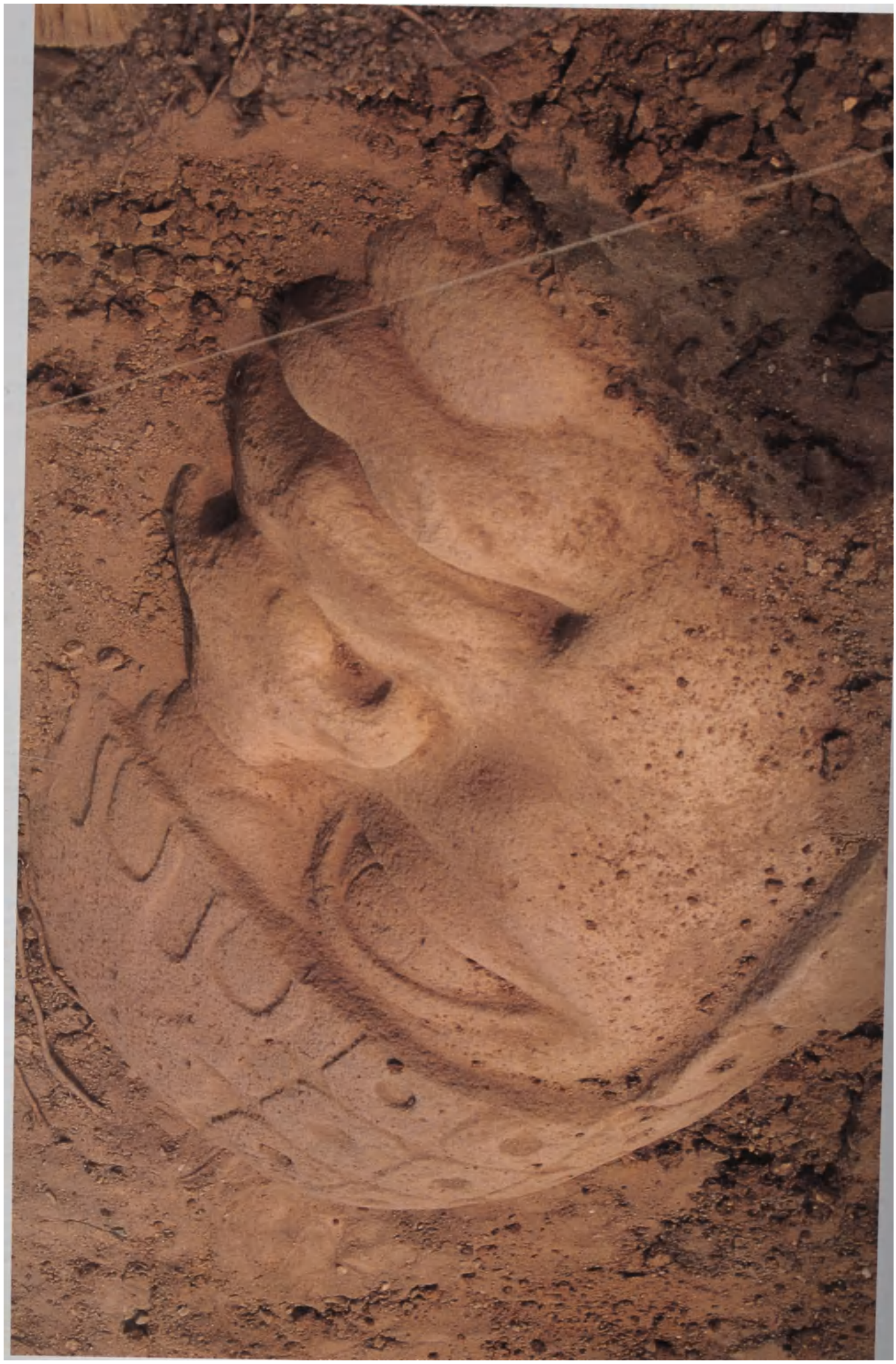


Figura 4.15. La cabeza recientemente descubierta parecía surgir de la tierra a medida que los trabajadores locales la descubrían con todo cuidado. (Fotografía cortesía de Ann Cyphers Guillén.)

Formativa temprana de San Lorenzo se utilizaban materias primas tanto locales como importadas. Entre éstas se incluían la hematita, la hematita especular, la piedra verde, la mica, el basalto, el esquisto y otras rocas metamórficas. La hematita, profusamente empleada para colorear edificios procedía de Almagres, situado a corta distancia al oeste de San Lorenzo. La hematita especular, usada en las bandas de cerámica provenía de El Manatí. Las formaciones locales de roca sedimentaria de bentonita y caliza proporcionaban recursos suficientes para materiales de construcción de edificios, y la piedra arenisca servía de abrasivo en las manufacturas. No existían localmente recursos de mineral de hierro, por lo que tenía que importarse de Oaxaca y Chiapas. La piedra verde es un término utilizado aquí que incluye el jade, la jadeíta y la serpentina, así como las piedras metamórficas de color verdoso que se importaban en San Lorenzo. El esquisto y otras rocas metamórficas pueden haber procedido de los altos del istmo y de la sierra de Juárez. La piedra volcánica, principalmente el basalto, se traía de las montañas

Figura 4.16. Cabeza 1, conocida localmente como *El rey*, es la más conocida de todas las cabezas. Es monumental, mide 2.85 metros de altura y porta una especie de casco, insignia distintiva de los gobernantes olmecas.

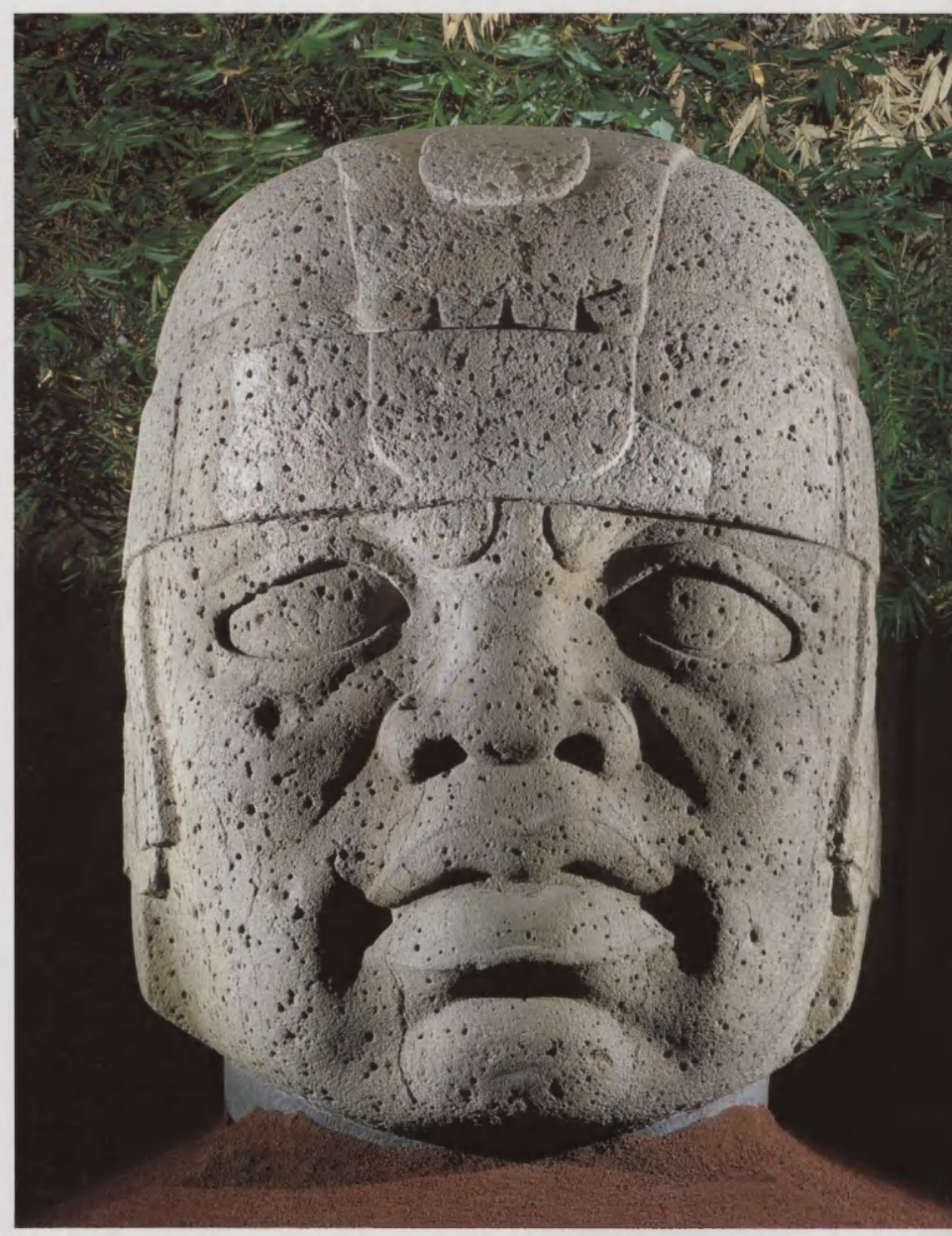


Figura 4.17. Cabeza 8 procedente de San Lorenzo. Mide 2.2 metros de altura y lleva un casco, sencillo pero elegante, con elementos estilizados en un relieve a lo largo de la banda.

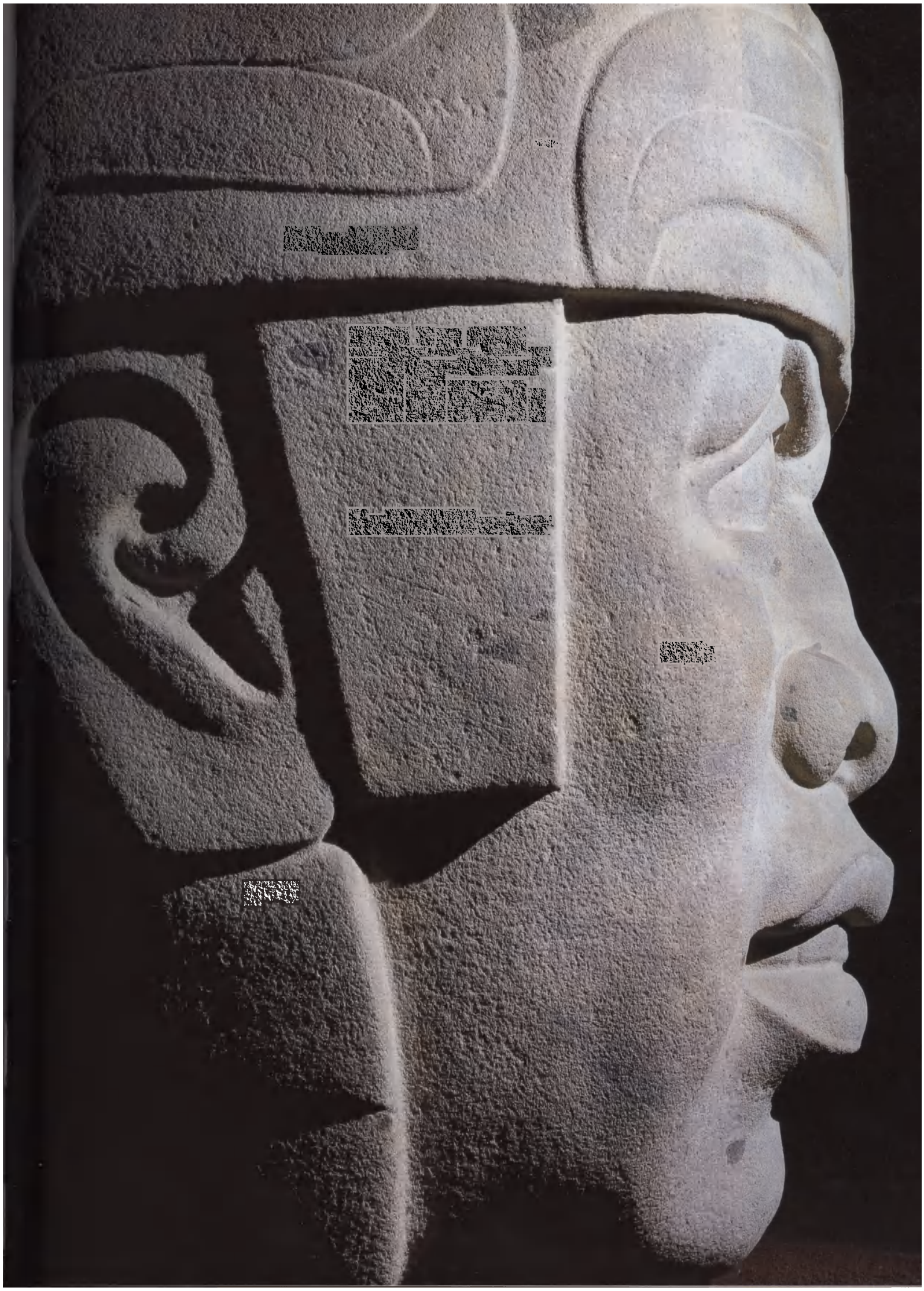


Figura 4.18. La cabeza 6, encontrada en el límite oriental de la loma surcentro de la meseta de San Lorenzo, lleva un casco con adornos en las orejas que parecen representar redes de abalorios y conchas.

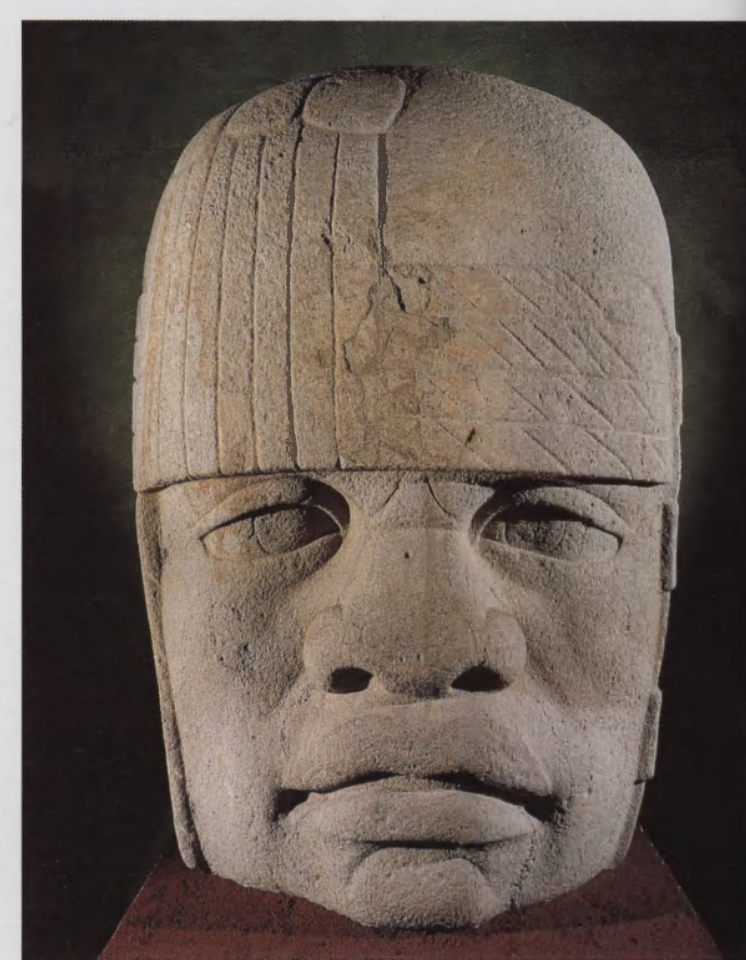
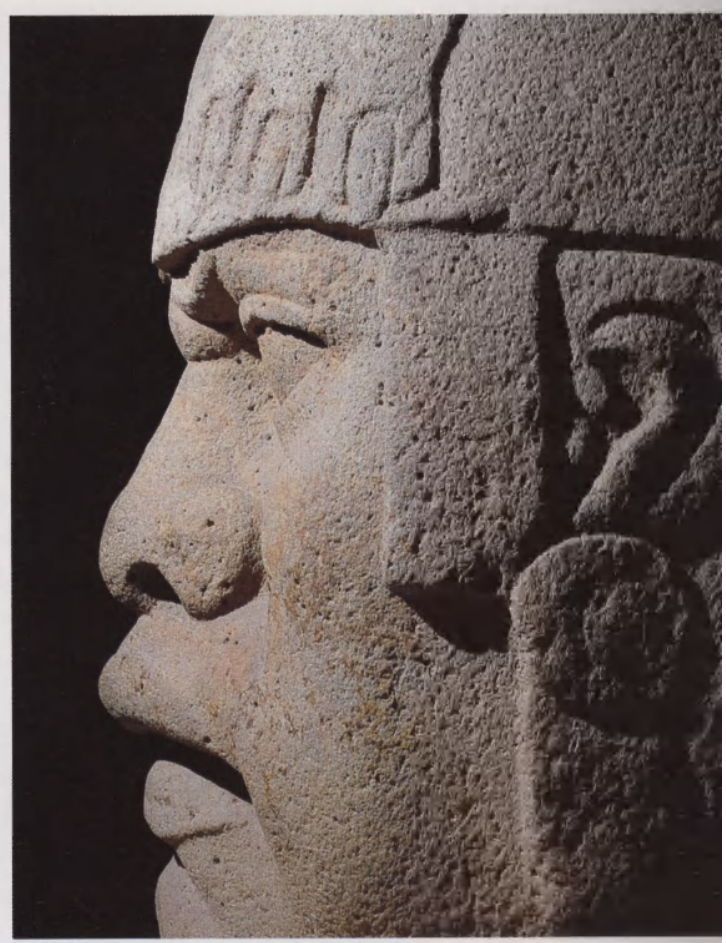


Figura 4.19. La cabeza 4 de San Lorenzo, de 1.78 metros de altura, ostenta cuerdas paralelas a lo largo del casco con tres borlas al lado derecho.

Figura 4.20. Del casco de la cabeza 5 de San Lorenzo cuelgan dos garras de jaguar. Este casco lleva un remate entrelazado con abalorios.



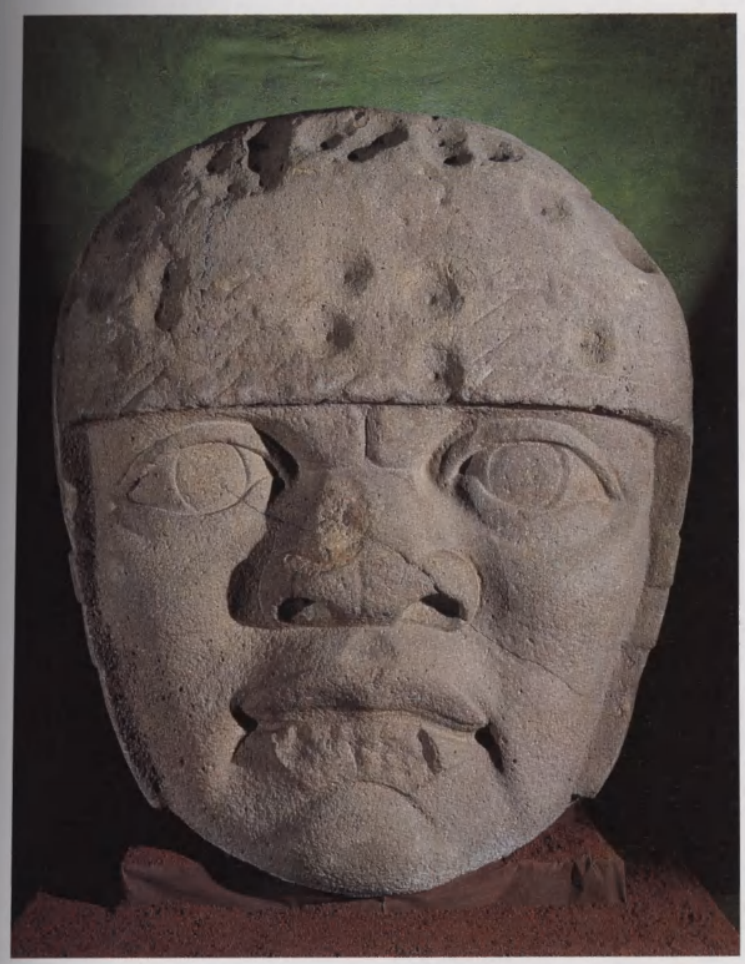


Figura 4.21. El labio inferior mutilado y 27 depresiones en forma de taza, difícilmente le pueden quitar su mérito a la poderosa cara de la cabeza 3 de San Lorenzo que mide 1.78 metros de altura.

Figura 4.22. La sonrisa enigmática de la cabeza 8 de San Lorenzo la hace, quizá, la más expresiva de todas.

Figura 4.23. La vista frontal de la cabeza 7 de San Lorenzo muestra abundantes indicios de que se trató de borrar el rostro del personaje deliberadamente.

de Tuxtla, aproximadamente a 60 kilómetros al noroeste. La obsidiana, un recurso clave, se ha identificado con las tres principales fuentes de ese material: La Victoria, en Puebla; El Chayal, en Guatemala y Otumba, en el Estado de México.

Durante el apogeo del periodo Formativo temprano de San Lorenzo se observa una intensa especialización en la producción de varios objetos. Se han encontrado intensas actividades productivas en la propia capital y en Loma del Zapote, el segundo asentamiento de importancia de la región. El grado de centralización de los talleres variaba de acuerdo con el recurso utilizado, lo que indica la existencia de distintos mecanismos para controlar la obtención y aprovisionamiento de materias primas. En los hogares se fabricaban objetos de obsidiana, como navajas prismáticas, buriles, raspadores y objetos de piedra verde como orejeras, placas y adornos pequeños. Los talleres eran notables por la intensidad de su trabajo. El reciclaje de la escultura de basalto era controlado directamente por la élite, así como lo era la producción de metates. La manufactura de losas de basalto y la tecnología de la ilmenita estaban situadas en lugares especializados, pero no se sabe si dependían de residentes privilegiados.

Dos talleres importantes en San Lorenzo merecen ser mencionados, sencillamente por el grado de actividad que ejercían. El primero de ellos es el taller de reciclaje de monumentos adjunto a una estructura parecida a un palacio, en el Grupo D, que dirigía la modificación y reesculpido de monumentos (fig. 4.25). Esta área ha arrojado un total de 44 monumentos dañados y fragmentados destinados a ser reciclados en otras formas escultóricas, elementos arquitectónicos o utensilios.

En el segundo taller se concentraba una tecnología especializada de producción y estaba situado en el sector suroeste de la meseta. Aquí se localizaron ocho o más toneladas de artefactos minerales con perforaciones múltiples (fig. 4.26) en densas concentraciones que son, posiblemente, tiraderos donde se amontonaban en pozos. Este mineral de hierro, posiblemente ilmenita, se importaba de Chiapas y Oaxaca. Es especialmente interesante la coincidencia de importantes concentraciones de artefactos semejantes en Plumajillo y Amatal, en Chiapas, lugares situados cerca del venero de la materia prima (véase el capítulo 12). Es probable que los artefactos de ilmenita se importaran a San Lorenzo en forma de bloques, sin perforaciones. Las perforaciones se produjeron por el procedimiento de rotación, donde estos instrumentos se usaban como parte de los taladros sumamente eficientes (posiblemente taladros de arco) empleados para la fabricación de artefactos de piedra, madera, concha y otros materiales.

Así, San Lorenzo fue un lugar donde se centralizó la producción en gran escala de objetos hechos con materias primas importadas, muchas de ellas procedentes de fuentes lejanas. A la fecha, con el estado actual de conocimientos de ese periodo, el grado y la variedad de la especialización no tenían igual en otros sitios mesoamericanos del Formativo temprano. Será importante considerar la naturaleza específica (o los mecanismos) del intercambio, ya que esas actividades económicas estaban inextricablemente ligadas con las relaciones sociales. El grado y la naturaleza del acceso a recursos o poblaciones que controlaban dichos recursos permanecen inciertos mientras no se completen los análisis requeridos. Sin embargo, San Lorenzo era,

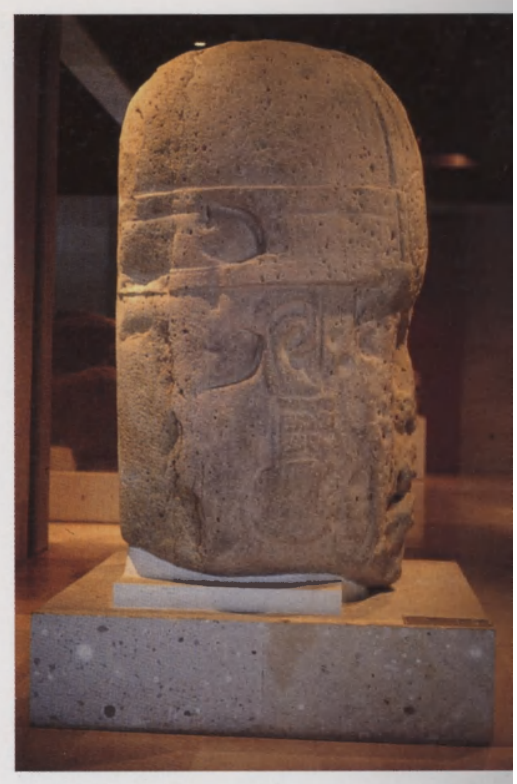


Figura 4.24. Vista lateral de la cabeza 7 en l que aparecen dos arcos hendidos que, segú James Porter, son reminiscencias del nicho fro tal del trono del que proviene esta cabeza (Fotografía cortesía de Ann Cyphers Guillén.)

desde luego, lo suficientemente poderoso para coordinar la explotació producción y distribución de recursos dentro de la región, así como pa influir en el intercambio con regiones distantes de Mesoamérica.

La influencia de San Lorenzo se sintió en toda Mesoamérica durante periodo Formativo temprano. La evidencia arqueológica demuestra que l olmecas establecieron redes de intercambio en las que desplazaban bien suntuarios y de uso común. Los espejos de magnetita llegaron a San Loren procedentes de San José Mogote, en Oaxaca, y de otras fuentes descono das; todavía no se conocen las fuentes de la piedra verde utilizada tanto pa elaborar hachas rituales como para uso común, así como los mosaicos magnetita e ilmenita. Como se mencionó líneas arriba, la búsqueda de ilm nita para herramientas llevó a los olmecas a Chiapas y Oaxaca. La obtenci de obsidiana, cuarzo y jaspe para producir herramientas, fomentó la form ción de redes de intercambio con pueblos distantes. Para obtener producto y recursos del exterior, los olmecas comerciaban con los productos q

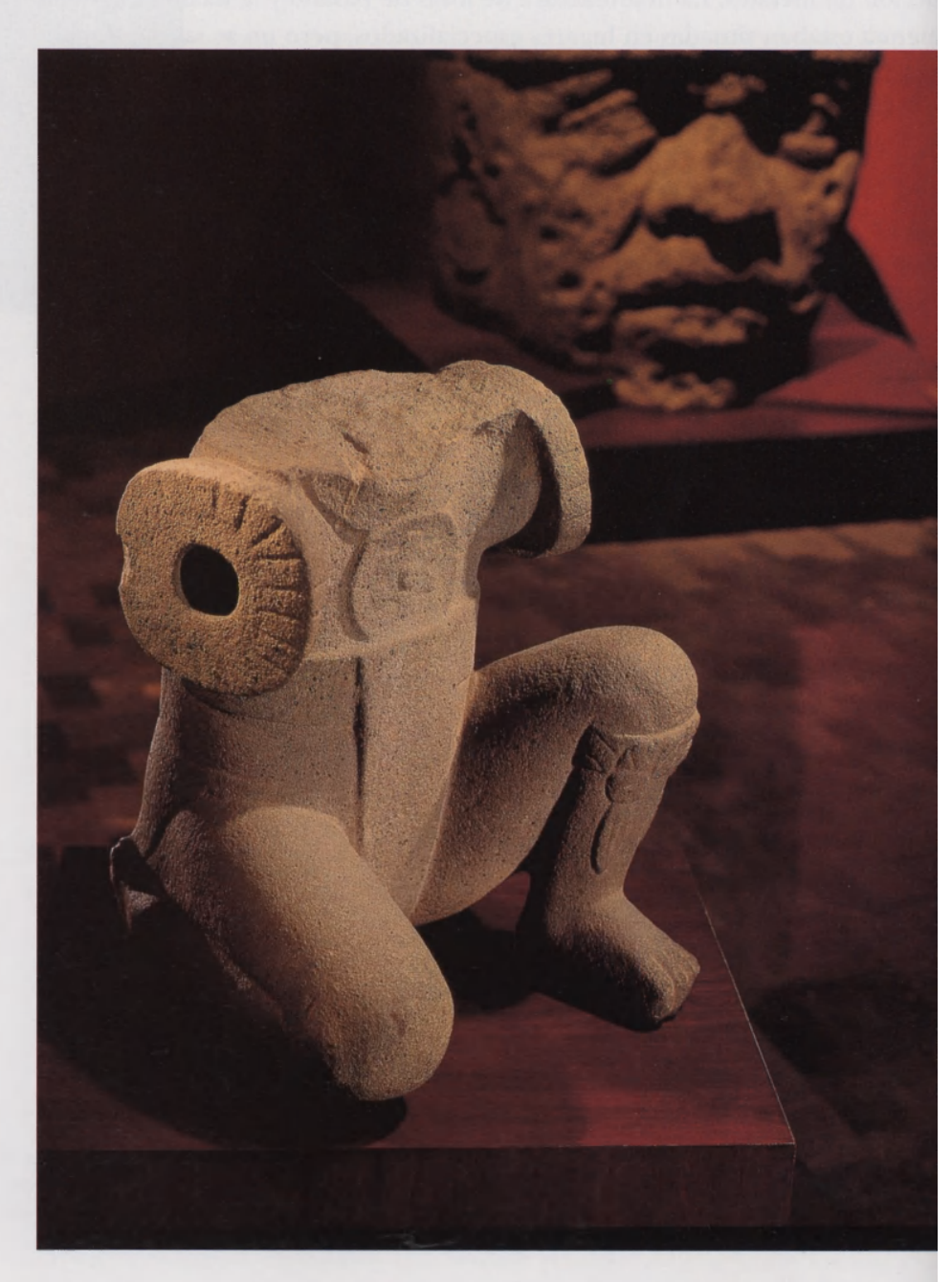


Figura 4.25. La impresionante figura del jugador de pelota (monumento 34) tiene unos discos para articular los brazos. Esta escultura se encontró en el reciclaje del taller del monumento localizado en el Grupo D. (Fotografía cortesía de Kenneth Garrett.)

extraían de los ríos, de las selvas tropicales y del mar. Muchos objetos se han perdido por la mala preservación, pero se comerció con la concha, las espinas de la raya y los dientes de tiburón, e incluso también, con pieles de animales, zaleas, pigmentos, textiles y fibras. Productos de la cuenca del Istmo, como el asfalto, que se utilizaba para pintar cerámica y como sellador, así como el azufre medicinal, eran importantes mercancías. Como consecuencia del comercio interregional, el diseño de la cerámica, la forma de las vasijas y los estilos de las figurillas fueron copiados por socios comerciales (véase el capítulo 12).

La favorable acción recíproca entre la ideología religiosa y las actividades económicas fue la clave del éxito olmeca, apoyado por la legitimación divina. San Lorenzo organizó, controló y mantuvo con éxito una vasta red de comunicación y transporte a la que se aplicaron diversos sistemas administrativos. La compleja producción se administró centralmente y se facilitó la distribución de productos acabados.

Figura 4.26. La inmensa cantidad de bloques perforados de ilmenita encontrados en San Lorenzo indica una actividad manufacturera en gran escala que utilizaba estas herramientas hechas de mineral de hierro importado. (Fotografía cortesía de Ann Cyphers Guillén.)

Organización sociopolítica

No es posible separar la organización sociopolítica de los olmecas de San Lorenzo, de los demás aspectos de la cultura olmeca ya tratados. El conjunto cultural observado en San Lorenzo demuestra la eficacia del funcionamiento de una sociedad bien integrada, de estructura jerárquica, en la que las estrategias internas fueron adaptadas por los olmecas para organizar su universo.

Considerado en un principio como un lugar relativamente pequeño de 53 hectáreas, los reconocimientos y excavaciones realizados recientemente en San Lorenzo demuestran que el material cultural se encuentra en la superficie hasta el intervalo de contorno de 30 metros (fig. 4.4). Esta área cubre las terrazas laterales y se extiende hacia abajo hasta el llano. Se estima tentativamente que San Lorenzo abarca una extensión de 300 hectáreas; esta cifra es sustentada por las últimas exploraciones. Si este dato es verificado por la investigación que estamos realizando, San Lorenzo tendrá que considerarse como el asentamiento más grande de Mesoamérica durante el periodo Formativo temprano.

En tiempos del florecimiento de San Lorenzo, la distribución de la población en los alrededores del sitio muestra un claro aumento en la densidad del asentamiento, así como una diferenciación de los sitios, de acuerdo con el tamaño y la función. El crecimiento de la población vino acompañado del desarrollo de un patrón de asentamiento jerarquizado. El aumento de población fue mayor en el área inmediata a San Lorenzo. El patrón lineal de los sitios, a lo largo de los cauces de los ríos, refleja la organización dentrítica y la jerarquía administrativa. Grupos pequeños especializados residían próximos a los recursos naturales particulares y explotables, como el control de montículos bajos en el llano aluvial del norte, cerca de la confluencia de antiguos ríos, donde se explotaban recursos acuíferos de la estación. Se obverva claramente un mayor asentamiento humano en la confluencia de ríos donde comunidades importantes controlaban la intersección de las vías fluviales. Esto se observa notablemente en el paso de Las Camelias, la afluencia sur de los canales de Tatagapa y Potrero Nuevo —Azuzul. La presencia de

calzadas elevadas y construcciones en forma de U relacionadas con actividades de transporte, indica el control ejercido sobre el tránsito de personas y productos en este punto. En la confluencia norte también había un asentamiento importante que ahora se encuentra enterrado por aluviones recientes del río Chiquito; parte de este sitio fue excavado, en El Remolino, por Stirling y, más tarde, por Coe y Diehl. Estos sitios se caracterizan por la presencia de monumentos de piedra y arquitectura monumental.

La centralización del asentamiento y el crecimiento de la población en este tiempo coincidieron con la producción en gran escala de bienes, así como de sistemas de intercambio extensivo. Es posible que San Lorenzo haya dominado la producción de algunos bienes, como objetos de piedra verde, metates y platones de piedra. La tecnología de perforación de la ilmenita se empleó en gran escala en San Lorenzo, aunque también se ha observado una notable actividad en Loma del Zapote. Mediante el control de la piedra volcánica, en particular, la élite dominaba la producción de objetos de piedra tales como manos y metates, para su comercialización, y la ideología del poder representada por las esculturas.

Se observó una intensificación de la agricultura a través de la investigación arqueológica, por el mayor número y variedad de implementos de piedra para procesar alimentos. Existe evidencia de que en el periodo de apogeo tenían maíz, frijol, calabaza y aguacate. Animales terrestres como el venado, el pecarí, el perro y el conejo se usaban como alimento y recursos acuáticos como el pato, la tortuga y el pescado continuaron constituyendo una parte importante de su dieta. Las tierras del bordo, muy fértiles, se plantaban, seguramente, para obtener alimentos para la población residente. En el caso de la subsistencia en general, también es importante considerar el potencial de San Lorenzo para obtener alimentos a través de su enorme actividad importadora.

La mayor parte de los monumentos monolíticos de San Lorenzo datan de la fase de apogeo. Aunque existe abundante evidencia de que los monumentos volvían a esculpirse y a reciclarse para producir otros nuevos, cambiando el símbolo de poder, no hay indicios, hasta la fecha, de monumentos esculpidos de piedra no modificada en este lugar. Es posible que se hayan llevado a San Lorenzo monumentos medio hechos, que se prepararon en otro lugar, quizás más cerca de la cantera de piedra volcánica. Los hallazgos recientes de Llano del Jícaro sugieren la existencia de talleres para monumentos, y varios de los monumentos de Laguna de los Cerros podrían ser formas previas para ser talladas definitivamente en su lugar de destino. El transporte de piedra en bloque en formas previas o de esculturas terminadas indica la existencia de una organización capaz de contar con una importante mano de obra para el transporte, ya que no existían ni la rueda ni los animales de carga. Aunque no se puede eliminar el transporte por el río, las rutas más seguras para movilizar los monumentos eran evidentemente por tierra, siguiendo la tierra firme sobre los llanos anegados por el río. En la evaluación de la organización sociopolítica se ha subestimado enormemente la escala de mano de obra necesaria para el transporte de piedras. El esfuerzo requerido para mover 10 o 25 toneladas métricas de piedra en bloque necesariamente requería la colaboración de cientos de trabajadores. Los especialistas en cuerdas y nudos, las balsas, los rodillos y la madera resistente, así

Figura 4.27. Monumento 14 de San Lorenzo mayor de todos los tronos olmecas, muestra personaje sentado en el nicho frontal.

como los coordinadores del trabajo, forman un equipo altamente especializado (véase el capítulo 12).

Los gobernantes de San Lorenzo, retratados en las cabezas colosales, controlaban un elaborado sistema ritual para reforzar su poder. La atención al ritual era de primordial importancia probablemente a través de festividades cíclicas, incluyendo fiestas. Las cabezas colosales que eran manifestaciones materiales del poder de los gobernantes y del supremo poder de San Lorenzo, posiblemente nunca fueron transportadas a otro lugar (fig. 4.27). Los tronos, asociados también con los gobernantes, bien pueden haber sido objetos relativamente permanentes en las áreas ceremoniales de San Lorenzo; sin embargo, hay que señalar que el sitio de Loma del Zapote contenía, por lo menos, un trono pequeño, conocido como monumento 2 de Potrero Nuevo, que demuestra claramente la estructura jerárquica del liderazgo interno en la región (fig. 4.28). De acuerdo con la distribución de esculturas por toda la región, otros monumentos quedaron en localidades específicas para su uso en rituales locales, y pueden haber estado coordinados con festividades cíclicas de la región.

Otros indicadores de la complejidad social se derivan de los contenidos de las casas, que arrojan importantes diferencias en el estilo y construcción de las residencias. Por ejemplo, sólo el grupo de la élite podía financiar el uso de la piedra volcánica en sus edificios. El tipo de objetos materiales de que disponía la gente en las distintas moradas variaba, como es el caso de los objetos de piedra verde y las pequeñas esculturas de piedra y cerámica. Es evidente que en las actividades de producción de objetos para el hogar existía un acceso restringido a las tecnologías de la obsidiana y la ilmenita. Todos estos datos sugieren que en San Lorenzo existían marcadas diferencias respecto a la riqueza y el nivel social. En las zonas alejadas del centro urbano las diferencias eran más notables. La disponibilidad directa y la desaparición gradual de los objetos asociados con los niveles sociales se apegaban a la organización por jerarquías de los asentamientos humanos, dentro del sistema regional.

Decadencia de San Lorenzo

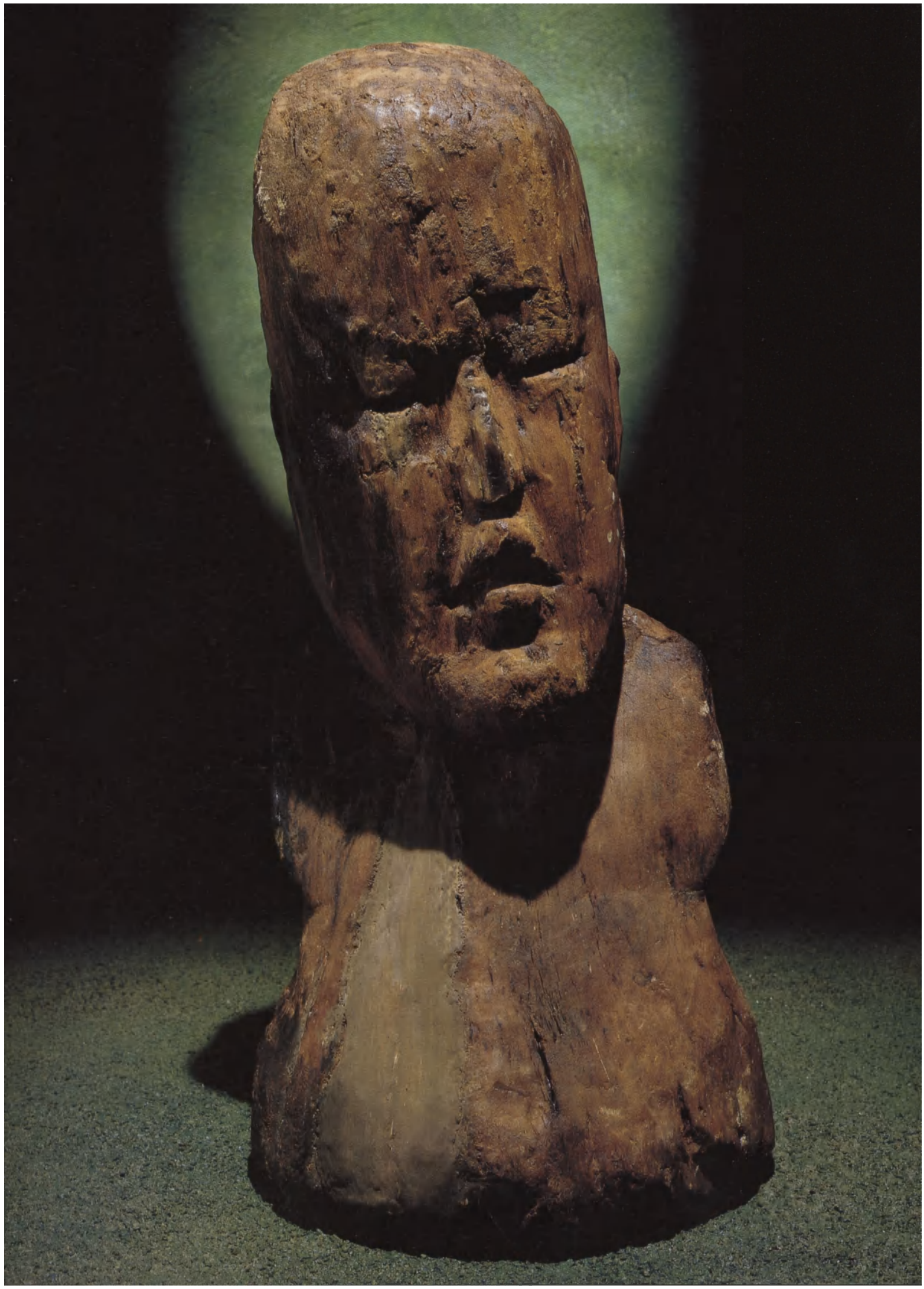
Toda la evidencia indica que San Lorenzo sufrió una decadencia como centro principal olmeca, al final del periodo Formativo temprano, hacia 900 a.C. Sin embargo, el sitio continuó en esa localidad durante el Formativo medio, cuando se erigieron algunas construcciones pequeñas en el área central. Posteriormente, la población aumentó y modificó estas estructuras para sus propios propósitos.

Las causas de la desaparición de ese sitio han variado; se considera la posibilidad de la llegada de invasores, una revolución interna o la decadencia gradual. La base para suponer una invasión fue el descubrimiento de muchos monumentos en barrancas donde pueden haber sido arrojados por los invasores. Sin embargo, ahora es evidente que las barrancas de la meseta fueron producidas por la erosión y que los monumentos allí encontrados se deslizaron durante este proceso. Los monumentos rotos también se interpretaron como evidencia de invasores, o la posibilidad de que los propios residentes de San Lorenzo hubieran destruido esos símbolos en desafío a la estructura en el poder. Recientes estudios acerca de la destrucción de monumentos revelan que los monumentos rotos pueden también indicar una mutilación ritual o la remodelación de los monumentos. Por consiguiente, los fragmentos de monumentos deben interpretarse en términos de su contexto, con el fin de comprender la razón de su estado actual, y esto puede diferir en cada caso. La hipótesis de una decadencia gradual de San Lorenzo refleja la posibilidad de una transición que puede interpretarse como el paso al Formativo medio; sin embargo, la notable reducción del tamaño de San Lorenzo y la disminución de los asentamientos en la región requieren una explicación.

La creencia general es que la localidad de La Venta, en Tabasco, surgió como centro dominante después de la decadencia de San Lorenzo, pero el papel que desempeñaron Laguna de los Cerros y Tres Zapotes sigue sin desentrañarse en el panorama regional y temporal que tenemos de los olmecas (véase el capítulo 6). Existe evidencia conclusiva de la presencia de un asentamiento en La Venta del Formativo temprano, pero todavía no se ha aclarado si esa localidad competía con San Lorenzo a principios de esta fase temprana.

Se ha reunido evidencia de actividad tectónica a través de investigaciones en los Tuxtlas, donde se ha hallado ceniza volcánica en el contexto del Formativo temprano y medio. Los movimientos tectónicos y las erupciones volcánicas podrían haber afectado poderosamente el entorno de la región de San Lorenzo y los Tuxtlas. El cambio de curso de los ríos, la altitud del terreno y la desintegración ecológica son algunos de los efectos de dicha actividad. Es prematuro atribuir la decadencia de San Lorenzo a una catástrofe natural de esa índole, pero no puede descartarse esa posibilidad.

Figura 4.28. Este pequeño trono, conocido como monumento 2 de Potrero Nuevo, estuvo originalmente en el sitio de Loma del Zapote, y representa a dos enanos que, como atlantes, detienen el saliente superior del trono, que lleva el motivo de doble línea quebrada, comúnmente encontrado en la cerámica del Formativo medio.



5. Los espacios sagrados olmecas: El Manatí, un caso especial

Ponciano Ortiz
Ma. del Carmen Rodríguez

La vida de los olmecas, como lo fue en todas las sociedades posteriores, giró sobre el eje fundamental de la religión. Para cada acto cotidiano probablemente existieron normas y preceptos que regían y separaban lo sacro de lo profano.

Sin embargo, no todos los especialistas concuerdan en que los olmecas tuvieron una religión, como la que se alcanza más tarde en el Clásico y Posclásico, en donde ya se define como una institución. Más bien consideran que su nivel de organización fue igualitario y que apenas contaban con un sistema de prácticas mágicas basadas en el animismo.

Tenemos que reconocer que los datos recuperados aún son escasos para definir con toda certeza cómo estuvo organizado este grupo, que logró su esplendor entre el 1200 y el 900 a.C.

La obvia carencia de fuentes escritas nos imposibilita la comprensión de aspectos concretos de sus rituales, como sus cantos, plegarias y danzas. Tal vez ahora podamos saber algo más con el empleo de técnicas sofisticadas, si es que la parafernalia sobrevive; por ejemplo, si los encargados de la liturgia seguían dietas diferentes, o cuáles eran sus penitencias, sacrificios y quizá ayunos que seguramente acompañaban a cada ritual.

Por otro lado, en realidad son pocos los sitios que se han explorado dentro de la llamada área nuclear olmeca, esto es la región sur de Veracruz y Tabasco, a saber: San Lorenzo, Tres Zapotes, Laguna de los Cerros y Las Limas, en Veracruz, y La Venta, en Tabasco. Sin embargo, en casi todos se han encontrado evidencias de la realización de importantes ceremonias religiosas que demuestran la existencia de una sociedad jerarquizada y que por lo tanto debía de contar con un grupo especializado que planeó y dirigió estos rituales, estrechamente ligados al culto de la madre tierra, a la fertilidad, al agua, etc., pero también a los componentes del cosmos.

Según Richard Diehl (1988:65): "El patrón fundamental de las creencias olmecas parece ser la adoración de ciertos dioses superiores o fuerzas sobrenaturales que controlaban el universo y sostenían la estructura sociopolítica del mundo humano. La interacción humana con ellos requería rituales que

Página de enfrente: Uno de los 11 bustos de madera encontrados por los ejidatarios en El Manatí.

ra 5.1. Monumento C de Tres Zapotes, cruz, mostrando el estilo olmeca tardío.

se celebraban en los templos u otros lugares santificados. El sistema de creencias incluía un panteón de deidades, una cosmología que explicaba y estructuraba el universo y una colección de actividades y rituales que expresaban esa cosmología".

De estas ceremonias atestiguadas por la evidencia arqueológica debemos destacar las magnas obras halladas en La Venta, consistentes en ofrendas masivas de bloques de serpentina perfectamente labradas y alisadas, que se acomodaron en varias capas formando pisos (fig. 6.18): la ofrenda masiva 2 que fue colocada en un gran hueco de 15 metros de largo norte-sur por 6 metros este-oeste y con una profundidad de 4.90 metros, y la ofrenda 3, que también consistió en el acomodamiento de seis capas o pisos de bloques de serpentina, que ocupó un área de 19.20 metros norte-sur por 20 metros este-oeste y que no fue expuesta en su totalidad. Estas enormes fosas fueron cuidadosamente rellenadas con arcillas de colores y selladas con varios pisos formados por bloques de adobe.

Otras ceremonias relevantes debieron de celebrarse cuando se formaron y sepultaron los tres impresionantes y enormes mosaicos que conforman el rostro geométricamente estilizado de un jaguar incorporando la mayoría de sus elementos representativos. En el mosaico de la Plataforma Sureste se usaron 497 bloques de serpentina y 485 en el otro. Los dos tenían casi las mismas dimensiones: 4.60 metros este-oeste por 7 metros norte-sur (fig. 6.19).

El mosaico que se localizó al norte de la pirámide principal, remataba en su parte superior con columnas monolíticas de basalto colocadas cercando una pieza indicando o quizás protegiendo la grandeza de lo sepultado o tal vez como dice Beatriz de la Fuente como un "indicio del área consagrada en donde estaban ocultas las ofrendas".

Aparentemente estos elementos no fueron hechos para ser vistos por

mucho tiempo y no fueron elaborados para exponerse permanentemente, pues parece que tan pronto se terminó la ceremonia fueron cubiertos con capas de arena y barros de colores previamente seleccionados y finalmente sellados con bloques de adobe.

Otros elementos que nos describen sus prácticas religiosas, son las tumbas construidas de columnas de basalto (figs. 6.14 y 6.15), así como la serie de acomodamientos en una capa o en varias, de hachas de jade y serpentina, formando patrones cruciformes o simples agrupamientos acomodados siguiendo un eje norte-sur. Algunas fueron labradas con rostros típicamente olmecas. Varios de estos conjuntos remataban en su extremo norte con espejos de magnetita e ilmenita.

Queremos también destacar de este importante sitio la famosa ofrenda 4 que da cuenta de un acto público o de un consejo, representado por 16 personajes de pie adelante de seis hachas colocadas verticalmente (fig. 6.20). Esta representación nos muestra una reunión de jerarcas que planean y discuten sobre un acontecimiento político o sobre alguna obra religiosa que se va a efectuar. Lamentablemente ya no podemos escuchar sus voces, lamentos, alegrías o enojos pues se nos han escapado en el hueco del tiempo.

Acaso, las más de 75 esculturas labradas en basalto, altares, cabezas colo-

Figura 5.2. Vista aérea del sitio de El Manatí, Veracruz. (Fotografía cortesía de Kenneth Garrett.)

Figura 5.3. Bustos de madera de El Manatí. El de la izquierda fue el primero que se encontró. Lleva el nombre de Vicky.

sales, figuras antropomorfas y zoomorfas, la cantidad considerable de hachas y figurillas labradas en piedras finas, materias primas importadas desde tierras lejanas no hablan, denotan o nos demuestran que esta ciudad previamente planificada, tuvo una gran importancia como centro político y religioso. Como lo refiere la doctora Beatriz de la Fuente (1975): "Es evidente que ese despligue de esfuerzo humano, que a escala heroica se aprecia en lo que fue La Venta, revela una ciudad rígidamente estratificada: el poder estaba en manos de un grupo reducido y el pueblo le estaba sujeto, tal vez porque le otorgaba un origen divino".

Pero vayamos ahora a San Lorenzo Tenochtitlan, ubicado en el sur de Veracruz y descubierto por Matthew Stirling. Las investigaciones efectuadas revelan hasta ahora que este sitio tuvo un carácter muy distinto al de La Venta, aunque sí muestra elementos compartidos. Destaca por la calidad de sus monumentos monolíticos labrados en basalto, pero carece de la majestuosidad de las ofrendas masivas de La Venta y del esfuerzo humano que esto

Figura 5.4. Dos bustos de madera de El Manatí.

Figura 5.5. Excavaciones en el manantial de El Manatí. (Fotografía cortesía de Ponciano Ortiz.)

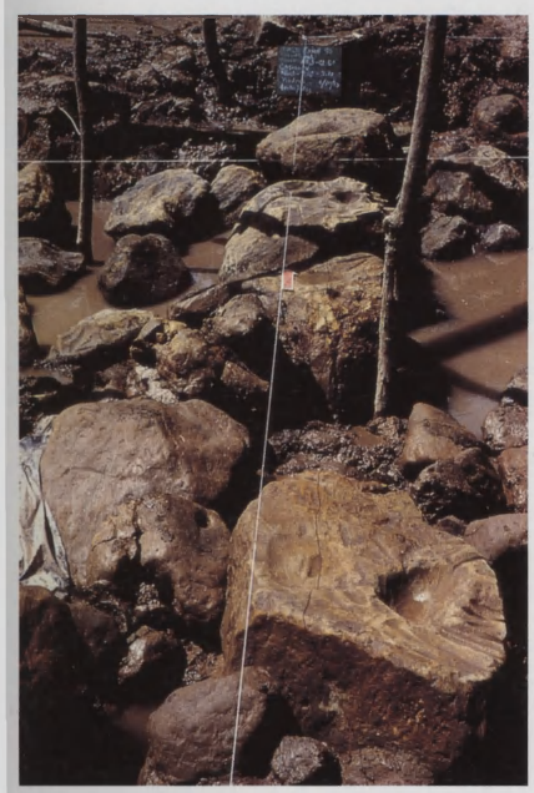


Figura 5.6. Lecho de rocas areniscas en el fondo del manantial. (Fotografía cortesía de Ponciano Ortiz.)

representa. Aquí no se han encontrado hasta la fecha los extraordinarios mosaicos de jaguares estilizados, ni las espectaculares tumbas de columnas basálticas, ni tampoco las ofrendas masivas de serpentina y ni siquiera los acomodamientos masivos de hachas labradas en jade.

Parece claro, entonces, que se trata de ciudades o centros con responsabilidades distintas ya sea en el culto o en la política como lo han anotado antes otros investigadores. Probablemente se deba a que corresponden a temporalidades diferentes en el recorrer del tiempo olmeca; por eso también son distintos Laguna de los Cerros y Tres Zapotes, pero no cortan el cordón umbilical que los une en sus propios desarrollos.

Pero regresemos a San Lorenzo en la búsqueda de evidencias de ceremonias y ritos, inferidos a través de la evidencia arqueológica. También las encontramos. ¿Acaso el traslado de esas grandes moles de piedra, al igual que en otros sitios, no involucró ceremonias especiales?; ¿acaso el esculpir y el ver terminados estos monumentos no significaron cantos y plegarias, al igual que cuando fueron mutiladas o destruidas de manera fingida y finalmente sepultadas siguiendo ejes sobre los puntos cardinales?

Echemos ahora una mirada a los sitios llamados "fronterizos" como los de Morelos, Guerrero y Chiapas, en nuestra búsqueda de una evidencia que denote la posible existencia de ceremonias religiosas relacionadas con los olmecas. Algunos pueden ser contemporáneos y otros más tardíos.

Así por ejemplo, Izapa, ubicado en Chiapas, es más tardío pero representa un ejemplo de la culminación de los logros alcanzados en la representación de las más sofisticadas escenas rituales labradas en piedra, sean éstas de carácter político, conmemorativo o religioso y que tienen su contraparte en Cerro de las Mesas y con algunas de Tres Zapotes (fig. 5.1) y El Mesón o con la recién descubierta *Estela de la mojarra* en Veracruz, que está aportando nuevas luces a la lectura de los iconos olmecas (véase el capítulo 7).

Estos logros lapidarios se suceden entre el 400 a.C. al 200 de la era. Por estos años se labra la estela C de Tres Zapotes, que nos enseña un conocimiento calendárico, dándonos una fecha de septiembre del 31 a.C., así como la estatuilla de los Tuxtlas fechada en el año 162 d.C. Paradójicamente se acercaba el declinar de esa cultura civilizadora; no sabemos qué sucedió a ciencia cierta y ya mucho se ha especulado al respecto.

En el estado de Guerrero se descubrió un importante sitio que han llamado Teopantecuanitlán; la evidencia olmeca aquí es también notable y muestra semejanzas con los sitios costeños del Golfo de México (véase el capítulo 9). Sus sistemas constructivos monolíticos, su conocimiento hidráulico, la organización espacial de su ciudad, los elementos olmecas representados en su escultura y en los objetos portátiles y domésticos, así lo evidencian, y aunque obviamente también su carácter fue distinto, a fin de cuentas estaba repleto de esa religiosidad olmeca, con la misma carga semiótica, que indica actitudes similares ante los problemas de la vida cotidiana y ante sus dioses, en lo sacro y en lo profano.

En el estado de Morelos se localiza Chalcatzingo (véase el capítulo 10), otro importante sitio de los que se han definido como "fronterizos". Se levanta entre dos grandes cerros que interrumpen la configuración plana del valle. Es famoso por la gran cantidad de relieves labrados en grandes rocas de las faldas de los cerros.

Destaca el que han llamado *El rey*: un personaje sentado dentro de una cueva, la representación del monstruo de la tierra y la puerta entre el mundo subterráneo de lo sobrenatural y la vida cotidiana; lleva en sus manos una caja, que contiene, quizá, las reliquias de sus ancestros (fig. 10.3). Una serie de plantas brotan en las cuatro esquinas. El personaje está ricamente ataviado y ostenta un impresionante tocado. De la cueva emergen unas vírgulas que probablemente representan el agua o el viento; en la parte superior tres nubes cargadas de agua sueltan la lluvia. Todos los elementos aquí plasmados son símbolos que hablan de una ceremonia y de un culto a la fertilidad, al origen humano y a sus ancestros.

Otro monumento que es impresionante por haber logrado plasmar el movimiento de un personaje, es el conocido como *El volador*, que efectivamente parece estar volando; quetzales y guacamayas custodian su vuelo. Se le ha interpretado como un jugador de pelota por los atuendos que porta véase fig. 10.8).

Todos estos monumentos y escenas están dotados de un gran simbolismo, nos dan mensajes, nos hablan de sus mitos. Según Jorge Angulo los que se encuentran al pie del monte, representan "leyendas, tradiciones y rituales relacionados con el sacrificio humano dedicado a las deidades asociadas con el sistema calendárico y con la fertilidad; los que se encuentran en las terrazas residenciales cumplen una función tanto política como religiosa" (véase el capítulo 14).

La intención de reseñar aunque de manera breve los elementos anteriores fue tratar de enmarcar la ceremonia y los rituales que se efectuaron al pie del cerro Manatí hace más de 3000 años y que desde nuestra perspectiva son indicadores de una planeación rigurosa y cuidadosa, cargada de símbolos que nos hablan de una compleja organización religiosa, como lo reflejan los ejemplos mencionados más arriba.

Figura 5.7. Una de las piedras en la línea que muestra huellas de pulir hachas de piedra dura, como jade. (Fotografía cortesía de Ponciano Ortiz.)

Los espacios sagrados

Hemos afirmado que El Manatí fue un espacio sagrado utilizado por una o varias comunidades olmecas de la región. Esta aseveración la hemos sustentado por las características del lugar y por los ritos religiosos que se efectuaron en este sitio.

Todas nuestras lecturas sobre los tratados de religión anotan la existencia de los espacios sagrados, y aunque su definición, ubicación, forma y funcionalidad, pueden variar de cultura a cultura y a través del tiempo, siempre denotan patrones generales.

Según Mircea Eliade (1991), el espacio sagrado es una área delimitada del espacio profano que lo rodea, en donde se hace posible la comunión con la sacralidad y en la que se repite un concepto primordial (hierofanía) que asegura su preservación como tal.

Los espacios sagrados según Johansson (1982) "son los espacios naturales, donde la epifanía formal del relieve o de la vegetación revela los lugares predilectos del culto y los recintos sagrados que, por una parte, traen la naturaleza a la urbe y por otra marcan los límites que separan el espacio sacro de su homólogo profano [...] los primeros ritos debieron ser esencial-

Figura 5.8. Tiestos del lecho rocoso y de la primera fase de El Manatí, Veracruz, que son similares a los de San Lorenzo y también de la costa de Chiapas. (Fotografía cortesía de Ponciano Ortiz.)

Figura 5.9. Pelotas de hule encontradas en los niveles inferiores del manantial en el lecho rocoso. (Fotografía cortesía de Ponciano Ortiz.)

mente miméticos, ya que buscaron imitar las manifestaciones naturales según el cuadro cultural del grupo".

En El Manatí se ven conjugados varios elementos y factores que legitiman dicho espacio sagrado, como veremos más adelante.

El sitio

El cerro Manatí se levanta majestuoso entre los pantanos y lagunas que lo circundan, destacando en toda la planicie, pues aún conserva parte de su hábitat natural como una "isla", refugio de animales silvestres, tales como el ocelote, los monos, los armadillos, etc., y una gran variedad de pájaros como tucanes, pericos, guacamayas y otras aves migratorias que abundan en las lagunas (fig. 5.2).

El Manatí se encuentra ubicado al sur del estado de Veracruz, sobre la cuenca del río Coatzacoalcos (fig. 1.3). Pertenece al municipio de Hidalgotitlán y al ejido de El Macayal. La primera mención arqueológica que se hace del sitio se debe al expedicionario Frans Blom en 1925.

En dicho sitio se efectuaron hace más de 3000 años importantes ceremonias religiosas. Una o varias aldeas, por algún motivo, practicaron subsecuentemente varias ceremonias a través de un largo tiempo que culmina con la ofrenda masiva de esculturas labradas en madera (fig. 5.3 y 5.4), acompañadas de diversos elementos en su mayoría de carácter orgánico (plantas, huesos humanos y de animales, pelotas de hule, etc.), extraordinariamente conservados, pues al permanecer anegado por siempre el lugar, se crearon condiciones anaeróbicas.

Este lugar sagrado fue utilizado durante varios siglos, según indican los datos del carbono 14, a partir del año 1600 a.C. La información recuperada nos habla de prácticas ligadas a su cotidianidad, así como a sucesos especiales, que requirieron de un esfuerzo humano social y económico, tanto individual como colectivo.

Por las características de estos acontecimientos también hemos podido definir que hubo cambios a través del tiempo en la forma de ofrendar, tanto en los objetos depositados como en la manera de su acomodo.

Trataremos de describir brevemente los distintos momentos rituales de acuerdo con la cronología en que éstos se desarrollaron.

Alrededor del año 1600 a.C., un pueblo que habitaba los pantanos —que tenía que lidiar con las frecuentes inundaciones, los animales depredadores, las peligrosas serpientes y los lagartos, pero que también disfrutaba el esplendor de las aves acuáticas migrantes y locales, y la riqueza alimenticia que le proporcionaba la gran variedad de especies lacustres, de los ríos y de tierra firme—, inició una serie de rituales en este espacio sagrado, prácticas que se continuaron hasta el 1200 a.C.

¿Por qué fue escogido?, ¿qué llamó su atención en la cotidianidad de sus actividades sacras y profanas?, ¿cuál o cuáles fueron los motivos que impulsaron a estos pueblos a efectuar estos importantes rituales?, ¿cómo se efectuaron y cuál fue su significado?, son preguntas a las que estamos intentando dar respuesta.

Nuestros datos indican que este singular espacio fue ocupado sacralmente por varias generaciones, por lo menos 20, calculando cuatro por cada

Figura 5.10. Hachas pulidas de El Manatí.

siglo y considerando que el sitio fue venerado por lo menos durante seis siglos.

No hay duda de que el recuerdo y el uso del espacio sagrado se mantuvieron durante todo este tiempo. La evidencia es contundente. ¿Cómo y por qué sucedió? Ése es nuestro gran dilema.

Los datos hasta la fecha recuperados indican la existencia de por lo menos tres importantes fases de ocupación, con características distintas en el uso del espacio y el tipo de material ofrendado.

El área por nosotros excavada es relativamente pequeña pero sumado a lo removido por los campesinos podemos decir que comprende una extensión aproximada de 39 metros norte-sur por 20 este-oeste. Hasta la fecha no hemos logrado encontrar los límites o definir el área total que ocuparon estas ofrendas (fig. 5.5).

Figura 5.11. Ofrenda de hachas pulidas en forma de flor que corresponden a la segunda ofrenda. (Fotografía cortesía de Ponciano Ortiz.)

Primera fase

La fase más antigua fechada por el carbono 14 en el año 1600 a.C. se asocia a un antiguo cauce formado por los manantiales que brotan en el lado oeste del cerro Manatí. El fondo está formado por un lecho de piedras areniscas cuyo tamaño varía desde 10 a 30 cm, hasta grandes bloques mayores de 1.50 metros. La mayoría se concentra hacia la orilla del cerro (fig. 5.6).

Las de mayores dimensiones fueron acomodadas siguiendo un eje norte-sur y lo interesante es que algunas muestran huellas de trabajo consistente en tajaduras en forma de V y oquedades redondas de diferentes diámetros

Figura 5.12. Dos ofrendas de hachas de la segunda fase de El Manatí. (Fotografía cortesía de Ponciano Ortiz.)

(fig. 5.7), similares a las que muestran algunos monumentos de San Lorenzo, La Venta e incluso Chalcatzingo.

Michael Coe ha expresado que en el caso de San Lorenzo pueden indicar una destrucción simbólica después de una revolución palaciega y que por eso fueron sepultados en la plazas ceremonialmente sobre los puntos cardinales. Joralemon, por su parte, piensa que pueden ser indicadores de ciertas prácticas rituales como sería el tratar de obtener la fuerza, el poder o el "maná" que debieron representar.

Además, hemos encontrado fragmentos de vasijas, dispersos por todo el lecho y, entre las piedras, concentraciones de recipientes semicompletos (fig. 5.8), que dan la impresión de haber sido arrojados al cauce intencionalmente. Es bastante significativa la presencia de cajetes de piedra, morteros de escasa profundidad decorados en el exterior con un "picoteo" y metates ápodos de esquinas redondeadas.

Una cantidad considerable de pequeños cantos rodados craquelados o rotos por el fuego, o quizás por haberse calentado y sumergido en agua, que posiblemente son un indicador de ciertos usos culinarios.

La presencia de obsidiana es prácticamente nula; hemos rescatado no más de 20 fragmentos entre lascas y navajas en este depósito. Lo mismo sucede con las figurillas; una sola cabecita proviene de este contexto, pero formó parte de un collar de cuentas de jadeíta.

Entre este lecho de piedras y gravilla también se encuentran hachas dispersas por todo el fondo, muchas de jadeíta de alta calidad y cuentas del mismo material. Hasta la fecha hemos encontrado dos pelotas de hule de aproximadamente 15 cm de diámetro en este mismo contexto, lo cual es bastante relevante pues es una evidencia contundente de que ya en esta época tan temprana existía el juego de pelota, pero al respecto hablaremos más adelante (fig. 5.9 a y b).

Las fechas obtenidas para este depósito concuerdan muy bien con la evidencia que nos proporciona la cerámica que incluye un ajuar extrañamente estandarizado. Son diagnósticas las formas de tecomates con acanaladuras (fig. 5.8) a manera de gajos que imitan una calabaza, siempre de boca muy reducida; platos con acanaladuras que se desprenden de labios biselados, con acanaladuras sutiles dentro y abajo del borde que fueron cubiertas con engobes, guinda especular, rojo, bayo y negro (figs. 3.2 y 3.8).

De acuerdo con nuestras observaciones y comparaciones con materiales reportados en la literatura y también corroborados por otros arqueólogos, este complejo es contemporáneo de las fases Barra y Locona de Chiapas, así como de las fases Bajío y Ojochi de San Lorenzo Tenochtitlan en Veracruz.

Es obvio que imaginar lo que estaba pasando en este lugar es difícil y es casi seguro que mucho de lo que digamos será subjetivo, pero sin embargo los datos parecerán más convincentes.

Seguramente este lugar estuvo siempre cubierto por una densa vegetación selvática, repleta de animales salvajes, jaguares, ocelotes, lagartos, jaba-líes, changos, etc. Pero quizás hayan tenido limpia una área en donde se efectuaban los preparativos para las ofrendas y quizás para las casas de los sacerdotes, chamanes o brujos, que custodiaban el lugar o que tenían a cargo la liturgia, o bien para recibir a los peregrinos que acudían a efectuar sus rituales, a consagrarse con sus dioses y que portaban valiosos rega-

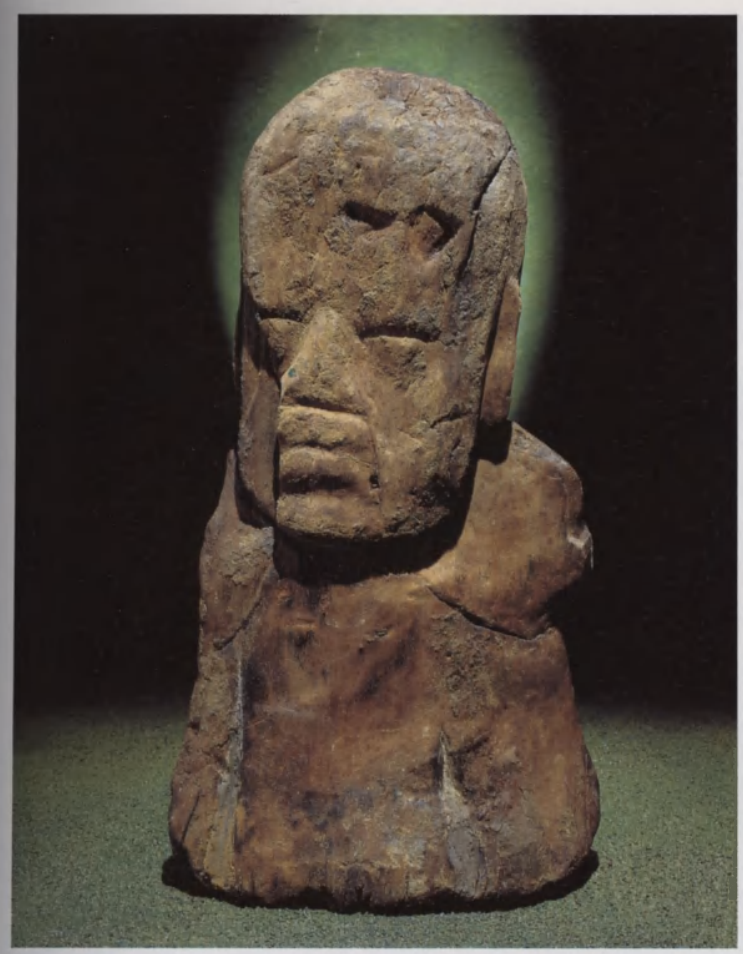


Figura 5.13. Dos vistas de la escultura 2 de El Manatí.

los importados cuya adquisición y manufactura tuvo seguramente un costo alto.

La evidencia, brevemente reseñada, nos dice que desde esta época tan antigua el lugar ya era un espacio especial, un "santuario", un lugar sagrado, al que las comunidades acudían en ocasiones especiales a efectuar rituales. El hecho de que no encontremos un ajuar doméstico completo, con variaciones en las formas de sus vasijas; el que la mayoría de los instrumentos líticos sean morteros; la virtual ausencia de obsidiana y figurillas, que son los objetos más usuales asociados a un hábitat doméstico, nos indica claramente varias alternativas de interpretación.

El lugar en esta época no estuvo ocupado por una aldea permanente, pues no hay evidencia de una actividad doméstica, según indican los datos obtenidos en unidades habitacionales que hemos excavado o que han sido reportadas en la literatura. Esto afianza, pues, la definición del espacio sagrado, que siempre estará separado de lo profano.

Lo anterior queda demostrado por un ajuar cerámico altamente estandarizado, que indica prácticas culinarias especiales y diferentes de las del pueblo, pero con evidencia de tizne en sus paredes exteriores; un ajuar lítico (piedra pulida) que evidencia igualmente usos bastante específicos; la virtual ausencia de instrumentos de obsidiana como artefactos punzocortantes, vitales en cualquier casa familiar, y la ausencia de figurillas en este contexto.

Figura 5.14. Hacha de El Manatí en forma de huella de pie. Esta pieza fue encontrada por la gente de la comunidad antes de que se comenzaran las excavaciones arqueológicas.

Figura 5.15. Figura de piedra encontrada en las capas superiores del manantial por la gente del lugar.

Esto puede significar que sí había custodios en el lugar, pero que ést tenían una alimentación diferente, más ligada a los productos vegetale como lo indica el ajuar culinario, o bien que la evidencia aquí encontra corresponde a ofrendas ocasionales, productos de peregrinos que acudían lugar en fechas o momentos especiales y que efectuaban ceremonias previa cocinaban, jugaban a la pelota, cantaban y bailaban al compás de un tamb ocarinas, silbatos de caña, maracas, etc., en una noche de luna llena, cuan las Pléyades anunciaban la llegada de las lluvias, o bien cuando éstas no veían.

En lo personal creemos que el tizne acumulado en el exterior de alg nos recipientes y a veces en el interior, nos indica que sí había custodios d espacio sagrado, por lo menos durante esa época.

Segunda fase

Alrededor del año 1500 a.C. este espacio sagrado se cubrió con una capa materia orgánica de considerable grosor, que a través de los siglos se redu a un espesor que variaba entre 5 cm y 20 cm. Esta capa de turba cubrió selló, cual alfombra, las ofrendas de esa antigua comunidad.

Sin embargo, el espacio sagrado mantuvo su vigencia como tal. Despu de acumularse esa capa vegetal y cuando este cauce ligero comenzó a az varse con finas capas de lodo orgánico se sucedieron nuevas ceremoni sacras. Aún no sabemos el tiempo que pasó entre la acumulación de e gruesa capa de turba y el azolve del que hablamos.

Los olmecas continuaron depositando sus objetos más preciados, hach de jade y otras piedras finas perfectamente acabadas, pulidas y bruñid hasta alcanzar una textura cerosa y brillo de espejo, en verdad de impres nantes acabados (fig. 5.10).

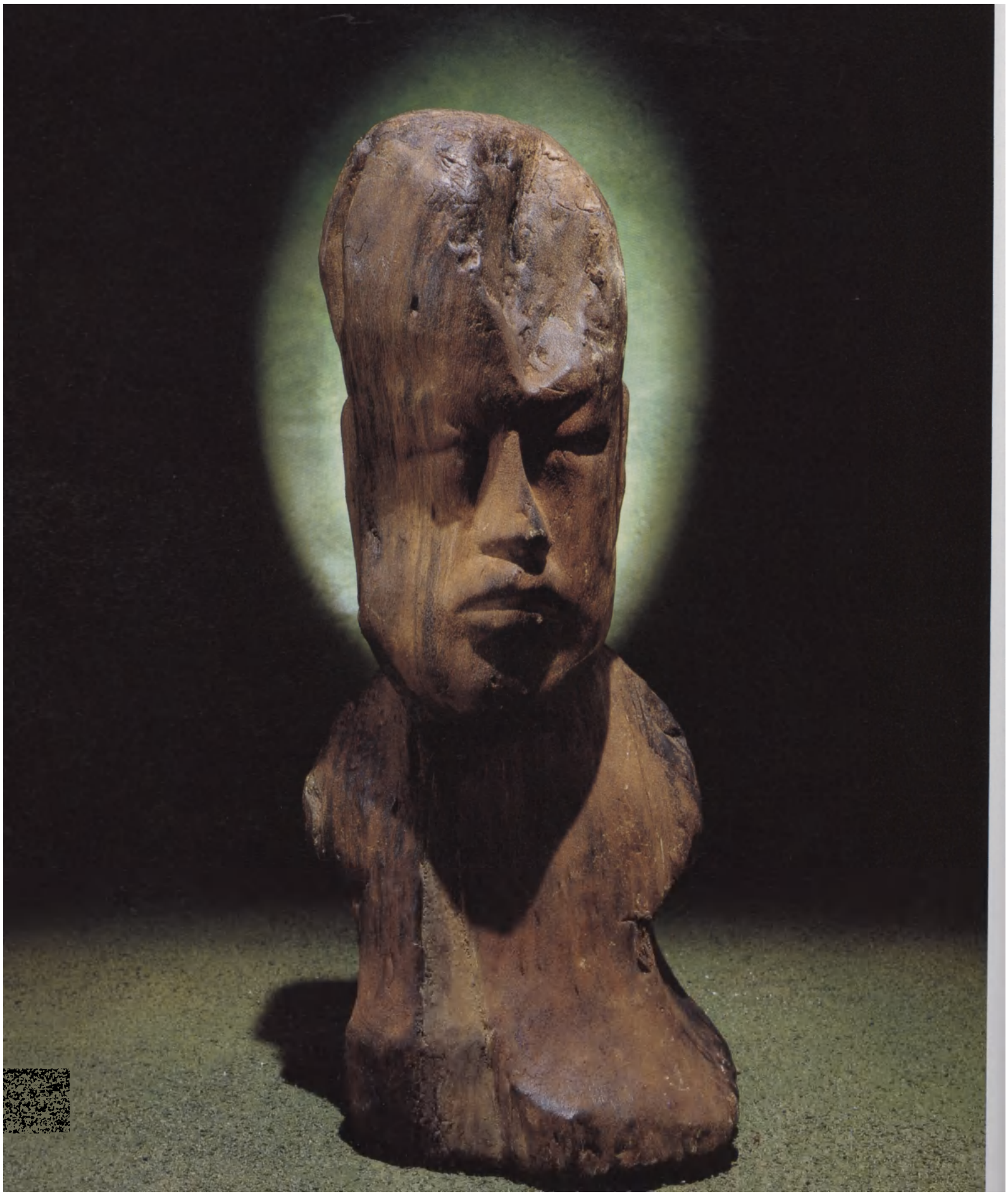
Ahora se observa un cambio en el ritual, como que adquiere una may complejidad; se continúa ofrendando, como hemos dicho, sólo las hach pero ahora ya no se tiran al azar, se sepultan o se acomodan en el fan siguiendo patrones conceptuales, en acomodamientos lineales según un e norte-sur o con la misma orientación pero en agrupamientos, siempre co servando una simetría.

Destacan los conjuntos de cinco o seis hachas acomodadas como pétal de flor con el filo hacia arriba (fig. 5.11), así como los que formaron bloqu con 10 a 15 piezas; éstos debieron de ser colocados en un atado, como bul y luego depositados en el fango (fig. 5.12).

No encontramos nada más que se asocie con esta época; no hay cerám ca, pero hay tres pelotas de hule que pueden ser coetáneas.

A pesar de carecer de mayores evidencias, lo que podemos aprender estos datos es que sí se presentan cambios en la conceptualización de ceremonias sacras. Ahora se denota una planificación en sus ofrendas hachas; siguen siendo colectivas, familiares o comunitarias, pero ahora ma tienen un orden, es decir un patrón preconcebido.

Estos rituales de ofrendas colectivas de hachas, apenas iniciadas en Manatí, verán su culminación en las ofrendas de La Venta, San Isidro, Ch pas y La Merced en el municipio de Hidalgotitlán, Veracruz, sitio recien mente descubierto por el Proyecto Manatí.



Tercera fase

El lugar se fue cubriendo con un lodo muy fino, de textura pegajosa en estado húmedo; su color es rosáceo en las partes más profundas y gris oscuro en la parte superior, pero su textura es la misma y con un alto contenido orgánico y alcanza un grosor variable de 2 a 4 metros; de acuerdo con la topografía natural, creemos que esta arcilla fue producto del arrastre de los manantiales.

No sabemos en qué tiempo ocurrió este proceso, pero una fecha de carbono 14 obtenida de la escultura 2, dio 1 200 años a.C.

En esta fecha el espacio sagrado fue objeto de un magno acontecimiento, el enterramiento masivo de bustos antropomorfos labrados en madera (fig. 5.13), acompañados de una gran cantidad de objetos y elementos que conforman una importante parafernalia que acompañó al ritual (figs. 5.14 y 5.15).

Algo extraordinario sucedió, alguna calamidad, fuertes inundaciones, o una prolongada sequía, que impulsó a una comunidad o a varias a rendir pleitesía una vez más a los dioses que moraban en su cerro sagrado.

No podemos saber aún si fue una ceremonia efectuada durante varios días consecutivos o si pasó mucho tiempo entre cada inhumación. El hecho de que no hayamos encontrado hasta ahora ofrendas mutiladas *in situ*, puede indicar que el enterramiento masivo fue simultáneo, pero como veremos más adelante, prácticamente todos los conjuntos, y también las tumbas solitarias, fueron protegidos con túmulos de piedras; entonces al toparse con el amontonamiento de piedras, bien pudieron darse cuenta de dónde estaba una ofrenda anterior de bustos. De ser así, pudieron efectuarse ofrendas durante varias generaciones.

Hasta la fecha hemos localizado *in situ* 18 esculturas completas, más dos fragmentos en suelo removido por los campesinos, que sumadas a las 17 que entregaron hacen un total de 37 piezas (fig. 5.16).

Las esculturas producto de nuestra excavación fueron numeradas progresivamente y nombradas. La razón de haberlas identificado con nombres propios surgió a partir del encuentro de la primera escultura, cuando doña Heredia Villaseca nos pidió que la bautizáramos con agua del manantial para "quitarle el diablito", pues el "niño" acababa de nacer. Resulta paradójico que incluso después de milenios, aunque sin ninguna relación aparente, para los lugareños los bustos no son simples objetos sino individuos. En esa ocasión eligieron el nombre de Vicki, por llamarse así su primera hija, después de varios varones; posteriormente, respetando esta petición, continuamos dándoles nombres a sugerencia de los trabajadores o bien el nombre del que la encontrara.

Podemos decir que la mayoría fueron sepultadas siguiendo un ritual sofisticado o muy cuidadoso, y al parecer fueron tratadas como personas ya que éstas se sepultaron envueltas en una especie de petate o protegidas con una fibra parecida al tule, de manera similar al trato que se le dio al único cráneo humano rescatado por nosotros.

Esta fue una costumbre que quizá ellos originaron y que después culminó con la tradición de los "bultos mortuorios", consistente en cubrir con petate los restos de los difuntos tal y como lo describen las fuentes indígenas y los cronistas del siglo XVI.

De las que provienen de contexto, cinco de ellas se encontraron sin otro

Figura 5.17. Excavación de Chico y los restos óseos asociados de niños. (Fotografía cortesía de Ponciano Ortiz.)

Figura 5.18. Ofrenda de tres bustos de madera bautizados con los nombres de Lulú, Chispa y Poc. (Fotografía cortesía de Ignacio Montes.)

Figura 5.16. Uno de los 11 bustos de madera de El Manatí.

Figura 5.19. Inicio de amontonamiento de piedras sobre Fabián, Dani y Macario. (Fotografía cortesía de Ponciano Ortiz.)

Figura 5.20. El conjunto de esculturas de Fabián, Dani y Macario. (Fotografía cortesía de Ponciano Ortiz.)

busto asociado, tres conjuntos estuvieron integrados por tres bustos cada uno y otros dos conjuntos por dos piezas.

La primera escultura que se identificó como Vicki se halló con el rostro hacia el oeste y tenía asociado un bastón de madera. Fue cubierta con una capa de material orgánico a base de fibras.

Esto se localizó debajo de un amontonamiento de piedras, entre las cuales había impresiones de hojas, fragmentos de hematita, algunos restos óseos dispersos de niños, y una bola de hematita amarrada con un hilo tenía una lasca grande de obsidiana. Fue acomodada con el rostro hacia abajo y con una orientación este-oeste, con la cabeza en dirección al cerro y mostró algunos restos de materia orgánica que la cubrían.

Toño se acomodó de cabeza mirando al cerro, al lado de un túmulo de piedras areniscas; únicamente tuvo asociado un fragmento de semilla y dos cajetes con engobe blanco.

Chico se encontró debajo de un túmulo de piedras areniscas y se colocó con el rostro hacia arriba, con la cabeza hacia el suroeste (fig. 5.17). Sobre ella se ofrendaron restos óseos de niños, destacando tres fragmentos de cráneo con evidencia de cortes intencionales; en uno se observaron fragmentos de cordel y también se depositaron varios ramos de plantas.

Goyo no mostró ningún objeto asociado; este busto se diferencia notablemente de los anteriores en su forma, ya que se trata de una escultura plana. Su grado de conservación es pésimo, pero se observan sus rasgos faciales; fue encontrada boca arriba y su cabeza orientada al sur.

Un conjunto interesante fue el integrado por tres bustos (Lulú, Chispa y Poc), dos aparentemente femeninos, al juzgar por la presencia de senos incipientes (fig. 5.18). Se acomodaron en un semicírculo. Lo más relevante en este conjunto fue que se colocó en medio de éstas parte del cráneo de un niño y una vara que tenía amarres en cabos de dos hilos y las impresiones de hojas, lo que puede interpretarse como ramo de plantas. Éstas se protegieron con una cubierta de materia orgánica.

Polo y Nacho fueron acomodados tocándose las cabezas, con una orientación hacia el cerro; tenían un cajete asociado y debajo de ellas todavía se encontraron restos de fibras vegetales. Mientras que Cruz y Güicho estuvieron debajo de un montón de piedras; a cada una se le colocó un bastón. Ambas se acomodaron de pie mirando al cerro. Debajo de una de ellas se colocó el entierro primario de un niño.

Las figuras de Simón, Martí y Mundo fueron colocadas una boca abajo, otra de costado y la tercera boca arriba. Tuvieron asociados cuatro bastones y fueron cubiertas con capas de materia orgánica y con algunas piedras; destaca la que fue colocada sobre el pecho de Mundo, pues aún conservaba parte de un amarre.

Fabián, Dani y Macario se localizaron hacia el extremo sur de la excavación. Igualmente debajo de piedras (fig. 5.19) y protegidas con capas de fibras similares al tule. Se colocaron formando un semicírculo (fig. 5.20). Una estaba medio inclinada, con la cabeza hacia abajo, mirando al oeste. Otra boca arriba y una más boca abajo (fig. 5.21). En la parte central y abajo de la cabeza de la escultura medio inclinada se colocaron 11 hachas de piedra verde (fig. 5.22). Destaca este conjunto porque cada uno de los bustos ostenta orejeras circulares y pectorales elaborados en madera.

Figura 5.21. Acercamiento de Fabián mostranc su pectoral de madera y orejeras. (Fotograf cortesía de Ponciano Ortiz.)

Figura 5.22. Ofrenda de hachas encontrad abajo de Macario. (Fotografía cortesía de Po ciano Ortiz.)

Figura 5.23. Bloques de arcilla con hachas. (Fotografía cortesía de Ponciano Ortiz.)

Figura 5.24. Bastón con diente de tiburón. (Fotografía cortesía de Ignacio Montes.)

Otros objetos que también fueron importantes son: una serie de bloc de arcilla de color crema y verdoso, de textura y consistencia suave y plás Pensamos que podría ser caolín, pero todavía no hemos recibido el res do de los análisis. Su forma y su tamaño varían; pueden ser rectangul cuadrados o de plano irregulares, y oscilan entre los 20 y los 30 cm. H encontrado hasta ahora 20 de estos bloques, pero pudimos observar muchos se colocaron en una orientación este-oeste. Lo más interesan que a 11 de ellos se les incrustó, más o menos en el centro, una peq hacha con el filo hacia arriba (fig. 5.23).

Entre la capa de turba que selló la primera fase de ocupación y la inferior se encontró un interesante báculo, también de madera, que 1.10 metros de largo; en su parte más delgada tiene un diámetro de 1.5 se engruesa en lo que sería la empuñadura rematando en forma oval, y punta se le incrustó un diente de tiburón (fig. 5.24). Fue pintado de rojo sangre; recién descubierto conservaba todavía un brillo como de lac

El otro báculo es un fragmento como de 30 cm de largo de forma in sante, pues se labró hexagonalmente y cada cara fue dividida en segme verticales, pintados de blanco; la separación entre cada segmento fue re da con pintura roja.

Una ofrenda de tres interesantes "cuchillos" se encontró en el es que sigue a la matriz donde se depositaron las esculturas. Son lasca forma de media luna que fueron envueltas con una especie de tortilla, el rada de asfalto mezclado con arena, lográndose así una excelente emp dura y dejando libre sólo el filo (fig. 5.25).

Es por demás relevante el hallazgo de las pelotas de hule. Lo interes es que están presentes desde la época más antigua, es decir, desde la pri fase. Correspondientes a este periodo hemos rescatado dos bolas asoci con hachas de excelente acabado, varias de jadeíta. Tres pertenecen segunda fase y se encontraron alineadas hacia el noreste. Las pelotas d primera fase y de la segunda tienen un diámetro que oscila entre 8 y 15

De la época que corresponde a las ofrendas de esculturas hemos ex do un conjunto de dos, acompañadas por dos bastones semejantes a los portan las esculturas, por lo que no queda duda de su contemporanei sin embargo, estas pelotas son mucho más grandes, pues miden 25 c diámetro.

Los campesinos encontraron por lo menos cinco de las más pequ que deben de ser de la primera fase. En total contamos con 12 pelotas, tidad bastante representativa que indica la relevancia de esta cerem (fig. 5.26).

Ya hemos anotado que la existencia del juego de pelota en el cont de las ofrendas era más que real; sin embargo, la nueva evidencia demuestra que su antigüedad se remonta al 1600 a.C. a juzgar por las fe del contexto del cual provienen.

La importancia del ritual del juego de pelota se mantuvo hasta la ma fase de ofrendas fechada en 1200 a.C., aunque el tamaño de las pe varía, lo cual puede indicar cambios en la forma del juego. Su asocia en esta época con los bastones de madera (fig. 5.27) iguales a los que siempre acompañan a los bustos, indica una asociación directa, pero que no estamos convencidos de que éste haya sido el motivo final o pri

pal de esta ofrenda colectiva, sí fue una parte importante de las ceremonias.

No está por demás recordar que en los relieves olmecas existen varias representaciones de personajes portando bastones, por lo que han sido interpretados como jerarcas con sus bastones de mando, y también como jugadores de pelota. La evidencia encontrada en El Manatí podría corroborarlo, pero es preferible esperar a obtener más información.

En cuanto a las esculturas y objetos asociados se pueden aventurar algunas hipótesis.

La forma de los bustos posiblemente indica que debieron de tener una función relevante dentro de un importante ritual aun antes de su enterramiento. Su individualidad puede indicar que se trata de representaciones de jerarcas que alcanzaron un alto prestigio y que por lo tanto, se pretendió inmortalizarlos con sus imágenes, y quizá los bastones que algunos tuvieron asociados sean la insignia del poder que en vida representaron.

Aunque no se observa un patrón definido en la posición del enterramiento, sí se mantiene constante el eje de orientación que siguen los conjuntos y las piezas aisladas, pues forman ejes este-oeste en dirección al cerro Manatí.

Los haces de plantas cumplieron un papel importante dentro de la ceremonia mágico-religiosa de inhumación de las esculturas. Todo parece indicar que recibieron un trato especial, como aquel que se le dio a las personas; por eso se envolvieron en tule formando un bulto mortuorio y se les ofrendó con un cuidadoso y sofisticado ritual.

La razón de haber considerado este lugar como un espacio sagrado posiblemente tenga que ver con el hecho de que aquí se encuentran vinculados o asociados algunos elementos de la ideología religiosa olmeca: los manantiales que nacen del cerro y la presencia de los yacimientos de hematita. Por

Figura 5.25. Cuchillos enmangados en asfalto mezclado con arena.

Figura 5.26. Pelota de hule de la primera fase de El Manatí.

otro lado, su ubicación al oeste y al pie de un cerro importante en la localidad también coincide y se ajusta a lo observado en Chalcatzingo, Las Bocas y Teopantecuanitlán, en donde las comunidades se asentaron en el lado oeste de una elevación importante del área.

La presencia de esta ofrenda masiva plantea muchas interrogantes: aún no sabemos si fue producto de una comunidad o si fueron varias las que rindieron culto a este lugar.

Aparentemente los datos indican que se trata de un acontecimiento que debió de efectuarse en un solo momento, aunque no podemos descartar la posibilidad de que el sitio haya sido utilizado por varios siglos y que entonces los túmulos de piedra funcionaron para identificar el lugar de los anteriores.

La identificación de los entierros primarios y los huesos dispersos, que incluyen pequeños fémures y cráneos asociados con algunas de las esculturas, indica que se trata de recién nacidos, lo cual nos hace pensar en un fenómeno de mayor complejidad, pues estamos ante la posible evidencia de sacrificios de niños y de mujeres o de mujeres muertas en el parto, a las cuales se les extrajo el producto y quizás hasta hubo un canibalismo ritual.

Por los datos que nos ofrece la estatuaria menor —las estelas, los altares, etc.—, sabemos que los niños tuvieron un papel fundamental en la ideología religiosa olmeca. De su significado más antiguo sólo se alcanza a especular, pero en épocas más tardías se ve asociado con el culto al dios de la lluvia. Por las fuentes también sabemos que en épocas posteriores, especialmente entre los tenochcas, el sacrificio de niños fue una práctica común que estuvo esencialmente asociada con los cultos al agua y a la fertilidad. De estas prácticas dan fe los recientes descubrimientos en el Templo Mayor de Tenochtitlan.

Hasta el momento de la conquista perduró el culto y el sacrificio de los niños en las ceremonias asociadas al agua y a los cultos a la fertilidad. Estos pequeños, que con su llanto y sus lágrimas propiciaban las lluvias, ocuparon un papel preponderante en las representaciones olmecas. Por eso algunos investigadores han planteado que estos "niños dioses", nacidos de las montañas, de los cerros y de las cuevas, reviven su mito de origen. Quizá, como supone Joralemon, es una de sus ceremonias para traer de regreso al mundo de los hombres a su dios de la lluvia. Tales ceremonias —dice— "deben de haber marcado el inicio de la temporada de lluvias y estarían seguramente acompañadas del sacrificio de niños pequeños".

Como se podrá observar, los datos obtenidos en El Manatí permiten seguir algunos conceptos que más tarde serán parte importante en la ideología religiosa de los pueblos clásicos y postclásicos y hasta la conquista, según los datos recuperados por los cronistas y las investigaciones arqueológicas recientes.

Lo que se ha encontrado en El Manatí es claramente el reflejo de una importante ceremonia, de la que sólo quedan algunos objetos de culto, es decir, de su parafernalia, pero quizá nunca se sabrá, como ya dijimos, cuáles fueron sus plegarias, sus cantos o la música, las comidas y bebidas que debieron de incluirse en el ritual.

Lo que queda, pues, es un conjunto de objetos que indudablemente tuvieron una carga semiótica y que por lo tanto son reflejo de este hecho sacro. Son signos o iconos que están cargados de simbolismo. Pero ¿cómo los podemos interpretar si carecemos en gran parte del conocimiento de su organización social, política y económica, que es precisamente lo que le da cuerpo a esas manifestaciones?

De cualquier modo, queda claro que hubo un hecho ligado al culto de los elementos naturales, en especial del agua como manantiales, de los cerros como atrayentes de las nubes y de la lluvia, y quizá a sus ancestros representados por sus imágenes labradas en madera, como se ve en el monumento 1 de Chalcatzingo.

Se podría pensar también, analógicamente, con el riesgo que esto implica, que las esculturas son los ayudantes de Tláloc, los tlaloques, chaneques o enanos propiciadores de las lluvias, habitantes de cerros y manantiales, que con sus "bastones" golpean las nubes para que descarguen ese elemento vital o lo controlen, como podría representarlo la escena de las estelas 2 y 3 de La Venta (figs. 6.2 y 6.12) a no ser que estén jugando a la pelota. En otras estelas más tardías también aparecen personajes portando bastones y se han interpretado como símbolos de mando. De ser así, como se expresó más arriba, deben de ser imágenes de sus jefes.

Los amontonamientos de piedra que hemos llamado "túmulos funerarios" también debieron de tener un fuerte significado; tal vez indiquen de manera simbólica al mismo cerro, donde moran los dioses del agua y los tlaloques. Los amontonamientos de piedra fueron igualmente importantes y venerados hasta la conquista y tienen que ver con los puntos cardinales. Según Johansson (1982) "indicaban generalmente la entrada a la ciudad, representaban la acción directa del hombre sobre el espacio, en el sentido de que polarizaban lo ya sagrado con algo creado por él". Diego de Landa lo reporta para el área maya.

gura 5.27. Ponciano Ortiz excavando una cultura de madera que tiene un bastón de adera en su pecho. Tales bastones quizá fue-n parte del equipo para el juego de pelota. otografía cortesía de NWAF.)

En el sur de Veracruz y el archipiélago donde se ubica El Manatí y las otras zonas olmecas o en la isla de La Venta, en Tabasco, el problema no fue la falta de agua; quizá sí el agua dulce y fresca, como las de los manantiales, contra las aguas insalubres de los permanentes pantanos, por eso los ojos de agua fueron considerados como espacios sagrados.

Aquí se luchaba más bien contra los pantanos y las largas temporadas de lluvia que inundaban pueblos y devastaban sembradíos, provocando seguramente serias crisis de escasez de los recursos básicos.

¿Qué objeto tendría, entonces, esta ceremonia cargada de elementos del culto a la fertilidad, al agua y a los cerros? ¿Fue propiciatoria o para pedir clemencia contra la abundante lluvia y las constantes inundaciones?

Por supuesto son muchos los aspectos que tenemos que valorar. Por lo pronto, tendremos que seguir pensando que en esta región lo más crítico fue la abundancia del agua, por todas sus grandes amenazas y que, entonces, esta ceremonia debió de ser una gran súplica para que sus dioses del agua fueran benévolos con ellos.

En resumen, la ofrenda de El Manatí implicó un elaborado ritual en el que quizá participaron varias comunidades. Es difícil saber el motivo que impulsó a esos hombres a realizar tal ritual, que consistió en el enterramiento de decenas de esculturas de madera, hachas de jadeíta y serpentina, y la inhumación de personas y otros objetos sagrados. La ofrenda seguramente rebasó el mero afán de los ritos propiciatorios. Debió de corresponder a un suceso excepcional.

Como quiera que sea, el ritual implicó la participación de muchas perso-

nas y gran cantidad de objetos sagrados. Fue cuidadosamente planeado y ejecutado. Resulta sumamente interesante, no sólo debido a la clase de material recuperado y a su calidad artística, sino porque un análisis cuidadoso del contexto de las ofrendas y del sitio permitirá ahondar en el pensamiento religioso de las comunidades olmecas, sus creencias, dioses, mitología y otros aspectos casi desconocidos de esta enigmática cultura.

6. La antigua ciudad olmeca en La Venta, Tabasco

Rebeca B. González Lauck

En un poblado, conocido hoy en día con el nombre de La Venta, ubicado en el extremo noroeste del estado de Tabasco, se encuentran los vestigios del asentamiento de mayor importancia de la civilización olmeca. Esta antigua ciudad, que fue habitada en el primer milenio antes de Cristo, presenta una serie de rasgos culturales que por excelencia definen dicha civilización. No es mera coincidencia que en los años cuarenta, en la primera reunión donde se trató de definir lo que ahora conocemos como "olmeca", se propusiera que se le llamara a dicha civilización "cultura de La Venta", ya que es esta antigua ciudad la que ha producido el mayor número de esculturas en estilo olmeca; un impresionante acervo de ofrendas de piedra verde que varían desde pequeños objetos y esculturas portátiles hasta las sin igual ofrendas masivas, todo esto, sin mencionar su excepcional traza arquitectónica (fig. 6.1).

Breve historiografía

La Venta es dada a conocer en la literatura arqueológica en 1926 por el arqueólogo explorador Frans Blom y su acompañante etnógrafo Oliver La Farge, cuando fueron llevados al sitio en su travesía por el sur de México y Guatemala. En ese momento aún no se definía con claridad lo que ahora llamamos olmeca, razón por la cual Blom definió el sitio como perteneciente a la civilización maya, con base en las extrañas esculturas que localizó durante su visita (figs. 6.2 y 6.3). Es a fines de la década siguiente cuando el pionero de la arqueología olmeca, Matthew Stirling, visita el sitio reportado por Blom, y ya con una idea más clara del estilo escultórico olmeca y su distribución geográfica. En la década de los cuarenta, bajo la dirección de Stirling, Philip Drucker y Waldo Wedel realizan las primeras excavaciones arqueológicas sistemáticas en el sitio, concentrándose en el centro ceremonial de la antigua ciudad. Más de 10 años después, el mismo Drucker regresa a La Venta acompañado por Robert Heizer y Robert Squier, quienes continúan sus investigaciones en el recinto ceremonial. En esta ocasión se obtienen por primera vez fechas cronométricas que establecen la

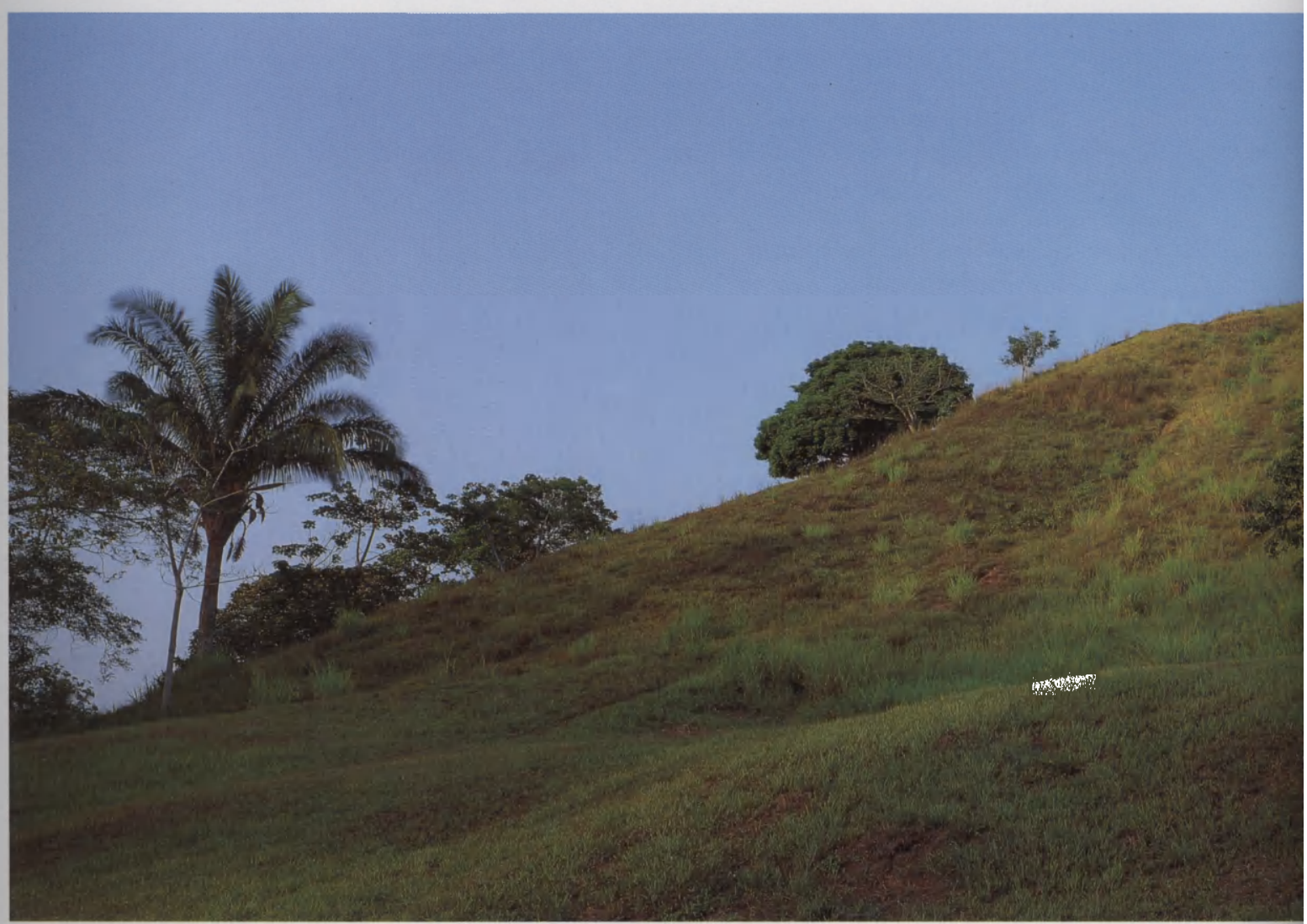
Página de enfrente: Monumento 80 de
Venta, Tabasco, que representa un jagu
sedente con una serpiente de doble cabeza
la boca.

temporalidad de la civilización olmeca dentro del primer milenio antes de Cristo.

A partir de esa década, o sea en los años cincuenta, La Venta comienza a ser afectada drásticamente por el auge petrolero en la región. Se construye una pista aérea que arrasa con parte del recinto ceremonial, sin mencionar los vestigios arquitectónicos que nunca fueron registrados. En pos de proteger el amplio acervo escultórico de La Venta, que para ese entonces ya se conocía, el poeta tabasqueño Carlos Pellicer en 1957 traslada a Villahermosa la mayor parte del conjunto escultórico del sitio. Ahí exhibe parte de este acervo en el Museo Regional, e instala 40 esculturas en un "parque-museo", donde se exhiben a la intemperie desde hace casi 40 años. Desde esa década, lo que originalmente fue la ranchería de La Venta empieza a crecer hasta convertirse en un asentamiento que alcanzó una población de 17 000 personas en la década de los setenta. En esta época es cuando la zona arqueológica empieza a ser invadida por la mancha urbana del poblado actual, razón por la cual, en 1958, Román Piña Chan y Roberto Gallegos realizan excavaciones de rescate en el sitio.

En la década de los sesenta, Heizer regresa a La Venta y con su equipo de

Figura 6.1. Vista del gran montículo de La Venta, Tabasco, Conjunto C.



trabajo realiza investigaciones que se extienden más allá del recinto ceremonial. Por cerca de 20 años, hasta ahí quedaron las investigaciones arqueológicas en La Venta, dado que era común la creencia de que poco había rescatable de este antiguo asentamiento olmeca por la destrucción que había sufrido desde los años cincuenta. Sin embargo, la década de los ochenta marca un nueva etapa, un resurgimiento de los estudios olmecas. Desde ese momento, La Venta es el enfoque de un renovado interés que engloba la investigación, restauración y protección del sitio. Hoy en día, la zona arqueológica de La Venta abarca un área de más de 111 hectáreas protegidas por decreto; cuenta con un programa de investigación y conservación establecido, y con un museo de sitio.

Algunos mitos sobre La Venta y desmitificación de los mismos

Hasta muy recientemente, lo olmeca de La Venta era conocido primordialmente a través de su extenso conjunto escultórico y de los hallazgos espectaculares de su pequeño recinto ceremonial (fig. 6.4). Esto presentaba una visión restringida de los antiguos olmecas, aunque

Figura 6.2. Estela 2 de La Venta, hoy en el Parque La Venta en Villahermosa, Tabasco. Los rasgos de este monumento fueron interpretados por Frans Blom y Oliver La Fargue como de la cultura maya.

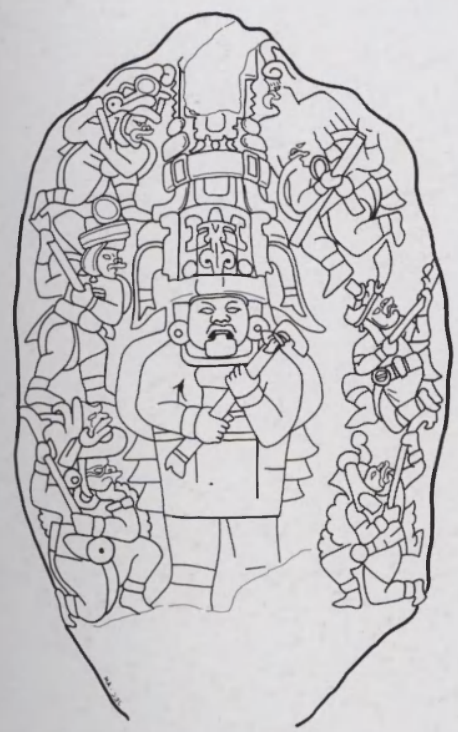


Figura 6.3. Estela 2 de La Venta. (Dibujo de Áyax Moreno y J. E. Clark, cortesía de NWAF.)

ciertamente impresionante. Era común la idea de que La Venta estaba habitada por una pequeña población de sacerdotes que se dedicaban casi exclusivamente a oficiar ritos esotéricos. Éstos, a su vez, eran sostenidos por una pequeña población dispersa de campesinos que se dedicaban a la agricultura de roza y quema, cuyos productos eran los alimentos para los sacerdotes. La presencia de las obras escultóricas no parecía paradójico, ya que se explicaba que los propios campesinos las realizaban cuando estaban libres de sus actividades agrícolas. Esta visión de los olmecas de La Venta, aún difundida en la literatura popular, es demasiado simplista dada la información con la que se cuenta hoy día.

La antigua ciudad de La Venta está situada sobre un promontorio que sobresale de las tierras bajas inundables que lo circundan y predominan en esta área de la planicie costera del Golfo de México (compárese figs. 6.5 y 6.6). Este promontorio, vestigio del Mioceno, cuenta con una altura promedio de 20 metros sobre el nivel circundante (fig. 6.7), razón por la cual ha creado la idea de que La Venta fue una "isla". Es sobre esta meseta donde los olmecas de La Venta establecieron su ciudad, pero lejos de ser una ciudad aislada por el ambiente que la circunda, los olmecas precisamente la establecieron ahí por la riqueza que estas tierras contienen. La ocupación de los olmecas no se limitó a la meseta. Se han encontrado también evidencias de asentamientos en todo su alrededor. Por lo general, estos asentamientos son pequeñas aldeas y se cree que su función principal fue habitacional. Dentro de las mismas, algunas de ellas muestran diferenciación social entre sus habitantes, lo cual indica mayor complejidad social que la que expresaban las ideas tradicionales sostenidas anteriormente.

El área circundante de La Venta, lejos de ser un lugar inhabitable e inhóspito, fue un ambiente que seguramente desempeñó un papel importante en el gran desenvolvimiento que alcanzó esta ciudad olmeca. Este medio está conformado por una intrincada red de ríos, arroyos, pantanos, manglares y lagunas de agua dulce y costeras, lo cual proporcionó a sus habitantes una gran riqueza en recursos comestibles al igual que en potencial agrícola. Aquí se ha encontrado evidencia del cultivo de maíz desde 1750 a.C. y es posible cultivar hasta tres cosechas al año, lo cual pudo sustentar una densa población en La Venta y sus alrededores. Sin embargo, los olmecas no dependían exclusivamente de la agricultura; comían también una gran variedad de pescados de río y estero, almejas, tortugas, patos, conejos, venados, cocodrilos y perro doméstico.

El conjunto arquitectónico-escultórico de La Venta

Lo anterior también permite explicar las grandes obras arquitectónicas y escultóricas de La Venta. Se estima que la traza arquitectónica de la antigua ciudad olmeca —o sea, lo que se encuentra sobre la meseta o "isla"— cubría una superficie de aproximadamente 200 hectáreas. Hoy en día, no es posible apreciar todo su conjunto arquitectónico, ya que hay partes que no sobrevivieron a las inclemencias del México moderno. En el área actualmente protegida se encuentran nueve complejos arquitectónicos, los cuales tenían distintas funciones que varían desde áreas exclusivamente de residencia, hasta aquéllas con funciones cívico-ceremoniales.

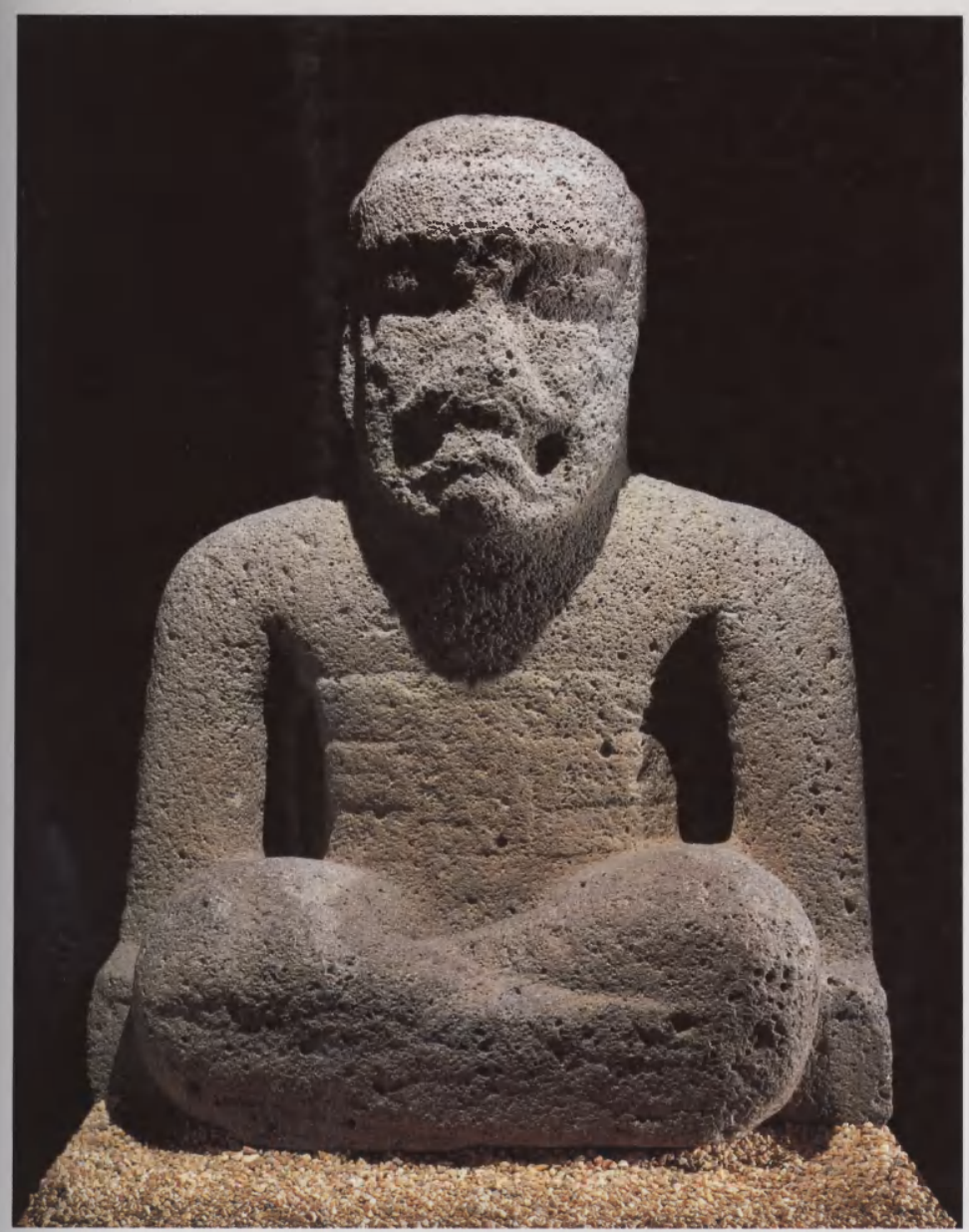


Figura 6.4. Monumento 9 de La Venta, hoy e el Parque de La Venta, Villahermosa, que pos blemente representaba un rey o sacerdote d esta ciudad antigua.

Una de las características de la arquitectura de La Venta es que es una arquitectura de tierra. Los basamentos sobre los cuales construían sus edificios de materiales perecederos —postes de madera, techos de palma, paredes de bajareque, pisos de tierra apisonada— están compuestos de arenas y arcillas. El uso de piedra en la arquitectura es mínimo, puesto que este material tenía que ser trasladado de distancias considerables. Las arcillas y arenas son materiales que se extraían dentro de la localidad.

La traza arquitectónica de la parte monumental de La Venta consiste en alineaciones de plataformas de diferentes tamaños, que van formando espacios (¿plazas?) alargados y paralelos entre sí (fig. 6.6). Éstos, en ocasiones, están interrumpidos por basamentos que no estaban alineados a las demás construcciones. Casi todas las plataformas presentan formas rectangulares en planta y su altura es de un promedio que oscila entre tres y cuatro metros, con excepción de la "Acrópolis" Stirling. Algunas plataformas, como la Estructura D-9, tienen una longitud de más de 150 metros.

Dado que es casi nula la investigación que se ha hecho sobre la gran mayoría de los edificios, se desconoce su función. Sin embargo, simplemente por el tamaño y la disposición de éstos se podría sugerir que tenían una función cívico-ceremonial. Asimismo, la organización de la traza arquitectónica necesariamente implicó un alto grado de planeación por parte de los arquitectos olmecas.

La "Acrópolis" Stirling es una enorme plataforma de más de 300 metros de frente y una altura de siete metros. Sobre ella descansan pequeños montículos cuya función tampoco ha sido determinada. En las excavaciones realizadas en los años sesenta se descubrió una serie de canales, hechos de basalto, en forma de U, los cuales indican un manejo del agua. Desde la orilla oeste de la "Acrópolis" se aprecia una imponente vista del Complejo C y la enorme plaza al sur del mismo.

El rasgo central y sobresaliente de La Venta es el Complejo C, que consiste en una enorme plataforma sobre la cual se construyó un edificio piramidal de más de 30 metros de altura (fig. 6.8). Mucho se ha escrito sobre la hipótesis de que este edificio fue construido por los antiguos olmecas en forma de volcán por razones rituales. Sin embargo, investigaciones recientes en torno a este edificio, indican que éste presenta una forma piramidal con cuerpos escalonados y esquinas remetidas. Asimismo, por otro lado, muestran que el núcleo está conformado por arcillas. El recubrimiento del edificio en sí, es una masa de arcilla arenosa, sostenida en su lugar por cortas alineaciones de lajas naturales de piedra caliza que forman una especie de pequeños contrafuertes, al ser empotradas en el núcleo del edificio.

En el costado sur del Edificio C-1 se han encontrado seis esculturas que fueron erigidas al pie del mismo. Las tres esculturas del costado sureste son de piedra verde (esquisto, serpentina y gneiss) y cada una de ellas presenta una cara labrada en bajorrelieve. La escultura central de este grupo, la estela 5, representa una escena con cuatro individuos (figs. 6.9, 6.10 y 6.11). La figura principal del grupo, la del centro, representa a la persona de mayor jerarquía, posiblemente un gobernante, puesto que sostiene un bastón de mando en su brazo izquierdo. Este brazo, a su vez, lo tiene entrelazado con el de un posible ser sobrenatural disfrazado de humano, ya que ni sus rasgos faciales ni sus extremidades son las de un ser humano; sin embargo, está

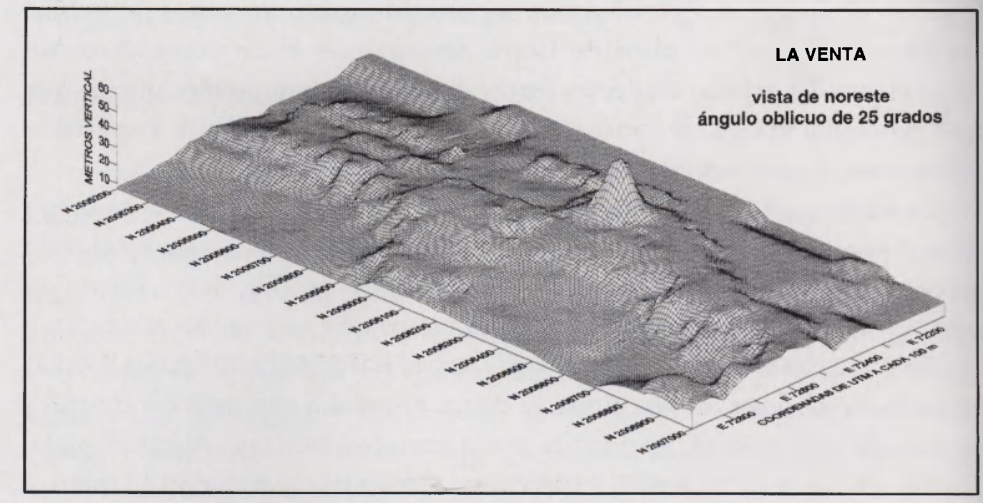


Figura 6.5. Perspectiva del sitio de La Venta, Tabasco. (Cortesía de Warren Hill y Michael Blake de la Universidad British Columbia.)

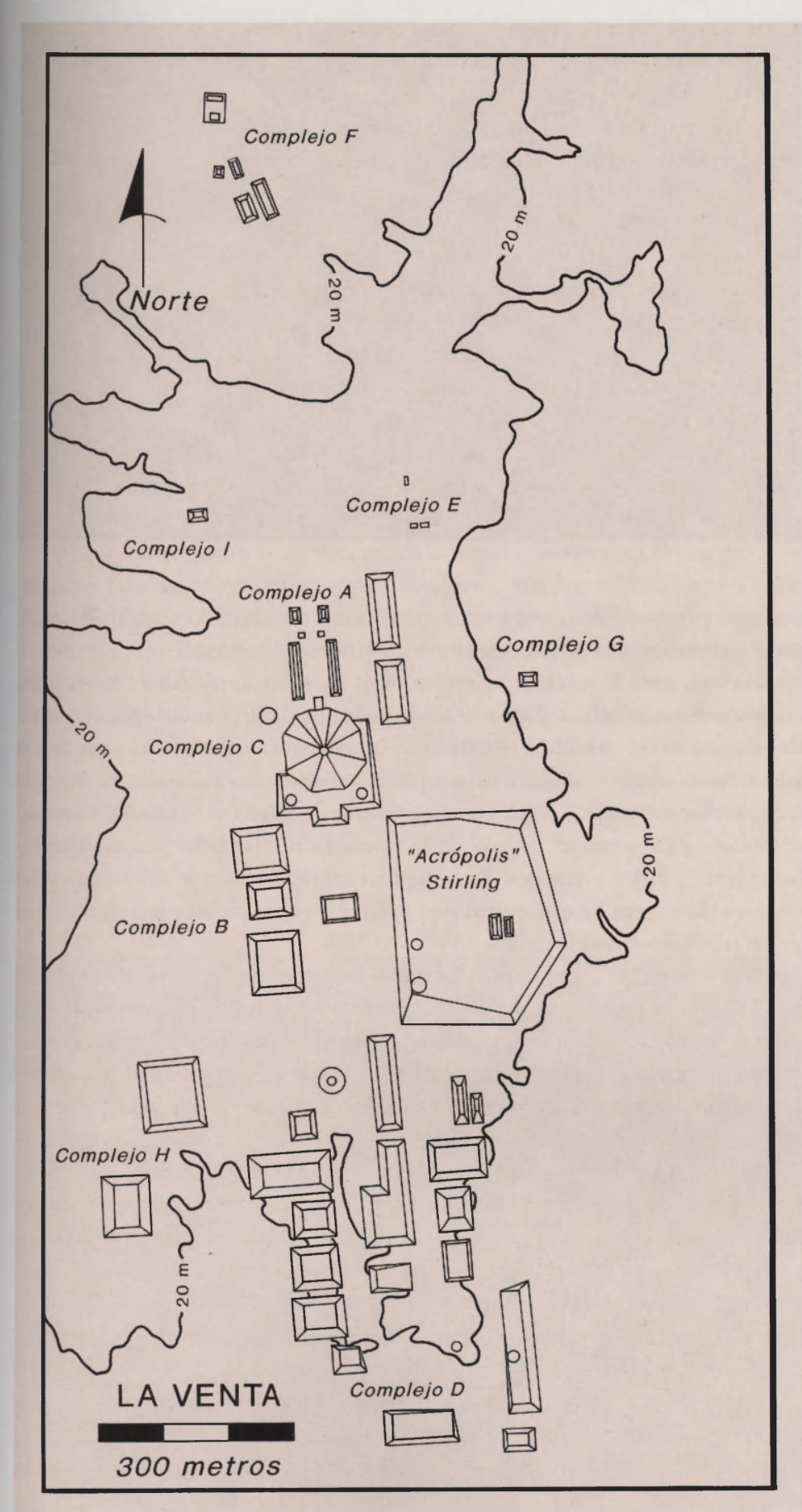


Figura 6.6. Plano de La Venta, Tabasco. (Dibujo de J. E. Clark elaborado a partir de González, 1988: fig. 1.)

Figura 6.8. Vista aérea del noroeste hacia el sureste del gran montículo (Conjunto C) de La Venta. (Fotografía cortesía de Kenneth Garrett.)

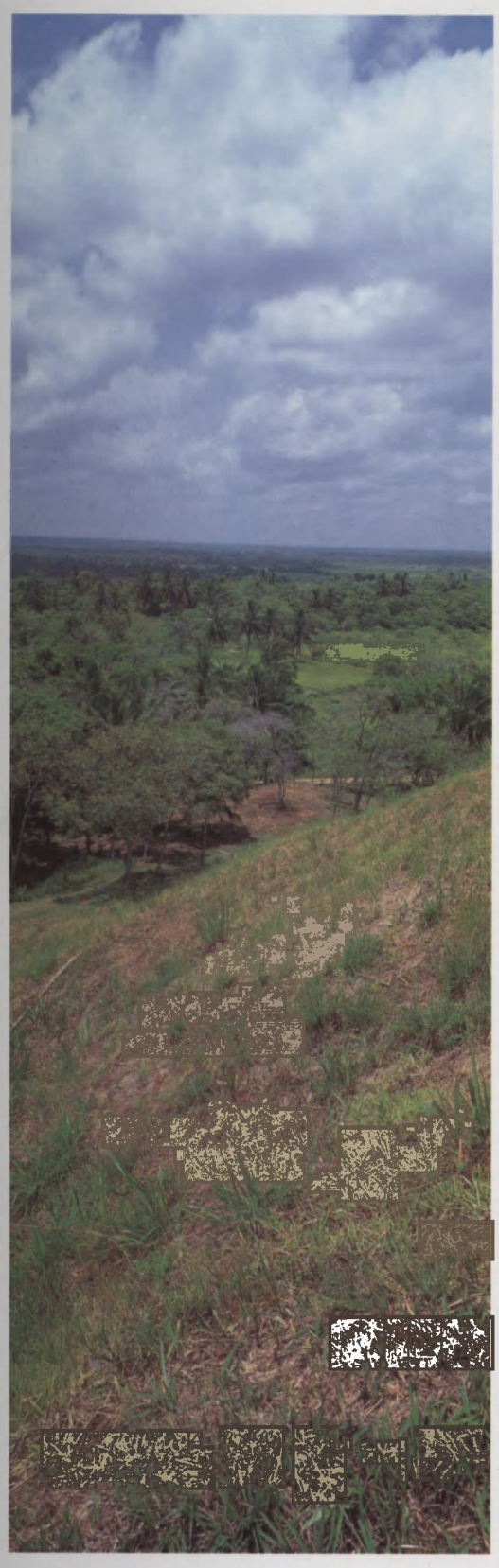


Figura 6.7. Vista hacia el mar del montículo grande de La Venta que muestra la tierra baja de selva y pantanos.

ataviado con una falda, una capa y un elaborado tocado. El significado de la escena representada en esta escultura aún no es del todo claro (fig. 6.12).

Flanqueando la estela 5, se encuentran los monumentos 25/26 y 27, los cuales presentan temas similares en bajorrelieve; esto es, la representación de un rostro con ojos almendrados, nariz achatada, con las comisuras de los labios hacia abajo y utilizando una placa bucal de la cual emerge, de cada lado, un colmillo largo. Asimismo, cada una de ellas cuenta con un tocado elaborado y orejeras. El cuerpo de la figura es remplazado por tres bandas horizontales y dos verticales. Estas figuras sobrenaturales se conocen como estelas celtiformes, ya que el formato y el tema representado son similares al de las hachas votivas portátiles.

Aún existe mucho por dilucidar sobre este conjunto escultórico al pie de lo que seguramente fue la pirámide de mayor portento en el mundo olmeca. Sin embargo, la elaboración de tres esculturas monumentales en piedra verde, simulando posiblemente jade, no solamente por el color sino hasta por los temas representados en dos de ellas, algo nos quiere transmitir. Los seres sobrenaturales representados en tamaño monumental —flanqueando una escultura con una imagen de lo que pudo haber sido un hecho significativo en la historia cultural de los olmecas— también transmiten un mensaje, que aunque en forma implícita se puede pretender como un acercamiento, en lo explícito aún no se ha descifrado. Sin embargo, este conjunto demuestra que los olmecas de La Venta cuidaban desde la disposición de sus esculturas hasta el color de los materiales empleados para las mismas (fig. 6.13).

El conjunto arquitectónico más pequeño de La Venta, el Complejo A, es el que más se ha investigado y el que, por ende, le brindó su fama inicial a los olmecas. Dicho complejo arquitectónico es el recinto ceremonial de la antigua ciudad y, aunque por su tamaño y extensión es engañoso, es sin embargo donde los olmecas de La Venta depositaron un número verdaderamente deslumbrante de objetos suntuarios, enterraron a su élite y ofrendaron a sus "dioses".

Arquitectónicamente, los basamentos de los edificios del Complejo A son pequeños en superficie, comparados con los de su alrededor, y estaban dispuestos simétricamente en torno a dos patios: el patio norte y el patio sur. El patio norte estaba delimitado en sus costados este y oeste por una cerca de columnas de basalto que resguardaba el corazón del recinto (fig. 6.14). En la parte norte de este espacio, se encontraba el montículo A-2, que cerraba dicho patio en este sector, mientras que al sur se encontraban dos pequeños montículos circundados por las mismas columnas de la cerca.

Uno de los hallazgos más espectaculares de La Venta fue la tumba de columnas, descubierta en 1942 dentro de la Estructura A-2 (figs. 6.15 y 6.16). Esta fue elaborada con 44 columnas de basalto, dispuestas horizontal y verticalmente, formando un pequeño recinto de 4 metros de largo, por 2.50 de ancho y 1.80 de alto. El piso de esta tumba estaba compuesto por lajas naturales de piedra caliza, sobre las cuales se encontraron los restos óseos muy mal conservados de por lo menos dos individuos jóvenes cubiertos con un pigmento rojo y acompañados de una rica colección de objetos de jade (fig. 6.17): una figurilla femenina sedente con un pectoral en forma de disco de hematita, una figurilla masculina sedente, dos figurillas masculinas de pie, un pendiente en forma de concha de almeja, dos pequeñas representaciones de manos, un punzón, una ranita, además de diversas cuentas de collar. Junto a estos objetos también se encontraron dos discos idénticos de obsidiana pulida, un espejo de magnetita de forma elíptica, un diente de tiburón y lo que parece ser un collar compuesto de seis aguijones de cola de mantarraya con decoraciones incisas impregnadas con hematita, el cual tenía como pieza central un séptimo aguijón de mantarraya labrado en jade.

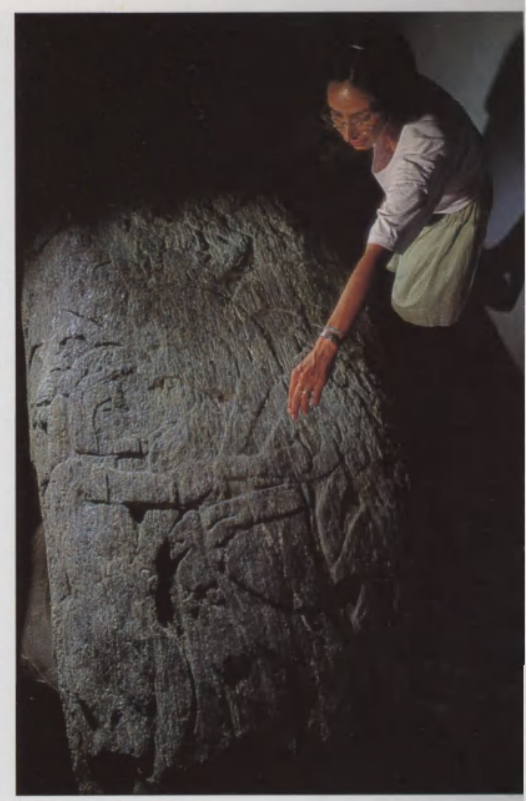


Figura 6.9. La autora explicando un detalle de la estela 5 de La Venta. (Fotografía cortesía de Kenneth Garrett.)

Figura 6.10. Estela 5 de La Venta. (Dibujo de J. E. Clark adaptado de un original de Alfredo Arcos Ríos de la SEA-INAH.)

Figura 6.11. Detalle de la figura volante de la estela 5.

Figura 6.12. Estela 3 de La Venta con elementos narrativos como la estela 5. La estela 3 es conocida como la estela *Uncle Sam* porque la figura barbada de la derecha se parece al famoso "tío Sam", símbolo de la guerra de Estados Unidos.

Figura 6.13. Monumento 12 de La Venta que representa un mono con sus brazos alzados. Esta escultura es de piedra verde pero está en mejores condiciones de conservación que los monumentos enfrente del gran montículo o Conjunto C.

Figura 6.14. Columnas de basalto natural del Conjunto A, al norte del gran montículo.

Figura 6.15. Monumento 7 o tumba A del Conjunto A de La Venta según apareció al momento de la excavación. La bóveda de la tumba fue construida con columnas naturales de basalto importado de la región de los Tuxtlas. (Fotografía cortesía del National Geographic Society.)

Frente a esta tumba y también enterrado dentro del Edificio A-2 se encontró un "sarcófago", que era una caja rectangular de aproximadamente 3 metros de largo por 1 metro de ancho y más de 80 cm de alto, hecha de piedra arenisca cubierta con una enorme laja natural de piedra caliza (fig. 6.17). El exterior de la caja estaba labrado en bajorrelieve, representando un ser compuesto, que presentaba su cara humana-felina por todo el ancho de uno de los extremos de la caja, mientras que su cuerpo estaba representado a lo largo de la caja. De éste sólo se pudo apreciar una pata con una terminación de tres garras. En el fondo del "sarcófago" no se encontraron restos óseos, pero sí dos orejeras de jade con pendientes en forma de colmillos de jaguar, una figurilla de serpentina y un punzón.

En el extremo opuesto del patio norte del Complejo A, cubierto por los dos pequeños montículos circundados por las columnas de basalto mencionados más arriba, se encontró uno de los rasgos únicos de La Venta y sin igual en el mundo mesoamericano. Se trata de unas construcciones subterráneas, de 8 metros de profundidad, donde se erigieron unas plataformas de más de 500 bloques de serpentina burda, sobre las cuales asentaron un pavimento de bloques del mismo material, finamente acabados, configurados en un diseño abstracto a los cuales, imaginativamente, se les ha dado el nombre de "máscaras de jaguar" (figs. 6.18 y 6.19). Esto a su vez fue cubierto por una capa gruesa de arcilla arenosa, sobre la cual se construyó un montículo de adobe que se apreciaba en una superficie delimitada por las columnas de basalto. El significado de estas ofrendas masivas ha estado sujeto a variadas interpretaciones; la más coherente es que pudo haber sido una ofrenda a la madre tierra, ya que el

Figura 6.16. La tumba A de La Venta como aparece hoy en el Parque La Venta, Villahermosa, Tabasco. (Fotografía cortesía de NWAF.)

Figura 6.17. Matthew Stirling excavando los restos de un entierro de La Venta en 1943. Se observan el cinabrio y los objetos de jade que acompañaban al fallecido y también el sarcófago en el fondo, que fue un descubrimiento de una investigación anterior. (Fotografía cortesía del National Geographic Society.)

ofrendar la tierra es una creencia común entre sociedades nativas
América desde tiempos prehispánicos.

El enterrar cantidades masivas de bloques de serpentina no se limit
contextos como los anteriormente descritos: también se encontraron ot
tres en el Complejo A, pero de una construcción menos elaborada. P
ejemplo, la ofrenda masiva 3, ubicada en el sector norte del patio norte
Complejo A, fue depositada a una profundidad de cerca de 4 metros en
espacio de aproximadamente 20 metros cuadrados, donde se depositar
seis hileras sobrepuestas de bloques de serpentina, que fueron cubiertos
una mezcla de arenas y arcillas y donde se encontró la famosa ofrenda 4
La Venta.

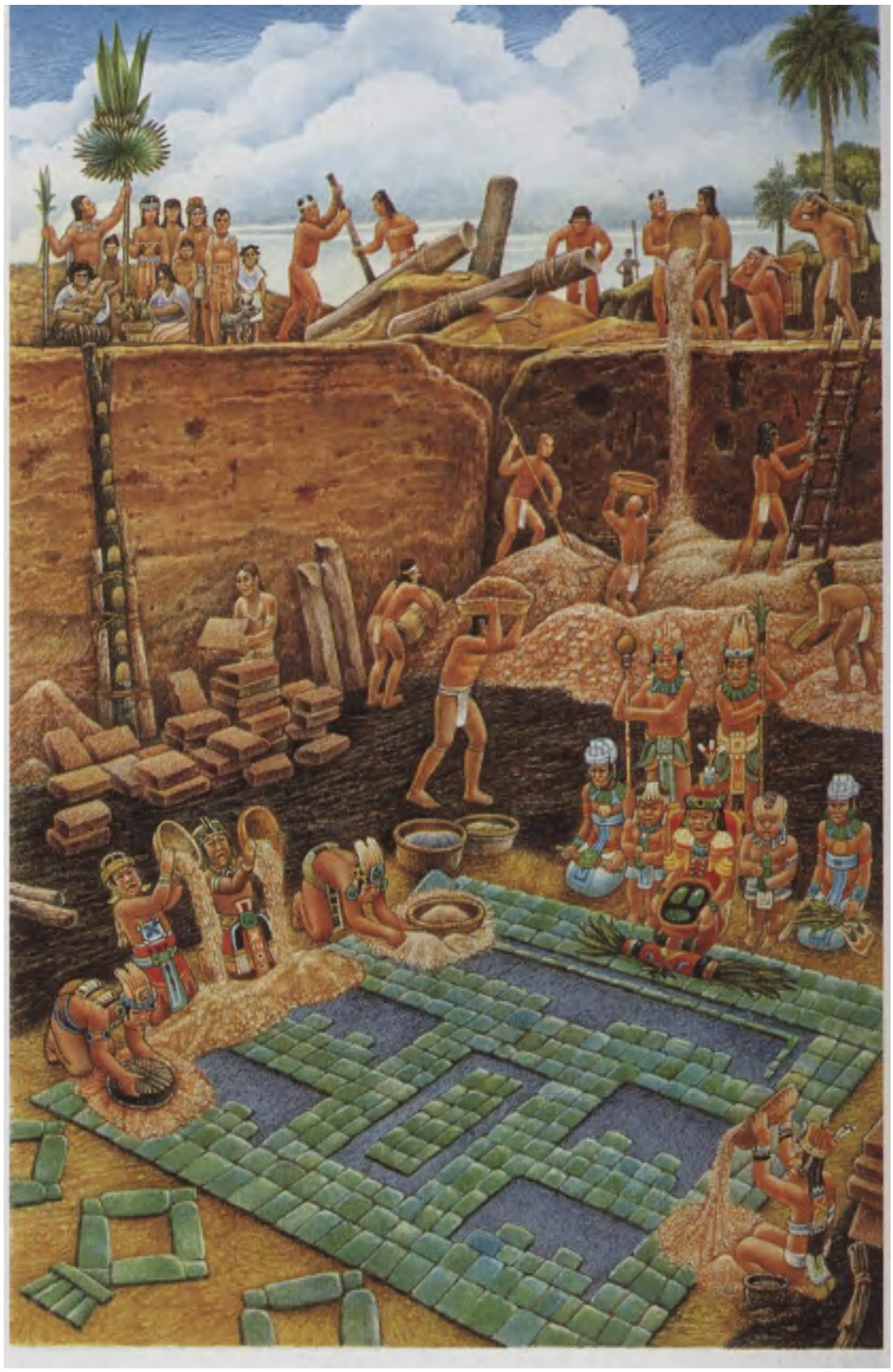
Dicha ofrenda consiste en un grupo de 16 figurillas masculinas y
hachas (fig. 6.20). Quince de ellas (dos de jade y el resto de serpenti
estaban dispuestas en un semicírculo mirando hacia la figurilla central
arenisca), la cual daba la espalda a las seis hachas, todas de jade, erigi
igual que las figurillas y que probablemente fueron representaciones
estelas. Este conjunto es único, ya que presentan una escena, segurame
de tan gran envergadura que consideraron necesario labrarlo en piedra p
la posteridad.

Lo anterior es apenas un esbozo de lo que los olmecas depositaron er
recinto sagrado, corazón de la antigua ciudad, ya que no es posi
mencionar las demás figurillas de piedra verde, vasijas de cerámica, cuent
orejeras al igual que más de 200 hachas votivas, encontradas en
numerosas ofrendas halladas en el transcurso de las diversas excavacio
arqueológicas.

Expertos en el tema afirman que la escultura monumental olmeca e
testimonio más elocuente de su época (véase el capítulo 13). Sin d
alguna, la escultura olmeca es uno de los rasgos más distintivos de
civilización. Fue un acontecimiento infausto el haber desprovisto la z
arqueológica de La Venta de su acervo escultórico en 1957, ya que
conjunto arquitectónico-escultórico es uno, y el hecho de separarlo no
elimina un rasgo esencial de la antigua ciudad; también dificulta la m
comprensión del conjunto.

Esta estrecha relación entre las esculturas y la arquitectura se pu
vislumbrar en la breve descripción de las excavaciones al pie de la pirám
principal de La Venta. Sin embargo, en La Venta se presentaron o
ejemplos de que sus habitantes, al no haber desarrollado un lenguaje
forma escrita para comunicarse entre sí y con extranjeros, utilizabar
esculturas como un lenguaje que transmitía, entre otros mensajes
poderío. El ejemplo más claro de ello, sin enredarse en descifra
significado de los temas representados, radica simplemente en los mater
que empleaban en sus esculturas.

En La Venta y sus zonas aledañas no se encuentran yacimiento
piedra. Para realizar cualquier escultura era necesario trasladar la ma
prima desde distancias no menores de 60 km en línea recta. Esto pu
considerarse como una pequeña hazaña de hace más de 2 500 años,
considerando que algunas de las piezas pesan más de 35 tonelada
terreno necesario por atravesar, la tecnología y los medios disponibles er
época, al igual que el hecho de que tuvieron que trasladar la piedra d



más de 100 km, esta empresa se torna en extremo respetable e implica, necesariamente, poder en todos sus sentidos (véase el capítulo 12).

En el extremo norte de la antigua ciudad de La Venta, Stirling tuvo la forma de encontrar tres de las cuatro cabezas colosales halladas en este sitio (figs. 6.21 y 6.22). Estaban alineadas en un eje norte-sur con sus caras orientadas hacia el norte. En otra ocasión, el mismo Stirling localizó en el extremo sur del sitio otras tres esculturas monumentales, de las cuales sólo en una de ellas pudo apreciar el tema representado. Se trata de una figura humana en cuclillas con los brazos alzados sosteniendo el enorme casco sobre su cabeza (fig. 6.23). Al excavar este conjunto de esculturas recientemente, se vio que este mismo tema se repite en las otras dos piezas. ¿Qué significa esto? ¿Por qué la repetición de temas en grupos de esculturas? ¿Por qué la ubicación de estas esculturas, en particular, en los extremos de la antigua ciudad? Uno sólo puede razonar, quizá en forma simplista, que su ubicación posiblemente se debía a que en estos lugares se encontraban los accesos principales a la antigua ciudad de La Venta y, que si el que ingresaba a ella, por alguna razón no sabía dónde estaba, estos monumentos le indicaban, en ausencia de un lenguaje escrito, que era la ciudad de los grandes señores —en este caso, paradójicamente, casi de manera literal.

Existen otros ejemplos de que ciertos tipos de esculturas se utilizaban para obtener un efecto aún no comprendido, como los mal llamados "altares" o "tronos" olmecas, como son los "altares" 2 y 3 (fig. 6.24), al igual que los "altares" 4 y 5 de La Venta, que fueron encontrados asociados a un mismo edificio. El "altar" 4, quizá el más bello en su género en el acervo escultórico olmeca, muestra a un adulto sedente emergiendo de un nicho

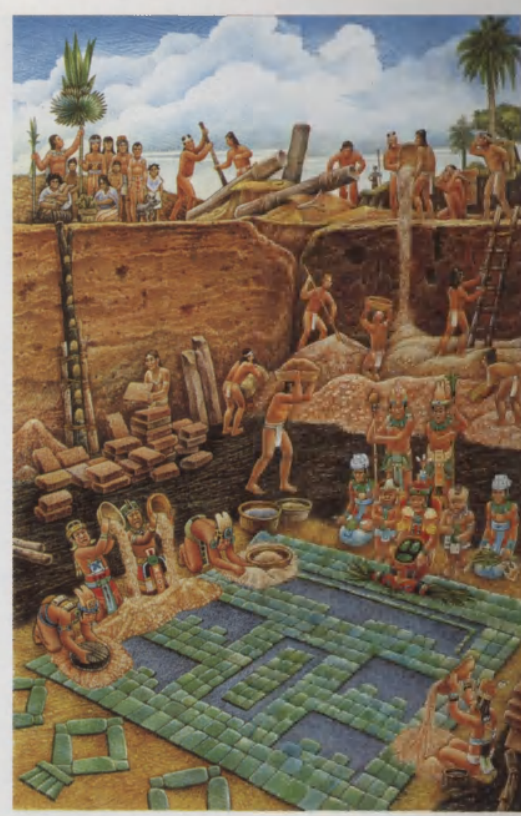


Figura 6.18. Reconstrucción de Felipe Dávalos de una ofrenda de La Venta. La ofrenda fue en forma de máscara, un mosaico construido con bloques de serpentina. Se nota la gran profundidad de la última capa de bloques de serpentina (el nivel de la máscara). La ofrenda seguía hacia abajo y consistía en 28 capas de serpentina, cada una separada de la inferior y la superior por una capa de arcilla azul o verde. En total se estima que la ofrenda consistía en más de 100 toneladas de serpentina, una piedra que tenían que importar a La Venta. (Dibujo cortesía del National Geographic Society.)

Figura 6.19. La máscara de mosaicos de serpentina como aparece hoy en el Parque La Venta, Villahermosa. (Fotografía cortesía de Kenneth Garrett.)

Figura 6.20. Ofrenda 4 de La Venta, que consiste en varias figurillas de jade y algunas hachas. No se ha descifrado el significado de esta ofrenda, pero pudo haber representado una ceremonia antigua.

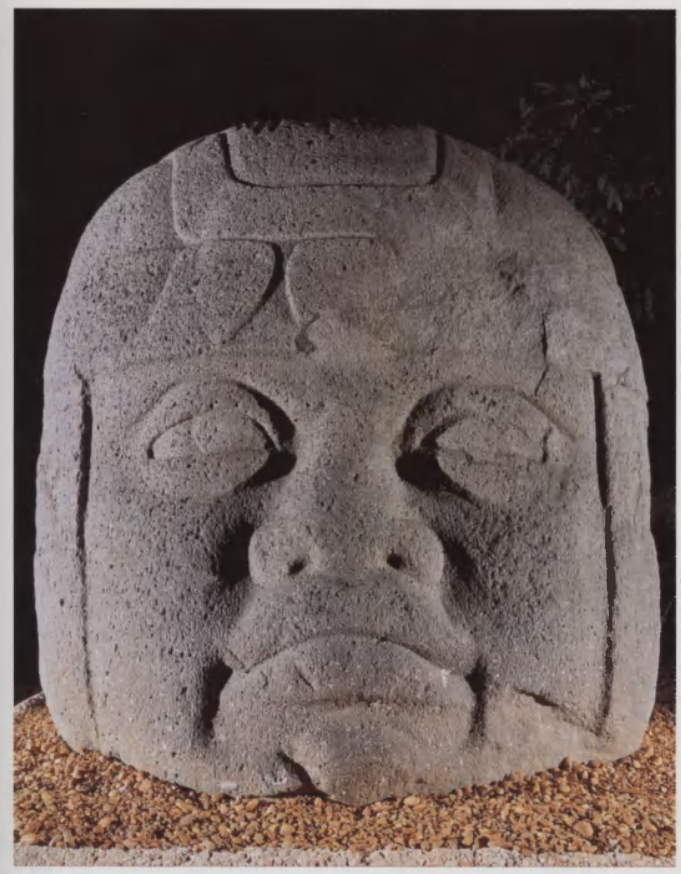


Figura 6.21. Monumento 1, cabeza 1, de La Venta que presenta similitudes con los monumentos del sitio más temprano de San Lorenzo.

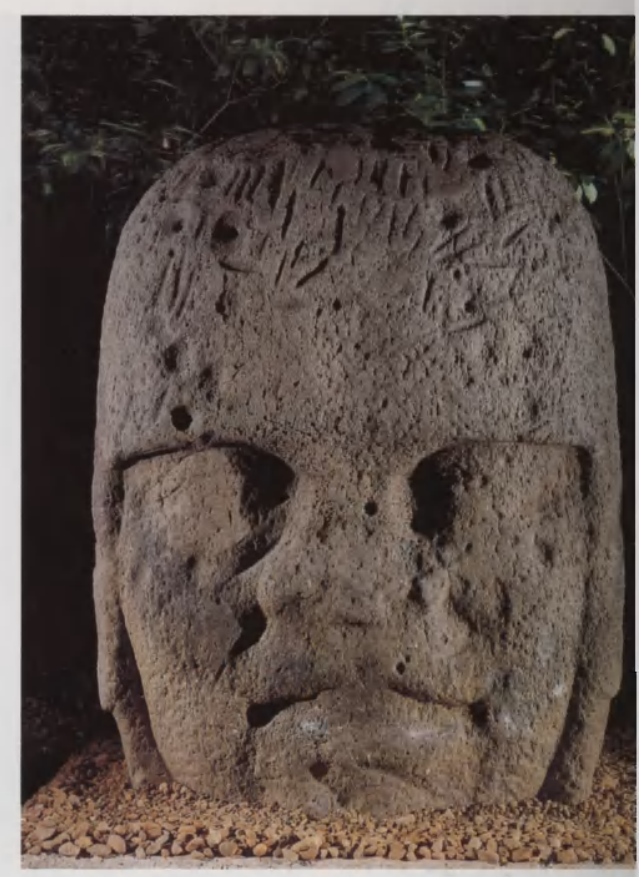


Figura 6.22. Monumento 3, cabeza 3, de La Venta. Se puede apreciar la "mutilación" que sufrió esta representación del sacerdote-rey. Algunos estudiosos opinan que tales evidencias de destrucción iconoclasta de monumentos señalan relaciones bélicas entre varias ciudades olmecas de la zona nuclear; otros las ven como parte de rituales funerarios efectuados a la muerte del rey representado en el monumento para anular su poder.

Figura 6.23. Monumento 44 de La Venta que representa un individuo con un tocado muy elaborado.

Figura 6.24. Dos vistas del altar 3 de La Venta. El nicho del altar probablemente representa una cueva en la tierra o un portal al inframundo controlado por la persona allí sentada.

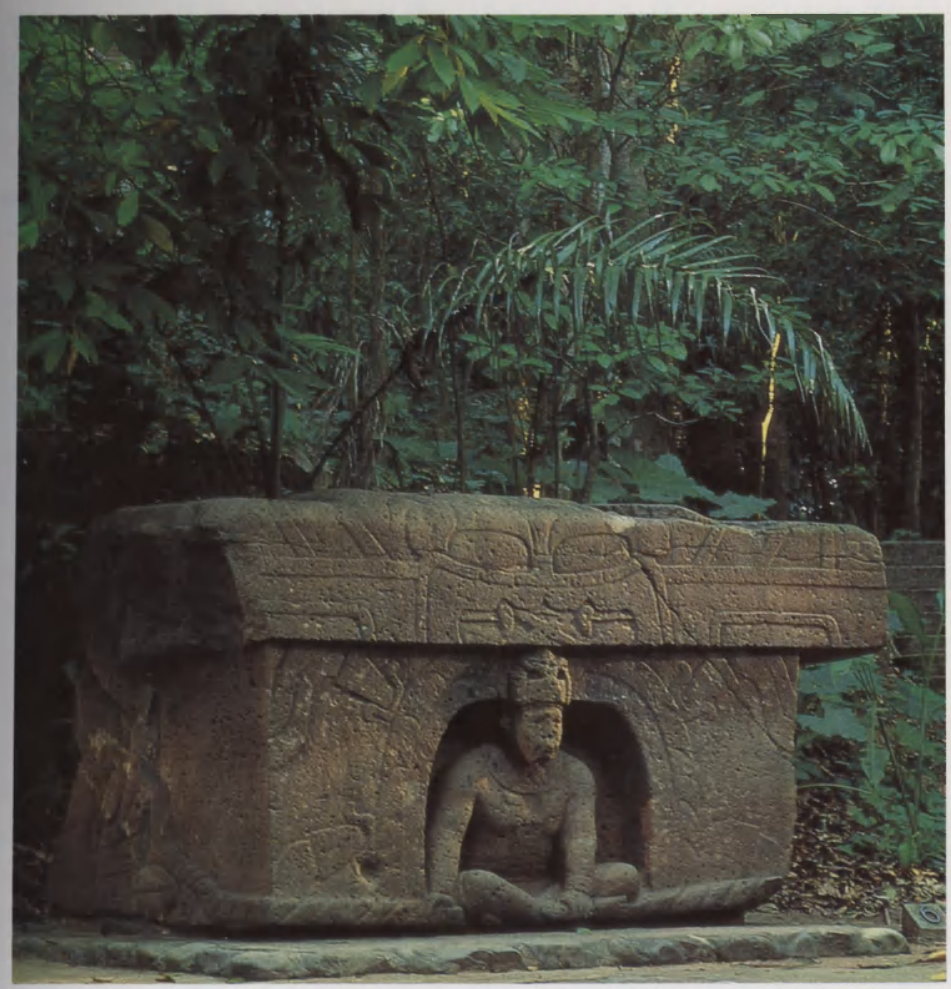


Figura 6.25. Altar 4 de La Venta, hoy en el
que La Venta. De esta impresionante obra
taca la máscara de jaguar que se ve arriba
persona sedente. (Fotografía cortesía de K
neth Garrett.)

central (fig. 6.25). Una de sus manos sostiene una cuerda que corre a lo largo del borde inferior del "altar", donde en su parte lateral está representada otra figura cuyo brazo parece estar atado con la cuerda (fig. 6.26). Sobre la ceja de este "altar" está representado un ser sobrenatural. Dicho "altar" se encuentra ubicado al costado este del Edificio D-8, mientras que sobre el costado oeste del mismo edificio se encontró el "altar" 5 (fig. 6.27). Este último también presenta una figura adulta emergiendo de un nicho central, que sostiene en sus brazos el pequeño cuerpo de un niño, y en cada uno de sus costados se representan dos adultos, cada uno también sosteniendo criaturas (fig. 6.28).

Aunque sigamos llamando "olmeca" lo que en un momento se trató de denominar como la "cultura de La Venta", la antigua ciudad de La Venta continúa siendo un sitio que nos permite seguir definiendo con mayor claridad una de las manifestaciones culturales complejas más tempranas del mundo mesoamericano. Aparte de lo ya conocido desde hace más de 40 años, principalmente a través de los espectaculares hallazgos de su recinto ceremonial, ahora entendemos un poco más su contexto como parte de una ciudad que, lejos de estar aislada y despoblada, fue un lugar que manejaba de forma extraordinaria no sólo su medio, sino todo lo que era necesario para crear una ciudad donde la exhibición del poder era primordial.

Figura 6.26. Detalle del altar 4 de La Venta que muestra la cuerda que conecta la figura principal con las personas de los lados. Algunos estudiosos opinan que la cuerda es una metáfora de linaje, descendencia y parentesco. Las figuras de los lados del altar, por esta interpretación, hubieran representado a los antepasados del rey que está en la cueva de la tierra. Sin embargo, las representaciones hacen recordar a prisioneros o cautivos, un tema elaborado por los mayas posteriores. Las dos interpretaciones implican la idea de poder, pero de diferente tipo.

Figura 6.27. El altar 5 de La Venta, hoy en el Parque de La Venta. El metate y la mano no tienen nada que ver con el altar. Al igual que las figuras a los lados del altar, el niño en los brazos de la persona principal puede indicar parentesco (el hijo del rey-sacerdote) o sacrificio.

Figura 6.28. Figuras talladas en bajorrelieve a los lados del altar 5 en La Venta. Nótese la elaboración y variedad de los tocados.

7. Comunidades de Chiapas relacionadas con los olmecas

Gareth W. Lowe

Introducción

El territorio conocido hoy en día como Chiapas, al parecer fue una zona principal de sustento para el centro nuclear olmeca, u olmecas "nucleares", de la costa del Golfo durante más de medio milenio (de *ca.* 1200 a 600 a.C.) (fig. 7.1). Los olmecas de las épocas temprana y media tenían en Chiapas sus mejores y abundantes fuentes adicionales de cacao, maíz, algodón, textiles, frutas, calabazas y jícaras, pescado seco, camarones, plumas preciosas, algunos minerales y pigmentos, inciensos, otras materias primas y quizá esposas, esclavos y guerreros. El ámbar únicamente se encontraba en Chiapas y las plumas de quetzal provenían sólo de esa región y de Guatemala. También se llevaba obsidiana guatemalteca de Chiapas al Istmo. A cambio, los olmecas nucleares probablemente surtían a los pueblos de Chiapas con algunos productos manufacturados suntuarios para las clases altas; algo de apoyo político y militar, y quizá orientación religiosa y ritual.

Esta estrecha interrelación con sus poderosos vecinos de la costa del Golfo influyó mucho más, en el curso de la civilización en los periodos Formativo temprano y medio en Chiapas, que lo que pudo hacerlo la relación que hayan mantenido con cualquier otra región de Mesoamérica. Después del año 600 a.C., las últimas regiones olmecas ligadas a Chiapas se hicieron más independientes o innovadoras y comenzaron a fortalecer relaciones con las zonas mayas preclásicas en desarrollo, al oriente, y quizá ejercieron también una influencia recíproca sobre los olmecas del núcleo urbano. Después de 300 a.C., la parte occidental de Chiapas, en especial, mantendría relaciones muy estrechas con la costa del Golfo, durante todo el Formativo tardío postolmeca hasta los periodos clásicos.

Vías de comunicación olmecas en Chiapas

La activa interacción económica y sociopolítica, que duró varios siglos, entre los olmecas de la zona nuclear y las múltiples comunidades contemporáneas

Página de enfrente: Vista del sitio de
Chiapas.

22
21
23
12
13
14
11
10
9
20
19
15
16
8
17
7
18
6
3
4
5
2
1

en Chiapas hacía necesario establecer y conservar vías de comunicación seguras. Algunos de esos caminos llevaban a Guatemala, que era la fuente de grandes cantidades de obsidiana y de casi todo el jade. A lo largo de estas rutas se desarrollaron pequeñas y grandes comunidades, tanto para la subsistencia local como para la atención a los viajeros. Probablemente también se establecieron lugares sagrados en los caminos más transitados.

Describiremos ahora, en forma breve, las principales avenidas antiguas a través de Chiapas y las más transitadas, y las esculturas y artefactos olmecas más prominentes que se han encontrado a lo largo de ellas (fig. 7.1), según las tres regiones geográficas más importantes de Chiapas: *1)* la costa del Pacífico (zonas bajas de la costa y piedemonte); *2)* la depresión central en la que se incluyen los valles y los afluentes del gran río Grijalva, y *3)* la sierra del norte y la región del valle. La Sierra Madre de Chiapas que se interpone y el altiplano central participan menos en la interacción olmeca.

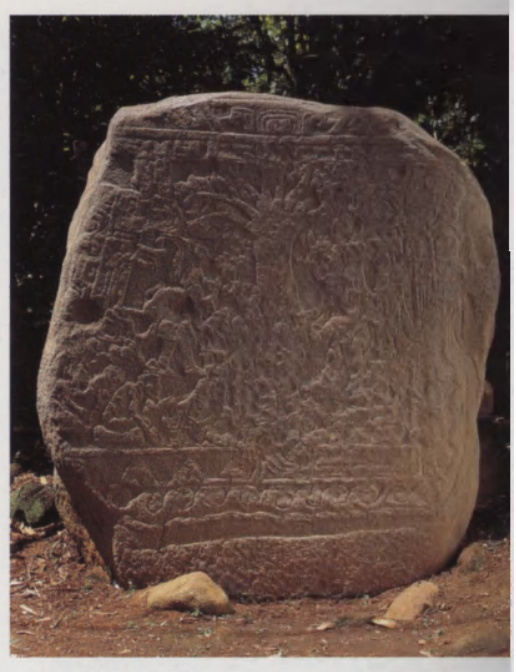


Figura 7.2. Estela 5 de Izapa, Chiapas, mostran do un estilo de bajorrelieve postolmeca.

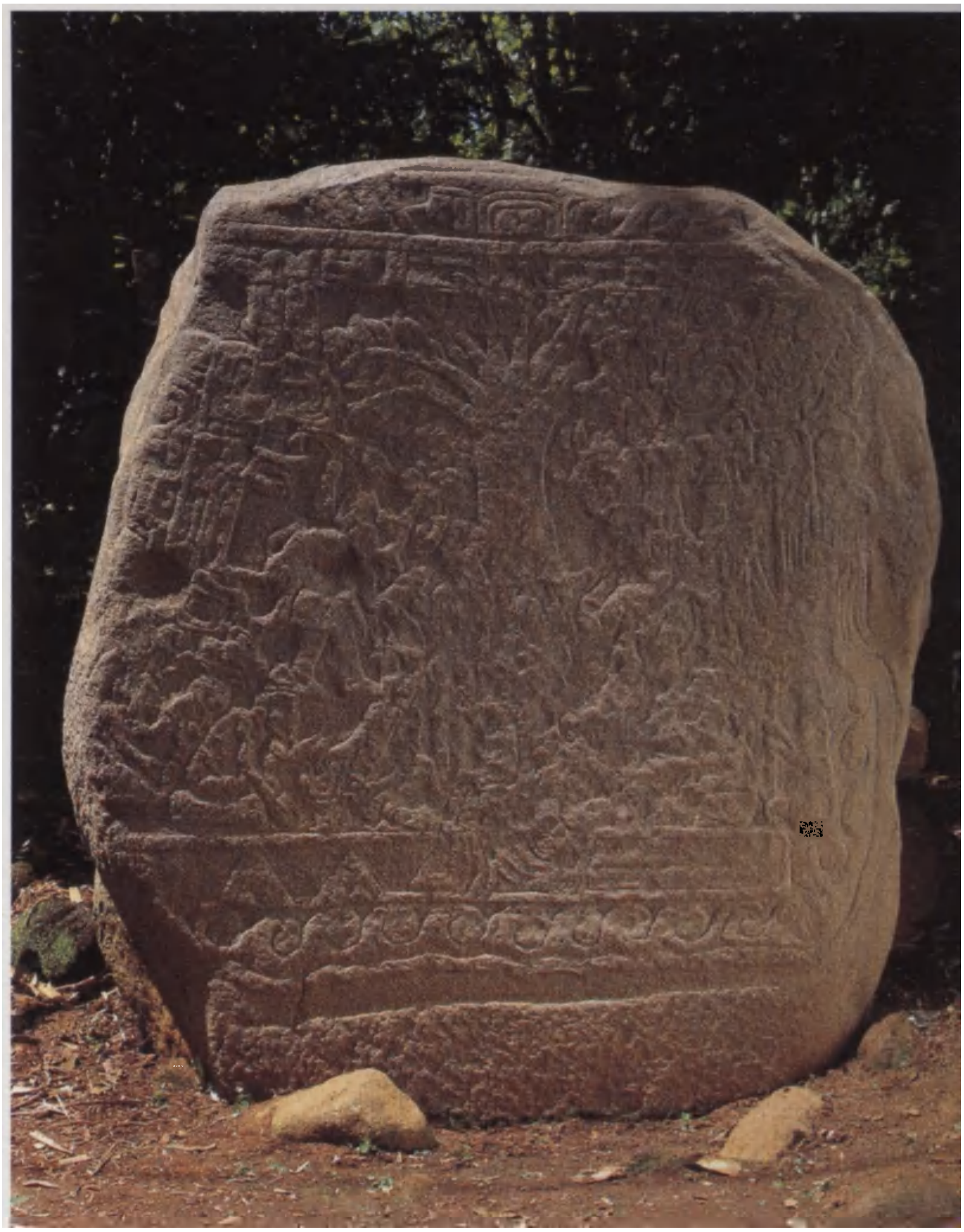
Corredor de la costa del Pacífico

En Chiapas, la región más importante para las comunidades tempranas olmecas fue el Soconusco, que se extiende al sur, a lo largo de la costa del Pacífico, desde Pijijiapan y hacia el interior de la costa sur de Guatemala. Además de contar con llanuras aluviales bien arraigadas, lagunas y ricos recursos en los estuarios, el Soconusco cuenta también con exuberantes zonas en las laderas de las montañas. Las estribaciones de la Sierra Madre tienen uno de los regímenes de lluvias más altos de México y Centroamérica y siempre han sido particularmente productoras de cacao, históricamente el principal producto de comercio.

No es coincidencia que la ciudad arqueológica postolmeca más famosa en el sur de Chiapas sea Izapa, que está localizada en el piedemonte del Soconusco, en las faldas del monte Tacana. Izapa es el ejemplo mejor conservado (conocido hasta ahora) que nos ha dejado una herencia postolmeca de esculturas de piedra (fig. 7.2) e infinidad de construcciones en plataforma (con un amplio antecedente de ocupación que se extiende a través de los tiempos preolmecas temprano, medio y tardío), lo que confirma la importancia que tuvo el Soconusco en el mundo olmeca. Algunas de las fuerzas naturales y animales que fascinaban y probablemente aterrorizaban a los olmecas de la zona nuclear (y que en consecuencia se convirtieron en símbolos heroicos, motivos y totems para venerar y apaciguar) aparecen en Izapa, como si hubieran sido capturadas o domesticadas y controladas entre un ritual despersonalizado y bien organizado o un sistema cosmológico narrativo; gran parte de la mitología incorporada a esta teología avanzada de Izapa sobreviviría para ser registrada en el *Popol Vuh*, libro sagrado de los maya-quiché (véase el capítulo 15).

La primera comunidad olmeca dominante en Chiapas parece haber sido el sector de Mazatán en la costa baja del Soconusco (fig. 7.1). La importancia de esta región en la expansión de los olmecas tempranos tiene tres facetas: *1)* ecológica: tierras planas, suelos bien drenados, vegetación favorable y una enorme fertilidad natural; *2)* sociopolítica: una extensa población preolmeca establecida en reinos y pueblos mokayas perfectamente organizados, y *3)* estratégica: su posición era crucial a lo largo

Figura 7.1. Mapa de Chiapas y de los sitios co piezas o influencias olmecas. Los sitios co influencias de olmecas tempranos se presenta en blanco, amarillo para lo olmeca medio rojo para lo tardío. Los sitios son los siguientes 1. Abaj Takalik; 2. La Blanca; 3. La Unión; 4 Ojo de Agua; 5. Buena Vista; 6. Álvaro Obre gón; 7. Pijijiapan; 8. Tzutzuculi; 9. Vista Hermo sa; 10. Mirador; 11. Miramar; 12. Piedra Parad 13. Ocozocoautla; 14. Chiapa de Corzo; 15 Acala; 16. Padre Piedra; 17. Laguna Francesa 18, Motozintla; 19. Xoc; 20. Medellín (Tzacone já); 21. Simojovel; 22. Pichucalco; 23. San Isidro (Dibujo de Áyax Moreno, cortesía de NWAF.)

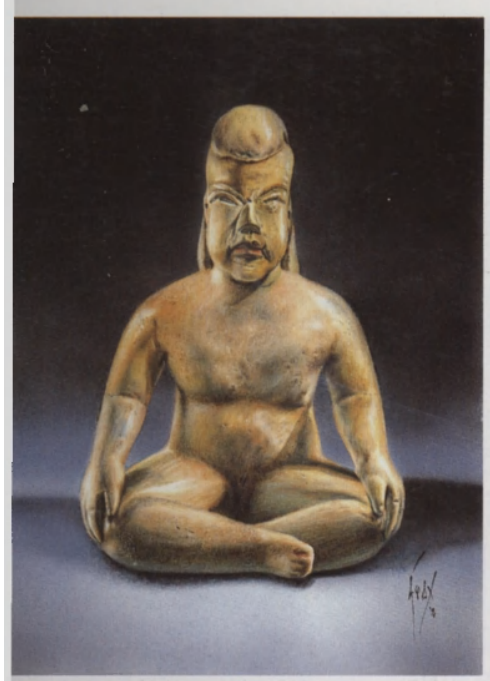


de una ruta principal de intercambios (de obsidiana de gran calidad procedente de Los Altos de Guatemala, y probablemente jade que transportaban a San Lorenzo). Las evidencias nos sugieren que el canal costero y el sistema de comunicación lacustre que se extendía de Guatemala hasta Arriaga y el istmo de Tehuantepec, atravesando todo Chiapas, ya funcionaba en esa época.

Gracias a los caminos interiores que en 1200 a.C. hicieron los olmecas en las regiones de Chiapas, en 1100 a.C., los habitantes de la antigua región de Mazatán cambiaron por completo sus estilos locales y sus patrones de asentamiento (véase el capítulo 3). También su escultura y sus figurillas indicaban ahora una verdadera entidad política olmeca. En la figura 7.3 se muestran figurillas tempranas de la región de Mazatán. Esta densa influencia olmeca temprana se extendió desde las estribaciones de la costa del Pacífico hacia Abaj Takalik, donde también se ha encontrado una media docena de espléndidas esculturas del periodo olmeca temprano o medio (fig. 7.1).

La prueba de que también en la región estuarina de la costa del Pacífico de Chiapas hubo asentamientos humanos relacionados con los olmecas se manifiesta en un cráneo humano con una deformación frontal-occipital-tabular-erecta procedente de Pajón (fig. 7.4) y una figurilla de jade de la zona de Mapastepec (fig. 7.5). Este cráneo tiene fama de ser el único cráneo olmeca completo que se haya registrado. Aunque Pajón también estuvo ocupada en los primeros tiempos de los olmecas y contaba con varias plataformas piramidales de más de 12 metros de altura, el entierro parece ser de la época temprana Chiapas III o de alrededor de 700 a.C.

Las esculturas que apreciamos en las figuras 7.5 y 7.6 datan de las fases Cuadros (1000-900 a.C.) o Jocotal (900-800 a.C.); su estilo es claramente olmeca. Un fragmento de una gran escultura olmeca (fig. 7.6) se encuentra



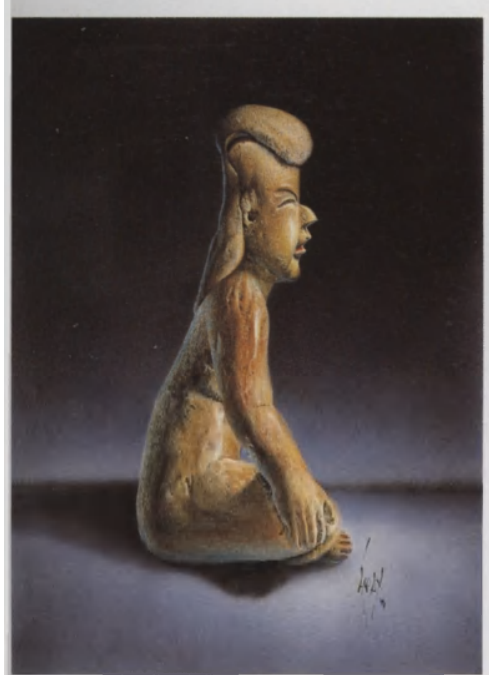


Figura 7.3. Figurillas olmecas tempranas y máscara de cerámica de la región de Mazatán de la costa de Chiapas. La máscara procede de El Varal. (Dibujos de Áyax Moreno, cortesía de NWAF.)

hoy en día en la plaza central de la colonia Álvaro Obregón (a 12 kilómetros al norte de Mazatán); esta figura posiblemente fue de un gobernante olmeca.

Las esculturas de Ojo de Agua y Buenavista (figs. 7.6 y 7.7) proceden de una zona única —muy extensa pero aún inexplorada, que guarda enormes y largas plataformas y montículos, al este del río Coatán, cerca de Álvaro Obregón— que parece haber sido un centro importante ocupado por los olmecas tempranos (1100-900 a.C.). Puesto que esos dos monumentos son más bien pequeños, probablemente fueron desplazados una o más veces de su lugar de origen y finalmente descubiertos por el arado de algún campesino. Es muy probable que estas dos esculturas también representen a algún personaje, pero la de Ojo de Agua, obviamente tiene una función chamánica o de protección de la fertilidad mucho más grande.

El individuo representado en la escultura de Ojo de Agua (fig. 7.7) está adornado con todos los atavíos de un gobernante, sacerdote o chamán. La "máscara de jaguar" que enmarca la pequeña figura sedente en el saliente frontal sugiere al Dios I de los olmecas; el símbolo de "garra-jaguar" [o cocodrilo] "garra-ala" que se encuentra a cada lado es un signo común entre los olmecas del periodo temprano. Se considera que este símbolo representa uno de los primeros pasos hacia la escritura pues *nombra* la deidad de Dios I, quien tiene cejas flamígeras. Esa cara y "garra-ala" son los motivos más frecuentes en la cerámica de San Lorenzo en la época temprana de los olmecas.

La cabeza hendida, e inclinada hacia atrás, y el deteriorado objeto enhiesto de la figura erecta se han interpretado también como un retoño de maíz y la mazorca madura, símbolo del Dios olmeca II, cuyo emblema es una planta de maíz o una mazorca que surge de la hendidura de la parte alta de la cabeza. El saliente tallado se puede ver como un "monstruo" o deidad de cielo y tierra dando a luz o alimentando una "semilla de maíz" recién nacida.

La cabeza de la escultura, un poco mayor, de Buenavista tiene rasgos similares a los de las enormes esculturas olmecas tempranas de la costa del Golfo, entre los que se incluyen el casco, la banda de la cabeza, el barboquejo y la fuerte musculatura. La banda o máscara que rodea la cabeza por encima de los ojos es poco usual, pero las bandas de los brazos se presentan también en las esculturas de San Lorenzo.

La penetrante influencia de la sociedad olmeca temprana en una gran parte de Mesoamérica (y en algunas instancias una posible verdadera presencia olmeca) creó una reacción generalizada o una oposición durante cerca de dos siglos. En Chiapas, la subsiguiente modificación y expansión de la fase Jocotal (900-800 a.C.) alcanzó una máxima ocupación temprana del territorio pero, comparada con la de Cuadros, ésta tenía menor contenido olmeca. La cultura de Jocotal se difundió rápidamente hacia la costa del Pacífico, hasta Tzutzuculi y luego hacia el norte, a través de las montañas, hasta Vistahermosa (fig. 7.1). La sociedad de Jocotal también tuvo gran difusión en la costa sur de Guatemala.

La antigua población de la fase Cuadros, que ya se extendía fuera de la zona del Soconusco a través de la Sierra Madre Sur de Chiapas, hacia el valle del Grijalva también cambió rápidamente y se intensificó durante la fase Jocotal.

La primera explicación, y la más simple, de la expansión de Jocotal es, por

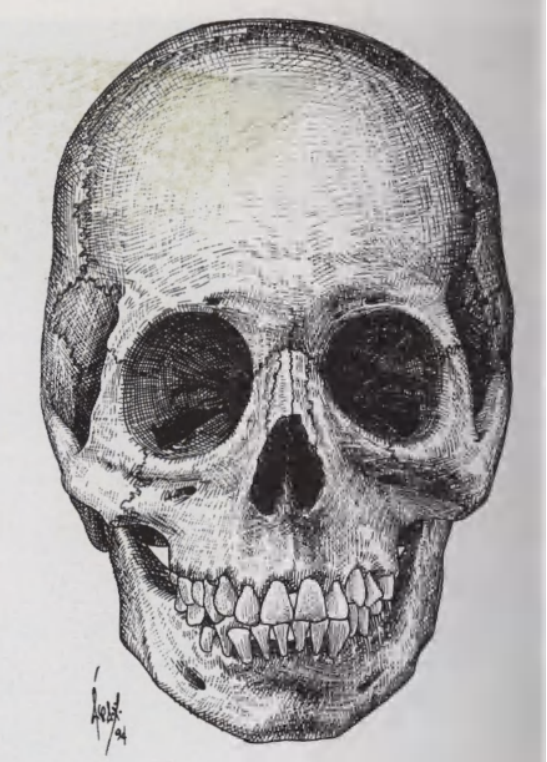
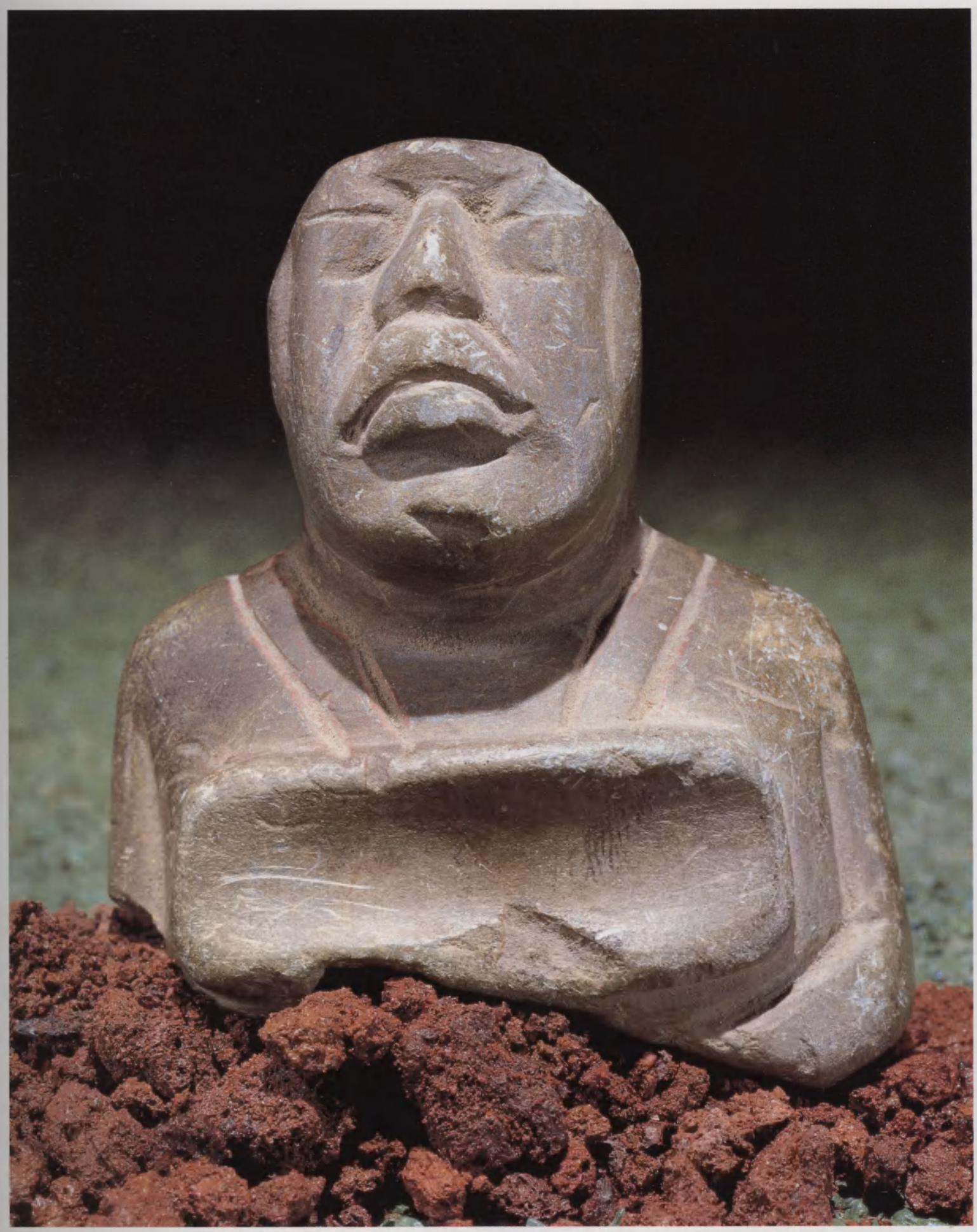


Figura 7.4. Cráneo de Pajón descubierto en un entierro en el montículo El Encanto en el estuario Pampa El Pajón. El entierro era de un muchacho de unos 12 años. El cráneo muestra una deformación tabular-erecta-frontal-occipital, típica de las figurillas olmecas. (Dibujo de Áyax Moreno, cortesía de NWAF.)



a.

Figura 7.6. a. Fragmento de una escultura en bulto procedente de la plaza de Álvaro Obregón, probablemente olmeca temprana; altura de 1.3 m. b. Escultura de andesita procedente del Rancho Buenavista, Mazatán, probablemente olmeca temprana; altura de 90 cm.

b.

◀ Figura 7.5. Figura de jade de Mapastepec, Chiapas. El personaje lleva un pectoral grande tal como se ilustra en la fig. 7.12.

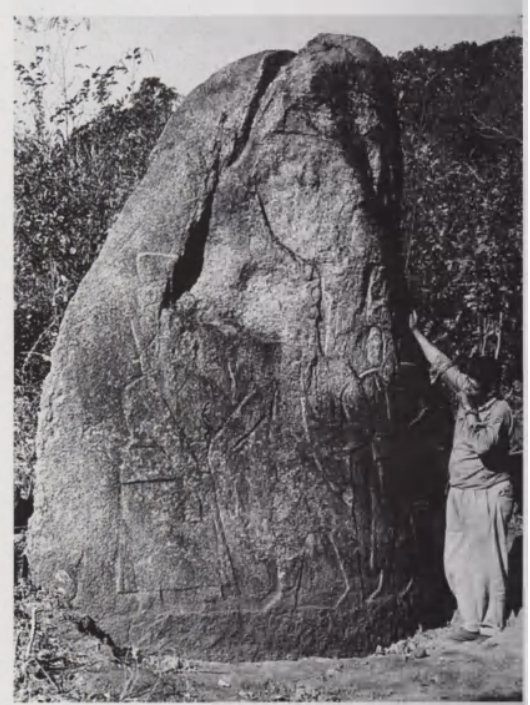
supuesto, la decadencia de San Lorenzo después del año 900 a.C. y una baja temporal del poder de los olmecas metropolitanos. Una segunda explicación es la extraordinaria riqueza natural de las tierras bajas del Soconusco y del río Grijalva. La tercera causa sería la prolongada importancia estratégica tanto del Soconusco como del valle del Grijalva para los sistemas regulados de intercambio a gran escala de los olmecas.

Las famosas y monumentales esculturas talladas en las enormes piedras de Pijijiapan (fig. 7.8), posiblemente datan de la fase Jocotal o de la siguiente. Los dos grupos de figuras humanas erectas en posición de aparente confrontación, al parecer no representan mercaderes o guerreros, pero sí pueden representar gobernantes visitantes —quizá el arroyo de Pijijiapan era de alguna manera, límite territorial (la zona de Pijijiapan ha sido muy poco explorada).

Más lejos, costa arriba, durante el periodo Chiapas III (700-500 a.C.), justo fuera de Tonalá, sobre el río Zanateco, se erigió en Tzutzuculi una escultura olmeca de carácter fuertemente ritual. Los monumentos 1 y 2, ambos esculturas en bajorrelieve (fig. 7.1), fueron descubiertos *in situ*, a cada lado de una plataforma escalonada recubierta de piedra que mira hacia una plataforma más antigua. Las esculturas muestran una típica cara monstruo-jaguar y una cabeza de serpiente estilizada, quizá, una vez más, representación del maíz y de la tierra o algún concepto relacionado con ello (algunos estudiosos ven aquí un paralelo con las posteriores enormes y monstruosas máscaras que representaban al sol y a Venus, colocadas a cada lado de las escaleras de las plataformas del maya preclásico tardío).

La posición estratégica de Tzutzuculi nos hace pensar que desempeñó un papel muy importante en el sistema de intercambio en la costa del Pacífico durante el periodo Formativo medio, pues contaban con una amplia red de comunicaciones y con un movimiento de productos y de gente que iban, en ambas direcciones, del valle del Grijalva en el interior,

Figura 7.7. Escultura de andesita de Ojo de Agua, Mazatán, que ahora se encuentra en el Museo de Tapachula. Probablemente es olmeca temprana; altura 66 cm.



a.

b.

Figura 7.8. Esculturas de Pijijiapan, que son de una época olmeca temprana o media. a. Piedra 1, altura de 2.95 m . b. Piedra 2, 6.1 m de largo. (Fotografías de Carlos Navarrete, cortesía de NWAF.)

hacia los pasos cercanos en la Sierra Madre de Chiapas. El plano de este centro regional es más complejo que el de otras comunidades de ese periodo; consta de una larga plataforma, dos plataformas piramidales bastante altas (de 9 a 12 metros) y dos plataformas bajas. No cabe duda de que las esculturas de Tzutzuculi identificaron el montículo 4 como un centro religioso esencial para la comunidad regional y quizá también para los viajeros. Tzutzuculi fue abandonado hacia 450 a.C.

Depresión central de Chiapas

Los primeros olmecas hicieron una incursión distinta en Chiapas, siguiendo el cauce de algunos ríos que descargan hacia la zona de la costa del Golfo. La primera penetración parece haber sido a través del estrecho y húmedo valle medio del Grijalva hacia San Isidro (fig. 7.1) donde, durante la época de los primeros olmecas surgió una comunidad central con grandes plataformas pavimentadas de barro y arena; la cerámica en esa comunidad era muy parecida a la de la fase San Lorenzo. Este centro temprano pudo haberse establecido con el propósito de producir y embarcar cacao, para lo cual el clima y el río son especialmente apropiados. San Isidro volvió a ser muy importante para sus ocupantes olmecas tardíos, quienes destruyeron la mayoría de las plataformas olmecas tempranas cavando una serie de zanjas donde enterraron a gran profundidad ofrendas de hachas de jade y de piedra con mosaico, muy similares a las de La Venta (fig. 7.10).

Esta misma oleada, o quizá otra, olmeca temprana, proveniente de la costa del Golfo pasó por ahí y siguió hasta el sur para establecer talleres en las regiones de Miramar-Plumajillo y Mirador, para la producción de cubos de hierro con tres perforaciones, de los cuales se encontraron grandes cantidades en San Lorenzo.

Las múltiples figurillas de jade procedentes de Ocozocuautla, de Mirador y de las regiones aledañas (fig. 7.9); la hermosa cabeza olmeca proveniente de Chiapa de Corzo, hecha en jade verde oscuro (fig. 7.1), y muchos tipos de figurillas de barro y vasijas de cerámica fina de barro importado, nos indican que durante los periodos olmecas medio y tardío, se mantuvo un estrecho contacto y un intercambio de la parte central de Chiapas y la zona nuclear de la costa del Golfo.

Como indicamos más arriba, casi toda la parte alta del valle del Grijalva estuvo poblada en la época preolmeca por los mokayas del Soconusco; la cultura olmeca temprana de la fase Cuadros (1000-900 a.C.) siguió a la mokaya casi por todas partes y se extendió a nuevas comunidades. Sin embargo los vestigios de estas ocupaciones están enterrados a mucha profundidad o permanecen sumamente dispersos; además, al parecer estas ocupaciones fueron muy efímeras. Aparte de los cascos de los primeros olmecas, se tiene noticia de la existencia de algunos buenos artefactos de esa época. La fase Jocotal fue más extensa e intensiva; pero aun cuando se conocen varios pueblos de esta fase, tampoco esto nos ha aportado muchas evidencias de ocupación olmeca como no sean grandes cantidades de tepalcates típicos, de los cuales sólo unos cuantos presentan motivos olmecas.

El principal monumento olmeca conocido en la depresión central es la enorme escultura de Padre Piedra que hoy se encuentra en el Museo

Figura 7.9. Hacha de jade de Mirador, Chiapas. (Fotografía cortesía de D. Donne Bryant.)

Regional de Chiapas (fig. 7.10). La posición original de esta escultura situada en el borde superior de un elevado acantilado, cerca de la colonia Revolución, nos hace pensar que se trata de un gran señor, que dominaba las fértiles planicies del río Dorado (el Dorado es un pequeño afluente del Grijalva).

La pequeña persona con una máscara, que aparece arrodillada ante el enorme y erguido personaje de la estela en una clara posición de sumisión, nos sugiere conquista. Las evidencias que se sacaron del pequeño pueblo del sitio que rodea a este impresionante monumento parecen indicar tan sólo actividades normales de subsistencia (enormes cantidades de roca resquebrajada por el fuego permiten situarla en cualquier época de los periodos temprano o medio olmecas). Por supuesto, la elevada situación del lugar, ventilada por los vientos, debió de favorecer ciertos procesos de extracción por calor de algún producto útil para el comercio olmeca. El sitio fue abandonado antes de la época olmeca tardía.

El pueblo, o ciudad, mucho más grande, del periodo olmeca tardío, localizado en las tierras de la Finca Acapulco (fig. 7.11) y recientemente cubierto por las aguas de la presa de La Angostura, estaba a tan sólo 60 kilómetros al este de Padre Piedra y también en una posición similar, elevada y predominante. Finca Acapulco tuvo una ocupación muy fuerte durante los mismos periodos tempranos conocidos en Padre Piedra (que de hecho empezó en la época preolmeca), pero poco se sabe de las comunidades durante los periodos preolmecas temprano y medio porque las limitadas excavaciones para rescatar objetos fueron confinadas casi a las plataformas del periodo olmeca tardío, construidas sobre las anteriores que fueron abandonadas. Sin embargo, las minuciosas pruebas que se hicieron mostraron que la ocupación preolmeca favoreció los cortes de tierra del río, y que la última construcción del centro ceremonial favoreció a la meseta caliza colindante. La situación del subsuelo rocoso no se suele dar en una comunidad del periodo olmeca, pero permitió la excepcional recuperación de detalles de la comunidad que se ven en el plano del sitio. Finca Acapulco fue un típico centro de la época Chiapas III, pero como Tzutzuculi y las cercanías de San Mateo, fue abandonado al final de la fase, quizá hacia 450 a.C.

Recientemente se ha hecho un interesante descubrimiento en la parte central de Chiapas; es una gran placa o pendiente (fig. 7.12). Este objeto, poco común, se encontró en una colección del Museo de Comitán y se dice que proviene del sector de Motozintla, de uno de los afluentes de la parte alta del río Grijalva. La compleja escena inscrita presenta dos figuras humanas opuestas, en posición sedente, quizá gemelos, cada uno de los cuales porta una máscara distintiva y un elaborado tocado.

El fondo representa una especie de caverna o símbolo de la tierra. Detrás, en la espalda de cada personaje hay un estandarte emblemático que indica su respectiva identidad; a la izquierda se sugiere vegetación, nubes, la luna y quizá Venus, mientras que el lado derecho puede ser una representación del sol. Se ha sugerido que los personajes de la izquierda y de la derecha representan a los dioses olmecas que aparecen en parejas (I y III, respectivamente); serían los llamados Dragón olmeca y el Pájaro monstruo olmeca.

Figura 7.10. Escultura de Padre Piedra, cercana a la colonia Revolución, que ahora se encuentra en el Museo de Tuxtla Gutiérrez. Es de la época olmeca temprana o media; altura 2.2 m.

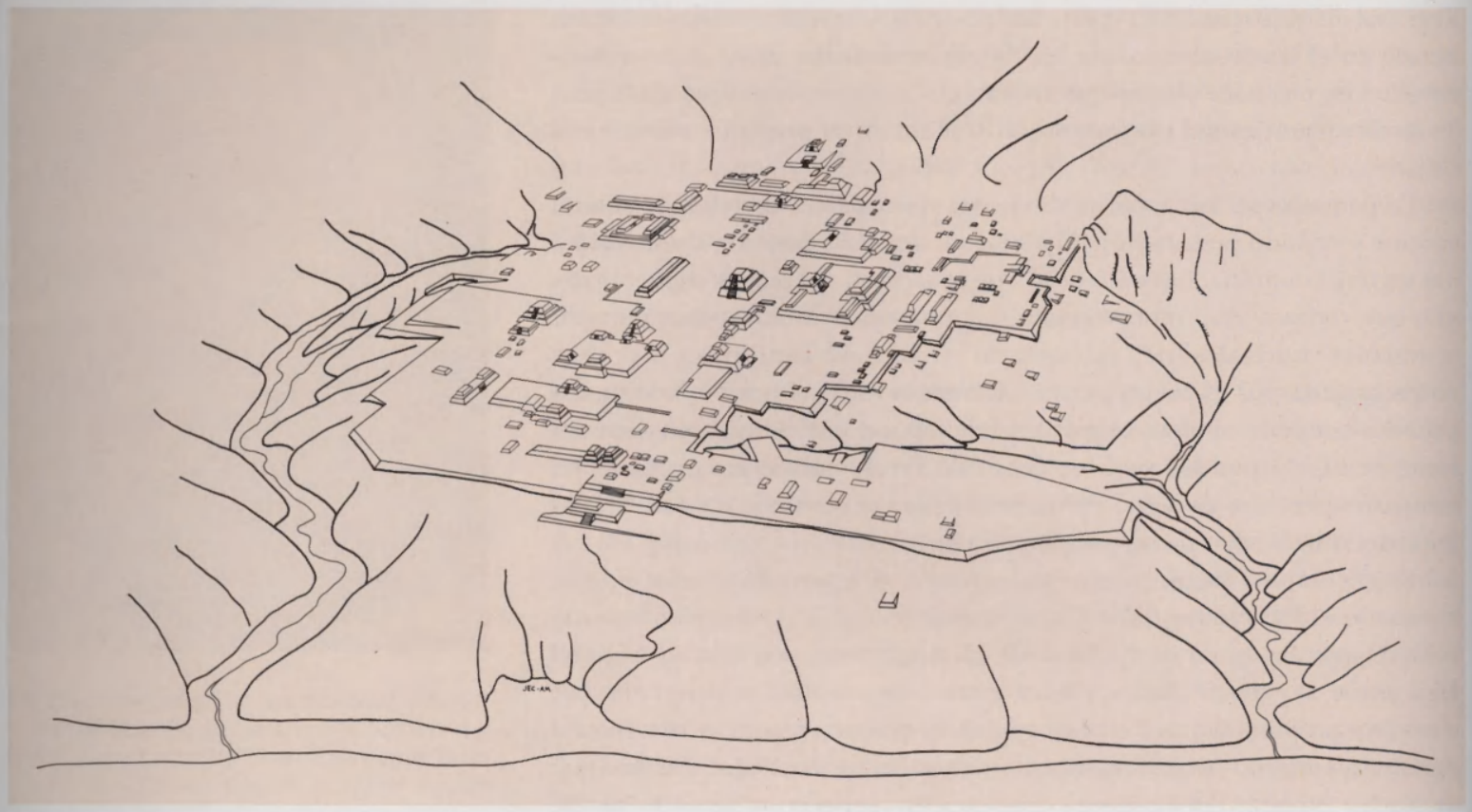


Figura 7.11. Vista de la zona arqueológica de Finca Acapulco, olmeca tardía. (Dibujo de Áyax Moreno y J. E. Clark elaborado de un plano de Eduardo Martínez, cortesía de NWAF.)

Descubrimos que el Dios I es un dragón polimorfo, al cual se asocian la tierra, el maíz, la fertilidad agrícola, las nubes, la lluvia, el agua, el fuego y la dignidad real. El Dios III es un pájaro-monstruo de rapiña, relacionado con el cielo, el sol, el maíz, enanos sin barba y éxtasis religioso (Joralemon 1976:58).

Estos conceptos de deidad evolucionarían en los conceptos del dragón y del gran pájaro de Izapa, y después, en las figuras de Itzam Na y del gran pájaro de los mayas (ambos conceptos pueden tener orígenes celestiales y astronómicos muy antiguos). La fecha probable del pectoral de Comitán es la fase olmeca tardía. No se conoce nada realmente similar en su contexto total, en la zona nuclear olmeca, pero el portador de esta placa de Chiapas no deja duda de lo genuino de esta realeza y autoridad heredadas en las mentes de sus súbditos.

Los valles del norte de Chiapas

Dos notables objetos de culto, olmecas, permiten postular que hubo comunidades olmecas en el norte y una ruta olmeca de intercambio que cruzaba las regiones montañosas bajas del norte de Chiapas y parte de la selva lacandona. La enorme hacha escindida de Simojovel (fig. 7.13) nos hace suponer que hubo una penetración de importantes olmecas tardíos en las fronteras noroccidentales de Chiapas, en busca del ámbar, famoso en este valle. Simojovel está situado en la parte alta del río Tacotalpa, que corre entre cañones, lomas y planicies hacia Villahermosa, Tabasco, y en cuyas riberas se alinean pueblos y ciudades que todavía en el siglo pasado

conservaban alguna población zoque. El río Jataté nace a unos 70 kilómetros al sureste de Simojovel y corre hacia el valle de Ocosingo y hacia el sur para unirse a los ríos Lacantún y Usumacinta.

La espléndida escultura de piedra de Xoc (fig. 7.14) estaba localizada a unos 40 kilómetros al sureste de Ocosingo en una meseta alta del valle de un pequeño afluente del río Tzaconejá, a unos 1 000 metros sobre el nivel del mar. La figura de Xoc, que mide dos metros de alto, es un "hombre-pájaro", según la opinión de Susanna Ekholm, quien investigó el monumento antes de que fuera despedazado y arrastrado por vándalos profesionales. La figura lleva una gran placa que representa una planta de maíz estilizada con cuatro mazorcas de las cuales penden sus sedosos cabellos. Otros elementos del tocado también pueden simbolizar el maíz. La escultura de Xoc estaba en una zona de muchos manantiales, corrientes y sumideros, en un hermoso y verde valle cuyas crestas estaban cubiertas de bosques de pinos. Éste no es el ambiente tradicional de los olmecas, pero precisamente por esta razón quizá consideraron que el valle era un lugar especial de fertilidad y dejaron una reliquia a algún dios, cuya causa u ocasión desconocemos. Muchos investigadores han hecho notar la presencia de plantas de maíz en casi todas las remotas esculturas de piedra olmecas, lo cual sugiere que el maíz o cualquiera que fuera el poder que éste simbolizara, sin duda, como señalamos más arriba, estaba considerado en alta estima por los olmecas, y posteriormente, por los mayas. Dado su estilo de talla en bajorrelieve, se piensa que el monumento de Xoc data del periodo olmeca tardío.

En la región de Tzaconejá se han encontrado otras figurillas olmecas y se conoce un típico centro regional olmeca tardío en el río Jataté abajo de Toniná, al sureste de Ocosingo. En general el periodo Formativo de la región de Ocosingo sigue estando muy poco explorado.

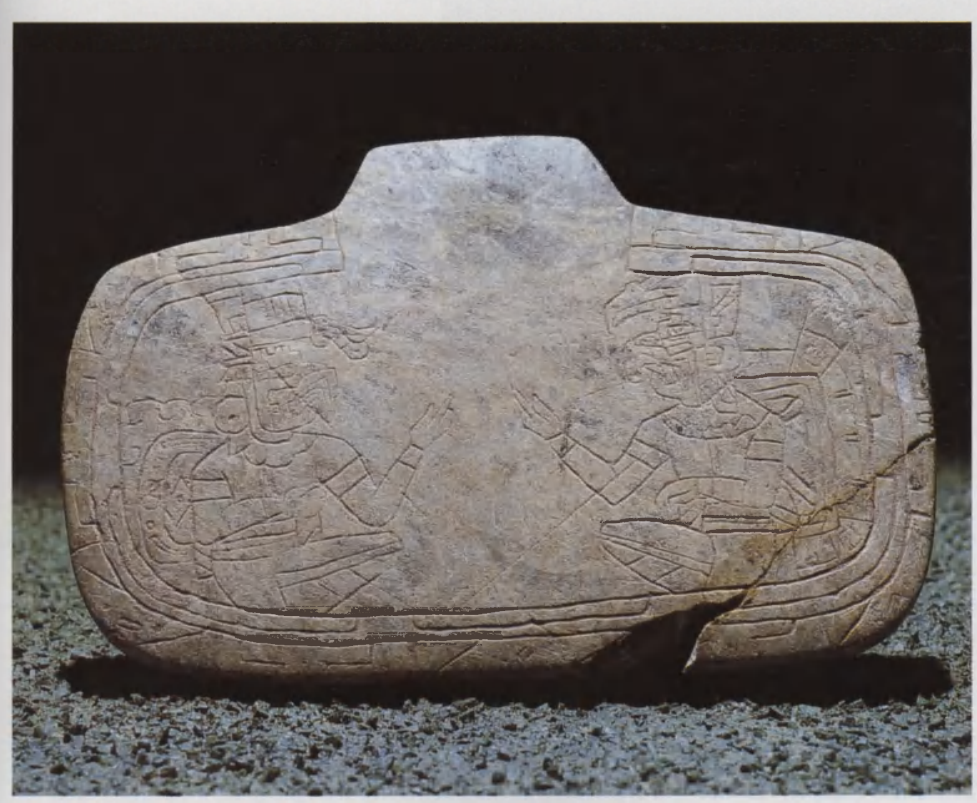


Figura 7.12. Placa o pendiente de Comitán, probablemente olmeca medio o tardío; 14 cm de ancho y 5 mm de espesor.

Figura 7.14. Escultura de Xoc, originalmente situada en el rancho Xoc, municipio de Ocosingo, al este de Altamirano. Es de la época olmeca media; 2.1 m de altura. La escultura fue destruida por saqueadores entre 1968 y 1972. (Fotografía de Susanna Ekholm, cortesía de NWAF.)

Conclusiones

Desde hace tiempo se ha dicho que hubo una expansión importante de la sociedad de la zona nuclear o metropolitana olmeca, desde las tierras bajas de la costa del Golfo hacia Chiapas. Las teorías de que se dio una temprana, amplia y duradera presencia olmeca e intercambios comerciales con las diversas regiones de Chiapas son muchas y convincentes. Aunque se han hecho pocas excavaciones a fondo que nos comprueben las múltiples ocupaciones olmecas que sufrieron las comunidades de Chiapas, aun con lo que conocemos hoy en día, es evidente que los olmecas metropolitanos de la costa del Golfo y las comunidades de Chiapas tenían muchas características en común durante el periodo comprendido entre 1200 y 300 a.C. Con pocas excepciones, estos fuertes paralelos culturales se pueden ver también en otras regiones olmecas de las tierras bajas, con inclusión de la parte oriental de Tabasco, la región del istmo de Oaxaca y la costa sur de Guatemala.

Figura 7.13. Hacha de Simojovel hecha de pizarra negra; 31 cm de largo.

8. Los Altos de Oaxaca y los olmecas

Marcus Winter

El estado de Oaxaca, en el sureste de México, abarca más de 90 000 km² en los que existe una gran variedad de ecosistemas, desde las tierras frías de la sierra del centro del estado hasta las tierras templadas en los valles intermontañosos y las tierras calientes del istmo de Tehuantepec, de la costa del Pacífico y de la planicie costeña norte. Aun cuando los Altos de Oaxaca incluyen todo el centro del estado, las dos regiones de mayor interés aquí, por su documentación arqueológica, son el valle de Oaxaca y la Mixteca Alta.

El valle de Oaxaca, aproximadamente a 1500 metros sobre el nivel del mar, está reconocido como el centro de la civilización zapoteca prehispánica, ejemplificada por Monte Albán y Mitla. El gran valle está formado por tres brazos, el valle de Etla es especialmente importante en la etapa aldeana como un centro de población. A su vez, la Mixteca Alta es más quebrada, con numerosos valles pequeños a casi 2 000 metros. El más importante es el valle de Nochixtlán, donde se han llevado a cabo exploraciones en sitios como Etlatongo, Yucuita y Yucuñudahui. Estas regiones se caracterizan por su clima semiárido y una temporada de lluvias entre mayo y octubre, alternando con la temporada de secas en los demás meses.

El panorama arqueológico de Oaxaca ha cambiado radicalmente en los últimos 30 años. Las excavaciones, principalmente en el valle de Oaxaca y en la Mixteca Alta, han establecido una etapa de vida aldeana que se remonta hasta 1 000 años antes de la fundación de Monte Albán. Durante esta etapa aldeana en Oaxaca (1600-500 a.C.) hubo cambios en la cerámica y otros materiales que reflejan transformaciones en la organización socioeconómica y en las relaciones interregionales.

La secuencia cronológica de la etapa aldeana en los Altos de Oaxaca puede dividirse en tres grandes periodos (fig. 8.1): primero, un periodo de establecimiento de aldeas durante el horizonte Rojo-sobre-Bayo;[1] segundo, el horizonte olmeca, en el que se manifiestan relaciones entre los olmecas de la

[1] El término horizonte en la arqueología se refiere a la presencia de elementos culturales sobre un área extensa durante un tiempo relativamente corto.

Página de enfrente: Máscara de un felino olmeca procedente de la Mixteca, Oaxaca. Esta placa de jade fue una de las primeras piezas olmecas reconocidas, y fue descrita en el catálogo del Museo Nacional de Antropología de 1927.

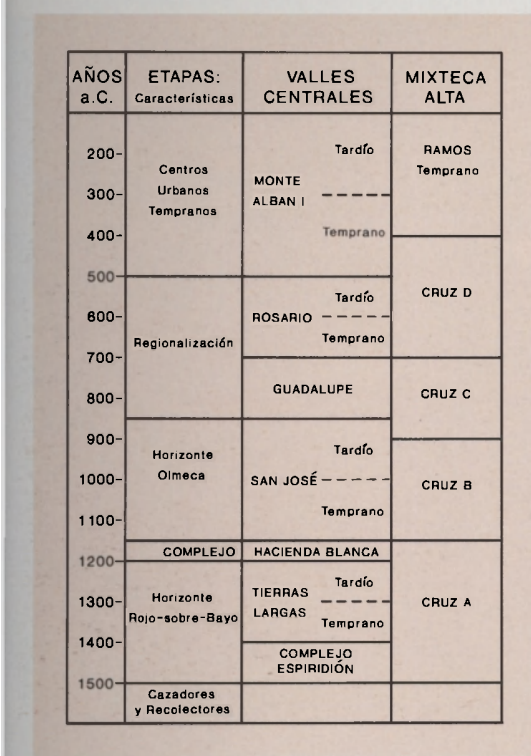


Figura 8.1. Cuadro cronológico del Formativo temprano y medio de los valles centrales de Oaxaca.

costa del Golfo y los habitantes de los Altos de Oaxaca; y tercero, un periodo de desarrollo local en el cual las relaciones con otras regiones no son ni tan marcadas ni tan obvias. Este último periodo en el valle de Oaxaca y la Mixteca es el antecedente directo de la formación de los centros urbanos, mejor ejemplificado por Monte Albán.

Se han podido afinar las comparaciones interregionales gracias a que ya existen numerosas secuencias cerámicas en Mesoamérica y al uso de la técnica de fechamiento por radiocarbono. Se sabe ahora que el florecimiento inicial de la cultura olmeca tuvo lugar entre 1200 y 900 a.C. en la costa del Golfo, y que al mismo tiempo se manifiesta en los Altos de Oaxaca.

El propósito de este capítulo es describir y analizar tal manifestación. Si acaso hubo influencia olmeca, tiempo después, en Monte Albán, seguramente es derivada y muy distinta a la relación olmeca de 1200-900 a.C.

Antecedentes: el establecimiento de las aldeas (1500-1400 a.C.)

El complejo Espiridión es el primer periodo con cerámica documentada en los Altos de Oaxaca (Marcus, 1983). La cerámica es delgada, de color superficial que va del gris al blanco, aparentemente cocido por oxidación, con manchas negras o gris oscuro debido al proceso de reducción. (Hay tan poca evidencia registrada que se considera un "complejo" y no una "fase".) En el elemento 40 del sitio Tierras Largas, por ejemplo, se encontraron fragmentos de una olla-tecomate delgada y de un cajete semiesférico con orilla-borde ligeramente curvo-divergente y muescas incisas sobre la orilla. Ambas vasijas fueron hechas con una técnica de modelado sobre otra vasija o sobre una calabaza. No hay engobe rojo o decoración de pintura roja.

Hasta ahora el complejo Espiridión ha sido documentado solamente en tres sitios: Hacienda Blanca, San José Mogote y Tierras Largas, todos ellos en el valle de Etla. Aunque no están claros los orígenes de este complejo, es sin duda un antecedente directo de la fase Tierras Largas que aparece inmediatamente después (1400-1200 a.C.), ya que hubo continuidad en la técnica de hacer cerámica y algunas de las formas de vasijas. Aún no se han explorado casas del complejo, pero en el sitio Tierras Largas se encontró un pozo tronco-cónico pequeño (elemento 40). Extrapolando de la fase subsecuente, se supone que durante el periodo Espiridión existían asentamientos permanentes, o casi permanentes, de unas cuantas familias nucleares en los sitios ya mencionados. Aunque el complejo Espiridión aún no ha sido fechado con precisión, es un claro antecedente, en términos de gente y su cultura, de la fase Tierras Largas.

El horizonte Rojo-sobre-Bayo (1400-1200 a.C.)

Entre 1400-1200 a.C. hubo un gran florecimiento de la vida aldeana en los Altos de Oaxaca y las regiones al noroeste; la población creció y se establecieron numerosos asentamientos nuevos.

El horizonte Rojo-sobre-Bayo está documentado en tres regiones de los Altos de Oaxaca: el valle de Oaxaca, la Mixteca Alta y la Cañada. También está documentado en el valle de Tehuacán (fase Ajalpan temprana; Mac Neish y otros, 1970), en Tlaxcala (fase Tzompantepec; García Cook, 1981) y

en la cuenca de México (complejo Nevada del sitio Zohapilco; Niederberger, 1976). Otras posibles manifestaciones del horizonte son la ocupación temprana en el sitio de Las Bocas, Puebla; la cerámica de la parte temprana de la fase Amate en Chalcatzingo (Grove, 1987) y la "cultura" Xochipala de Guerrero.

El nombre de este horizonte proviene de la cerámica característica de color bayo (café claro) con decoración roja, sea engobe o pintura (fig. 8.2). Aunque el color de la cerámica varía desde amarillo o casi blanco a negro (por las manchas de cocción), el color bayo es común. El rojo como engobe puede cubrir una superficie entera o aparecer como decoración en bandas o franjas. Generalmente el rojo se obtenía de hematita especular, que es un mineral que produce un color rojo rico y oscuro que contiene partículas brillantes de hierro de color plateado. En Oaxaca se usaba también decoración plástica, siendo la más común las incisiones en los bordes de los cajetes. Por lo menos en Oaxaca, las dos formas de vasija más comunes son el cajete semiesférico y la olla esférica con cuello-borde alto y curvo-divergente. Se encuentran en cantidades menores botellas con cuello-borde cilíndrico, cajetes cónicos y formas diversas.

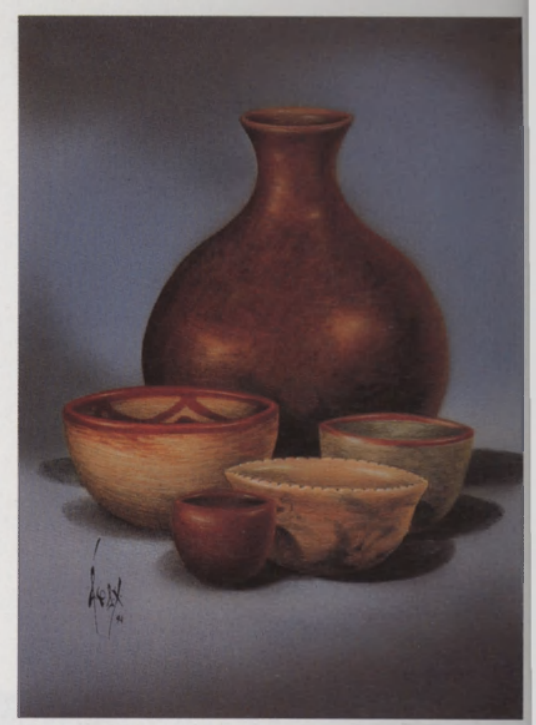


Figura 8.2. Vasijas de cerámica típica de la fase de Tierras Largas. (Dibujo de Áyax Moreno elaborado a partir de Flannery y Marcus, 1994: frontispicio A y figs. 8.2, 8.9, 8.24 y 8.33 cortesía de NWAF.)

La distribución hipotética del horizonte Rojo-sobre-Bayo desde Oaxaca hasta la cuenca de México corresponde aproximadamente a los límites geográficos, en tiempos más tardíos, de los hablantes de lenguas de la familia otomangue (Hopkins, 1984). Por ello, se propone que la distribución del horizonte Rojo-sobre-Bayo (incluyendo la cerámica característica y la tecnología de cultivar, almacenar, procesar y consumir el maíz o teocintle y otras plantas) en los altos del centro y suroeste de México corresponde a la distribución, en 1500 a.C., de hablantes de lenguas otomangues. Según estudios glotocronológicos (Hopkins, 1984), hacia 1500 a.C. ya existían como grupos separados las nueve ramas de lenguas otomangues; entonces, los datos lingüísticos parecen concordar con los datos arqueológicos. La lengua de los habitantes de la cuenca de México era de la rama otopame, mientras que la de los del valle de Oaxaca era de la rama zapotecana y la de los mixtecos era de la rama mixtecana. Se considera que los grupos otomangues contrastan con los hablantes de lenguas mixe-zoqueana, a los que se les daba el nombre de mokayas, quienes ocupaban la costa del Golfo, el istmo y la costa de Chiapas (véase el capítulo 3).

En el valle de Oaxaca el horizonte Rojo-sobre-Bayo comprende la fase Tierras Largas —que se divide en temprana (1400-1350 a.C.) y tardía (1350-1200 a.C.)—, de la cual se han reportado 26 sitios en el valle de Oaxaca (Feinman y otros, 1985:337). En el valle de Nochixtlán este periodo corresponde a la fase Cruz temprana o Cruz A (Zárate, 1987:112) de la que se han reconocido dos asentamientos: Etlatongo y Yucuita. En la región de la Cañada, que colinda con el valle de Oaxaca y la Mixteca Alta, el sitio Rancho Dolores Ortiz corresponde a este periodo.

La tecnología agrícola durante este periodo estaba bien establecida. En los sitios de Oaxaca se encuentran pozos tronco-cónicos subterráneos, evidentemente usados para almacenar granos y otros alimentos, y manos de metates grandes utilizadas para procesar semillas duras, como las del teocintle y otras variedades tempranas del maíz.

La unidad doméstica, compuesta de una familia nuclear o pequeña, con

unos cinco miembros, era un elemento social básico. La comunidad (aldea) más común era similar a los ranchos pequeños de hoy en día, con tres a 10 unidades domésticas (15 a 50 habitantes, la mayoría indudablemente emparentados). La asociación espacial de elementos arqueológicos —pozos tronco-cónicos, hornos, basureros y entierros humanos— refleja la autonomía y la flexibilidad de la unidad doméstica, y estas características prevalecen aún hoy en día en las comunidades rurales de Oaxaca como una contribución de la etapa de aldeas a la vida mesoamericana.

Dos líneas de evidencia sugieren la presencia de una sociedad de rango (no igualitaria) en el horizonte Rojo-sobre-Bayo. Primero, existía una jerarquía de asentamientos, posiblemente con ciertas actividades concentradas en las aldeas grandes. Yucuita, el sitio principal del valle de Nochixtlán, cubrió varias hectáreas y tuvo una ocupación estimada de 40 unidades domésticas o 200 habitantes; era varias veces más grande que las otras aldeas del valle de Nochixtlán. A su vez, San José Mogote tenía un área

Figura 8.3. Vista del sitio de San José Mogote en el valle de Oaxaca. La comunidad de San José Mogote fue la principal del valle durante el Formativo temprano y medio, antes del establecimiento de Monte Albán en el Formativo tardío.

Figura 8.4. Figurillas femeninas de cerámica de la fase Tierras Largas. Fueron encontradas como ofrenda funeraria en el sitio llamado Hacienda Blanca.

y una población varias veces más grandes que las otras aldeas del valle de Oaxaca (fig. 8.3). Segundo, las estructuras de Yucuita y San José Mogote eran especiales: un montículo aún no explorado en la parte noroeste de Yucuita podría corresponder a un templo posiblemente asociado a un personaje o familia importante, mientras que en San José Mogote se documentaron estructuras con muros de postes y lodo estucado. Algunas de estas estructuras han sido interpretadas como "edificios públicos" (Flannery y Marcus, 1976; 1994:31-33, 123). Otra posibilidad es que se tratara de residencias relativamente elegantes de un jefe o jefes y sus familiares, es decir, los líderes de la comunidad.

Estas estructuras están orientadas 8 grados al noroeste, es decir, la misma orientación "olmeca" exhibida unos siglos después por el eje de algunas estructuras del centro de la gran comunidad de La Venta. La orientación significante no es al norte, sino la línea visual este-oeste (82-262 grados) relacionada a las tres estrellas del cinturón de Orión y el planeta Venus, evidentemente utilizada para cálculos calendáricos durante el horizonte olmeca, para lo que se puede considerar un calendario olmeca (Peeler y Winter, 1992-1993). Aunque los datos arqueológicos actualmente disponibles sugieren que el registro del tiempo se originó en Oaxaca, no sería sorprendente encontrar en sitios de la costa del Golfo estructuras igualmente antiguas y con esta misma orientación.

Las figurillas de barro que aparecen en el valle de Oaxaca durante el horizonte Rojo-sobre-Bayo también reflejan indirectamente la organización

Figura 8.5. Figurillas de cerámica procedentes de Hacienda Blanca. Estas dos figurillas de la fase Tierras Largas representan la última etapa del embarazo. La figurilla pequeña fue encontrada en una cavidad o vientre de mujer. Estas piezas formaban parte de una ofrenda funeraria.

social (fig. 8.4). Están hechas a mano con destreza, son pequeñas (generalmente de unos 15-20 centímetros de altura) y la mayoría son representaciones realistas de mujeres, tal vez retratos de individuos. Las mujeres exhiben arreglos complicados de su cabello, a veces con gorras y trenzas; también llevan orejeras, visten faldas o están desnudas y carecen de sandalias u otro tipo de calzado. Sus caras y cuerpos a veces están decorados con pintura roja o blanca. Muchas parecen estar en distintas etapas de embarazo (fig. 8.5).

En el valle de Oaxaca se encuentran las figurillas rotas en el desecho doméstico o a veces como ofrendas en los entierros. El énfasis que se ponía en las mujeres da cabida a la especulación de que la sociedad era matrifocal, o sea, que las mujeres desempeñaban un papel central, si no dominante, en la organización y la vida de la unidad doméstica y la comunidad en general. La distribución de las figurillas en sitios del horizonte Rojo-sobre-Bayo no es pareja y la sofisticación en su manufactura sugiere que estuvieron hechas por especialistas. Por la cantidad encontrada en el rescate, Hacienda Blanca parece haber sido un centro de producción. Se han encontrado relativamente pocas figurillas en los otros sitios del valle de Oaxaca y ninguna en las exploraciones arqueológicas en la Cañada y la Mixteca Alta. Un rasgo común en las figurillas del valle de Oaxaca es la presencia de tres o más hoyos perforados en el cabello. Este rasgo sirve como marcador del horizonte Rojo-sobre-Bayo. Se han documentado figurillas en otras regiones, por ejemplo, un fragmento (la cabeza) encontrado en la superficie en Yucuita y dos completas halladas en el valle de Nochixtlán (posiblemente asociadas a entierros en una cueva saqueada entre Jaltepec y Tilantongo). No se ha documentado el uso de símbolos ni de figurillas con máscaras o atavíos de animales.

El intercambio interregional está bien documentado para el horizonte Rojo-sobre-Bayo. En los sitios de Oaxaca se ha encontrado obsidiana de Veracruz o de otros yacimientos, cerámica del Soconusco y concha de mar. Por medio del intercambio y de la interacción se ligaban las diferentes regiones, y al compartir técnicas, estilos y otros elementos se crea el horizonte. Aunque se desconocen los mecanismos precisos, está claro que las redes de contactos entre las aldeas durante el periodo 1400-1200 a.C. sirvieron para intercambiar bienes y transmitir información y técnicas entre grupos de distintas regiones (véase el capítulo 12).

El complejo Hacienda Blanca (1200-1150 a.C.)

En el valle de Oaxaca la fase Tierras Largas está seguida por un breve periodo, designado complejo Hacienda Blanca, fechado tentativamente entre 1200-1150 a.C., y que se ha documentado en Hacienda Blanca, San José Mogote y Tierras Largas (Ramírez, 1993). La cerámica se caracteriza por una pasta un poco más arenosa y homogénea que la pasta usada en la fase previa; por el uso de engobe blanco y rojo; por cilindros grandes con pares de perforaciones en las paredes abajo de la orilla o borde para fijar una tapa o colgar la vasija, y por tecomates gruesos con decoración de incisiones (a veces de mecedora interrumpida) y punzonadas en zonas. Este breve periodo, que muestra el inicio de cambios en la cerámica y que es un posible antecedente del horizonte olmeca, requiere más documentación.

El horizonte olmeca (1150-850 a.C.)

A partir de *ca.* 1150 a.C. se manifestaron cambios aún más marcados en los Altos de Oaxaca. Los cambios corresponden al tiempo del florecimiento de los olmecas en la costa del Golfo, y a esto se debe la designación de horizonte olmeca.

Los olmecas tuvieron grandes asentamientos (San Lorenzo, La Venta y otros) y eran precoces en el desarrollo de las artes, especialmente la escultura, e innovadores en el uso de símbolos. Es probable que muchos cambios evidentes en los altos de Mesoamérica se originaran entre los olmecas de la costa del Golfo, aunque esta interpretación puede quedar abierta a revaluación con más exactitud cronológica.

La aparición de nuevas formas y técnicas de producción de cerámica es un primer cambio arqueológicamente evidente en los Altos de Oaxaca. Aparece por primera vez cerámica gris producida por cocción de reducción y cerámica con engobes —y combinaciones de engobes— de colores gris, blanco, rojo, rosado y otros. Hay también formas nuevas, como son el cajete cilíndrico y el brasero con base anular y con diseños excisos e incisos.

Se reconocen dos divisiones cronológicas en este horizonte: las fases San José temprana (1150-1000 a.C.) y San José tardía (1000-850 a.C.). En el primer periodo se encuentran cajetes cilíndricos y fitomorfos, así como el uso de una combinación de engobes anaranjado o rojo y blanco, y diseños excisos e incisos; la cerámica de color negro y gris es relativamente común y la cerámica importada de pasta blanca fina (caolín) y gris con borde blanco corresponde a esta división (fig. 8.6). En el segundo periodo son relativamente más frecuentes (en relación con el periodo anterior) los cajetes cónicos, los diseños incisos y el uso de engobe blanco o amarillo-blanco.

La presencia de motivos simbólicos en la cerámica y en otros artefactos es un segundo cambio. El horizonte olmeca marca la primera aparición en los Altos de símbolos con un significado evidentemente religioso. Algunos de los mismos motivos comunes en sitios de la costa del Golfo se presentan en los Altos de Oaxaca y otras regiones, formando un sistema panmesoamericano de símbolos. El uso de símbolos en términos generales sugiere intentos de domesticar o controlar los poderes sobrenaturales. Al plasmar y expresar en cerámica u otros medios, diseños que representan jaguares, temblores, el rayo y otros fenómenos naturales de gran poder, el hombre tomaba control de su ambiente y del cosmos en general.

Se ha atribuido la distribución diferencial de los motivos simbólicos hombre-jaguar y serpiente de fuego en la cerámica a distintos linajes o barrios dentro de una comunidad (Pyne, 1976). Esta interpretación es de validez cuestionable; en el sitio Tierras Largas los motivos parecen existir en forma coetánea y, aunque los linajes podían tener diferentes deidades patrón, sería rara una sociedad en la que las creencias se dividieran en dos grupos. Otra posibilidad es que existieran diferencias cronológicas en el énfasis atribuido a cada grupo de motivos. Los símbolos posiblemente fueron difundidos de la costa del Golfo a diferentes regiones donde fueron interpretados y elaborados con sabor local.

El tercer cambio se aprecia en las figurillas. En la región olmeca los hombres desempeñaron un papel principal en la política y en la

Figura 8.6. Dos vasijas de cerámica procedentes de San José Mogote; ambas muestran diseños olmecas parecidos a algunos de San Lorenzo, Veracruz. Las vasijas fueron encontradas como ofrendas funerarias con entierros en la fase de San José. (Dibujo de Áyax Moreno elaborado a partir de Flannery y Marcus, 1994: frontispicio B y fig. 12.50, cortesía de NWAF.)

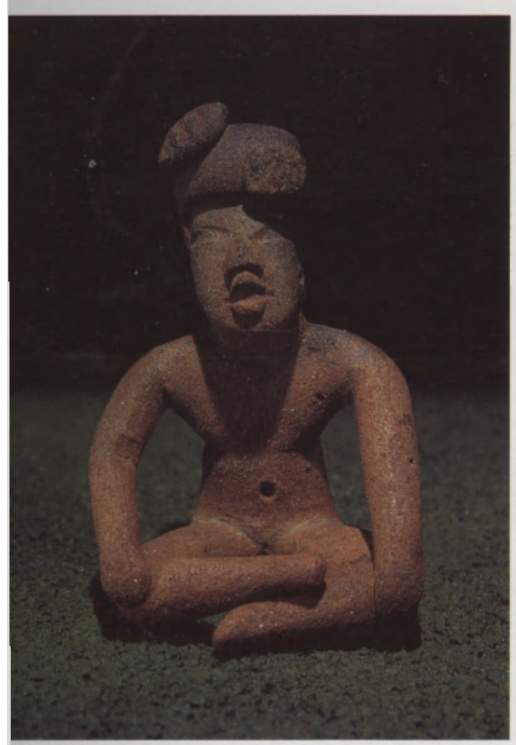


Figura 8.7. Figurilla masculina procedente de Santo Tomingo Tomaltepec, un sitio del valle de Oaxaca que muestra claramente rasgos olmecas. La figurilla fue parte de una ofrenda funeraria de un entierro de la fase de San José.

organización de la sociedad; las cabezas colosales y las figurillas o estatuas portátiles de piedra ejemplifican este énfasis. Durante el horizonte olmeca aparecen por vez primera en los Altos de Oaxaca figurillas con representaciones de hombres, y las representaciones de mujeres ahora son estilizadas, en vez de ser retratos individuales. Las figurillas son más estandarizadas que antes: los hombres tienen cabezas cilíndricas (muestran el mismo tipo de deformación craneal documentada en la región olmeca) y las mujeres tienen cabezas cónicas y caras triangulares. Los hombres muestran engobe blanco o blanco-amarillo en las caras, sus cuerpos son a veces gordos y están sentados como caciques olmecas (figs. 8.7 y 8.8). Así, los artefactos manifiestan un énfasis patrifocal, en contraste con el énfasis matrifocal del horizonte Rojo-sobre-Bayo.

Como un cuarto cambio, poco después de la aparición de las primeras innovaciones en la cerámica se dieron dos modificaciones en el patrón de asentamientos en los Altos de Oaxaca: el abandono de muchas aldeas y el establecimiento de centros rectores. Por ejemplo, en la Cañada se abandonó Rancho Dolores Ortiz y aparentemente no se fundaron otros asentamientos en la región. En el valle de Oaxaca se abandonaron los sitios de Hacienda Blanca, Hacienda La Experimental, Tomaltepec y otros, mientras que San José Mogote continuó como asentamiento principal. En el valle de Nochixtlán, en la Mixteca Alta, disminuyó notablemente la población en la que era la aldea grande de Yucuita, mientras que Etlatongo creció y llegó a ser la comunidad más grande e importante.

Desafortunadamente, los datos de patrones de asentamiento en los Altos de Oaxaca son ambiguos, porque con la cerámica encontrada en el recorrido de superficie no se ha podido distinguir entre las fases San José (1150-850 a.C.) y Guadalupe (850-700 a.C.) (Feinman y otros, 1985:337, 340). Se atribuyen 41 sitios a las dos fases (Kowalewski y otros, 1989:59) y hay aumento de población respecto a la fase Tierras Largas (1400-1200 a.C.); pero cuándo ocurrió el crecimiento, todavía no está claro. En el futuro habría que estudiar de nuevo los asentamientos.

San José Mogote y Etlatongo, los dos centros rectores identificados hasta ahora en los Altos de Oaxaca, muestran elementos en común (Laguna Zope, en el istmo, posiblemente es otro sitio de este tipo, y Las Bocas, en Puebla, y Tlatilco, en la cuenca de México, podrían ser otros). Ambos están ubicados en áreas agrícolas muy productivas en el centro de sus respectivos valles. Ambos parecen haber sido varias veces más grandes que las otras pocas aldeas situadas en sus áreas. En ambos se encuentra cerámica con diseños excisos (estilo olmeca) de alta calidad de producción. La relación entre estas comunidades y los olmecas de la costa del Golfo era estrecha, aunque todavía no se sabe si se trataba de control directo por gente foránea.

Como quinto aspecto, hubo modificaciones en el intercambio de unas regiones con otras. Hace falta cuantificar los datos, pero parece que las relaciones con Chiapas disminuyeron y hubo más contacto con la costa del Golfo, con la obsidiana y la concha que llegaban de ahí. También surgió una nueva especialización local en un sector de San José Mogote, donde se producían espejitos de magnetita e ilmenita, aparentemente intercambiados a nivel local y con regiones distantes (Pires-Ferreira, 1975). En otro sector del mismo sitio se elaboraron adornos de concha.

¿Cómo se explican los cambios manifestados en los Altos de Oaxaca durante el horizonte olmeca? El intercambio durante el horizonte Rojo-sobre-Bayo estableció las redes entre comunidades en diferentes regiones para la difusión de nuevas técnicas en este horizonte (fig. 8.9). Se ha propuesto que la gente de alto rango en los Altos de Oaxaca y otras áreas adoptaron los diseños olmecas con el fin de reforzar su propio poder y *status* (Flannery, 1968; Flannery y Marcus, 1994:385-390) (fig. 8.10). Aunque esta afirmación, ampliamente aceptada por los especialistas, podría explicar la aparición repentina de nuevos diseños, no toma en cuenta los cambios en el patrón de asentamiento. Si los cambios en la cerámica y en los asentamientos son acontecimientos relacionados, como parece ser el caso, tendría que haber una explicación válida que abarcara a los dos.

¿Qué pasó con la gente de las aldeas abandonadas? Quizá "abandono" no es el término correcto, pero es evidente que la relación con los olmecas interrumpió el proceso en la fase anterior de crecimiento de población y establecimiento de nuevas comunidades. Una posibilidad es que hayan llegado grupos de la costa del Golfo a sujetar poblaciones en los Altos, quemando las aldeas pequeñas y desalojando a los habitantes. Se han encontrado casas quemadas, o por lo menos cantidades de trozos quemados

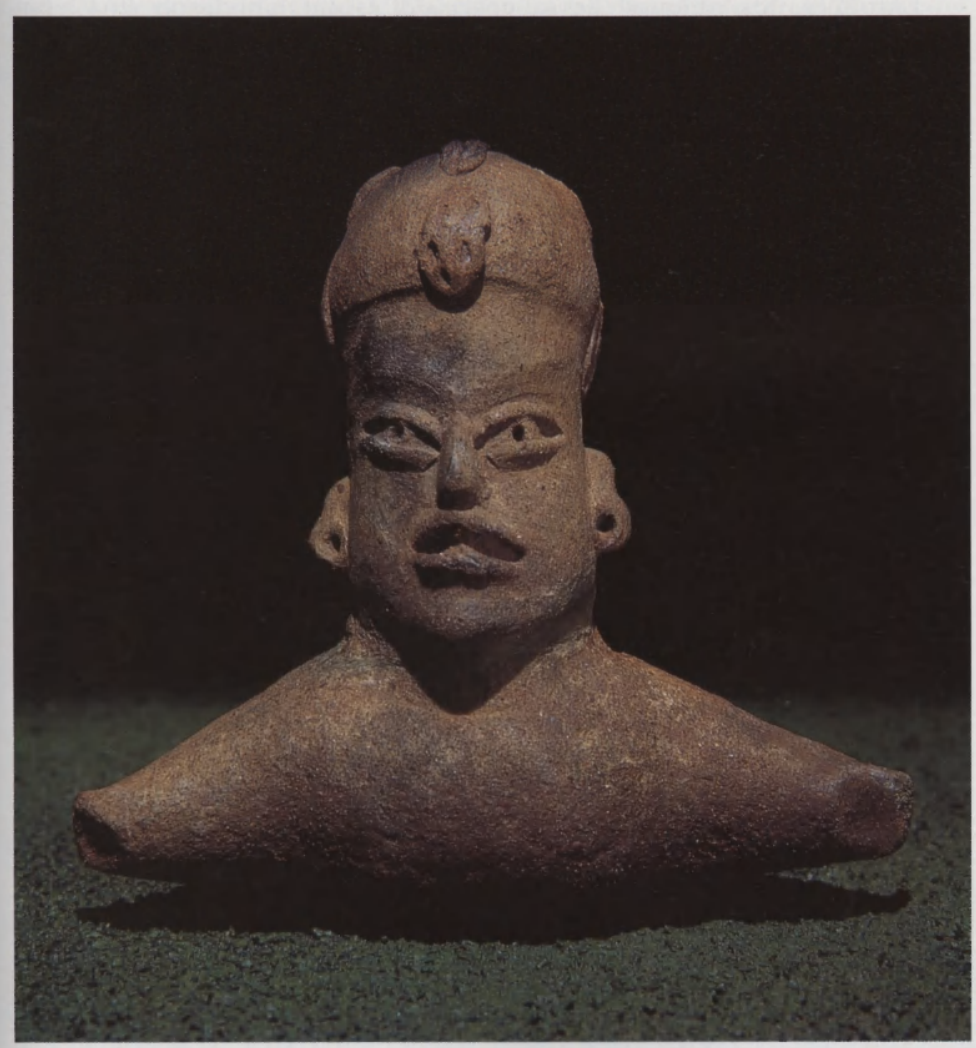


Figura 8.8. Figurilla olmeca procedente de Santo Domingo, Tomaltepec. Esta figurilla hueca muestra claramente los rasgos de figurillas olmecas de la zona nuclear de las tierras bajas y también el principio de *pars pro toto;* con sólo la cabeza y las piernas, representa un personaje completo.

Figura 8.9. Detalle de un entierro de Zinacantepec, Puebla, ahora en el Museo Regional del INAH en Puebla. El collar y el pendiente de jade son de estilo olmeca medio. El sitio está en la ruta que lleva de la zona nuclear olmeca a los Altos de Oaxaca. Algunos de los jefes de comunidades intermedias entre las dos regiones pudieron haber aprovechado su posición en la ruta principal de comercio. Quizá este individuo fue uno de ellos.

de bajareque que formaron las paredes de casas sencillas. Tal vez las casas se quemaron accidentalmente, aunque otra posibilidad podría ser conflicto y destrucción interregional. Los habitantes de las aldeas pequeñas en los Altos murieron, se fueron a vivir a las aldeas grandes o tal vez fueron llevados como prisioneros a las comunidades en la costa del Golfo.

Otra explicación de los cambios podría ser una expansión desde la costa del Golfo no solamente hacia los Altos de Oaxaca, sino hacia Chiapas, el centro de México y otras áreas. Los Altos de Oaxaca están a sólo unos días de camino de la costa del Golfo por la cañada o por rutas más directas. La presencia de poderosos jefes está documentada en sitios como San Lorenzo, donde hay cabezas colosales y otras manifestaciones. Coe (1981) ha descrito la formación de los jefes olmecas que controlaron tierras productivas en San Lorenzo; la expansión fuera de la región costera hubiera sido un paso lógico entre los olmecas. La motivación de la expansión olmeca puede haberse dado por gente, bienes o simplemente para control territorial. Nada similar hubo en los Altos de Oaxaca, hasta siglos más tarde. Después de la expansión inicial quizá se complicó la situación y se enredaron las relaciones entre grupos y regiones, ya con más innovación local. Pero este estímulo de cambio no parece haber sido simple adaptación de *status*, sino subyugación, un patrón mesoamericano común en tiempos posteriores. Después, en la fase San José tardía (1000-850 a.C.), hay más variación estilística en los diseños y una dilución de la "influencia" y del estímulo original.

Entonces, los olmecas de la costa del Golfo ejercieron una gran influencia en la gente de los Altos de Oaxaca entre 1150-850 a.C. Su efecto cultural a largo plazo y sus posibles legados genéticos o lingüísticos aún no han sido identificados.

Regionalización postolmeca (850-500 a.C.)

A partir de *ca.* 850 a.C. en los Altos de Oaxaca hay desarrollo local y sin tanta presión externa. El florecimiento de la cultura olmeca en la costa del Golfo evidentemente continuó con La Venta como su centro mayor. No obstante, en regiones fuera de la costa del Golfo hay más variación cultural, como si hubiera más autonomía y menos contacto y presión directa de los olmecas, mientras que en algunas regiones de los Altos, por ejemplo, Morelos (Chalcatzingo) y Guerrero (Teopantecuanitlán) hubo fuertes manifestaciones del estilo olmeca, y en otra, como Oaxaca, no hubo (véase el capítulo 16).

En los Altos de Oaxaca se comenzó un periodo de crecimiento y florecimiento local. Desaparecieron los símbolos olmecas en la cerámica y empezaron a dominar las variedades locales de cerámica, por lo menos en el valle de Oaxaca y el valle de Nochixtlán. En el valle de Oaxaca por primera vez prevaleció la cerámica gris para los cajetes de servicio. La fase Guadalupe (850-700 a.C.) incluye cerámica con engobe blanco-amarillo a veces con el diseño de la doble línea quebrada; también se caracteriza por cajetes grises sin decoración plástica.

La cerámica gris incisa aparece en la siguiente fase, Rosario temprana (700-650 a.C.), y el motivo más común y característico es el banderín. La cerámica de la fase Rosario tardía (650-500 a.C.) muestra decoración "negativa" hecha con una técnica de borrar y sobrepintar las superficies

bruñidas; también se utilizaron diseños incisos y moldeados con efigies de ranas en los bordes de cajetes grises (Aceves, 1984). Esta cerámica es precursora de la cerámica gris característica de la época Monte Albán I (500-100 a.C.).

En el valle de Nochixtlán prevalece la cerámica de pasta café con engobe blanco, café, rojo y negro. Una característica diferente del valle de Oaxaca es el engobe en la porción superior del interior de los cajetes. Un poco después aparece cerámica gris similar a la de la fase Rosario.

En Oaxaca también se manifiesta una regionalización, pues los patrones de asentamiento son diferentes entre regiones. Se establecieron de nuevo pequeñas aldeas en los valles de la Mixteca con diferencias locales en la cerámica; no se han identificado asentamientos grandes ni evidencia de diferencias sociales o estilos llamativos de cerámica.

El valle de Oaxaca muestra otro patrón de desarrollo. La población empezó a crecer en la fase Guadalupe (850-700 a.C.), especialmente en el valle de Etla, donde se fundaron nuevas aldeas (Barrio del Rosario en Huitzo, Fábrica San José, Hacienda Blanca, Tierras Largas, Tomaltepec y otras), tal vez por gente originaria de San José Mogote. Tierras Largas y posiblemente Hacienda Blanca no muestran ocupaciones de la fase San José tardía (1000-850 a.C.). Tiempo después, en la fase Rosario, existían decenas de aldeas, con un patrón similar a la distribución durante el horizonte Rojo-sobre-Bayo. Hay claros indicios de rango y posiblemente había estratos sociales en el valle de Oaxaca. Una plataforma descubierta en el Barrio del Rosario, Huitzo, evidentemente apoyaba una residencia grande y elegante, más elevada que las otras en la aldea. San José Mogote tenía varias estructuras grandes, posiblemente con muros de piedra, aunque su fechamiento aún no está claro.

Existía una jerarquía de dos o tres niveles de asentamientos: San José Mogote era la comunidad más grande e importante; aldeas como el Barrio del Rosario, en Huitzo, tenían familias de alto y de bajo *status,* y hubo un posible tercer nivel de ranchos solamente con unidades domésticas sencillas.

Oaxaca participaba en redes de intercambio. Las aldeas recibían, por ejemplo, obsidiana del yacimiento Guadalupe Victoria, Puebla, y adornos de piedra verde de alta calidad procedentes de lugares aún no identificados. En el sitio de Hacienda La Experimental en el valle de Oaxaca, se encontró un fragmento roto y modificado de una estatua de piedra oscura, similar a las de La Venta, asociado con cerámica de la fase Rosario tardía (650-500 a.C.). Pero el desarrollo en el valle de Oaxaca parece haber sido autónomo y libre de presiones externas, aunque no aislado de otras áreas mesoamericanas. Como manifestación del crecimiento general de la población, en la fase Rosario se inició una colonización o dispersión desde el valle de Oaxaca, quizás desde San José Mogote y el valle de Etla, a regiones cercanas. Por ejemplo, se fundó una aldea en Apoala en el extremo este de la Mixteca Alta. En otras regiones, como el valle de Tehuacán, la Mixteca Baja y la Mixteca Alta, se encuentra cerámica gris estilo Rosario que posiblemente procede del valle de Oaxaca e indica el funcionamiento de relaciones de contacto y probablemente intercambio entre estas regiones.

En muchas zonas del México central se podría hablar de una tradición de cerámica gris, aunque la evidencia de prácticas religiosas es escasa. Aparte

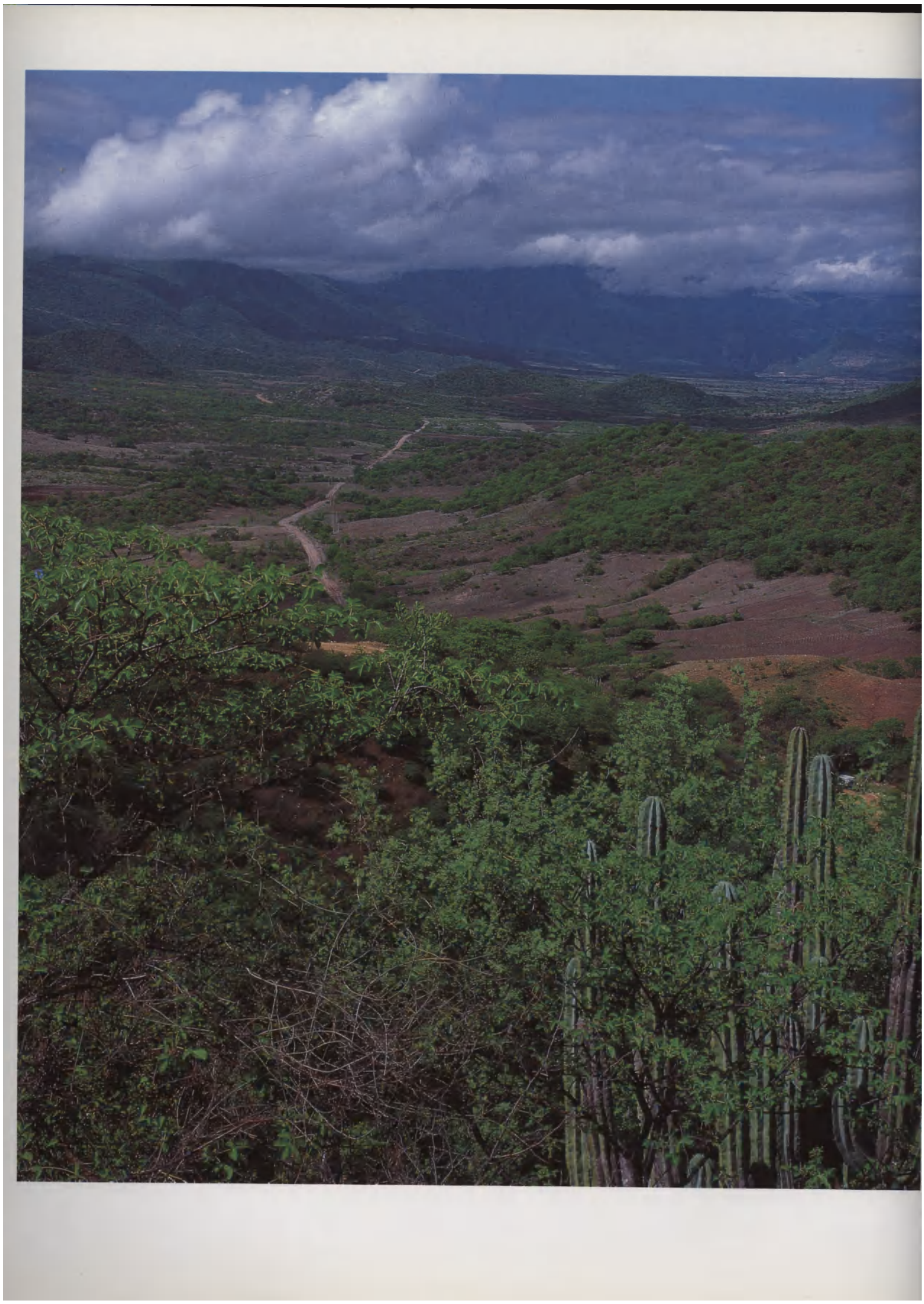
de los diseños incisos y modelados, no hay mucha evidencia preservada en la cerámica y otros artefactos de religión o símbolos. Las figurillas de barro no son muy frecuentes en la fase Rosario y no es hasta el siguiente periodo cuando aparece un florecimiento de símbolos e ideas de carácter religioso.

En los Altos de Oaxaca la etapa de aldeas termina aproximadamente hacia 500 a.C. con una gran población zapoteca en el valle de Etla: San José Mogote. Se había formado ya la base para un cambio radical y para la emergencia de la vida urbana.

Epílogo

Hacia 500 a.C. o un poco después se fundó Monte Albán, el primer centro urbano de Oaxaca, que rápidamente llegó a dominar a todas las comunidades del valle. En Monte Albán se refleja una movilización de gente a un grado no visto antes en esa zona. El sistema de escritura y la colocación de los edificios refleja conocimientos especializados. El principal estímulo para la fundación de Monte Albán pueden haber sido los conflictos, y la expansión y el deseo de controlar territorio motivaron el establecimiento de relaciones de dominación con otras comunidades. Estos patrones quizás eran nuevos en Oaxaca, pero no en Mesoamérica. Son los mismos que aparecieron unos 800 años antes entre los olmecas, desde otro punto de origen y en otro contexto cultural y temporal.

Figura 8.10. Estatua de jadeíta procede
Tehuacán, Puebla, el valle principal que
ta el valle de Oaxaca con la zona metrop
olmeca. La estatua tiene más de 50 cm de
y representa a un jefe en una comunidad
regiones aldeanas que adoptaron el simb
olmeca, incluyendo la práctica de la d
ción craneal. La emulación del atuend
simbolismo de los gobernantes olmeca
zona nuclear por los de las regiones circu
nas probablemente fue uno de los fa
principales en el despliegue del estilo
por toda Mesoamérica durante el For
temprano y medio.



9. Los olmecas en el estado de Guerrero

Guadalupe Martínez Donjuán

Introducción

Guerrero, arqueológicamente carece de una identidad cultural que lo tipifique, como lo maya a Yucatán, lo zapoteca y mixteca a Oaxaca, lo tarasco y purépecha a Michoacán, lo tlahuica a Morelos, lo olmeca a Veracruz y Tabasco, lo tolteca a Hidalgo, etc. Ha sido descrito como "un territorio de paso de influencia", porque por sus costas y su tierra firme entraron rasgos sudamericanos a Mesoamérica; incursionaron los olmecas en busca del jade; extendieron los teotihuacanos sus rutas de comercio; pasaron los toltecas a otras áreas mesoamericanas; entraron tlahuicas y matlatzincas, y ampliaron los mexicas sus áreas de tributo. Pero en su territorio también vivieron los yopes, tlapanecos, cohuixcas, chontales, tepuztecos, amuzgos, cuitlatecos y muchos grupos más.

Aquel antiguo tránsito dejó algunas huellas: el estilo chavinesco —chavín, Perú— en las lápidas de placeres del oro; objetos de cobre —cascabeles, agujas, pinzas, leznas, etc.— y un bezote de estaño; rasgos ajaguarados en diversos materiales incluso en madera; representaciones de tlálocs y cerámica anaranjada delgada; las estelas y los objetos de oro de Texmelincan y la cerámica plumbate; pictografías, lienzos y códices, etc. De los segundos, quedan también lienzos y códices. Pero, a excepción de los olmecas, se desconoce cuál de toda esa influencia generó o coadyuvó algún desarrollo local o regional, y poco o nada se sabe de los grupos que lo habitaron incluso de los yopes o tlapanecas, que se han tomado como el antecedente cultural de Guerrero. La historia de este grupo se inicia en época tardía y está registrada en sus lienzos y códices, pero nada se sabe de las características arqueológicas de su arquitectura, de sus dioses, sus costumbres funerarias, de su cerámica, de su patrón de asentamiento y de sus extensión, entre otras cosas.

Es innegable, sin embargo, que en Guerrero hubo desarrollos locales y regionales; la tradición lapidaria es un ejemplo. La técnica del tallado se gestó desde tiempos muy tempranos; se impulsó con los olmecas y derivó en el estilo mezcala. Esa natural esquematización simbólica que caracteriza a sus formas, motivó los estudios estilísticos de varios cientos de piezas de saqueo y

Página de enfrente: Vista del valle de Tlalcozotitlán, Guerrero.

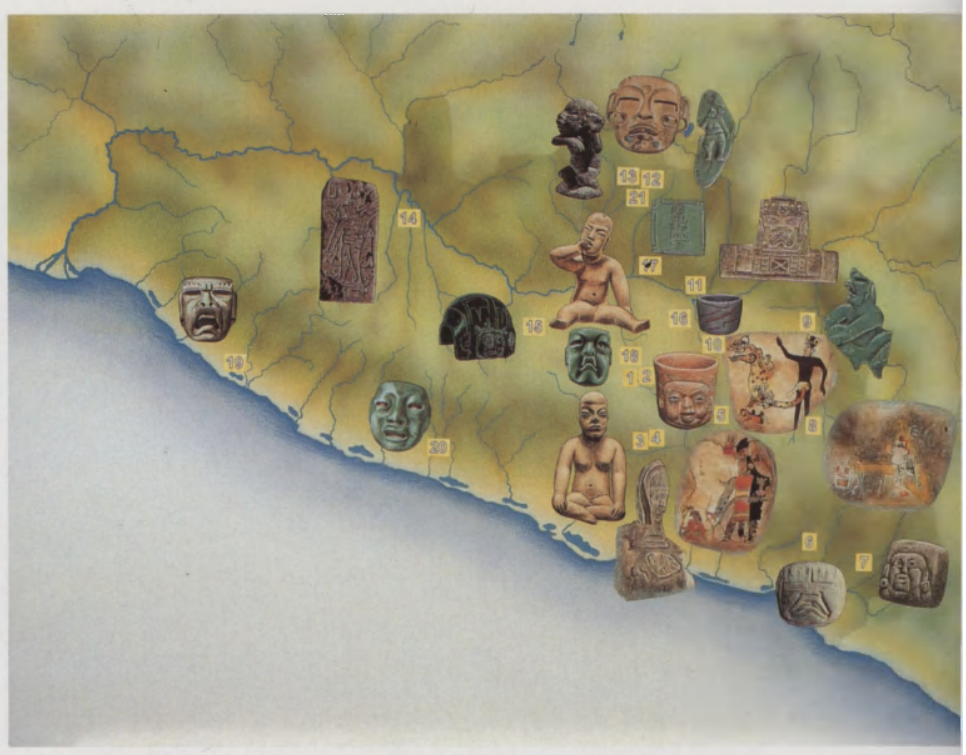


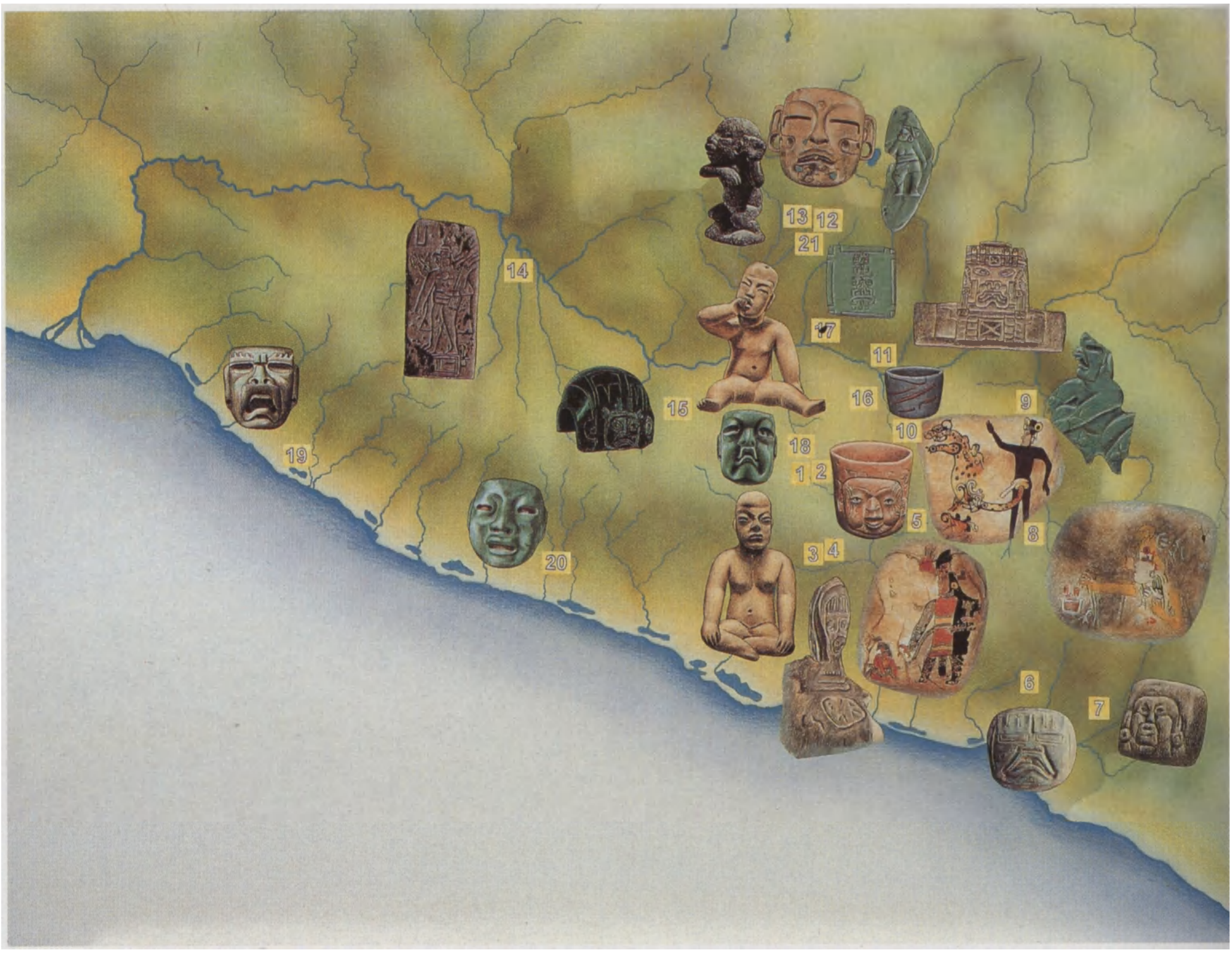
Figura 9.1. Sitios en Guerrero con presencia olmeca. Los sitios son los siguientes: 1. Temixco II o Chilpancingo; 2. Chilpancingo; 3. Texayac; 4. Tepila; 5. Juxtlahuaca; 6. San Luis Acatlán; 7. Charco de Ometepec; 8. Cahuaziziqui; 9. Olinalá; 10. Oxtotitlán; 11. Teopantecuanitlán; 12. Iguala; 13. El Naranjo; 14. San Miguel Amuco; 15. Tlacotepec; 16. Xochipala; 17. Ahuelican; 18. Zumpango del Río; 19. San Jerónimo; 20. Atoyac; 21. Iguala. (Dibujo de Áyax Moreno, cortesía de NWAF.)

la idea de proponerlo como cultura. Sin embargo, la procedencia de las piezas impidió la aceptación, de la misma manera que se ha rechazado la llamada cultura xochipala. El saqueo, devastador e incontrolable, ha destruid gran parte de los elementos coyunturales para definir las características de éstos y otros desarrollos regionales, entre ellos el olmeca.

Guerrero ha sido, gracias al saqueo, uno de los principales abastecedores de piezas olmecas desde hace muchos años (fig. 9.1). La cantidad de objetos que circuló desde aquellos tiempos llevó, por los años cuarenta, a Miguel Covarrubias, un estudioso de la arqueología, a proponer a Guerrero como la cuna de la cultura olmeca, tras un análisis de piezas de saqueo; y tiempo después, Wicke, basado en un estudio de hachas votivas, propuso lo mismo para Oaxaca. La controversia con los que defendían a la región del Golfo como el lugar de origen de esa cultura no se dejó esperar. Las piezas de saqueo, no representaban un argumento válido para el nutrido grupo que defendía con estudios y hallazgos *in situ*, esa génesis. Por otro lado, las pocas evidencias olmecas encontradas *in situ* en Guerrero se tomaban como testimonios de la influencia venida del Golfo.

No fue hasta 1983, cuando un sorpresivo hallazgo olmeca, el del monumental sitio de Teopantecuanitlán, empezó a hace reflexionar a varios investigadores sobre la veracidad de los planteamientos del origen y desarrollo de la cultura olmeca. Esa curiosidad se ha ido fortaleciendo aun en contra del escepticismo de los especialistas de esa cultura, ya que, hallazgos posteriores vinieron a darle a estos olmecas, las primicias de ser los inventores —¿paralelos?— de una técnica constructiva: la de la bóveda falsa, atribuida a otra influencia: la maya.

Las características de este sitio, inusitadas y espectaculares, dejaron ver una promisoria información para explicar la presencia olmeca en Guerrero


13
12
21
14
17
11
16
9
15
10
18
1
2
19
5
8
3
4
20
6
7

información que en los años cuarenta hubiera puesto en una disyuntiva a los defensores de la costa del Golfo como el génesis de la cultura olmeca. El desarrollo que ésta alcanzó en Guerrero empieza a mostrarse a través de las características de sus obras y de la extensión de los sitios. Con ello no se pretende extrapolar el origen olmeca; sólo se desea darle el lugar que tiene en Guerrero. A pesar de la gran desventaja temporal en las investigaciones, en la integridad de los sitios y en la irregularidad en el apoyo de la investigación, los resultados son satisfactorios, y en lo que a olmeca respecta, Guerrero aún reserva muchas sorpresas.

Figura 9.2. Placa de jade de Olinalá.

La presencia olmeca en Guerrero

Aún no se sabe, a ciencia cierta, quiénes fueron los creadores de la cultura olmeca; sin embargo, el hallazgo de algunas de sus obras más espectaculares concentradas en una estrecha franja costera ubicada entre los estados de

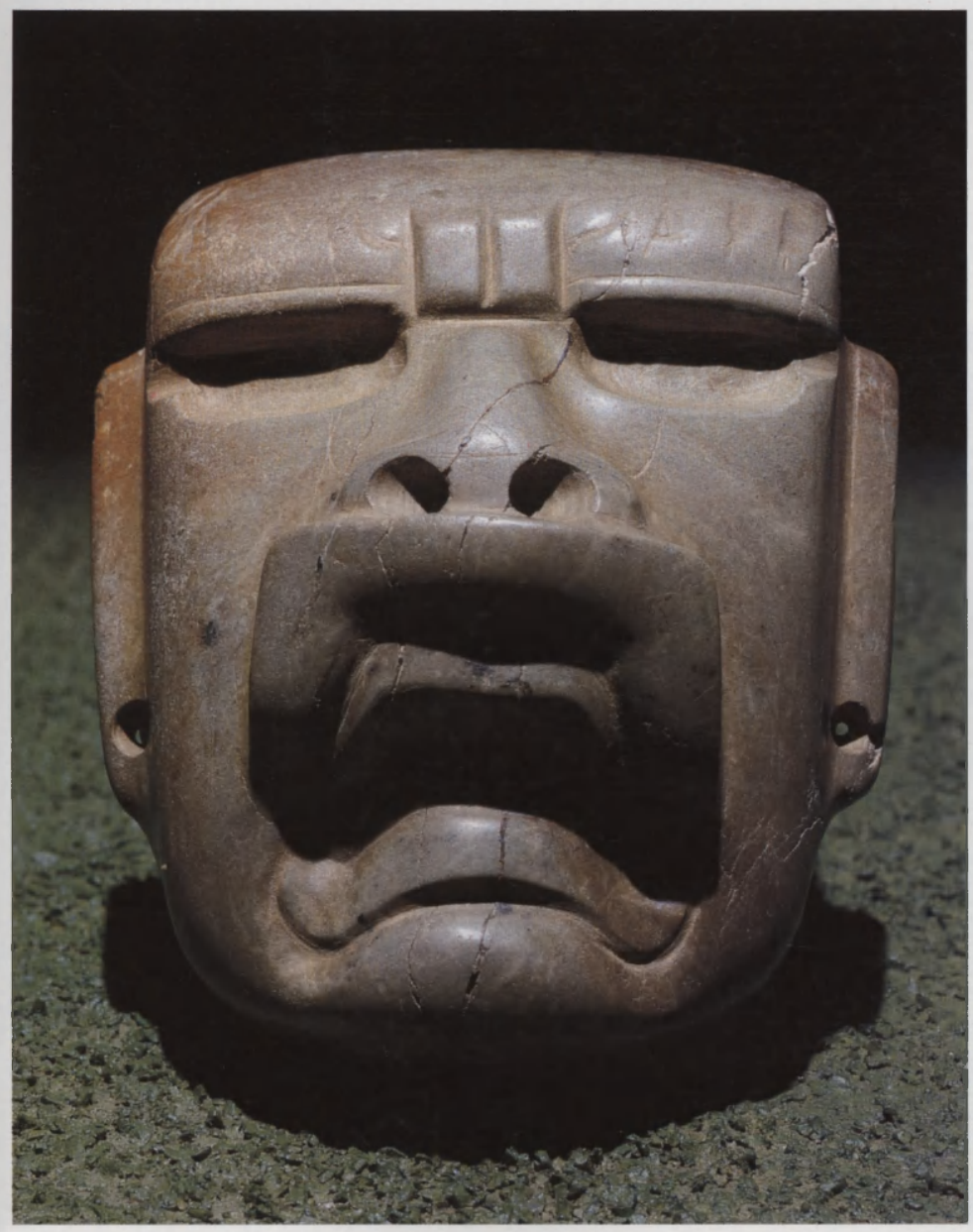


Figura 9.3. Máscara de piedra verde de San Jerónimo, en la costa grande.

Figura 9.4. Pintura de Oxtotitlán. (Dibujo de Áyax Moreno elaborado a partir de Grove, 1970: frontispicio; cortesía de NWAF.)

Veracruz y Tabasco, llevó a algunos investigadores a señalar esta área como el lugar del origen y florecimiento de esa cultura, y por ello fue designada como "la zona nuclear olmeca". La ubicación espacial de su génesis desencadenó una corriente difusionista extremadamente radical, que condujo a que todo elemento de esta cultura encontrado fuera de aquella área, se interpretara como una muestra de la expansión olmeca hacia otras regiones de Mesoamérica. Varias son las hipótesis que sobre el particular sustentan que esa penetración de influencias se llevó a cabo a través de la difusión religiosa, de conquistas militares, colonización, relaciones de intercambio comercial y alianzas matrimoniales (véase el capítulo 11).

En el estado de Guerrero, esa interpretación sólo quedó más vinculada con el aspecto comercial, en la que la piedra azul-verde y el jade desempeñaron un papel muy importante, y fue la que validó la gran cantidad de manifestaciones olmecas encontradas en las diferentes regiones del estado. Parte de esas manifestaciones están representadas por las pinturas de Juxtlahuaca y Oxtotitlán, así como por diversos objetos de barro, de jade y otro tipo de piedras encontradas en Olinalá (fig. 9.2), Tlapa y Coyahualco en la región de la montaña, localizada en la parte centro-este del estado; la máscara de madera con restos de incrustaciones de jade del Cañón de la Mano, el pequeño yugo de Tlacotepec y el altar de Agua Bendita, en la parte centro-noroeste; figurillas de barro y objetos en concha y piedra verde de San Jerónimo (fig. 9.3), Atoyac, Petatlán, Coyuquilla y Zihuatanejo en la región de la Costa Grande; figurillas, vasijas y objetos de piedra de Cruz Grande, Marque-

Figura 9.5. Vasija con rostro de hombre-perico. Se encontró en el interior de la tumba de bóveda falsa en el cementerio de la colonia Coovisur de Chilpancingo.

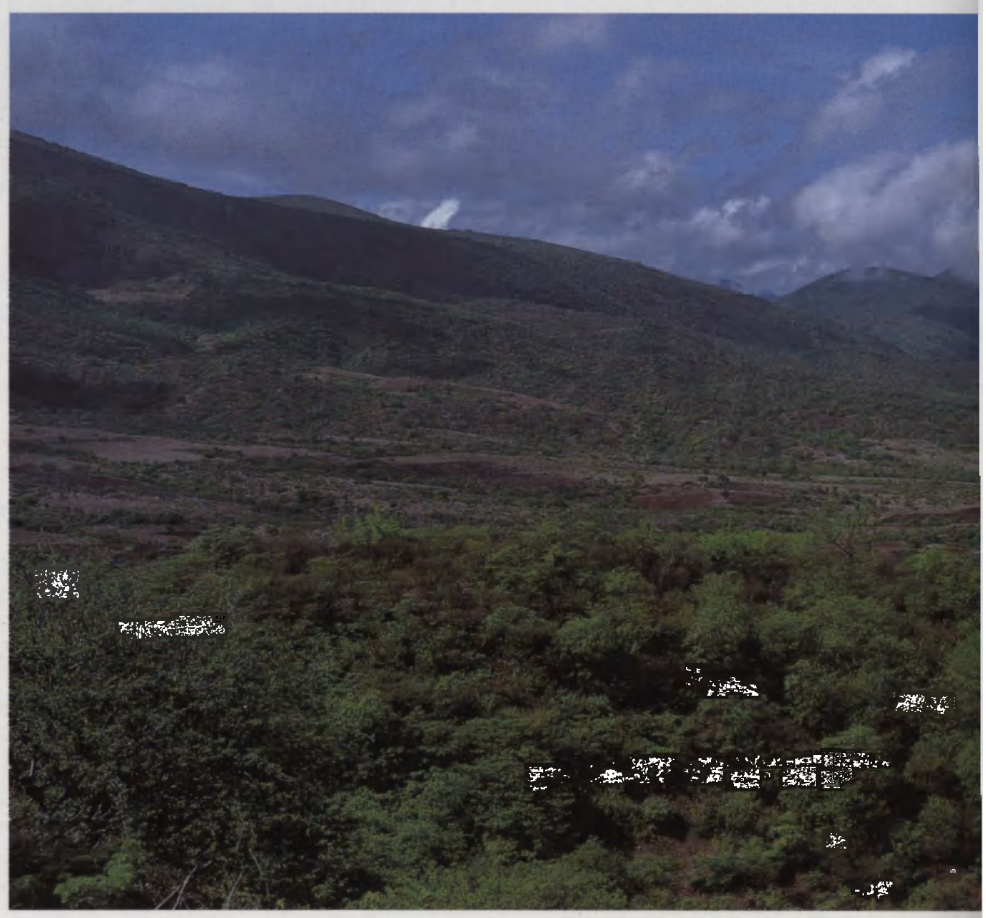


Figura 9.8. Cabezas de figuras de barro de Teopantecuanitlán que muestran la variedad de estilos.

lia, San Luis Acatlán y Ometepec, en la región de la Costa Chica; la estela de San Miguel Amuco, figurillas de la Arboleda, Arcelia y Coronillas en la región de Tierra Caliente; figurillas, vasijas y objetos de piedra verde de Mezcala, Zumpango del Río, Xochipala, Xalitla, Atopula, Huitzuco y la placa de Ahuelican en la región centro; así como figurillas y material cerámico de Acapulco, La Zanja y Puerto Marqués, entre otros.

A pesar de que la mayoría de las piezas son de saqueo, están vinculadas a sitios con ocupación olmeca, y sería insostenible tratar de explicar esta extensa distribución con la tradicional costumbre de interpretar a cada uno de ellos como un fenómeno aislado, derivado únicamente de las influencias de la costa del Golfo. A eso habría que agregar que algunos rasgos olmecas de esta entidad señalan una mayor afinidad con el estilo olmeca de Chiapas y Guatemala en la costa del Pacífico. Esta circunstancia resulta muy interesante, en particular porque Piña Chan (1982: 110) plantea que los grupos que van a dar origen a la cultura olmeca se bifurcaron; unos se dirigieron hacia la costa del Golfo y otros continuaron por la del Pacífico.

Es factible, pues, considerar que los que incursionaron en Guerrero eran parte de aquellos que se dirigieron hacia las costas del Pacífico; y que el desarrollo de unos y otros fue independiente pero no aislado. Esa separación y su posterior distribución en Guerrero explican la numerosa presencia olmeca, mientras que algunos rasgos del Golfo y del altiplano central evidencian la influencia derivada de las relaciones comerciales. Sin embargo, esta influencia, siempre vista de manera unilateral, debió de haber sido, en última instancia, recíproca; ya que al retroalimentarse se mantenía viva esa cosmogonía, religión o estilo que distingue a lo olmeca.

Poco se sabe acerca de cómo esa religión, estilo, grupo étnico o lingüísti-

co, cristalizó en la civilización más antigua de Mesoamérica, y de cómo se inició en una o en diversas regiones de la América media. Pero las ideas y la organización social y política que llegó con los primeros olmecas que incursionaron en el territorio guerrerense, encontraron un campo fértil entre los numerosos grupos aldeanos que lo poblaban, algunos de los cuales mostraban ya un naciente desarrollo en la manufactura de la cerámica, desde mediados del tercer milenio antes de Cristo.

Sin embargo, las nuevas ideas se imponen y varios de esos grupos empiezan a compartir algunas regiones con los olmecas, quienes tiempo después consolidan un importante foco de esa antigua cultura madre. Este núcleo también alcanzó un avanzado desarrollo desde época muy temprana, con un regionalismo muy particular, en el que la intrincada orografía del estado de Guerrero fue determinante. Un ejemplo de este desarrollo es el que empieza a vislumbrarse en la región centro-este, en donde los recientes hallazgos de Coovisur, Temixco II, Tepila, Texayac y el monumental Teopantecuanitlán se suman a los de Juxtlahuaca, Oxtotitlán, Zumpango del Río, Ahuelican y Xochipala entre otros. Lamentablemente la información de estos sitios, dejará ver la incidencia de los elementos olmecas y que su presencia no es fortuita ni está aislada.

Juxtlahuaca

Es el nombre de unas extensas grutas localizadas cerca del poblado de Colotlipa, en el municipio de Quechultenango a 42 kilómetros de Chilpancingo. En dos de sus múltiples cámaras, ubicadas aproximadamente a 500 metros de la entrada actual, se encuentran los restos óseos de enterramientos humanos con vasijas de ofrenda —que fueron robadas recientemente— y tres pinturas olmecas.

La primera de éstas, que se encuentra en una de las paredes de la cámara, representa a un personaje olmeca de pie, ataviado con un tocado de plumas de color negro, orejeras circulares, una túnica roja y sobre el hombro izquierdo una capa con manchas que bien pudiera ser la piel de un jaguar. Sujeta un elemento serpentino y amaga a otro individuo acuclillado a sus pies. La segunda, está pintada sobre un saliente rocoso; se trata de una serpiente con el cuerpo rojo y la cabeza negra; el ojo está representado por la clásica Cruz de San Andrés y sobre éste una ceja flamígera, que es otro elemento típicamente olmeca. La tercera, es un jaguar en otra roca, está en color negro con el lomo en rojo y representado en forma naturalista. Estas pinturas fueron dadas a conocer en 1967 por Carlo Gay.

Oxtotitlán

En este caso las pinturas se encuentran en dos grutas juntas y de poca profundidad, cerca del poblado de Acatlán en el municipio de Chilapa, al norte de Juxtlahuaca. Fueron dadas a conocer por David Grove en 1968. Las pinturas presentan diferentes estilos y épocas de elaboración, algunas incluso fueron traslapadas. Los motivos olmecas son diversos desde personajes, rostros humanos, aves, reptiles, jaguares, gotas de agua, la vírgula de la palabra y un glifo numeral entre otros.

Figura 9.9. Vista del recinto sagrado o patio hundido de Teopantecuanitlán. (Fotografía cortesía de Kenneth Garrett.)

Entre éstos destaca un personaje en la parte alta del acantilado que da a una barranca; está representado con una investidura de búho, calzado con sandalias de jade (¿?) y sentado sobre la cabeza del monstruo de la tierra, en una posición que refleja movimiento (fig. 9.4). Sobre su cabeza, formando el tocado está la del búho, y en dirección de su rostro, a manera de máscara quedan los ojos y el pico, mientras que las alas desplegadas, una arriba y otra abajo, le sirven de fondo a los brazos. En el pectoral y en los ojos del monstruo de la tierra está representada la Cruz de San Andrés. La policromía en tonos verde, azul turquesa, amarillo y rojo, que describe Grove, ha sido completamente destruida.

Otra de las pinturas representa un personaje y un jaguar (fig. 9.1). El primero está pintado de negro a excepción de la cara, parte del tocado y el pubis, que son blancos; está de pie con el brazo derecho extendido al frente y el izquierdo hacia abajo; el segundo se encuentra semierguido y de espaldas a éste. La cola del animal y el miembro viril del personaje parecieran proyectarse y formar un solo objeto. Esta escena, aunque controvertida en su interpretación, ha sido explicada como una copulación entre el personaje y el jaguar, mientras que una segunda la relaciona con la fuerza y la fertilidad (Martínez-Jiménez-Arboleyda: 1994).

Entre estas pinturas se encuentra lo que se ha interpretado como un glifo numeral que está representado por la cabeza de un extraño reptil con hocico largo y puntiagudo, colmillos y lengua extendida y redondeada en vez de bífida. Dos elementos a manera de volutas en la parte posterior de la cabeza, se han tomado como atributos de la serpiente emplumada; y seis círculos, tres arriba y tres abajo de la cabeza, como los elementos que le dan carácter de glifo numeral al conjunto. Es la representación más antigua en su género y se encontraba en el techo de la cámara en la gruta norte; fue robada y recuperada posteriormente fuera del estado de Guerrero.

Con estas pinturas también se encuentra una de las representaciones más antiguas de la vírgula de la palabra. Está asociada a una cabeza olmeca pintada de perfil y en color negro, con un tocado —¿de plumas?— y una máscara serpentina que le cubre la boca y la mandíbula. La vírgula, representada con una voluta, se encuentra a 10 centímetros de la boca.

Cacahuaziziqui

Estas pinturas se localizan en el municipio de Copanatoyac, en la región de la montaña y fueron dadas a conocer por Villela en 1989. Están en el interior de una cueva y los motivos son diversos: gotas de lluvia, plantas, animales y figuras humanas entre otros, y están hechos en colores blanco, negro, rojo y amarillo.

La más relevante representa a un personaje pintado de blanco y amarillo ataviado con una capa y un tocado alto en el que se distingue la Cruz de San Andrés. Sujeta una pequeña figura humana en cada mano, la derecha hacia adelante y la otra contra su pecho. Junto a la boca se observa una voluta ornamentada que representa la vírgula de la palabra, aunque en este caso esa ornamentación fue interpretada por Villela como el atributo, con el que Jorge Angulo ha sugerido que se representa el canto, la alabanza, la oración y la plegaria.

En los tres ejemplos, la concepción es diferente; mientras los elementos de unas sugieren funciones de santuario reservado a ceremonias iniciáticas y a la obtención de rangos de poder, los de otra lo hacen con el agua, la fertilidad y el sustento en una ceremonia en la que se representa el canto, la oración o la alabanza, y en la tercera, además del agua y la fertilidad, se representa la comunicación a través de la palabra, un posible fechamiento a la manera olmeca y la mítica pareja, hombre-jaguar, que simboliza el origen de la estirpe olmeca.

Esta pictografía, la de Juxtlahuaca y la de Oxtotitlán, en Guerrero y una que se encuentra en Guatemala son los únicos cuatro ejemplos que se conocen de la cultura olmeca en el área que ocupó la antigua Mesoamérica. Esto las coloca como una de las características más significativas de la presencia olmeca en Guerrero y a la vez una de las que lo distinguen.

Coovisur y Temixco II

Es el nombre de dos de las colonias que se encuentran al sureste de Chilpancingo, asentadas en el mismo terreno que, entre finales del segundo milenio y los albores del primero antes del nacimiento de Cristo, ocupara uno de los antiguos grupos aldeanos del Chilpancingo prehispánico. Esa concomitancia en la ocupación de este espacio ha hecho que los hallazgos arqueológicos deriven en cierta medida de las excavaciones que preceden a las construcciones habitacionales y de servicios públicos. Esta circunstancia llevó en 1988 a que en Coovisur se descubriera un cementerio contemporáneo a esos grupos aldeanos y entre 1989 y 1991, en la Temixco II, se encontraran nueve formaciones tronco-cónicas de la misma temporalidad.

El cementerio

Es uno de los ejemplos más tempranos que se conocen con la concepción occidental de "sitio para enterrar a los muertos", del periodo Preclásico en Mesoamérica. Se ignora su extensión, pero en los escasos 30 m² explorados hubo 12 enterramientos humanos, unos directamente en la tierra, dos en cistas individuales, dos en criptas y cinco en una tumba de bóveda falsa. Las cistas eran pequeñas fosas superficiales delimitadas por piedras irregulares y cubiertas por otras; las criptas eran similares a las anteriores pero de mayor tamaño, más profundas y mejor acabadas; y la tumba, una construcción de mampostería, con paredes altas y techo en saledizo. La arquitectura de esta última, aunque sencilla, ya incluye jambas, dintel, losas-tapa y escalinatas como elementos constructivos en el acceso, que se encuentra en la pared oeste. Se presume que no es la única de este tipo en este cementerio

La tumba fue utilizada por personajes olmecas a lo largo de dos o tres siglos, y con cada nuevo individuo, removían los restos óseos y la ofrenda del que ocupaba la parte central. El saqueo, inmediato al momento del accidental hallazgo, destruyó la mayor parte de esa distribución e impidió conocer el número de ocupantes, distinguir la ofrenda de cada uno y su relación temporal. Sin embargo, la parte de restos óseos que se rescataron —menor que la que se destruyó— señalan que corresponden por lo menos a cinco individuos, mientras que la cerámica, por sus características formales y estilo, fue

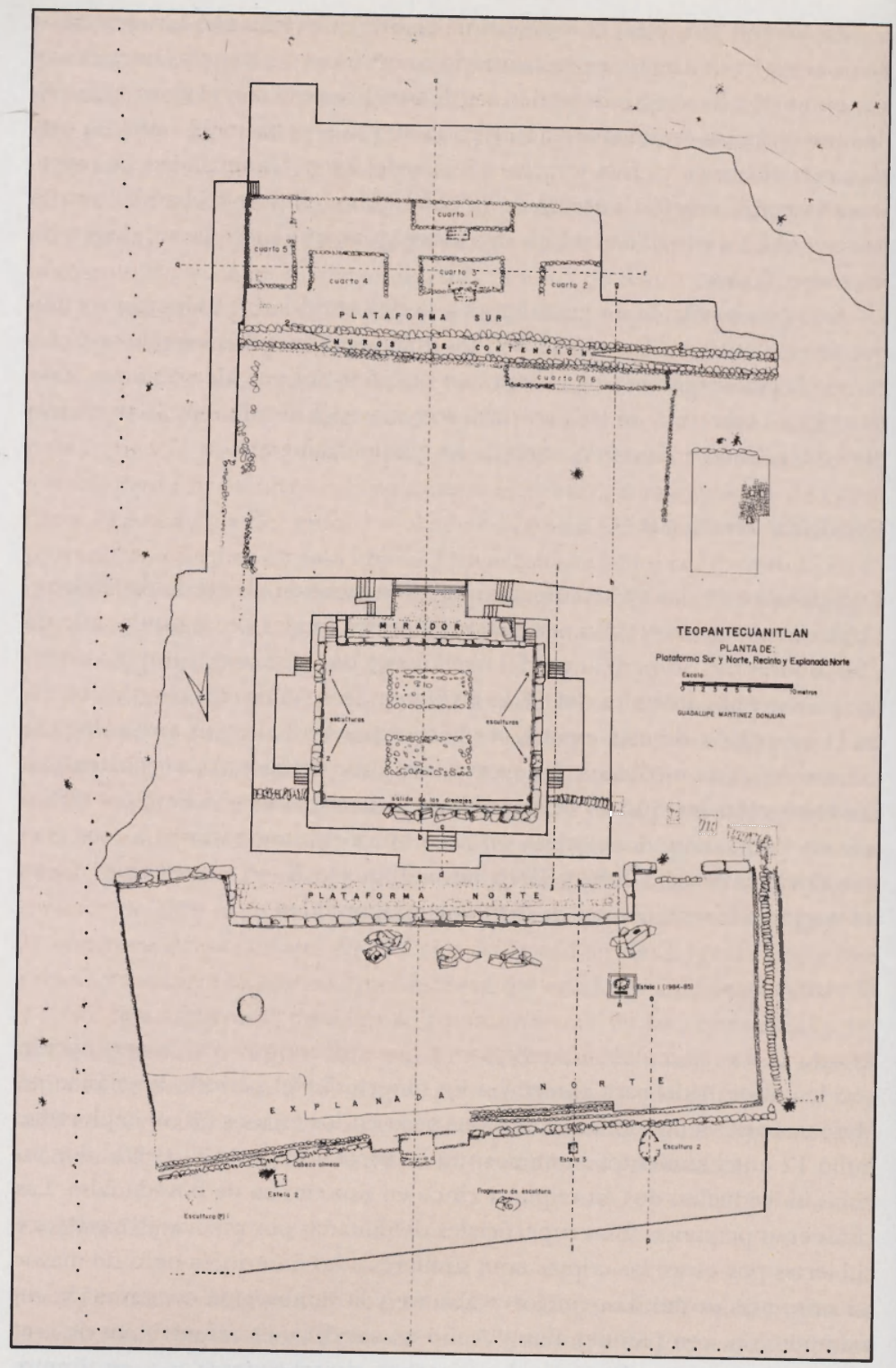


Figura 9.10. Levantamiento del recinto sagrado de Teopantecuanitlán. (Esquema cortesía de Guadalupe Martínez.)

ubicada entre 1000 y 700 años a.C., periodo al que también corresponde la de los otros entierros del cementerio.

De la ofrenda integrada por varias vasijas de barro (fig. 9.5) y algunos pequeños objetos de piedra verde, destacan tres de las primeras: un vaso café pulido decorado con un diseño olmeca cerca del borde; un cajete con decoración en panel, en el que de manera muy simbólica se representan elementos agrícolas, algunos similares a los de Teopantecuanitlán, y una vasija con un extraño rostro olmeca de hombre-perico (Martínez-Jiménez-Arboleyda: 1994) y esgrafiado a manera de escarificación, en la que se aprecia un regionalismo.

La cripta de mayor tamaño también fue destinada a una persona importante, aunque no en la proporción de los que ocuparon la tumba de bóveda falsa. El individuo fue colocado sobre una delgada capa de pigmento rojo —óxido de fierro— y rociado con el mismo pigmento, y distribuidas junto a él, ocho vasijas de barro y cuatro de caolín sin cocer como ofrenda. El análisis de la tierra de algunas vasijas y del interior de la cripta reportó restos carbonizados de maíz, frijol y de gramíneas, y la presencia de epazote, copal, tiza, madera de pino, concha nácar, bivalvos, algodón, zacate y óxido de fierro.

Las formaciones tronco-cónicas

Al sur del cementerio y a una distancia aproximada de 200 metros, se encontraba asentada parte de la población aldeana contemporánea al cementerio de Coovisur. De sus sencillas chozas de bajareque, sólo se han encontrado fragmentos de muros de pisos de tierra y huellas de postes, y de su modo de vida, varios hoyos en forma de campana, conocidos como formaciones tronco-cónicas que les sirvieron de graneros, y dos enterramientos humanos con su ofrenda dentro de una de éstas. El más antiguo tenía dos piezas olmecas, un pequeño botellón de silueta compuesta de escasos 10 centímetros de altura con decoración incisa y restos de pigmento rojo, y una figurilla femenina sedente, que representa a una adolescente con una expresión de natural elegancia, en la que se refleja un particular regionalismo olmeca (fig. 9.6). El otro entierro era de un tiempo posterior y tenían un cajete de ofrenda.

No se encontraron restos de maíz, frijol y otros granos en el interior de las formaciones tronco-cónicas como en las de Puebla, Estado de México, Chiapas y Guatemala entre otros, pero la similitud formal, la contemporaneidad con aquéllas y la presencia de restos carbonizados de maíz, frijol y de gramíneas en las muestras de tierra de vasijas de ofrenda y de la cripta en el cementerio de Coovisur, permiten suponer que tuvieron la misma función de graneros. Estas formaciones tronco-cónicas, al haber entrado en desuso por la infestación de plagas, también fueron utilizadas como tumbas o basureros. Esto explica que se hayan encontrado dos entierros de diferente época en una y desechos de grupos más tardíos en las otras.

Estas modestas tronco-cónicas que abundan en Chilpancingo y Xochipala, entre otros, son el testimonio coyuntural para explicar parte de ese desarrollo olmeca en esta área, porque, como graneros, señalan el inicio de una sobreproducción y representan el eslabón más importante en el surgimiento de la estratificación social y la adquisición del poder, derivado de la acumula-

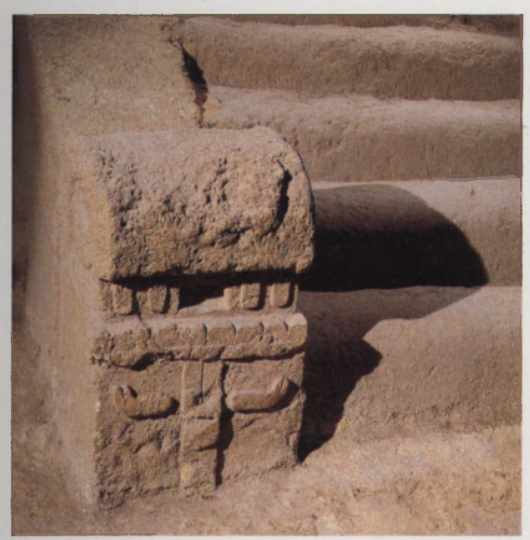


Figura 9.11. Doble escalinata, con alfarda rematada por una cabeza olmeca esquemática. Dan hacia el oeste y están hechas con barro amarillo. Otra similar se encuentra al este.

Figura 9.12. Fotografía del patio hundido tomada el 21 de marzo de 1993 entre las 9:30 y las 10:00 de la mañana. Al fondo, las esculturas 1 (derecha) y 2 (izquierda), y en el centro las dos pequeñas plataformas que forman el juego de pelota simbólico. La sombra de la cabeza de la escultura 2 se proyectó (a las 7:00 de la mañana) al pie de la escultura 4, y en su trayecto diagonal pasó por el centro del patio hundido y del juego de pelota. (Fotografía cortesía de Guadalupe Martínez.)

ción de la riqueza y manifiesto de alguna manera en el cementerio de Coovisur; como elementos constructivos son indicadores de la temprana ocupación, ya que su uso se dio desde mediados del Preclásico temprano al Preclásico inferior (Walter, 1970:26); como basureros dan información sobre la dieta alimenticia y algunos aspectos de la vida cotidiana; y como tumbas, amplían el conocimiento sobre algunas costumbre funerias.

Tepila y Texayac

Es el nombre de dos abrigos rocosos en los que se encuentran petrograbados olmecas. Se localizan en el municipio de Quechultenango, al sureste de Chilpancingo y al sur de Juxtlahuaca y Oxtotitlán. Fueron publicados por Villela en 1989. El primer petrograbado se encuentra sobre el acantilado a cuatro metros del piso, y se trata de un rostro típicamente olmeca y unas manos cerca de éste; en el segundo, ubicado aproximadamente a un kilómetro del primero, se aprovecharon varias de las estalactitas y estalagmitas para grabar 11 rostros y lo que se interpretó como glifo. Sobre el ojo izquierdo de uno de los rostros está la Cruz de San Andrés y la V, en lo que se ha interpretado como glifo. Estos petrograbados representan una nueva modalidad dentro de la gama de manifestaciones olmecas en Guerrero, y además muy significativas por el área en que se encuentran.

Teopantecuanitlán

En el municipio de Copalillo, al sur de un pequeño valle intermontano flanqueado por elevaciones montañosas (fig. 9.7) se levanta, como vigilante milenario, el Tecuantepec, Cerro de la Fiera o Cerro del Jaguar como lo conocen localmente, señalando el centro más importante y el límite sur de la monumental zona arqueológica olmeca, designada como Teopantecuanitlán, que significa "el lugar del templo de los dioses jaguares".

Al este, el río Mezcala se abre paso serpenteando entre las elevaciones montañosas para pasar cerca de sus construcciones y unirse, ocho kilómetros al sur, con el río Amacuzac. Durante el estío, el clima, extremadamente cálido y el paisaje yermo, le dan a esta parte del valle una imagen milenaria, desértica, pero enigmática, mientras que la frescura de la exuberante vegetación durante las lluvias, fortalece la imaginación, para tratar de comprender la vida cotidiana de aquella gente, la monumentalidad de sus obras, y lo que pudieron significar para aquellos antiguos habitantes de este lugar estos cambios tan bruscos.

De las 161 hectáreas en que fue delimitada oficialmente esta zona arqueológica, sólo se conoce un escaso 10%. De 1983 en que se descubrió Teopantecuanitlán a la fecha, se han explorado parte de sus construcciones ceremoniales, de sus áreas habitacionales y de trabajo artesanal, de sus obras hidráulicas y de sus construcciones funerarias. Pero su extensión además va más allá de la línea limítrofe; lo mismo hay evidencias en las crestas y las laderas de las elevaciones cercanas, que en las márgenes de los ríos Mezcala y Amacuzac hasta su confluencia.

Los fechamientos obtenidos por el radiocarbono indican que este sitio fue habitado desde 1400 a.C.; sin embargo, de estos antiguos habitantes aún

no se sabe mucho. Existen evidencias más claras que permiten sugerir que antes del año 1200 a.C. los olmecas comenzaron a edificar las primeras construcciones ceremoniales de Teopantecuanitlán. El lugar seleccionado fue un pequeño recodo natural que se ajustó a su cosmogonía; pareciera una simbólica entrada protegida por pequeñas elevaciones: el Cerro del Filo y el Tecuantepec. La escarpada ladera entre ambos empezó a emparejarse con un relleno natural, para iniciar las construcciones.

Esa complicada cosmogonía determinó que la construcción ceremonial más importante de Teopantecuanitlán, hasta ahora, haya sido hundida desde su inicio, en lugar de haberse elevado del piso para diferenciarla del nivel donde se desplaza el hombre y darle un lugar diferente a la divinidad. Con cada etapa constructiva crecieron también los elementos de su iconografía, hasta plasmar el simbolismo de ese conocimiento cosmogónico que les dio el poder y el control.

La construcción ceremonial más antigua está evidenciada por tres escalones y un fragmento de piso de una sencilla construcción de barro amarillo, con la que esos primeros olmecas divinizaron el lugar que se destinaría durante varios siglos al culto olmeca. La siguiente construcción, también de barro, cubrió la anterior y modificó su trazo; de ésta quedan fragmentos de piso que sellan los restos de la construcción anterior.

Entre 1200 y 1000 a.C., los olmecas consolidan su poder aumentando más el relleno de la ladera; construyen un nuevo recinto ceremonial; modifican el trazo con una arquitectura más completa y definida, aunque utilizan el mismo barro amarillo como acabado final. Esta construcción es la más completa y una parte está integrada a lo que se conoce como el "recinto". Al sur de éste, los dirigentes religiosos establecen su área habitacional.

Esta consolidación olmeca derivada de la imposición y de la aceptación de las nuevas ideas o de la nueva religión, sustituye a las antiguas creencias de la población aldeana que habitaba esta parte del valle. En las nuevas ceremonias empiezan a aparecer los "iconos" olmecas que tipifican a esa cultura, y cuyo significado o lenguaje sólo es conocido por un determinado grupo de los mismo olmecas. Parte de esos primeros "iconos" son los elementos que integran la composición arquitectónica de sus construcciones.

La población del valle que empezó por compartir el beneficio de la tierra y de los ríos con los olmecas, vio menguado su naciente desarrollo y su estratificación social por la llegada de esas nuevas ideas y la organización social y política. Sin embargo los rasgos faciales de algunas figurillas encontradas al mismo nivel que las olmecas, sugieren una población diversa (fig. 9.10); en la indumentaria, se ve una elegancia y posición social que parece haber sido respetada por los olmecas por alianzas políticas o matrimoniales. El grueso de la población, sin embargo, empezó a sentir el peso del dominio olmeca: fue la mano de obra de sus construcciones y el sustento de su vida diaria. La vida no parece haber sido estable ni siquiera para los propios olmecas; bajo los pisos del centro ceremonial quedan las huellas de carbón y ceniza.

Entre 1000 y 800 a.C. Teopantecuanitlán alcanza su máximo esplendor y se convierte en un centro hegemónico de carácter regional del que participan Juxtlahuaca, Oxtotitlán, Texayac, Tepila, Chilpancingo, Zumpango del Río y Xochipala entre otros. Durante esta etapa se da un cambio en el material constructivo: el barro que había sido el principal elemento en el acaba-

Figura 9.13. Esculturas 3 (arriba) y 4 (abajo) del recinto sagrado de Teopantecuanitlán. La primera se encuentra en la esquina noroeste y la segunda en la esquina suroeste.

Figura 9.14. Esculturas 2 (arriba) y 1 (abajo) del recinto sagrado de Teopantecuanitlán. La primera se encuentra en la esquina noreste y la segunda en la sureste.

do de las tres construcciones anteriores, es sustituido por la piedra labrada, dando origen a un nuevo estilo arquitectónico. El trazo de esta nueva construcción se ajusta al del anterior con un error de 12 centímetros a partir de un eje norte-sur.

Durante esta etapa se levantan dos grandes muros de contención para edificar, sobre un relleno que cubrió las construcciones anteriores, las nuevas habitaciones de los dirigentes religiosos —Plataforma Sur—; se aprovecha una formación natural a manera de herradura, como presa; se construye un canal de grandes dimensiones, una etapa del juego de pelota y tumbas de bóveda falsa.

Entre 800 y 600 a.C. Teopantecuanitlán tiene su último chispazo de vida y esplendor, para entrar en decadencia a finales del 600. Durante esta etapa hay un drástico cambio en la arquitectura y en su cosmogonía; el patio hundido dejó paso a una construcción elevada, aunque no precisamente piramidal. Los elementos arquitectónicos más relevantes de la etapa anterior fueron cuidadosamente desplomados dentro del patio y éste fue cubierto totalmente.

Esta última construcción se edificó en el lado norte del recinto, su arquitectura es colosal, pero burda, y se le conoce como Plataforma Norte. A esta etapa están relacionadas las estructuras 2 y 3, varios hornos y la última etapa constructiva del juego de pelota. El área habitacional de los dirigentes religiosos continúa en la Plataforma Sur. Algunos enterramientos y cimientos de muros al oeste y al norte de esta plataforma, señalan una ocupación, en la que el carácter sagrado ya no fue esencial

La arquitectura de Teopantecuanitlán

La arquitectura de este sitio es una de las características más espectaculares que tiene, no sólo por la monumentalidad de sus obras, sino porque es el único ejemplo que se conoce de la cultura olmeca, hasta el momento. En cada una de sus construcciones se manifiesta su dominio en los materiales para plasmar en su trazo y en sus formas todo ese conocimiento de su mundo cosmogónico. Debido a la limitación del espacio, sólo se describirán a grandes rasgos algunas de esas obras.

El recinto

Es la construcción ceremonial más importante, hasta ahora. De sus dos etapas expuestas la de barro —amarillo— estuvo compuesta por un patio hundido y un pasillo que lo rodeaba (figs. 9.9 y 9.10); pero sólo queda este último, dos escalinatas y dos pequeñas plataformas —una al este y otra al oeste— sobre las que estuvieron las esculturas de barro que precedieron a las de piedra. Al sur se encuentra el acceso principal, formado por dos dobles escalinatas, unas que dan al este y otras al oeste; cada par de éstas, está separada por una alfarda que arranca con una esquemática cabeza de tocado alto y elementos o "iconos" olmecas en el rostro (fig. 9.11). Estas cabezas representan las primeras esculturas integradas, como elementos arquitectónicos, a una construcción.

En la siguiente etapa, el pasillo quedó cubierto y las paredes del patio

hundido se revistieron con bloques de travertino ensamblados en sillar; al norte se construyeron dos desagües y al sur, nuevamente el único acceso. Las paredes este y oeste, fueron rematadas por ocho enormes bloques cada una, y dos grandes esculturas distribuidas simétricamente cerca de las esquinas y ensambladas con los bloques. En el interior del patio hundido cuyo espacio mide 19 por 14 metros, se construyeron dos pequeñas plataformas paralelas, que representan un simbólico juego de pelota (fig. 9.12).

Las cuatro esculturas fueron diseñadas con una extraña forma de T invertida, para integrarse a la arquitectura; están hechas en grandes bloques de travertino y su peso varía entre tres y cinco toneladas (figs. 9.13 y 9.14). En cada una de ellas está representada la cabeza y el torso de un personaje de rostro ajaguarado con ojos oblicuos —de víbora—, sus cejas están representadas por pequeños rectángulos verticales con el ojo estelar o acuático en la parte inferior y la germinación de una planta en la superior; con cada mano sujeta mazorcas, antorchas o nubes y agua, y está ataviado con coderas y manoplas. Además de los múltiples elementos olmecas que llenan los espacios de las caras anteriores y laterales de las estructuras, como la Cruz de San Andrés, en la parte posterior tienen un orificio. Las dos del este están asociadas a elementos vegetales; las del oeste a una máscara felina y la escultura noreste tiene un numeral —10 flor.

Las esculturas tienen varias funciones: por los elementos vegetales y acuáticos representan deidades agrícolas; por su número y ubicación, están relacionadas con los cuatro rumbos del mundo, el quinto está en el centro; por las coderas y manoplas, son jugadores de pelota divinos y están relacionados con la cancha representada por las pequeñas plataformas del interior del patio hundido; por su distribución este-oeste, los orificios y los relieves posteriores están relacionadas con el sol en su entrada y salida del inframundo; y por su simetría y diseño en forma de T, con funciones astronómicas, como marcadores para registrar el paso de solsticios y equinoccios. Como detalle, el 21 de marzo, con la salida y la puesta del sol, la sombra de las esculturas 2 —noreste— y 4 —suroeste— se proyecta de una a la otra formando una línea diagonal que pasa por el centro del juego de pelota, formado por las dos pequeñas plataformas.

El canal

Es una muestra de la ingeniería olmeca; este acueducto fue capaz de almacenar o de conducir más de un metro cúbico de agua por metro lineal, con una pendiente que evitaba el estancamiento y a la vez, a toda su capacidad, la erosión de las paredes (fig. 9.15). En los 100 metros de longitud que se conocen, está construido con grandes bloques de 1.20 a 2.10 metros de alto por 40 a 50 cm de ancho, y de 100 kilos a una tonelada de peso. Las paredes están hechas con los bloques colocados verticalmente y rejoneados con piedra bola; el espacio interior tiene de 70 a 90 cm de ancho por 90 cm a 150 metros. Se ha especulado que está relacionado con una formación natural, a manera de herradura, la cual cerraron en la parte más angosta.

Este sistema hidráulico —canal y presa— es uno de los más antiguos y único en su género, y se ha especulado que una de sus funciones fue mantener la agricultura intensiva a través de la irrigación.

Figura 9.16. Gran cabeza en la pared de l
explanada norte de Teopantecuanitlán.

Figura 9.15. Acueducto localizado a 300 metros
al noreste del patio hundido; pasa al sur de l
Estructura 3 y por debajo de ésta. Conduce o
almacena más de un metro cúbico por metro
lineal.

Figura 9.17. Explanada norte, vista hacia el oeste, donde se aprecia una estela lisa y un gran altar en forma de sapo.

Plataforma Norte

Está compuesta por un muro de 53 metros de largo por 3 metros de alt como fachada principal y una explanada. Está hecha con enormes bloques algunos de los cuales tienen rostros y en un caso un personaje sedente e bajorrelieve. En el centro, había una enorme escultura a manera de altar que por el tamaño y el peso de los fragmentos no ha sido posible restaurar Tres de los grandes bloques que coronan este muro tienen un curioso orificio muy similar en su forma, por el que, en un momento del día, penetra l luz del sol iluminando el interior.

La explanada se extiende al norte y termina en un pequeño muro donde se encuentra empotrada una cabeza olmeca de un metro de altur por un metro de ancho (fig. 9.16). Se ha señalado en otras publicacione que su estilo es más afín con el de la costa del Pacífico. La fachada de est pequeño muro está decorada con cinco pares de lajas simétricamente distribuidas al este y cinco al oeste, con una ligera inclinación hacia su lado respectivo y cerca de los extremos; a un metro de distancia de esta fachada s encuentra una estela lisa y una escultura zoomorfa, interpretada como altar. La del lado oeste representa a un batracio —un sapo—; la del este está muy deteriorada (fig. 9.17).

Estructuras 2 y 3

Son dos basamentos piramidales; la 3 fue publicada y descrita por su diseñ de puntos, barras, nichos con estela y dobles "V", interpretados como numerales. Los recientes trabajos de la estructura 2, ampliaron la información de las dobles "V"; este elementos es la parte inferior de un rombo formado po bloques e integrado al diseño. Este elemento romboidal es una de las características de la iconografía olmeca (figs. 9.18, 9.19 y 9.20).

Tumbas de bóveda falsa

Sobre las crestas de elevaciones al noroeste del recinto, se encuentran varias tumbas de bóveda falsa, saqueadas. Las seis que se registraron muestran diferencias en sus dimensiones, en su orientación y en sus características constructivas, y sólo en la tumba 2 y en la 6 se pudieron conocer algunos de sus elementos. La primera es de planta rectangular y de mayor tamaño que la del cementerio de Coovisur en Chilpancingo; está construida con piedras angulosas e irregulares; sus paredes están formadas por varios muros recubiertos con un aplanado de lodo con un acceso al oeste. Este último está formado por dos bloques irregulares a manera de incipientes jambas pero carece de dintel; éste lo constituye la última losa-tapa del extremo oeste, sobre el que también estaban apoyadas las anchas lajas de piedra que cerraban el acceso. En el interior, al que se llega por cuatro angostos escalones, se encontraron restos de pequeños mosaicos y fragmentos de huesos con una delgada capa de pigmento rojo y en la parte exterior del acceso, tres partes de orejeras de barro. La segunda tumba es pequeña y sencilla; está hecha con el mismo tipo de piedra, pero sus paredes son cortas e irregulares y el techo es más largo de un lado. En su interior se encontraron restos óseos de un individuo y dos vasijas de ofrenda.

Figura 9.18. Estructura 2 de Teopantecuanitlán. Es una de las seis estructuras piramidales que delimitan el espacio y lo definen como unidad.

Este tipo de construcción es abundante en la parte centro-noreste d estado de Guerrero, y a pesar de que no se han hecho estudios al respect esta construcción tuvo una evolución que floreció de una manera muy dif rente a la de la región maya, en la que su característica era que la base er estructural, y en Xochipala, ésta es una de las características más peculiares.

Hornos

Durante la última temporada de campo se exploraron varios hornos ubica dos en una área de escasos 600 metros cuadrados. Están construidos con pie dra de río y algunos conservan una capa de lodo cocido adherido a sus pare des y al norte una gruesa capa de restos de material de combustión (¿?) escoria (¿?). Por las características de su distribución, por los restos de des chos y por la cercanía de una mina de azogue, se ha especulado que es part de un taller dedicado a obtener cinabrio.

Juego de pelota

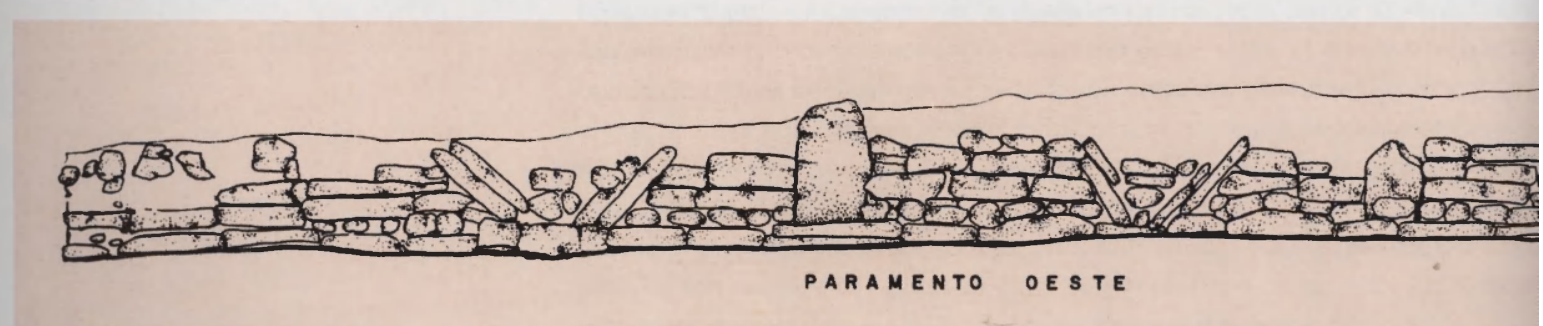
Se localiza a 900 metros al noreste del recinto y presenta varias etapas con tructivas, pero la última tiene forma de I latina —con cabeceras cerradas— mide 78.30 metros de longitud. En la parte superior del extremo noreste de paramento este, se encuentra una parte de lo que fue un edificio (¿templo?) que tiene adosado en la parte de abajo un pequeño temazcal, hecho co paredes de adobe.

Comentarios finales

Aun cuando la información es limitada, en los ejemplos olmecas se vislumbr la importancia que tuvo esa cultura en Guerrero; además, su desarrollo no s circunscribe únicamente al área centro-este. Teopantecuanitlán no es el únic sitio con esa extensión, pero es el único que se está empezando a conocer.

Hasta ahora, es el único sitio que ejemplifica la arquitectura olmec tanto en sus obras de carácter religioso, como civil y funerario. En el recinto se materializa su pensamiento cosmogónico: el patio hundido no sólo es el primer espacio cerrado dedicado al culto olmeca, sino que en su forma est la representación de la boca del monstruo de la tierra, tanto en la construcción de barro amarillo, como en la forma de las esculturas, cuando se unen dos de ellas.

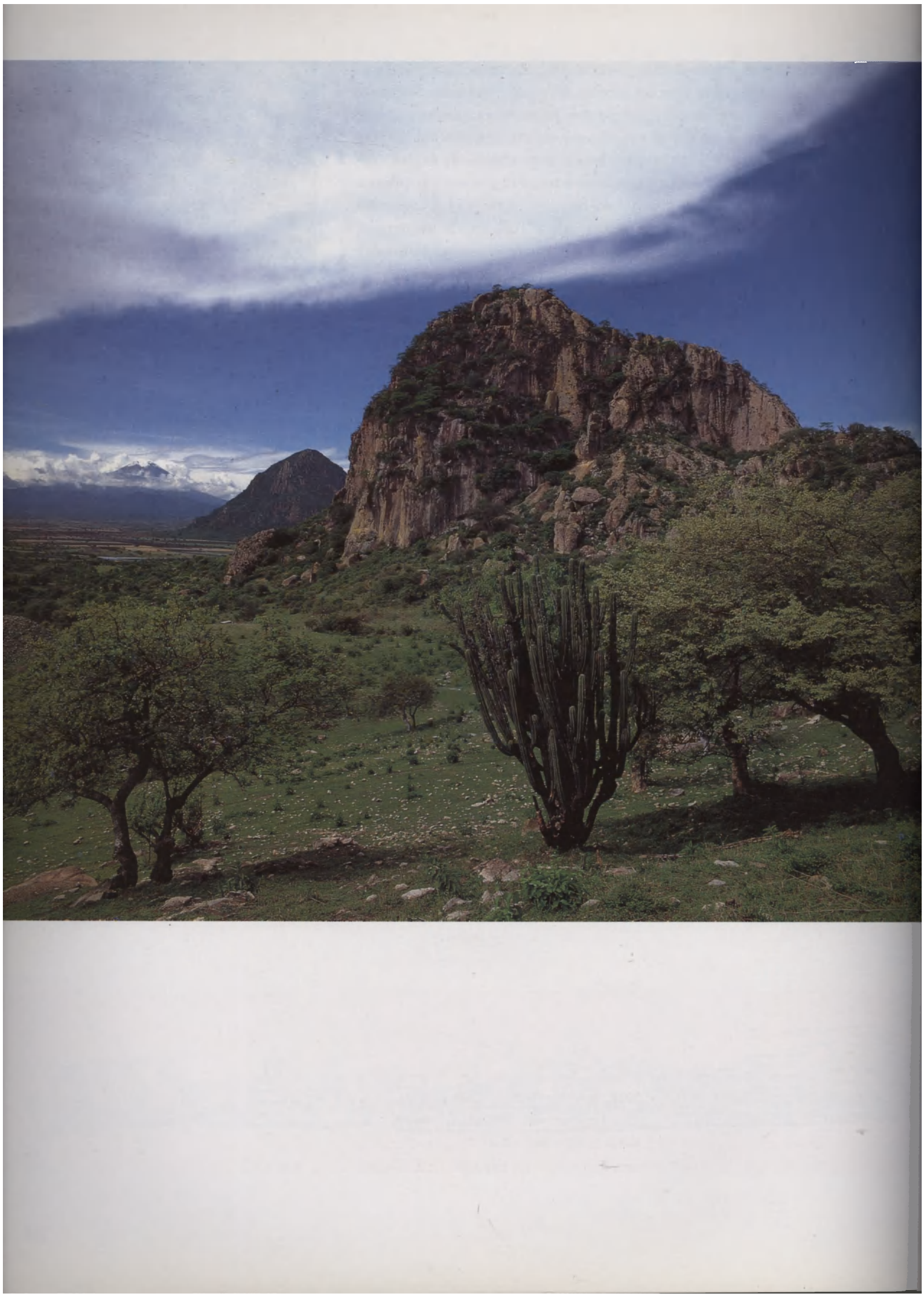
Figura 9.19. Fachada de la Estructura 2. (Dibujo cortesía de Guadalupe Martínez.)



La distribución de sus construcciones señala una planificación en el aprovechamiento del espacio que les ofrecía esta parte del valle; las obras hidráulicas, el juego de pelota y los hornos son, hasta ahora, parte de lo que se conoce de esta planificación de sus obras y construcciones. Pero, ¿qué importancia tuvo Teopantecuanitlán para los olmecas además de su simbolismo cosmogónico? Parte de esos cuestionamientos se empezaron a explicar a través de diversas especulaciones, como su cercanía al río y el acceso a las piedras verdes arrastradas por su corriente; y, con el hallazgo de los hornos, el de la obtención de cinabrio, que fue un elemento de gran importancia.

Teopantecuanitlán refleja, a través de sus obras, el conocimiento y el dominio, cuya extensión alcanza a sitios como Coovisur y Temixco II. Su hallazgo ha venido a remover viejas tesis y si esto hubiese sucedido en los años cuarenta, hubiese puesto en un disyuntiva a varios de los antiguos defensores de la génesis olmeca. En la actualidad, Teopantecuanitlán ha despertado interés entre algunos investigadores como Norman Hammon, que señala que más que cultura madre, refiriéndose a la del Golfo, son culturas hermanas —con la del Pacífico (Hammon, en George E. Stuart, 1993).

Figura 9.20. Fachada de la Estructura 3. (Fotografía cortesía de Guadalupe Martínez.)



10. Chalcatzingo

David C. Grove

Los vastos valles surcados por ríos y el clima cálido del estado de Morelos ofrecían condiciones sumamente favorables para el asentamiento de los primeros agricultores que dependían absolutamente de las lluvias y de la humedad natural para obtener buenas cosechas.

Los vestigios arqueológicos indican que hacia el año 1000 a.C. el área de Morelos ya estaba densamente ocupada por pequeños pueblos agrícolas del periodo Formativo. El patrón descubierto en la ubicación y el tamaño de estos asentamientos nos hace pensar que cada valle, con su respectivo río, estaba organizado en un pequeño cacicazgo, generalmente encabezado por un pueblo más grande que era el centro de gobierno, del cual dependían numerosos pueblos y caseríos. La gran similitud entre los artefactos del periodo Formativo hallados en los sitios de Morelos y los del valle de México nos demuestra que las dos regiones estuvieron estrechamente relacionadas culturalmente durante todo este periodo.

Sin embargo, existe un sitio del periodo Formativo en Morelos que alcanzó una posición única en el altiplano central de México. Este sitio es Chalcatzingo, centro principal del valle de Amatzinac, en la parte oriental de Morelos. Chalcatzingo es el único lugar conocido, anterior a 500 a.C., situado en el valle de Morelos de la región México-Puebla, que cuenta con una importante arquitectura pública y monumentos de piedra tallada parecidos a los olmecas. Estos monumentos son prueba de una importante relación que en una época existió entre los jefes de Chalcatzingo y los gobernantes de uno o más de los centros olmecas de la costa del Golfo.

Chalcatzingo y sus monumentos

Chalcatzingo está situado en el centro del valle de Amatzinac, a los pies de los cerros de Chalcatzingo y Delgado, que son dos grandes promontorios de piedra que surgen en forma abrupta del suelo plano del valle y dominan el que de otro modo hubiera sido un paisaje plano (fig. 10.1). El actual pueblo de Chalcatzingo surgió durante la época colonial; está situado a 1.5 kilóme-

Página de enfrente: Vista de Chalcatzingo hacia el valle de México, con el volcán Popocatépetl a distancia.

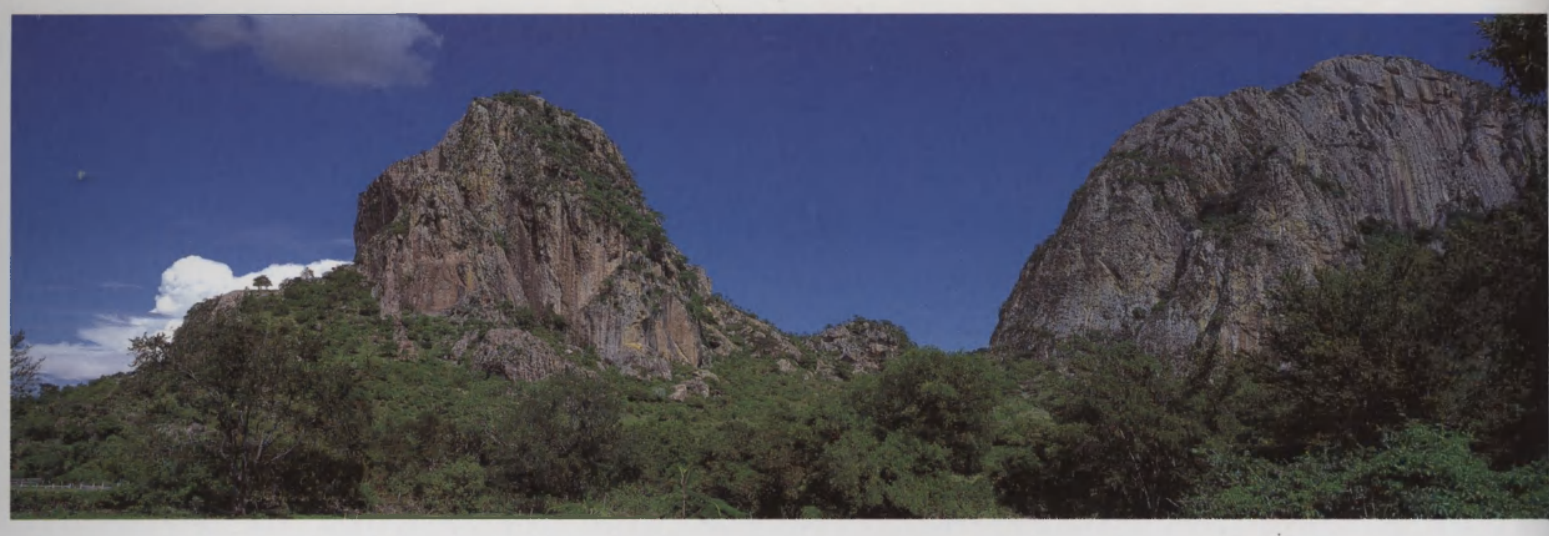


Figura 10.1. El sitio de Chalcatzingo con el cerro Delgado (a la izquierda) y el cerro de Chalcatzingo (a la derecha) en el fondo.

tros al norte de los cerros y sus tierras de cultivo abarcan parte del sitio arqueológico.

Las primeras exploraciones de Chalcatzingo se hicieron en 1934 y estuvieron a cargo de la arqueóloga Eulalia Guzmán, a quien le llamó la atención el sitio por rumores de que se había encontrado una enorme escultura de piedra hacía dos años.

Según una historia que todavía se cuenta en Chalcatzingo, una noche, en 1932, se abatió sobre el pueblo una terrible tormenta. A la mañana siguiente, unos niños que cortaban leña en el cerro de Chalcatzingo comenzaron a llamar a gritos a los campesinos que trabajaban en los campos de abajo para que vinieran a ver lo que habían encontrado en lo alto de la ladera. En una parte, las torrenciales lluvias habían lavado el suelo y dejado al descubierto una enorme escultura en bajorrelieve que representaba a un personaje en posición sedente (figs. 10.2 y 10.3). Los campesinos le dieron el nombre de *El Rey* y todavía se le conoce por este nombre. Cuando Eulalia Guzmán se enteró del descubrimiento, viajó a Chalcatzingo para examinar el sitio y durante sus exploraciones encontró varias esculturas más. Eulalia Guzmán publicó los resultados de sus trabajos en los *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía* y con ello atrajo la atención por el sitio, tanto del público como de los estudiosos.

Pero las excavaciones arqueológicas de Chalcatzingo no se llevaron a cabo hasta 1953. Esta investigación inicial, que dirigió Román Piña Chan ayudó a situar cronológicamente el sitio en el periodo Formativo. Los arqueólogos Jorge Angulo, Raúl Arana y yo dirigimos un segundo proyecto de investigación en Chalcatzingo que duró de 1972 a 1976. Estas investigaciones se concentraron en la excavación de las casas del pueblo del periodo Formativo que había existido ahí.

De nuestra investigación sabemos ahora que la ladera del cerro de Chalcatzingo fue habitada y cultivada en 1500 a.C. Durante este periodo de ocupación, que fue el más temprano y al cual le dimos el nombre de fase Amate (1550-1100 a.C.), el asentamiento fue construido sobre la ladera natural norte de los cerros. No existe evidencia que nos indique si algunos de los monumentos del sitio fueron creados en ese periodo temprano.

Hacia 1100 a.C. la gente de Chalcatzingo modificó la ladera del cerro construyendo una serie de terrazas. Estos cambios nos ayudan a marcar el comienzo de la fase Barranca (1100-700 a.C.).

En la siguiente fase, Cantera (700-500 a.C.), el pueblo del periodo Formativo alcanzó su tamaño máximo y su mayor importancia. Los descubrimientos nos sugieren que los magníficos monumentos de piedra encontrados en el sitio fueron tallados durante esa fase; además existen otros indicios de que en aquella época hubo contactos con los olmecas de la costa del Golfo.

En Chalcatzingo se han descubierto alrededor de 30 monumentos, y éstos se encuentran fundamentalmente en dos lugares del sitio. Más de una docena de bajorrelieves están tallados en los riscos pedregosos del cerro de Chalcatzingo. El monumento más grande y famoso entre estas esculturas es el monumento 1, *El rey,* esculpido en una cara de roca en la parte alta del cerro, adyacente a un pequeño torrente que durante las tormentas corre monte abajo. La persona representada en el bajorrelieve aparece sentada en un nicho en forma de U, motivo que en este caso simboliza una cueva en la montaña (fig. 10.3). En el exterior de la cueva aparecen plantas que crecen alrededor, y de la boca de la cueva surgen grandes volutas. Delante de la cueva flotan nubes de tormenta de las cuales caen gotas de agua. El vestido y el tocado de la persona están decorados también con motivos similares. La asociación de montañas, cuevas y lluvia es un concepto muy antiguo en Mesoamérica y la escultura de *El rey* es quizá la expresión más temprana de este concepto de que tenemos noticia.

En el lecho de roca cercano a *El rey,* están tallados otros cinco bajorrelieves. Cada escultura describe una especia de pequeña lagartija acuclillada

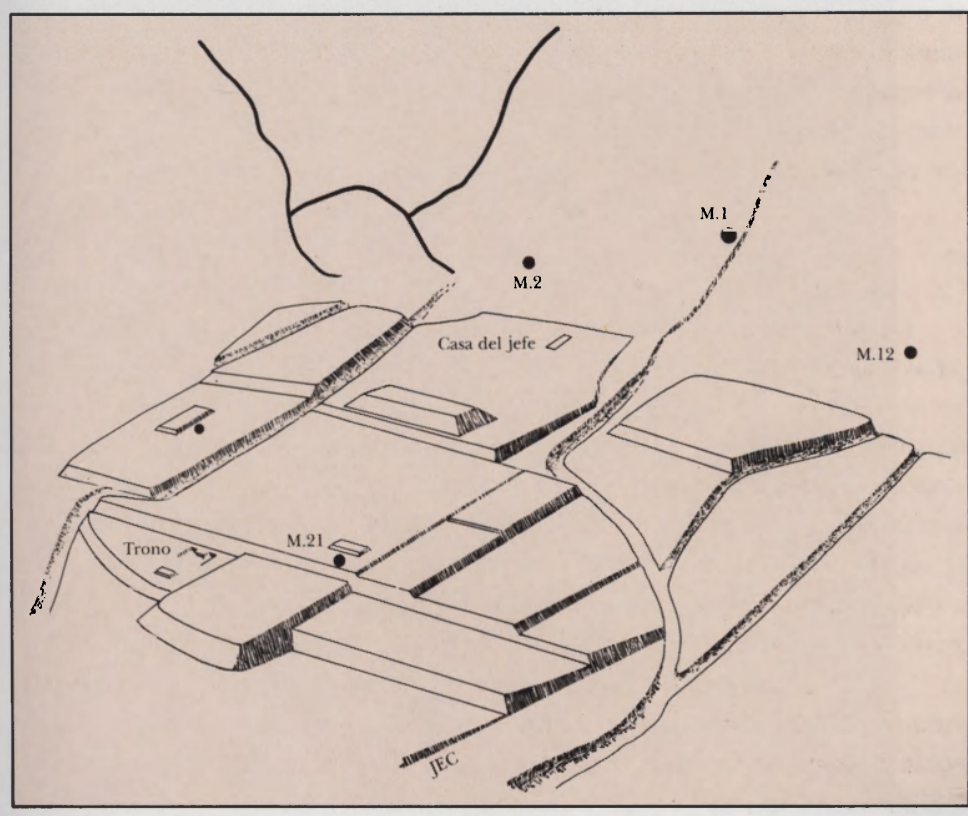


Figura 10.2. Vista de Chalcatzingo donde aprecian las terrazas, la arquitectura y la ubi ción de algunos monumentos mencionados el texto. (Dibujo de J. E. Clark elaborado a p tir de Grove, 1984: fig. 4.)

Figura 10.3. Personaje del monumento 1, *El rey,* sentado, y el motivo de la cueva de la montaña. (Fotografía cortesía de David C. Grove.)

Figura 10.4. Monumento 14, que es una de las pequeñas esculturas de animales cercanas al monumento 1.

sobre una voluta (fig. 10.4) y cada animal tiene otro motivo de voluta que sale de su boca y se extiende hacia arriba, a una nube de la que caen gotas de lluvia. En tres de los relieves se representan plantas de calabaza en la base de las escenas. Estas esculturas reiteran el tema de la lluvia, y las plantas de calabaza sugieren que también se ponía de relieve la fertilidad agrícola.

Otro grupo de bajorrelieves del cerro de Chalcatzingo está tallado en enormes piedras que se encuentran en la pendiente del talud en la base del cerro. Uno de los más importantes es el monumento 2 que es una escena donde se describe a cuatro personas (figs. 10.5 y 10.6). La de la derecha está sentada y hacia ella caminan dos personas con máscara mientras que una tercera, también con máscara, camina en sentido contrario a las otras. Los personajes que aparecen de pie detienen frente a ellos unos objetos a modo de bastón. Aunque hoy en día no podemos más que especular sobre el significado de esta escena, que probablemente es un ritual, el monumento 2 nos proporciona, sin embargo, una rara "descripción" de uno de los muchos tipos de acontecimientos que tuvieron lugar en Chalcatzingo hace unos 2 700 años.

Otros tres relieves en piedra situados en la base del cerro, representan una especie de felinos jaguares sobrenaturales, generalmente en el momento de atacar a figuras humanas (fig. 1.1). En un cuarto relieve se muestra una gran criatura sobrenatural en forma de reptil atrapando en su boca a una figura humana (fig. 10.7).

El monumento 12 es otra escultura que representa una escena sobrenatural (fig. 10.8). Ésta se encuentra sola, cerca de la base de la montaña en el borde occidental del sitio. El vulgo le ha dado el nombre de *El volador* y el monumento representa a una persona con los brazos extendidos, en posición de "volar", que detiene en cada mano una antorcha. Un loro vuela debajo de él y se pueden apreciar fragmentos de dos quetzales con sus largas colas que están tallados sobre él. Los pájaros son típicos del trópico y no se encuentran en la zona central de la altiplanicie de México. Aunque no se conocen monumentos de la costa del Golfo que representen escenas similares, sí se encuentran hombres "voladores" deteniendo antorchas en algunos objetos olmecas de jade, entre los que se cuenta un hacha que se halló en la ofrenda 4 de La Venta y un pectoral que forma parte de la colección del Museo de Antropología (fig. 10.9).

Arquitectura temprana en Chalcatzingo

Mi colega Jorge Angulo y yo somos de la opinión de que el cerro de Chalcatzingo fue una montaña sagrada para los habitantes del pueblo. Todos los monumentos asociados a la montaña sagrada representan escenas de un mundo sobrenatural. Los bajorrelieves ejecutados en la parte alta del cerro de Chalcatzingo ligan a la lluvia y a la fertilidad de la tierra con las fuerzas sobrenaturales de las cuevas de la montaña y el inframundo. Al pie de la montaña, las esculturas representan animales sobrenaturales dominando a los humanos, escenas que probablemente conmemoran importantes hechos, cruciales para la mitología de los pobladores de Chalcatzingo.

El segundo grupo importante de monumentos se encuentra en el área del pueblo del periodo Formativo que ocupaba las terrazas de la ladera abajo de los cerros. Nuestras excavaciones en el sitio, que se realizaron de 1972 a

1976, nos permitieron comprender algo de la naturaleza del pueblo de la fase Cantera que una vez existió ahí. Este asentamiento estaba disperso a través de la ladera con una estructura de casa única, situada cerca de cada una de las muchas terrazas del sitio. Algunas de estas casas antiguas estaban construidas con paredes de caña recubiertas de lodo y otras de bloques de adobe. Todas ellas tenían el techo de palma. La casa más grande estaba sobre la terraza más alta de la ladera cerca del pie del cerro Chalcatzingo (fig. 10.2) y las esculturas de bajorrelieve y las evidencias que encontramos nos hacen pensar que fue la morada de los jefes del sitio durante la fase Cantera.

En esta misma terraza también estaba situada la construcción pública más grande de Chalcatzingo: una imponente plataforma de tierra. Este montículo (fig. 10.10) mide en su base 70 metros de largo por 50 metros de ancho y tiene más de 4 metros de alto. Los vestigios encontrados en la excavación nos indican que la construcción de la plataforma comenzó en la fase Amate, como una plataforma de tierra, de dos metros de alto, recubierta de una fina capa de lodo. Este montículo temprano, el más antiguo jamás descubierto en el altiplano central, fue reconstruido y aumentado varias veces durante siglos, y finalmente alcanzó su máximo tamaño, que es el que tiene actualmente, durante la fase Cantera. Hoy por hoy es la plataforma más grande, anterior a 500 a.C., del altiplano central.

En las excavaciones se descubrieron otras plataformas rectangulares más pequeñas de la fase Cantera —con paredes exteriores de piedra, en cada una de las tres terrazas, inmediatamente abajo de la plataforma de tierra más grande— que miden de 15 a 20 metros de largo y ninguna de ellas pasa de 1.5 metros de altura. Dado que las superficies superiores de estas plataformas abandonadas fueron destruidas por efecto de la erosión durante siglos, es imposible hoy en día averiguar qué función desempeñaban en el sitio. Sin embargo, eran evidentemente importantes porque se erigió un monumento esculpido (estela) a un lado de ellas.

Chalcatzingo y los olmecas

Las estelas de la costa del Golfo, así como las de Chalcatzingo, describen a personajes distinguidos y probablemente conmemoran en especial a algunos jefes de un determinado sitio. Aunque casi todas las estelas conocidas repre-

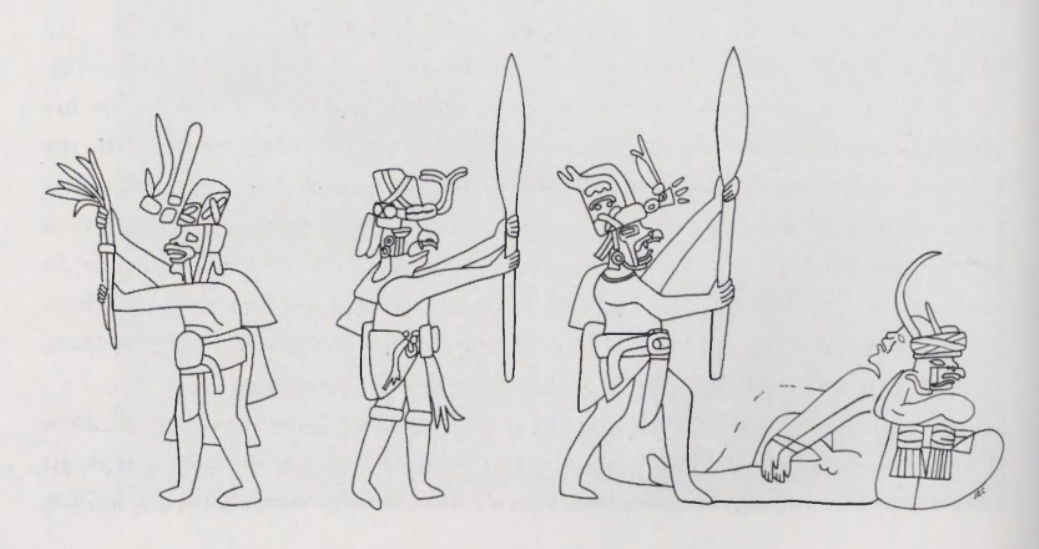


Figura 10.5. Monumento 2, *La procesión*. (Dibujo de J. E. Clark, cortesía de NWAF.)

sentan a hombres, hay una en Chalcatzingo (monumento 21) que es única pues definitivamente representa a una mujer (fig. 10.11). Los motivos esculpidos en el monumento 21 se dan también en varios monumentos en el sitio de Teopantecuanitlán, Guerrero (véase el capítulo 9). Estas similitudes iconográficas nos sugieren algún tipo de asociación entre la mujer de Chalcatzingo y el lejano sitio de Teopantecuanitlán. Es posible que el monumento 21 se haya erigido para celebrar algún hecho como puede ser una alianza matrimonial entre los jefes de Chalcatzingo y Teopantecuanitlán.

Uno de los descubrimientos arqueológicos más sorprendentes de Chalcatzingo se hizo en una terraza al extremo norte del sitio. Allí se descubrió una cubierta superior de un altar del estilo de los de la costa del Golfo, situada al extremo sur de un gran patio rectangular hundido, con paredes de piedra (fig. 10.12). Es la única cubierta de un altar de este estilo que se ha encontrado fuera de los centros olmecas de la costa del Golfo.

Aunque el altar de Chalcatzingo imita la forma de los altares o tronos olmecas de la costa del Golfo, éste estaba construido en forma muy diferente. Los altares de la costa del Golfo estaban esculpidos en un solo bloque de piedra maciza, aun cuando en los centros olmecas de San Lorenzo y de La Venta no había piedra; las que usaban para sus altares y otros monumentos tenían, pues, que ser transportadas de lugares lejanos a esos centros con grandes trabajos (véase el capítulo 12).

Sin embargo, en Chalcatzingo, que cuenta con piedra abundante, apropiada para hacer los altares monolíticos, los constructores de altares simplemente los hacían con lajas de piedra más pequeñas. Esto implica que a pesar de que los constructores veían la necesidad de recrear la forma de la cubierta superior de los altares de la costa del Golfo, aparentemente no sentían la necesidad de hacer un altar monolítico como sus contrapartes del Golfo. Es también significativo que el altar estuviera situado en un patio hundido, que es una forma arquitectónica que no se ha encontrado en los sitios olmecas de la costa del Golfo. El patio hundido de Chalcatzingo muestra, sin embargo, fuertes similitudes con el patio y la arquitectura de los montículos encontrados en Teopantecuanitlán, Guerrero (figs. 9.19 y 9.20).

La aparente combinación que se da en Chalcatzingo de elementos culturales procedentes de varias regiones nos hace plantearnos una importante pregunta sobre la naturaleza de los pueblos que vivieron en el sitio y la relación de éste con los olmecas de la costa del Golfo: ¿estuvo Chalcatzingo poblado por olmecas de la costa del Golfo o por pueblos indígenas de Morelos?

Los hermosos monumentos de piedra de Chalcatzingo sin duda alguna expresan un conjunto de ideas y nos muestran una tecnología del tallado de la piedra que se originó con los olmecas de la costa del Golfo. Sin embargo, los artefactos cotidianos, como las vasijas de cerámica utilitaria y la ritual, y las figurillas de barro descubiertas en las excavaciones de Chalcatzingo son del tipo común de los sitios del Formativo del altiplano central y no del de la costa del Golfo. Esta última evidencia nos indica que la gente que vivía en Chalcatzingo formaba parte de los pueblos indígenas del altiplano y no de los olmecas de la costa del Golfo. Es más, los chalcatzingueños y los olmecas probablemente hablaban diferentes idiomas. Los lingüistas creen que los pueblos del periodo Formativo de la zona de Morelos hablaban una lengua

Figura 10.6. Monumento 2 mostrando una figura con máscara. (Fotografía cortesía de David C. Grove.)

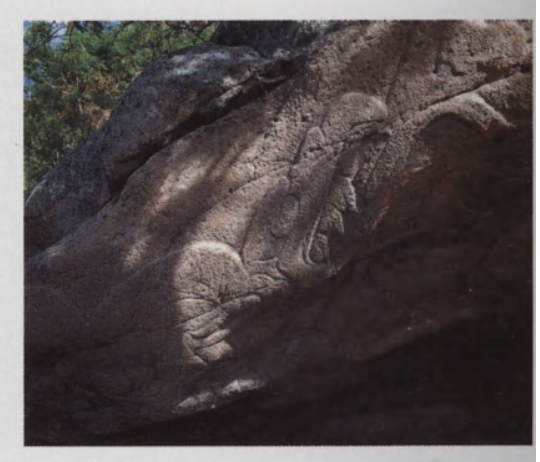


Figura 10.7. Monumento 5, que representa un monstruo devorando a un hombre.

Figura 10.8. Monumento 12, *El volador.* (Fotografía cortesía de David C. Grove.)

relacionada con el zapoteco y el mixteco y los olmecas probablemente hablaban mixe-zoque.

Vale la pena considerar los desarrollos culturales de Chalcatzingo desde el punto de vista de que no es un sitio olmeca. Aunque éste puede ser hoy en día un planteamiento lógico, la mayoría de los estudiosos de los últimos 50 años acreditaron indiscriminadamente cualquier desarrollo cultural y tecnológico del periodo Formativo en Mesoamérica, por insignificante que fuera, a los olmecas o a "influencias olmecas" indirectas. Por consiguiente, las contribuciones y la creatividad de otras sociedades mesoamericanas se han atribuido erróneamente a los olmecas.

Por ejemplo, cuando en las excavaciones de Chalcatzingo se descubrió la arquitectura en plataforma de la fase Amate, algunos estudiosos aducían que esas plataformas representaban una "influencia olmeca" en el sitio. Aunque los datos arqueológicos nos indican que durante la fase Amate Chalcatzingo estaba activamente involucrado en el intercambio de materias primas y otros productos con los pueblos del valle de México, Guerrero y el sur de Puebla, no existen pruebas de contacto alguno con la costa del Golfo en aquella época temprana. Además, las plataformas cubiertas de piedra de la fase Amate son muy diferentes de cualquier arquitectura de esa época de los centros olmecas de la costa del Golfo, de San Lorenzo y La Venta. Hoy en día, se deben ver como una forma arquitectónica del altiplano central de México. Estas mismas consideraciones se pueden aplicar a la gran plataforma y a las plataformas más pequeñas, recubiertas de piedra, que datan de la fase Cantera.

La presencia de arquitectura en plataformas de la fase Amate en Chalcatzingo nos indica que ya en 1100 a.C. el sitio era un centro regional importante. Esta importancia en época tan temprana quizá se debió en parte a la situación geográfica de Chalcatzingo. El sitio se encuentra cerca de las fron-

Figura 10.9. Hacha olmeca de un volador en el Museo Nacional de Antropología; procedencia desconocida.

teras de varias regiones fisiográficas importantes y cerca de rutas naturales de comunicación como el paso de Amecameca que se abre entre esas regiones. Las zonas fisiográficas —el valle de México, Guerrero, Morelos y Puebla— cuentan con importantes recursos naturales codiciados por pueblos de otras regiones. Al parecer, Chalcatzingo estaba en una situación geográfica que facilitaba el intercambio de productos entre los reinos de esas regiones.

Aparentemente, la importancia de Chalcatzingo como centro de la fase Amate, siguió creciendo durante las fases Barranca y Cantera, y podemos suponer que su papel en el intercambio a larga distancia, eventualmente pudo ponerlos en contacto con los olmecas de la costa del Golfo. Aun cuando no existen pruebas de una interacción con la costa del Golfo durante la fase Amate, ésta pudo haber empezado en la fase Barranca, y se hace evidente hacia 700 a.C., es decir en la fase Cantera. Basándonos en varios motivos iconográficos que aparecen sólo en monumentos de Chalcatzingo y La Venta, parece razonable inferir que la interacción de Chalcatzingo se dio por vez primera con el centro olmeca de La Venta.

Aunque es fácil especular sobre la naturaleza de la relación que existió entre Chalcatzingo y los olmecas durante la fase Cantera, es muy difícil descubrir la fecha arqueológica que nos dé respuestas reales, tales como, por qué durante un periodo de aproximadamente 200 años los jefes de Chalcatzingo adoptaron el estilo de arte monumental olmeca para realzar su prestigio. Empero, mientras los monumentos del estilo de la costa del Golfo representan la evidencia más visible de la interacción de Chalcatzingo con otras sociedades, es preciso recordar que éste también tenía relaciones comerciales con reinos de Guerrero, el valle de México, Puebla, Oaxaca y quizá otras regiones, y que los pueblos que vivían en Chalcatzingo se veían afectados por todos estos contactos.

Figura 10.10. Montículo en forma de plataform de la fase Cantera, lado norte. La pequeña pir mide en el extremo más lejano de la plataform es una construcción posterior del periodo Clás co. (Fotografía cortesía de David C. Grove.)

Figura 10.11. Monumento 21, que representa una mujer. (Fotografía cortesía de David C Grove.)

Figura 10.12. Cubierta superior del altar y e patio durante su excavación. (Fotografía cort sía de David C. Grove.)

11. Presencia olmeca en el altiplano

*Mari Carmen Serra Puche**

El problema olmeca ha demostrado ser de difícil solución ya que existen numerosos obstáculos que nos impiden discernir la naturaleza de lo olmeca en el altiplano central. Los impedimentos más obvios son la falta de información procedente de contextos de excavaciones arqueológicas y la escasez de objetos pertenecientes a periodos de ocupación tempranos. Asimismo se dificulta la visión de lo olmeca por la tendencia de algunos investigadores a la búsqueda de descubrimientos espectaculares, aun a costa de los datos arqueológicos, o por la aplicación mecánica de teorías sociales a la resolución de problemas arqueológicos.

A pesar de todo lo anterior, en las últimas décadas se han logrado avances importantes en la comprensión del fenómeno olmeca que nos permiten analizar los diferentes postulados emitidos en relación con este tema.

A partir del hallazgo de objetos olmecas en las tumbas de Tlatilco, a fines de los años cuarenta, se desarrollan diversas hipótesis que intentan comprender la naturaleza de lo olmeca en el altiplano central (fig. 11.1). A primera vista las explicaciones pueden parecer muy variadas: conquistas, intercambio, proselitismo religioso, colonización, élites en proceso de formación, grupos étnicos colonizadores, etc. Al analizarse más a fondo todas estas posiciones se pueden ordenar en un *continuum* entre dos extremos opuestos: por un lado lo olmeca es la interacción de una sociedad compleja y avanzada que domina a una sociedad marginal y atrasada, y en el otro extremo lo olmeca es la interrelación de sociedades similares en escala y complejidad social que comparten un sustrato cultural común.

Los olmecas como etnia conquistadora y civilizadora

La primera hipótesis surge a raíz de los espectaculares descubrimientos de la época de los cuarenta; en este entonces Stirling y Drucker al trabajar en los sitios de la costa del Golfo encontraron grandes monumentos esculpidos en

Página de enfrente: Figurilla hueca de barro en el estilo *baby face* que muestra características olmecas; procede de Tlapacoya, Estado de México. Hoy está en el Museo Nacional de Antropología, igual que todas las demás piezas ilustradas en este capítulo.

* Con la colaboración de Ma. Teresa Castillo Mangas, Karina R. Durand V. y Fernán González de la Vara.

Figura 11.1. Figurillas de cerámica conocidas como *Los gemelos,* procedentes de Tlatilco, un sitio en la cuenca de México. Las dos figurillas muestran características olmecas, como deformación craneal, mutilación dentaria y cabezas rapadas.

piedra y exquisitas figurillas talladas en jade. Todo ello en medio de mo tículos de tierra y plataformas realizadas con arcillas de diversos colore (véase el capítulo 6).

Por otra parte, en una ladrillera cercana a Naucalpan, Estado de Méxic Miguel Covarrubias excava y recupera más de doscientos entierros y num rosas ofrendas que contenían piezas cerámicas con un estilo muy similar los objetos encontrados en la costa del Golfo.

A partir de sus hallazgos, Covarrubias propone la existencia simultáne de dos tipos cerámicos distintos que corresponderían a la presencia de do etnias diferentes: los campesinos tlatilquenses (fig. 11.2) y una élite de sace dotes y artistas olmecas (fig. 11.3). Con el paso del tiempo estos último dominarían a los primeros y darían como resultado la creación de una soci dad teocrática.

Esta interpretación fue apoyada por la hipótesis de Alfonso Caso, quie propuso la existencia de un imperio olmeca cuya capital se encontraría en e sitio de La Venta, Tabasco. En 1953 Muriel Porter propone que la presenci de elementos locales y olmecas en los entierros de Tlatilco, más que repr sentar la coexistencia de dos etnias distintas, se refería a dos periodos dentr de una misma secuencia cultural: una fase local antigua y una posterio intrusión olmeca.

En 1955, Román Piña Chan reanuda las excavaciones en Tlatilco; con lo datos obtenidos propone dos etapas de la presencia olmeca en el altiplano La primera, denominada "olmeca aldeana", es el resultado de la mezcla d un pueblo con rasgos culturales sudamericanos con los campesinos de l cuenca de México (fig. 11.4). Estos pueblos introducen el culto al jaguar con el tiempo se convierten en sacerdotes gobernantes investidos del pode suficiente para dirigir la construcción de obras monumentales; ésta sería l etapa de los llamados olmecas teocráticos o de los centros ceremoniales.

A mediados de los años sesenta las hipótesis de los olmecas como un etnia civilizadora de pueblos atrasados comenzó a perder prestigio por dive

Figura 11.2. Dos figurillas de cerámica del estilo "mujeres bonitas". Este estilo no muestra características olmecas, y Covarrubias opinaba que representaban a la gente originaria de la cuenca de México.

Figura 11.3. Figurillas de Tlatilco en el estilo olmeca temprano. La presencia de tales figurillas como ofrendas en algunos entierros en Tlatilco hizo pensar en la colonización de la cuenca de México por olmecas de la zona nuclear del Golfo.

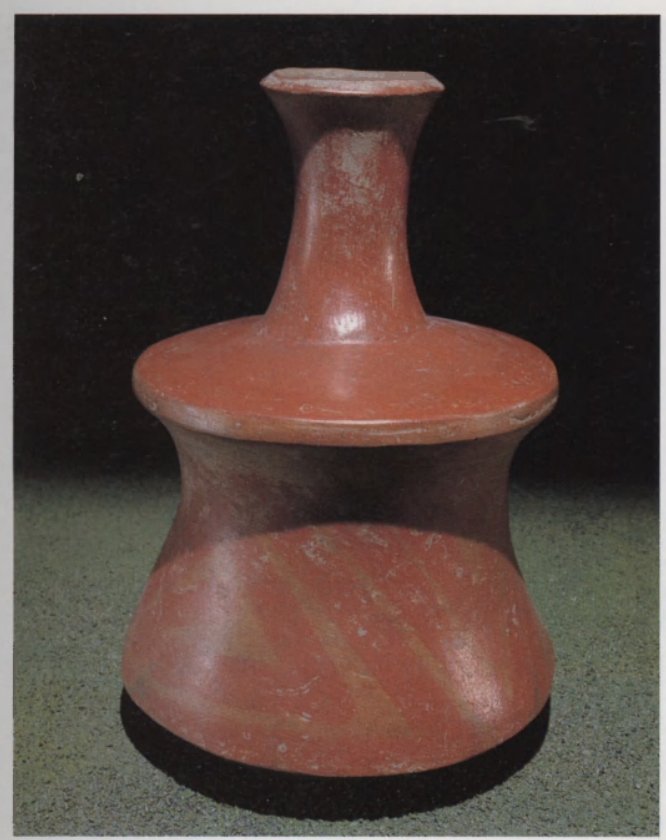


Figura 11.4. Botellón de la cuenca de México, en un estilo posiblemente con raíces en Sudamérica.

Figura 11.5. Dos vasijas de cerámica con diseños olmecas tempranos. En la vasija de la izquierda se aprecia el "dragón" olmeca con su ceja flamígera.

sas razones; la causa principal fue el ajuste de la secuencia cronológica de la cuenca de México. En 1967, Paul Tolstoy excava en Ayotla y advierte que los materiales olmecas son los más antiguos en la cuenca de México, y que preceden por varios siglos a las cerámicas de las llamadas "culturas aldeanas" del Formativo medio, tales como El Arbolillo, Zacatenco y Ticomán. Las fechas obtenidas por medio del radiocarbono coincidían con las nuevas secuencias formativas que se conocían en otras regiones de Mesoamérica, como la costa del Golfo, la costa de Chiapas y Guatemala o el valle de Oaxaca.

Los olmecas como colonos o misioneros

En los años sesenta surge una nueva postura representada por Ignacio Bernal y David Grove. El primero dividió la Mesoamérica del Formativo en dos regiones distintas: el "área metropolitana olmeca", cuna de la civilización y el estado mesoamericano, y la "Mesoamérica olmeca", área al margen del gran desarrollo que tuvo lugar en la costa del Golfo. En esta última región, Bernal establece una tipología de acuerdo con la presencia de rasgos olmecas u "olmecoides" y concluye que sólo en pocos sitios, como Tlatilco y Chalcatzingo, puede hablarse de gente procedente del Golfo de México. Para Bernal los sitios olmecas del altiplano central eran "colonias" habitadas por gente procedente del "área metropolitana olmeca"; estos colonos realizaban intercambios comerciales y se proveían de materias primas, como las piedras verdes o la obsidiana, al tiempo que imponían una nueva ideología.

De acuerdo con esta hipótesis ya no es necesario aludir a la conquista o a la migración masiva, basta con el intercambio, la colonización y la difusión religiosa.

En 1972 David Grove y su equipo inician las excavaciones en Chalcatzingo; el proyecto incluyó la elaboración de una nueva secuencia cerámica que a grandes rasgos coincidía con la propuesta por Niederberger para la cuenca de México. En esta secuencia los materiales olmecas aparecían en los niveles más antiguos y no correspondían a la época de esplendor de Chalcatzingo, cuando se realizaron los célebres relieves en piedra.

De acuerdo con estos hallazgos Grove propone dos fases olmecas en el altiplano central: la primera es un horizonte cerámico temprano (alrededor de 1100 a. C.) caracterizado por motivos iconográficos similares en diversas partes de Mesoamérica (fig. 11.5). La segunda fase corresponde, casi exclusivamente, a los relieves de Chalcatzingo. Grove considera que fueron esculpidos entre 900 y 800 a.C., mientras que Cyphers los coloca alrededor del 600 a.C.; en cualquier caso, las esculturas de Chalcatzingo (véanse los capítulos 10, 14 y 15) son varios siglos posteriores a la iconografía cerámica olmeca y por su temática son muy similares a otras representaciones localizadas en lugares tan distantes como Chalchuapa, El Salvador (fig. 15.10), Amuco, en Guerrero (figs. 9.1 y 16.9), o el sitio de Xoc (fig. 7.14), cerca de la selva lacandona. Grove denomina a todas estas esculturas como "estilo de frontera" y las relaciona con el área del Golfo de México, específicamente con el sitio de La Venta (véase el capítulo 6). Las representaciones escultóricas muestran, según Grove, personajes procedentes del Golfo cuya función sería establecer contactos comerciales y controlar la exportación de diversos recursos naturales. De acuerdo con esta interpretación, Chalcatzingo era un

Figura 11.6. Dos botellones de la cuenca de México; la vasija de la izquierda lleva un motivo olmeca temprano.

centro económico y religioso situado en una de las rutas que comunicaban las minas de obsidiana del altiplano central con la tierra caliente de Guerrero y la zona costera del Golfo de México.

Los olmecas como élites locales en busca de *status*

En 1968 Kent V. Flannery propuso un modelo de interacción social que según sus propias palabras no requería de migraciones, invasiones, misioneros religiosos, ni colonos olmecas. Para este autor la problemática era investigar la influencia de los olmecas del Golfo sobre sus vecinos de Oaxaca. Al excavar el sitio de San José Mogote (fig. 8.3) el equipo de Flannery descubrió varias áreas de trabajo especializado en la producción de ornamentos de concha y jade, así como de espejos de hematita e ilmenita. Estos ornamentos eran insignias de status debido a su rareza y a sus cualidades de joya (lustre, resistencia, etc.). Según su modelo, un grupo al interior de una sociedad adquiría productos exóticos para reforzar su prestigio frente a la comunidad; los olmecas importaban espejos de hematita de Oaxaca a cambio de objetos elaborados en la costa del Golfo. Al entrar en contacto las élites oaxaqueñas en ascenso con los olmecas de Veracruz, procuraron imitar su comportamiento y costumbres con el propósito de elevar su *status* local y distinguirse del resto de la población.

Este proceso de diferenciación social incluía no sólo el intercambio de mercancías, sino el establecimiento de vínculos de parentesco entre élites distantes como una forma de sellar pactos económicos y políticos entre distintas comunidades.

Figura 11.7. Figurilla hueca y pulida en el estilo de *baby face,* procedente de Tlatilco, Estado de México.

Figura 11.8. Dos vasijas estilo tecomate, una forma común en la zona metropolitana olmeca. El tecomate de la derecha tiene el diseño de *rocker stamp*.

Paul Tolstoy y Ann Cyphers han adoptado esta explicación para aplicarla a las sociedades de la cuenca de México y el sitio de Chalcatzingo; el primero llega a sugerir intercambios matrimoniales entre habitantes del valle de Oaxaca y grupos de Tlatilco. Cyphers, por su parte, propone alianzas matrimoniales entre élites de Guerrero y Chalcatzingo a partir de la interpretación de una figura femenina esculpida en una estela de este último lugar (véase el capítulo 16).

Lo olmeca como cristalización de un patrón cultural mesoamericano

Una nueva interpretación es la señalada por Christine Niederberger, quien afirma que el fenómeno olmeca no es el resultado de la influencia de una sociedad más avanzada sobre sus vecinos. La autora presupone que existe una igualdad en todos los grupos mesoamericanos que participan del estilo olmeca, en este sentido afirma que no existe ninguna diferencia en la complejidad social de las poblaciones de la cuenca de México y las comunidades contemporáneas de Mesoamérica. Todas las áreas participan activamente en el intercambio de bienes regionales durante el Formativo temprano.

La investigadora apunta que tanto en la cuenca de México como en la costa del Golfo existían poblaciones con un largo periodo de sedentarización, consecuencia de los abundantes recursos. En ambas regiones se conoce una larga secuencia cultural previa a la aparición del estilo olmeca, así como una red de intercambios a larga distancia establecida al menos 1 000 años antes de la aparición de los primeros centros olmecas en la costa del Golfo. El crecimiento de dicha red fue integrando paulatinamente las comunidades y las distintas regiones de Mesoamérica al transmitir bienes, personas e ideas. Hacia 1200 a.C. los pueblos mesoamericanos compartían un sustrato cultural común que, al poco tiempo, se expresó con la aparición de la iconografía y el simbolismo olmeca; asimismo, surgieron las primeras capitales regionales, centros religiosos y de intercambio que integraban a las comunidades asentadas en el territorio circundante.

En relación con esta hipótesis queda por explicar algunos problemas como la disparidad existente en los registros arqueológicos de sitios como San Lorenzo que contaba con una gran población, escultura monumental y talleres especializados en la manufactura de bienes exóticos (véase el capítulo 4), y sitios como Coapexco, Tlatilco y Tlapacoya, cuyos elementos olmecas se expresan casi exclusivamente en objetos cerámicos. No obstante lo anterior, esta interpretación es adoptada por otros investigadores.

Pohorilenko, por ejemplo, opina que la aparición súbita del estilo olmeca en diversas regiones de Mesoamérica no puede explicarse sólo por influencias que emanan de un solo foco cultural; igualmente Demarest ha propuesto un esquema similar para explicar la naturaleza de la presencia olmeca en el suroeste de Mesoamérica.

La distribución de los materiales olmecas en el altiplano

Para algunos investigadores los olmecas son una etnia y sólo las representaciones con ciertas características corporales corresponden a una presencia real de lo olmeca; para otros, sólo los materiales similares a los encontrados

en San Lorenzo y La Venta son olmecas. Una tercera posición considera que lo olmeca es sólo un conjunto de rasgos iconográficos relacionados con un culto específico y por ello el resto de los materiales arqueológicos asociados no necesariamente deben ser reconocidos como olmecas.

El problema consiste en definir qué es lo que entendemos por olmeca en el altiplano central, y para evitar en lo posible una interpretación *a priori* es necesario reducir nuestra idea de lo olmeca a su nivel más básico. Habría que considerar a lo olmeca como un estilo particular de representación iconográfica asociado con ciertos objetos dentro del contexto de una sociedad dada. Tanto Tolstoy como Niederberger y Grove coinciden en postular la presencia de un complejo cultural olmeca en el altiplano central, caracterizado por la presencia de motivos incisos en la cerámica y figurillas (figs.11.5 y 11.6). Estos motivos son variaciones de los símbolos asociados al llamado "hombre-jaguar" o a la "serpiente celeste", o bien a conceptos abstractos como la "cruz de kin" o la "cruz de San Andrés", el "ala-garra de jaguar" o el quincunce. Asimismo, hay representaciones y objetos que normalmente se califican como olmecas en el altiplano por encontrarse asociados a esta iconografía. Éste es el caso de las figurillas huecas conocidas como *baby face* (fig. 11.7), o las cerámicas decoradas por medio de la cocción diferencial, el *rocker stamp,* y el uso de cinabrio como pigmento en la cerámica (fig. 11.8).

Una vez definido lo que entendemos por olmeca en el centro de México, analizaremos la distribución de los objetos olmecas según cinco contextos.

Figura 11.9. Botellón procedente de Tlatilco, de la colección original de Miguel Covarrubias, que muestra el diseño "ala-garra de jaguar" típico del estilo olmeca temprano.

El contexto temporal de lo olmeca

Niederberger propone dos etapas de presencia olmeca en la cuenca de México, la primera fase denominada Ayotla y clasificada como olmeca antiguo, ocurre del 1200 al 1000 a.C. y se caracteriza por la aparición de un sistema de representación iconográfico sumamente elaborado y formalizado, sin que existan evidencias de una evolución previa de dichos signos (fig. 11.9). Un proceso similar sucedió simultáneamente en diferentes regiones de Mesoamérica.

La segunda etapa, denominada Manantial y calificada como "olmeca tardía", se caracteriza por la degradación y secularización de los símbolos olmecas; se vuelven más variados y menos estandarizados (fig. 11.10). Al final de esta etapa entre 1000 y 800 a.C., la iconografía olmeca desaparece casi por completo de la cerámica, tanto en el altiplano central como en todas aquellas regiones de Mesoamérica que participaban del estilo olmeca. En resumen, la presencia olmeca en el altiplano se restringe a un periodo de sólo cuatro siglos o quizá menos, con excepción del sitio de Chalcatzingo.

El contexto regional de lo olmeca

Los trabajos arqueológicos recientes demuestran que existen numerosos sitios con materiales olmecas, que se distribuyen por toda la región del altiplano central y que no están asociados a ningún factor geográfico en particular.

Lo mismo hay sitios olmecas como Las Bocas y Chalcatzingo alrededor de la cota de los 1 000 metros en un ambiente de selva baja caducifolia, que sitios como Coapexco, Tecaxic y Loma del Conejo localizados encima de los

2 600 metros de altura en un ambiente de bosque frío. Los sitios olmecas pueden localizarse en el paso entre dos valles como Tlatilco y Temamatla, o al pie de montañas como Tlapacoya y Tetelpan, o bien florecieron a la orilla de algún río como en Atlihuayan, o en un islote al interior de una laguna como en Terremote-Tlaltenco. Aparentemente no hay límites en la localización de sitios olmecas con la salvedad de las zonas semiáridas al norte de la cuenca de México.

Por otro lado, es notable que algunos sitios con materiales olmecas son mucho mayores que el resto de las comunidades del Formativo, que fluctúan entre cinco y siete hectáreas. Destacan sitios como Coapexco con más de 44 hectáreas y quizás más de 1 000 habitantes; Tlatilco con más de 30 hectáreas y Tlapacoya con una extensión calculada entre 20 y 40 hectáreas y probablemente 900 moradores. Otros sitios importantes fueron Chalcatzingo en Morelos, Las Bocas en Puebla, Metepec en el valle de Toluca y Temamatla en el sur de la cuenca de México.

En resumen, los sitios olmecas se distribuían de manera indistinta en el paisaje del altiplano central sin encontrarse en asociación clara con una determinada zona ecológica o con un rasgo geográfico específico. No obstante, la presencia de objetos olmecas es concomitante con la aparición de sitios de gran extensión y población, por lo que es posible afirmar la existencia de una jerarquía formal de sitios y la aparición de centros regionales aun sin evidencias de arquitectura pública ceremonial.

La distribución del estilo olmeca en artefactos

Podría afirmarse que la iconografía olmeca generalmente se representó en platos y vasos de base plana, botellones y tecomates (figs. 11.5, 11.6, 11.9 y 11.10).

La huellas de uso encontradas en estas vasijas indican que eran objetos de uso cotidiano, y que algunas veces fueron colocados como ofrenda en los enterramientos. Otros objetos considerados olmecas son las figuras huecas recubiertas con un engobe de color blanco o rojo y que representan a seres humanos asexuados, de facciones infantiles y cuerpo rollizo; estas figuras conocidas como *baby face* o acróbatas eran comunes en los entierros de Tlatilco y Las Bocas (fig. 11.11).

Los objetos olmecas manufacturados en piedra son muy escasos en el altiplano central: algunas figurillas de jade encontradas en entierros de Tlatilco y Chalcatzingo, pequeños espejos de hematita, una máscara de basalto procedente de un relleno en Temamatla (fig. 11.12).

Figura 11.10. Vasija de cerámica procedente de Tlapacoya, Estado de México, con un diseño olmeca medio que algunos estudiosos opinan que representaba el dios Xipe.

El contexto social de lo olmeca

Actualmente se acepta que las cerámicas con iconografía olmeca representan una proporción muy pequeña del total del inventario cerámico de un sitio. En lugares como Tlatilco y Tlapacoya se ha calculado que menos de 10% de los materiales corresponden a tipos cerámicos considerados como olmecas. Esta distribución no es privativa de la cuenca de México, ya que se presenta en sitios como San Lorenzo, en Veracruz.

Las excavaciones en varios sitios de Mesoamérica sugieren que la presencia de materiales olmecas es mayor en los centros regionales que en las al-

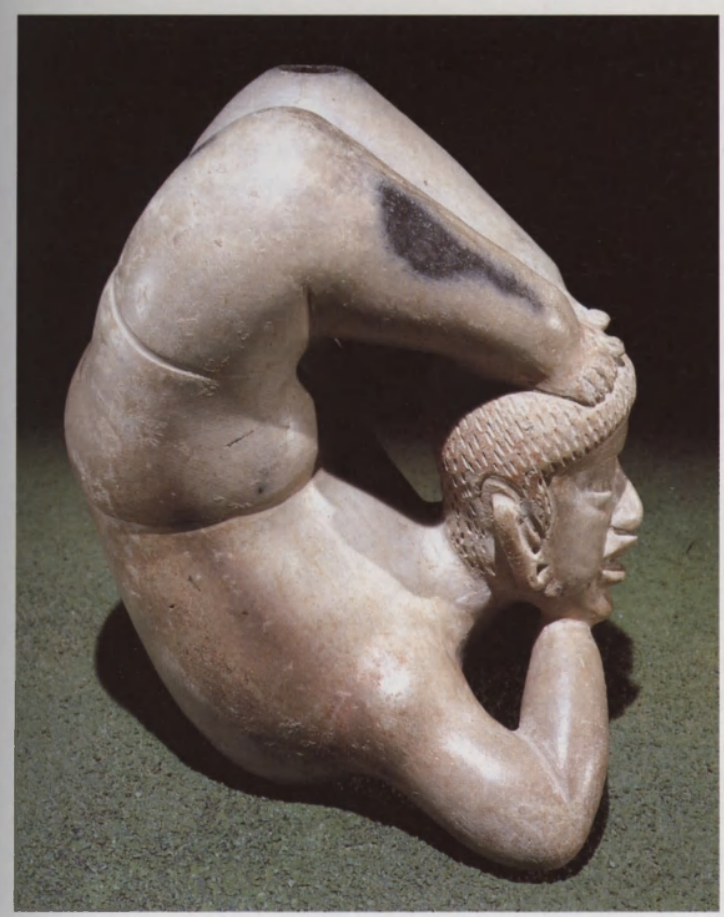


Figura 11.11. *El acróbata* de Tlatilco, Estado de México. Esta espléndida figurilla hueca, estilo *baby bace,* fue encontrada como parte de la ofrenda del entierro 154.

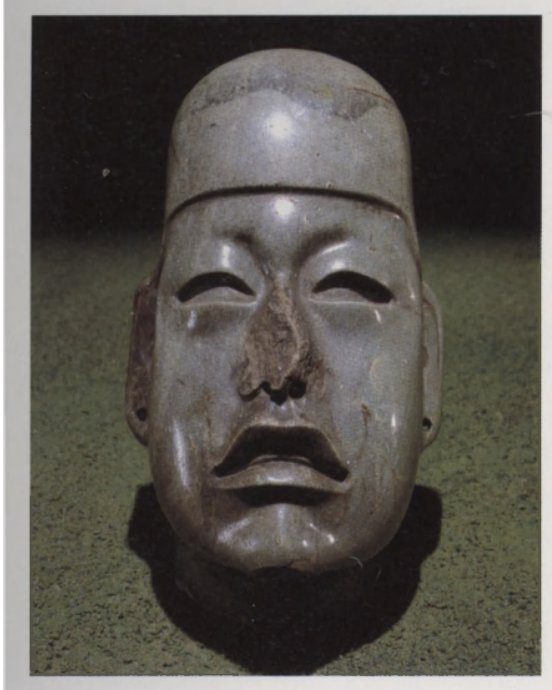


Figura 11.12. Cabeza de una figurilla grande de jade de Tenango del Valle, Estado de México. Objetos de jade en el estilo olmeca no son comunes en la cuenca de México.

deas y al interior de dichos centros la cerámica olmeca se distribuye de forma equitativa.

Por otro lado, en 1976 Pyne publicó un análisis sobre la distribución de motivos olmecas en San José Mogote, Oaxaca; los resultados obtenidos parecen indicar la existencia de cuatro sectores dentro del sitio, cada uno de ellos especializado en la elaboración de adornos con un material específico (concha, jadeíta, hematita) y asociados con un motivo olmeca en particular. Pyne sugiere que esta distribución refleja patrones de descendencia de un linaje o clan, que se distingue por la realización exclusiva de un oficio.

Desafortunadamente este patrón no se ha logrado detectar en comunidades contemporáneas de Mesoamérica, por lo que no es posible generalizar esta interpretación no obstante el hallazgo de talleres de concha en un sector del sitio de Teopantecuanitlán en Guerrero, o la existencia de un trabajo especializado en la manufactura de metates en Coapexco.

El estudio de la disposición de los entierros en Tlatilco realizado por Paul Tolstoy indica que las ofrendas olmecas no parecen asociarse a ningún estrato o sector social; tampoco puede establecerse una relación exclusiva entre la presencia de motivos olmecas y la edad de los individuos enterrados, aunque predominan los adultos. Al parecer existe una tendencia a orientar los entierros en dirección este-oeste y una asociación aparente entre ofrendas olmecas y esqueletos femeninos.

Hasta ahora, ninguna investigación ha demostrado una relación determinante entre la presencia de objetos olmecas y un grupo específico dentro de una comunidad. Sólo algunos casos parecen indicar que los individuos a los que se asocian objetos olmecas se dedicaron a la manufactura de artesanías y al intercambio de materiales exóticos.

El contexto ideológico de lo olmeca

En el altiplano central es notable la ausencia casi total de representaciones explícitas de jaguares y seres felinos, con la excepción de los relieves de Chalcatzingo. Puede señalarse que son más frecuentes las representaciones de patos y peces que las de caimanes y jaguares.

En los últimos años las investigaciones sobre el simbolismo olmeca parecen dirigirse hacia un consenso general; las obras de Piña Chan, Joyce Marcus y otros investigadores, coinciden en señalar la presencia de seres híbridos con características tanto de ave como de reptil y felino (véase el capítulo 15). Estos seres se agrupan en dos categorías mutuamente excluyentes denominadas "hombre-jaguar" y "dragón-olmeca". El primero se distingue por una hendidura en V localizada sobre la frente, la boca con las comisuras hacia abajo y los ojos en forma de almendra (fig. 14.12). El segundo se distingue por las "cejas flamígeras" y las encías en forma de U invertida (fig. 15.3). Según la interpretación de Marcus, la primera categoría se relaciona con el nivel terrestre del cosmos y la segunda con el nivel celeste; en los dos casos estas representaciones se asocian al símbolo denominado "cruz de San Andrés" y que se ha interpretado como el cruce de los cuatro rumbos del universo. La mezcla de elementos iconográficos de estos dos seres primordiales crea un nuevo ente que simboliza la unión de los niveles terrestres y celestes. Según Piña Chan esta unión se manifiesta por medio de la lluvia y el

rayo, fuentes de fertilidad agrícola que son resultado de la unión de los niveles cósmicos.

Podemos concluir, que comparando las teorías aquí expuestas y los datos presentados, no es posible aceptar o rechazar totalmente las diferentes hipótesis que se han emitido sobre la presencia olmeca en la cuenca de México. Por ello es necesario continuar con las investigaciones relacionadas con el periodo Formativo, tanto en el altiplano central como en el resto de Mesoamérica. Sólo con mayor información será posible distinguir los patrones de distribución de los materiales olmecas y su relación con los procesos sociales que tuvieron lugar en el primer milenio antes de nuestra era.

12. El sistema económico de los primeros olmecas

John E. Clark

Se han encontrado artefactos y esculturas olmecas desde Guerrero hasta El Salvador. Su amplia distribución nos plantea la pregunta primordial, aún sin respuesta, sobre los estudios olmecas, que ha levantado un debate durante los últimos 50 años. ¿De qué naturaleza fue la influencia olmeca en la Mesoamérica temprana? Algunos estudiosos proponen que los olmecas de las tierras bajas de la costa del Golfo conquistaron esas lejanas regiones de Mesoamérica; otros argumentan que la influencia fue en forma más pacífica (colonización, catequización o tratos comerciales libres). En todos esos modelos o teorías se considera que la influencia olmeca fuera de sus dominios principales está relacionada con los intereses olmecas para asegurar los recursos disponibles de las tierras altas adyacentes.

Si uno acepta el modelo de la conquista, basta considerar solamente una pregunta: ¿qué querían los olmecas de las regiones del exterior? Si nos apegamos a los otros modelos, tenemos que plantearnos una pregunta de igual peso: ¿qué querían los pueblos de las zonas aledañas a la de los olmecas de la zona nuclear? ¿Eran esas relaciones de los olmecas con los pueblos lejanos puramente de explotación, imperialistas, o se beneficiaban mutuamente? En el caso de que entre los olmecas y estos pueblos lejanos existieran buenas relaciones comerciales, ¿en qué contribuía cada parte? En este capítulo considero estas preguntas.

Para dar a este tema una dimensión manejable, enfoco mi atención exclusivamente en los primeros olmecas de San Lorenzo y en la influencia que ejercieron sobre las regiones aledañas. Los aspectos de la economía de los olmecas en épocas posteriores se tratan en los capítulos 6, 7, 9 y 10 de esta obra.

En éste, planteo tres temas tocantes a diversos aspectos económicos de los primeros olmecas: *1)* proyectos de obras públicas en San Lorenzo; *2)* evidencia de intercambio a larga distancia en la zona nuclear olmeca, y *3)* pruebas de intercambio a larga distancia en las tierras aledañas.

Página de enfrente: figurilla hueca de cer
en el estilo *baby face,* procedente de la
del Golfo. Este tipo de figurillas fue impo
de Chiapas y otras regiones aledañas.

Economía de mando en San Lorenzo

Aun cuando quedan muchos detalles por determinar sobre los sistemas de subsistencia entre los olmecas tempranos, el tamaño de San Lorenzo y la gente que habitaba allí nos indican que el sistema agrícola de los primeros olmecas era capaz de generar grandes excedentes de los productos alimenticios que se necesitaban para mantener a los trabajadores en los proyectos de obras públicas (véase el capítulo 4). Una de las características que distinguen claramente a los olmecas de San Lorenzo de otras culturas y comunidades de las regiones aledañas del Formativo temprano en Mesoamérica son las grandes obras públicas. Éstas son una indiscutible demostración de que los antiguos olmecas formaron la primera sociedad en Mesoamérica con una economía de mando.

Como el término nos lo indica, una economía de mando es aquella en la que el gobierno puede demandar bienes y servicios de sus ciudadanos. En el caso de los olmecas de San Lorenzo, el jefe de gobierno seguramente era un sacerdote-rey que podía exigir de sus súbditos el pago de tributos en los periódicos proyectos de obras públicas, como por ejemplo, trasladar una cabeza monumental desde las montañas de Tuxtla, a 60 kilómetros, hasta San Lorenzo. Por supuesto, la facultad del rey para pedir bienes y servicios seguramente se limitaba a su propio reino.

Mi aseveración de que se hacían muchas obras públicas periódicas en San Lorenzo puede parecer al lector algo extraña, pues en el pasado casi todas las discusiones sobre las obras públicas olmecas se referían al posterior sitio de La Venta y a su gran pirámide, su plaza y las grandes ofrendas de serpentina (véase el capítulo 6). Todavía no sabemos la extensión de la grandes modificaciones que tuvieron lugar en la meseta de San Lorenzo durante el Formativo temprano, pero parece ser que fueron muy extensivas (véase el capítulo 4). Sin embargo, contamos con múltiples evidencias de otras actividades de obras públicas en San Lorenzo, que se manifiestan en la presencia de monumentos colosales de basalto.

En las cercanías de las montañas de Tuxtla existían grandes piedras de basalto que se tallaban en una variedad de monumentos de piedra y después se arrastraban al sitio de San Lorenzo, a 60 o 70 kilómetros de distancia. ¿Qué tanto esfuerzo se requería para mover aquellas moles?

Los monumentos olmecas más grandes pesan más de 40 toneladas y debieron de haber presentado dificultades muy especiales para tallarlos y desplazarlos hasta San Lorenzo. Estos enormes monumentos parecen haber sido la excepción. Consideremos ahora, para nuestro propósito, el desplazamiento de un bloque de piedra de 20 toneladas a una distancia de 70 kilómetros. Los temas que representaban estos colosales monumentos (véase los capítulos 13 y 15) nos sugieren que eran proyectos patrocinados por el gobierno de San Lorenzo, probablemente por el propio rey. Para hacer un monumento de esta naturaleza, el rey tenía que patrocinar a un grupo de escultores especializados y desplegar periódicamente un gran equipo de acarreadores para arrastrar el monumento hasta San Lorenzo. El equipo básico para ello debió de ser: largas y gruesas cuerdas, hachas, picos y palancas y rodillos o deslizadores. Era preciso desmontar partes de la selva para hacer caminos, nivelarlos y mantenerlos, y todos los acarreadores, talladores, inge-

Figura 12.1. Monumento 5 de San Lorenzo Veracruz. Esta cabeza colosal mide 1.86 m de altura y probablemente pese más de 14 toneladas. Tales monumentos requerían una gran organización para movilizar la mano de obra necesaria para transportarlos a San Lorenzo.

nieros, capataces y cualquier otro tipo de personal tenían que ser alimentados y el equipo debía ser reparado periódicamente cuando no remplazado.

Tallar y elaborar un monumento de esta magnitud, como por ejemplo una cabeza (fig. 12.1) o un trono (figs. 4.27 y 6.25) con las herramientas de piedra tan primitivas que se usaban debió de tomarles varios años. Pero esta tarea pudo haberse limitado a unos cuantos artesanos y no representar una inversión importante de trabajo. El gasto mayor de trabajo hubiera sido entonces el transporte del monumento a San Lorenzo. Para un monumento de 20 toneladas se habría requerido un esfuerzo continuo de por lo menos 1500 hombres y mujeres durante tres o cuatro meses. El gasto total del trabajo habría sido de 600 000 a 900 000 horas de trabajo. Para ofrecer una perspectiva de esto, se considera que para construir la gran pirámide de La Venta (33 metros de alto y 129 en la base) se necesitaron alrededor de 800 000 horas de trabajo.

Vale la pena mencionar aquí varios puntos. Primero el transporte de los monumentos olmecas de piedra más grandes requirió de un esfuerzo tan grande o mayor que el trabajo invertido en la mayor de las primeras pirámides. Segundo, los cálculos no son precisos porque todavía desconocemos los problemas específicos que implicaba el transporte de una cabeza monumental a través de la selva tropical. Si se transportaban los monumentos en parte por vía fluvial (fig. 12.2), esto reduciría ligeramente el trabajo. Considero que las estimaciones que hemos dado son conservadoras. Tercero, si hacemos una comparación de una cabeza monumental con una pirámide, podríamos pensar que era más dificultoso transportar el monumento. Probablemente los trabajos públicos tales como la construcción de pirámides se llevaban a cabo durante un gran periodo de tiempo, con poca obligación por parte de cada trabajador y con un mínimo de molestias. Pero desplazar un gran bloque de piedra requería de un esfuerzo conjunto y coordinado de un extenso grupo de trabajadores, durante un largo periodo de tiempo. Para realizar un proyecto de esta naturaleza, era necesario tener mucha más organización y supervisión que cuando se levantaba una pirámide o se construía una plaza o un palacio. Además, se necesitaba una mayor cantidad de reservas de alimentos para financiar la empresa. Un parangón con nuestra economía moderna sería comprar una casa "a plazos" —con pagos mensua-

Figura 12.2. Transporte de las esculturas monumentales olmecas. (Dibujo de Felipe Dávalos, cortesía de la National Geographic Society.)

les durante 30 años (e.g. la construcción reciente de una pirámide)— o comprar una casa de contado y por adelantado (e.g. transportar una cabeza monumental con un enorme gasto por concepto de trabajo).

El número de esculturas de piedra de San Lorenzo nos indica que los monumentos se hacían y se arrastraban al sitio con bastante frecuencia. Por supuesto, no todos pesaban de 20 a 40 toneladas y por lo tanto no requerían tanta inversión de trabajo como lo que hemos dicho en relación con los monumentos más grandes. Sin embargo, todos necesitaban una gran inversión de trabajo. La capacidad del gobierno de San Lorenzo para reunir grandes excedentes y desplazar de 1 000 a 3 000 adultos de la producción primaria, para más de una estación agrícola, indica una gran base de población, un sistema de subsistencia muy productivo, un programa de almacenamiento de alimentos muy eficiente y un tremendo poder político. Sin embargo, el reconocer que hubo poderosos gobiernos olmecas en la zona nuclear no nos lleva más lejos en la comprensión de la influencia olmeca sobre regiones distantes. Las sociedades de esas regiones estaban menos avanzadas que las olmecas social, política y económicamente (véase el capítulo 3).

Los datos de que disponemos nos hacen pensar que las teorías de colonización y de conquista propuestas en el pasado, quizá sean demasiado simples para tomarlas como base de la evidencia actual. Es más prometedor, quizá, el modelo de mercado y comercio.

Figura 12.3. Hacha de jade procedente de El Manatí; el jade fue importado probablemente de la cuenca del río Motagua, Guatemala.

Comercio internacional en San Lorenzo

Mucho se ha hablado sobre el comercio y la influencia olmeca a lo largo y ancho de Mesoamérica. Por consiguiente, los escasos datos de intercambios a larga distancia requieren alguna explicación. Todos los productos conocidos importados a San Lorenzo son materiales duraderos, tales como rocas y minerales. Dada la naturaleza tropical del área metropolitana olmeca, los materiales perecederos no se conservaban. El problema es aún peor en las zonas aledañas. El intercambio implica el movimiento recíproco de bienes entre las partes. Como la zona nuclear olmeca no tenía recursos minerales evidentes, casi todos sus productos de exportación probablemente fueron materias perecederas y por tanto dejaron poca evidencia en el registro arqueológico. Así pues, en sus discusiones, los arqueólogos no pasan de hacer conjeturas y suposiciones cuando argumentan sobre el antiguo comercio olmeca basándose en los pocos productos no perecederos que sobreviven.

Al final de cuentas, sabemos que a San Lorenzo se llevaban materiales provenientes de otras regiones. Suponemos que el principal mecanismo era intercambio a larga distancia; pero pudo haber sido de otro modo. La obsidiana, que es vidrio volcánico natural, llegaba a San Lorenzo de los yacimientos del altiplano en la cuenca de México así como de un yacimiento cercano a la actual ciudad de Guatemala. El jade se distribuía en muchas regiones en el periodo Formativo temprano, y probablemente provenía del valle del río Motagua de Guatemala, y también de Guerrero (fig. 12.3). También los olmecas usaban mucho los minerales de hierro para hacer espejos y unos pequeños y curiosos cubos, con múltiples perforaciones (fig. 4.26), se encontraron por millares en San Lorenzo y fueron importados de la sierra de Chiapas y quizá de Oaxaca. La mayoría de ellos se han encontrado en

Figura 12.4. Valle de Cintalapa, Chiapas, donde los olmecas tenían un taller para fabricar los cubos de ilmenita. (Fotografía cortesía de NWAF.)

grandes depósitos (véase el capítulo 4) que al parecer fueron escondrijos especiales de una serie de cosas o de riquezas.

Sospecho que esos pocos productos de piedra o minerales eran sencillamente una pequeña parte de los que en una época se importaron a San Lorenzo y que la evidencia de otros productos se perdió hace mucho tiempo. Otros productos importantes pudieron haber sido textiles, especias y alimentos.

Una alternativa a la teoría del comercio a grandes distancias es la posibilidad de que los olmecas enviaran mineros y buscadores de metales a lejanas regiones de Mesoamérica y que establecieran colonias en aquellas que poseyeran recursos vitales. En todas las regiones aledañas de donde venían los recursos importados se han descubierto artefactos olmecas, entre los que se cuentan vasijas talladas con diseños olmecas, figurillas olmecas y sellos cilíndricos.

En el caso de los cubos de ilmenita (tipo de mineral de hierro) multiperforados, tenemos alguna información proveniente de la sierra de Chiapas, que era de donde provenían. En el valle de Cintalapa, en Chiapas (fig. 12.4), en el sitio de Plumajillo, a unos 50 kilómetros de Tuxtla Gutiérrez, se encontró un taller donde se hacían estos cubos. Hay vestigios de una ocupación preolmeca en esta región así como una fuerte influencia olmeca en la época en que trabajaba este taller. Esta influencia es más clara en el estilo de las vasijas de cerámica que son muy similares a las de San Lorenzo. Algo que no podemos determinar, porque el periodo preolmeca del valle de Cintalapa se conoce muy poco, es si esta estrecha similitud en la cerámica significa que los pueblos de la región de Cintalapa fueron conquistados por los olmecas, que recibieron a los colonizadores olmecas o simplemente que estuvieron en estrecha relación con ellos (véase el capítulo 7).

Figura 12.5. Reconstrucción de la cerámica de la fase Cherla de la región de Mazatán, en el Soconusco, Chiapas. (Dibujo de Áyax Moreno, cortesía de NWAF.)

La información sobre otras regiones circunvecinas que exportaban productos a la zona metropolitana también es muy pobre para contestar la pregunta. La mejor información de que disponemos del proceso real de interac-

ción del área metropolitana olmeca y zonas aledañas proviene de la zona de Mazatán, en el Soconusco (véase el capítulo 3), que fue la tierra de los mokayas.

Los olmecas y los mokayas

Como vimos en el capítulo 3, los mokayas del Soconusco precedieron a los olmecas de la zona nuclear durante por lo menos 400 años. Los descubrimientos del Soconusco nos indican que los mokayas ya contaban con una

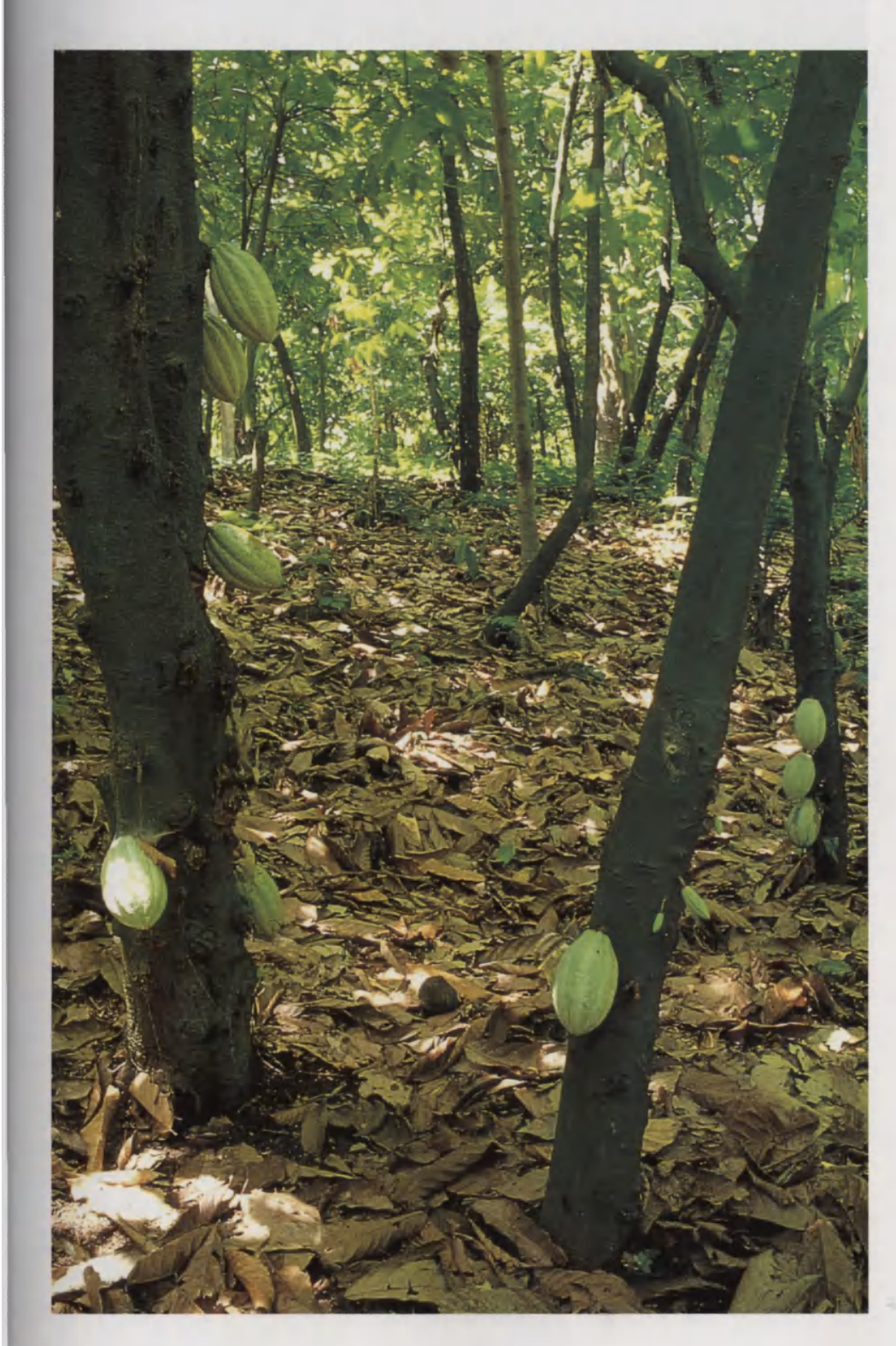


Figura 12.6. Árboles de cacao de la zona de Izapa, Chiapas. El cacao probablemente fue el principal producto exportado de esta región del Soconusco durante el formativo temprano.

Figura 12.7. La preparación del cacao. a. Semillas frescas de cacao en su cáscara cubiertas con carne blanca, suave y dulce. b. Las semillas de cacao tostadas listas para la molienda (izquierda), semillas secas del color del camarón antes de tostarlas (centro) y discos de chocolate molido preparados para la venta. Las semillas secas del cacao funcionaban en tiempos de los aztecas como una forma de moneda y probablemente fueron comercializadas desde tiempos muy tempranos. (Fotografías cortesía de NWAF.)

floreciente cultura mucho antes que los olmecas y que persistieron aun en los tiempos de éstos. Como sucedió con otras culturas de Mesoamérica, los mokayas que vivieron entre 1 200-900 a.C. sintieron la influencia de los olmecas. Los descubrimientos del Soconusco nos sugieren que el comercio era una alta prioridad tanto para los mokayas como para los olmecas. Es más, nos indican que las diversas teorías del efecto que causaron los olmecas sobre Mesoamérica quizá sean demasiado simplistas.

En el capítulo 3 se consideraron las primeras tres fases del periodo Formativo temprano en la región de Mazatán. En éste hablaremos de las otras dos que son la fase Cherla y la fase Cuadros. Durante la fase Cherla, la influencia olmeca en Mazatán estimuló la economía local. En la fase siguiente, Cuadros, durante la cual los olmecas ejercieron su máxima influencia, muchos de los beneficios anteriores se acabaron.

Fase Cherla (1100-1000 a.C.)

Las características de las vasijas de cerámica de la fase Cherla aparecen en la figura 12.5. Si comparamos ésta con la de la fase precedente, Ocós (fig. 3.8), queda claro que cambió en forma significativa durante este periodo. En las tres fases anteriores casi todas las vasijas de cerámica eran rojas o anaranjadas; en cambio, durante la fase Cherla vemos una clara tendencia hacia la cerámica blanca y negra, que copiaba los estilos de San Lorenzo.

Ya mencioné el problema de encontrar evidencias de ciertos productos del comercio en los registros arqueológicos por problemas de conservación de los materiales perecederos. En Mazatán, la primera evidencia clara que tenemos sobre los contactos con los olmecas es la presencia de unas cuantas vasijas de cerámica (negras bordeadas de blanco, con fondo plano), unos cuantos sellos cilíndricos y algunas figurillas. Todos estos artefactos están fabricados con un barro que no provenía de la región de Mazatán. Poco después de la importación de estos productos encontramos un esfuerzo por

copiarlos localmente. En resumen, los mokayas de la fase Cherla conocían el estilo olmeca de las vasijas de cerámica y de las figurillas, y trataban de emularlas localmente, cambiando así su antigua tradición estilística.

Una razón por la cual un pueblo adopta estilos extranjeros es que sientan que el grupo donador es de alguna manera más avanzado. Creo que la imitación mokaya de las normas estilísticas olmecas indica que reconocían en ellos unos aliados más poderosos. Durante la fase Cherla los mokayas gozaron de su máxima prosperidad. Las importaciones del exterior aumentaron en cantidad y en variedad. Vemos que en esa época se importó más obsidiana que nunca; cantidad de espejillos de mineral de hierro, adornos de jade, y la producción local de orejeras aumentó en una escala sin precedentes. En aquella época, el sitio de San Lorenzo recibía importantes cantidades de obsidiana de Guatemala, que probablemente se transportaba desde las costas de ese país y de Chiapas y cruzaban el istmo (fig. 7.1), y por lo tanto, pasaba a través de la zona de Mazatán.

En resumen, las relaciones entre los olmecas y los mokayas de 1100 a 1000 a.C. parecen haber sido mutuamente benéficas. Como apuntamos más arriba (véanse los capítulos 3 y 7), los principales productos que pudo haber exportado Mazatán fueron: cacao, pieles, plumas y quizá algodón, textiles y tabaco (fig. 12.6). Las importaciones de la zona nuclear olmeca fueron en un principio vasijas de cerámica, figurillas y sellos cilíndricos. No sabemos qué es lo que pudieron contener las vasijas. Mazatán era también como un punto seguro a lo largo de una extensa ruta comercial desde las partes altas de Guatemala, y de acceso a la obsidiana y al jade. Si bien durante la fase Cherla no encontramos pruebas de una intervención olmeca directa en la región de Mazatán, durante la siguiente fase se observa un cambio.

Fase Cuadros (1100-950 a.C.)

Una vez más, el indicador más claro respecto a un cambio significativo en la región de Mazatán durante la fase Cuadros son las vasijas de cerámica (fig. 12.7). Ahora los estilos locales se han convertido completamente en estilos que remedaban los del núcleo olmeca. Las figurillas humanas se ejecutaban, de todo a todo, en lo que se considera el estilo olmeca, que se desarrolló por vez primera en San Lorenzo (fig. 12.8). Estos cambios de estilo estuvieron acompañados de cambios en la organización social, política y económica de toda la región de Mazatán.

En las fases anteriores (Locona, Ocós y Cherla) los mokayas de Mazatán estaban organizados en una red de pequeñas unidades políticas llamadas cacicazgos simples que contaban con 2 000 a 4 000 personas cada uno. Durante la fase Cuadros esto cambia radicalmente. Todo Mazatán parece haber sido organizado bajo un gobierno único, con un radio de acción más extendido, y más complejo, probablemente siguiendo los lineamientos de los gobiernos que imperaban en la zona metropolitana olmeca. La mayoría de los antiguos grandes pueblos, como el de Paso de la Amada (véase el capítulo 3), fueron abandonados en esta época y sus habitantes se reubicaron en nuevos pueblos cercanos. Se estableció una ciudad capital en la parte central de la región, a lo largo del río más importante. Las primeras esculturas olmecas que se encontraron en la región de Mazatán (véase el capítulo 7) venían

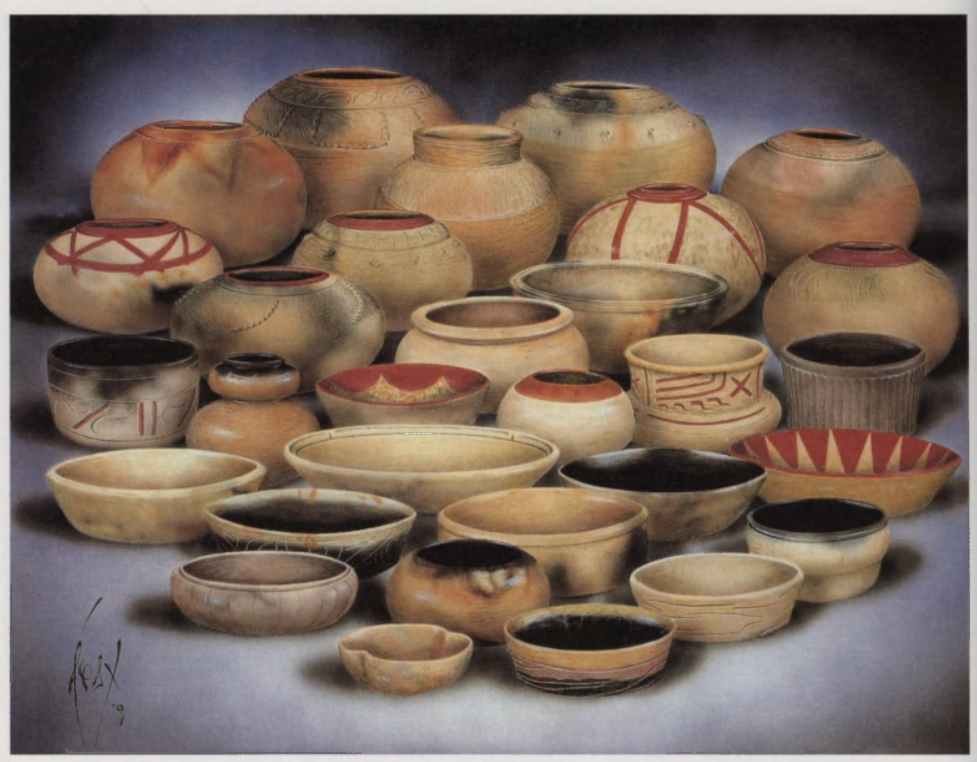


Figura 12.8. Reconstrucción de la cerámica de la fase Cuadros procedente de la región de Mazatán, Chiapas. (Dibujo de Áyax Moreno, cortesía de NWAF.)

de los alrededores de esa zona y pienso que provenían del centro regional. Todas las esculturas representan hombres, probablemente jefes supremos.

He interpretado los cambios entre la fase Cherla y la fase Cuadros como una primera prueba de que existió una verdadera presencia olmeca en la región de Mazatán —presencia que fue agresiva y probablemente coercitiva. Los cambios en los patrones de asentamientos se parecen de manera notoria a la "reducción" conocida durante la conquista española 2 600 años después. La presencia de esculturas tempranas olmecas en el centro regional indica que existieron lazos muy fuertes con la zona nuclear olmeca. Como describe Lowe en el capítulo 7, existen varias regiones de la costa adyacente de Guatemala que tuvieron esculturas olmecas tempranas, entre las que se encuentra una cabeza monumental de Abaj Takalik (fig. 7.1). Cabe destacar que el Soconusco es la única región circunvecina donde se sabe que existen esculturas olmecas tempranas, lo cual indica que o bien hubo una influencia olmeca especialmente fuerte o que estuvieron presentes. Hacia 1100 a.C. la reorganización de muchos de los pequeños cacicazgos de Mazatán en una política olmeca puede significar que hubo algún tipo de coerción o de "conquista" y colonización con el fin de asegurar las rutas comerciales costeras hacia las tierras altas de Guatemala y El Salvador, así como de tener el control de los ricos recursos del Soconusco. A lo largo de su historia, el Soconusco fue frecuentemente sometido, y al parecer, esto ocurrió por primera vez en los primeros tiempos de los olmecas.

A diferencia de la fase Cherla, la fase Cuadros parece marcar una época de relativa depauperación entre los mokayas. Casi todos los productos importados que llegaban durante la fase Cherla dejaron de importarse, y los pocos que siguieron llegando fueron drásticamente reducidos. Por ejemplo, la cantidad de obsidiana importada cayó a cerca de 20% de su primer nivel.

Vemos también mayores contrastes en el consumo de algunos productos. Las ollas talladas con diseños olmecas y las figurillas olmecas se hicieron más comunes en el centro regional que en los pueblos de los alrededores (fig. 12.9), lo cual indicaba que la gente que vivía en el centro, entre la que probablemente se incluían algunos olmecas provenientes de la zona nuclear, gozaba de más privilegios. Una explicación de esto es que los mokayas de Mazatán ahora pagaban tributo al núcleo urbano y que pasaban la mayoría de los productos importados en toda la zona hacia la zona nuclear olmeca. En todo caso, estos cambios indican alguna pérdida de autonomía local y un acceso más grande de las políticas del núcleo olmeca a los productos del Soconusco y las regiones adyacentes.

Los olmecas en la zona circunvecina

Los datos que tenemos de la región de Mazatán nos permiten regresar a la primera pregunta interesante en este caso: la naturaleza de la influencia olmeca en Mesoamérica. Como ya indicamos, casi todos los debates giran alrededor de una variedad de modelos sobre colonización, catequización, conquista y comercio. Los informes de Mazatán nos indican que es preciso considerar todo esto y que no debemos pasar por alto las complejas interacciones que se dieron durante una época. Al parecer fueron los mokayas los que empezaron a tratar con los olmecas como socios en el comercio internacional. Parece ser que con el tiempo esta relación comercial, benéfica para ambos, terminó en unos lazos todavía más fuertes con los olmecas del Golfo. Los mokayas emulaban los estilos olmecas, cosa que hoy en día sucede en todas partes, por una serie de razones. Para los mokayas una razón para imitar a los olmecas pudo haber sido promover sus propios intereses locales. Como ya dijimos, los productos olmecas que con más frecuencia se copiaron en Mesoamérica fueron los que tenían motivos complicados, y que por lo tanto estaban ligados con los conceptos político-religiosos de los olmecas. Las demostraciones locales de acceso a estos símbolos extranjeros del poder olmeca quizá permitieron que los jefes locales débiles fortalecieran su autoridad. En resumen, los jefes de las regiones circunvecinas probablemente recibían beneficios políticos comerciando con los olmecas, y éstos se beneficiaban de los productos importados.

En la economía mundial actual, vemos con cierta frecuencia países que tratan de forjar lazos económicos más fuertes con los aliados más poderosos para beneficio de ambas partes. También se percibe una extrema antipatía hacia la economía mundial y los lazos económicos hacia otras naciones. La historia está repleta de ejemplos de relaciones internacionales que no van bien. Quizá otro ejemplo de esto lo vemos en las relaciones mokayas-olmecas de la fase Cuadros. Al parecer, los olmecas pasaron de ser socios comerciales a ser los amos. Todavía no contamos con datos específicos que nos permitan determinar cómo sucedió esto; pero es muy posible que haya habido coerción e intervención militar. Indudablemente, se pudo dar una penetración olmeca al Soconusco con la importante ayuda de algunos de los jefes locales (o sus rivales), que probablemente se beneficiaban con el cambio en la estructura política y social de la región de Mazatán. Es muy posible que parte del fortalecimiento de los vínculos políticos y sociales implicó concertacio-

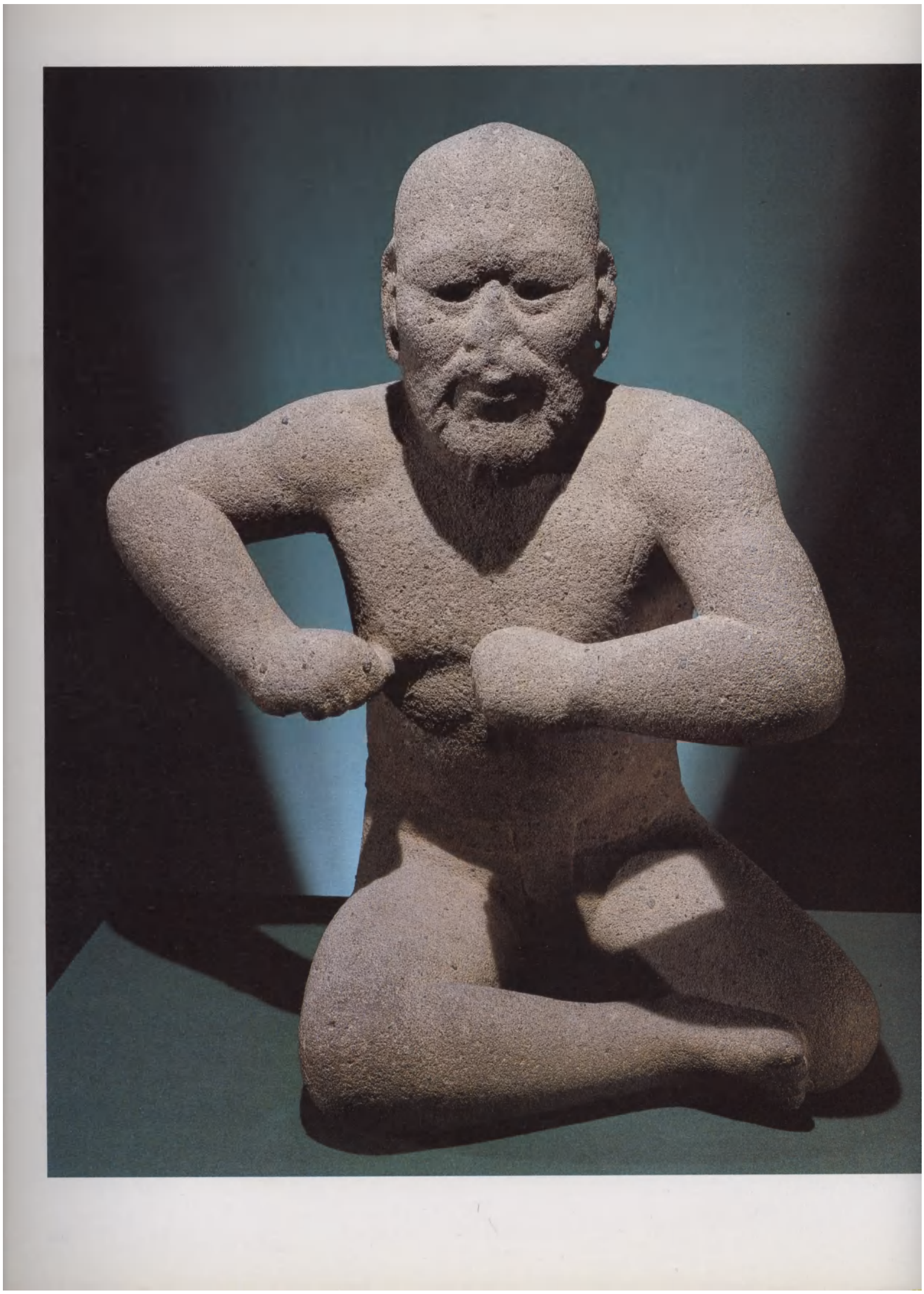
nes de matrimonios, benéficos para ambas partes, entre la nueva élite de Mazatán y los gobernantes olmecas de la zona metropolitana. La presencia de esculturas monumentales olmecas en el Soconusco puede conmemorar la presencia de la nobleza olmeca en esta zona, de la misma manera que los monumentos de las principales tierras olmecas posiblemente glorificaban a príncipes y reyes olmecas (véase el capítulo 16).

En conclusión: creo que la evidencia de que se dio un ciclo de influencia olmeca en la región de Mazatán nos comprueba que hubo un cambio de estrategia de la presencia de los primeros olmecas en esta región, a partir de acuerdos de libre comercio y de la emulación a la conquista, amén de alguna inmigración. Sin embargo, estos modelos sobre la influencia y el contacto de los olmecas no deben verse como algo mutuamente exclusivo. También es probable que se vieran afectadas otras regiones circunvecinas, aunque en forma diferente a como lo fue la región del Soconusco. Cabe destacar que esta región es la parte del exterior que más se parece a la zona nuclear olmeca en cuanto a su ecología. Los olmecas que se desplazaran a esta zona no experimentarían demasiados cambios en las condiciones de vida —cosa que no sucedería si se hubieran trasladado a las áridas tierras de la sierra de Oaxaca o a la cuenca de México. Por otra parte, el Soconusco sería el socio menos probable en los intercambios, precisamente por la semejanza del entorno y de los recursos naturales disponibles.

Esto nos lleva a un punto final que es preciso considerar. Al parecer, los olmecas prefirieron las regiones que estaban más densamente pobladas durante el periodo Formativo temprano a las que contaban con recursos naturales más abundantes y de utilidad. Quizá podríamos pensar que las poblaciones humanas en sí, eran un recurso valioso para los primeros olmecas. Muchos de los productos importados a la zona del Golfo, al parecer no tenían un cometido utilitario que no fuera hacer brazaletes y productos de adorno para la gente de privilegio. Es casi como si los olmecas usaran los productos locales de cada región poblada del exterior en lugar de andar en busca de recursos especiales.

Los cambios de la región de Mazatán indican que quizá llegó a ser tributaria de los olmecas durante la fase Cuadros (1100-950 a.C.) y la mayor parte de ese tributo pudiera haber sido mano de obra. Al parecer Mazatán sufrió una severa merma de su población durante la época en que estuvo en contacto con los olmecas. Parte de este descenso de la población probablemente fue resultado de que la gente abandonaba la región; de que algunos fueron muertos, y de que otros fueron capturados y enviados a la zona metropolitana olmeca. Sabemos que los trabajadores manuales tenían gran demanda en la zona nuclear olmeca; quizá muchos de ellos eran esclavos que provenían de otras regiones como el Soconusco o Oaxaca (véase el capítulo 8). Esto puede parecer una proposición radical para las relaciones entre los olmecas y sus vecinos, pero creo que la hipótesis merece investigación científica. Los olmecas pudieron haber sido la primera economía esclavista en Mesoamérica, anticipando así el mejor conocido modelo de los mayas, los aztecas y sus contemporáneos.

Figura 12.9. Tiestos tallados e incisos de la fase Cuadros de la región de Mazatán, Chiapas.



13. Arte monumental olmeca

Beatriz de la Fuente

He tenido resistencia para utilizar, en este artículo, el título que me fue sugerido: *Arte real olmeca.* Las razones son a todas luces conocidas, tales términos —sobre todo el de *real*— son producto de la conciencia occidental y es poco probable que hayan sido palabras significantes en tiempos prehispánicos. Convengo en utilizar "arte" y "olmeca", ya que, como explicaré, uno y otro son términos aceptados en su contexto, el primero de carácter universal, el segundo de aceptación estilístico-cultural. Son palabras que nosotros, hoy en vísperas del siglo xxi usamos de modo convencional para nombrar el fenómeno creativo de la que fue la primera civilización en Mesoamérica. De ella conocemos lo que comunican la arqueología y las obras de arte que permanecen. Pero no sabemos, de hecho, quiénes fueron sus creadores, cómo se nombraban a sí mismos y aun de su lengua sólo contamos con remotas hipótesis derivadas de científicas metodologías lingüísticas.

Explicaré en qué contexto de significado empleo los términos "arte" y "olmeca":

1. Por "arte" habré de acogerme a la sabia definición de Clive Bell (1964), que resulta de sorprendente actualidad. Dice Bell que todos al hablar de arte hacemos una distinción entre "la obra de arte" y otras obras. ¿Qué es lo que justifica esta distinción?, ¿cuál es la cualidad común a Santa Sofía, a los vitrales de Chartres, a la escultura del México antiguo, a las pinturas de Cézanne? Hay, según Clive Bell, una sola respuesta posible: se trata de la *forma significativa.* En cada una de tales formas —interpreto a Bell—, líneas y colores, volúmenes y espacios, movimiento y hieratismo, ritmo y expresividad, se combinan e integran de manera particular, y producen emociones y respuestas estéticas. Lo que interesa para definir "la obra de arte" es el potencial que tal obra conlleva de comunicación expresiva armónicamente adaptada a sus circunstancias culturales. La "obra de arte" produce, en última instancia, una respuesta siempre subjetiva, en ello se distancia de "otros" objetos fabricados por el hombre. Es, además, uno de los testigos contundentes, que establece la diferencia de la capacidad creadora del hombre.

Página de enfrente: Monumento 1 de Antonio Plaza, Veracruz, conocido como *El luchador.*

Queda por añadir a esta reflexión que el objeto de arte es un emisor constante —en la medida en que permanece— de emociones, sentimientos, ideas y conceptos de un pueblo en un lapso determinado. De ahí la mayor riqueza en su información contenida, de tal suerte, y en el caso que nos ocupa —a manera de ejemplo—, la monumental escultura conocida como *Ídolo de San Martín Pajapan* transmite más acerca de los hombres que lo crearon, que una perfecta vasija de caolín pulido (fig. de la página del título del capítulo 2). Ambas son producto de una actividad "elitista", de lo que ahora llamaríamos pueblo culto; su mensaje es de distinta intensidad; la primera se refiere, mayormente, a la ideología, la segunda a los alcances técnicos (fig. 11.9). La percepción de la información que la "obra de arte" transmite, cambia, y se valora de acuerdo con el receptor y su cultura.

2. Me queda por aclarar a qué me refiero por "olmeca". La explicación del nombre es variable con base en los distintos enfoques, y en las diferentes disciplinas que estudian dicho fenómeno humano en especial. En este libro se da cuenta de las diversas acepciones. Mi aproximación es desde la metodología y valoración que proporciona la Historia del Arte. Con éstas percibo como hecho creativo fundamental a uno, o varios, conjuntos artísticos que congregan en su estructura formal, de significado, de sistema sígnico y de cualidades expresivas, a obras que se fabricaron por individuos —ahora nombrados "artistas" y que se manifestaban en un lenguaje comprensible a su comunidad.

Así hay un arte olmeca, *con variantes regionales y locales,* y *es la diversidad en la unidad.* Con el propósito de salvar diferencias se nombró e incluso se definió al arte olmeca de la zona metropolitana, nuclear o clímax al conjunto escultórico fabricado en la costa sur del Golfo de México, en tanto se designaron, sin justificación concreta, olmecoides u olmeca coloniales, a las manifestaciones, siempre formas plásticas que permanecen, cercanas o alejadas de la antes mencionada zona nuclear. Y se ha mencionado también, en tiempos recientes, una suerte de proceso de "olmequización". Si se han nombrado genéricamente olmecas a las obras de todos los sitios que se incluyen en un ámbito espacio-temporal extenso, es debido a que muestran formas y signos que les confieren unidad.

Lo olmeca es un modo de vida, de creencias religiosas, de conducta social y política que *se expresa* mediante un código particular de comunicación simbólica y formal (véase el capítulo 14). Dicho de otro modo, lo olmeca se reconoce, de modo principal, a través de un código artístico que le es particular. Es lo esencial que permanece. Formas y expresiones de una comunidad ideológica que se expresa —en su apariencia— por medio de recursos regionales y locales, pero que se ancla en una estructura formal y simbólica radical.

Un conjunto artístico anuncia la presencia de una cultura desconocida

El concepto de lo olmeca surgió cuando, en piezas, esculturas monumentales y de pequeño formato se notó la presencia de rasgos semejantes, en algunos casos idénticos, y que no correspondían a las culturas del México antiguo entonces conocidas.

Toda historia de los olmecas, también su historia del arte, se inicia cuando José Melgar encontró, y años más tarde la dio a conocer (Melgar, 1869:292), la cabeza monumental de Hueyapan, hoy día conocida como

Figura 13.1. Monumento A de Tres Zapotes, Veracruz; esta cabeza colosal fue la primera descubierta en 1862.

monumento A de Tres Zapotes (figs. 2.1 y 13.1). Entre las observaciones que Melgar anotó de su notable hallazgo, destacan dos conceptos: uno que se trataba de la representación de un individuo de raza negra (idea que, para muchos, ha prevalecido desde entonces), y el otro, que era "una magnífica escultura" (idea aceptada sólo desde mediados del siglo XX). Se reconoce con ello la presencia de lo que de suyo era extraño al continente americano, la raza negra, ya que llegó en esclavitud en los inicios del periodo virreinal —y se le incorpora, a la vez, en un concepto romántico occidental. En las últimas décadas del siglo XIX el mundo europeo se vuelca hacia lo exótico, se fascina con lo diferente, descubre que hay otro u otros mundos con costumbres, creencias y expresiones artísticas distintas de las que le eran conocidas. Acepta que también son objetos de arte, otros muchos que hasta hace poco se calificaban de primitivos o bárbaros. Eso explica que se elogiara cabalmente una cabeza colosal. El cambio de actitud hacia el reconocimiento de culturas no occidentales se dio de manera firme e irreversible a fin de siglo.

Conviene señalar que esta "historia", como otras de Mesoamérica, ha sido recreada a partir de premisas y supuestos que se apoyan en los conceptos modernos de la Historia. Me detendré, de modo breve, sólo en los momentos en que tal historia reciente contribuye, de manera acentuada, a la configuración de un estilo artístico que habría, a la postre, de consolidar el concepto de una cultura. Primero se definió el estilo artístico, después se encontró, científicamente, a la civilización que lo había creado.

Fue, de modo preciso, en esos tiempos finiseculares cuando George Kunz se ocupó de un hacha, afamada con su nombre hoy en día, y la comparó con otros objetos que le parecieron similares. En 1900, Marshall H. Saville apuntó que el hacha y las demás piezas estudiadas por el mismo Kunz correspondían a un "estilo artístico" desconocido y diferente. Durante las tres primeras décadas del siglo XX, exploradores e interesados en los pueblos del México antiguo recorrieron tierras olmecas —los Seler, Weyerstall, Blom y La Farge—, pero no se percataron de que las obras que veían y encontraban eran ajenas al entonces conocido universo precolombino (véase el capítulo 2).

Los estudiosos de gabinete dieron la voz de alerta; H. Beyer habla, por primera vez, de un "ídolo olmeca" referido a la imagen en el tocado de la escultura de San Martín Pajapan, y a otra representación en una pequeña hacha de piedra verde. Sin embargo, fue Saville quien, en su doble artículo de 1929, estableció el término "olmeca" con base en el reconocimiento de rasgos constantes en varias piezas, a saber: "el cuerpo humano con cabeza de felino", "la cabeza hendida", "los ojos inclinados en forma de almendra", "los caninos proyectados" y "los labios superiores proyectados" (Saville, 1929) (fig. 2.2). De la misma manera que se establecía el concepto del nuevo estilo, se iniciaba su interpretación parcial: lo olmeca, estilísticamente, quedaría anclado por muchos años a la idea de que la representación principal era la de un ser en el cual dominaban rasgos de jaguar. Saville la inició, y ha sido respetuosa y tradicionalmente aceptada por los olmequistas, hasta que en años recientes esa lectura unilateral ha sido complementada, sustituida y modificada por otros enfoques que extienden notablemente el mundo iconográfico de los olmecas.

En el capítulo 2 de este volumen se aborda de modo más completo la historiografía olmeca; por mi parte, señalaré los puntos culminantes en el reconocimiento del estilo artístico que daría nuevas luces a las ya riquísimas

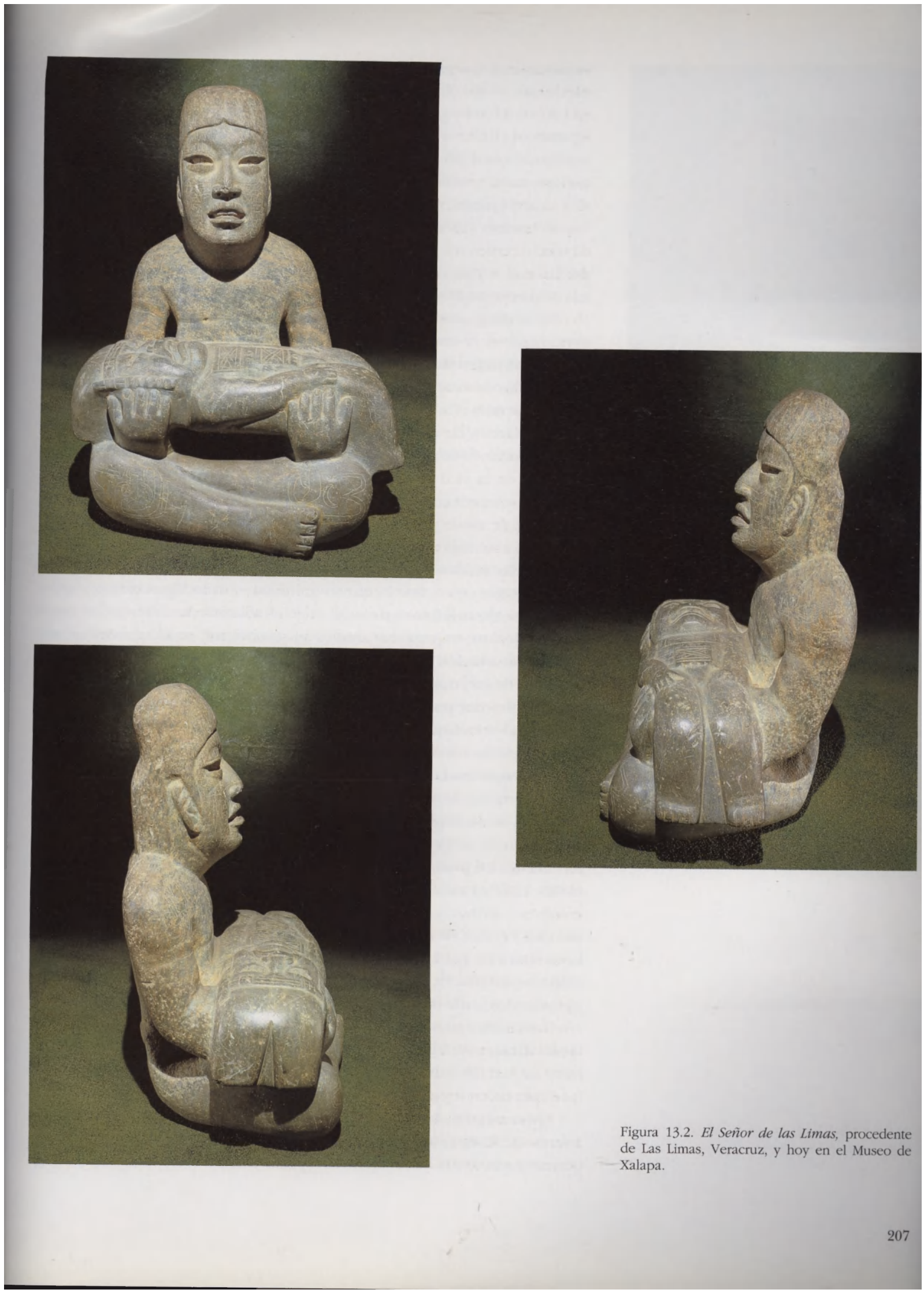


Figura 13.2. *El Señor de las Limas,* procedente de Las Limas, Veracruz, y hoy en el Museo de Xalapa.

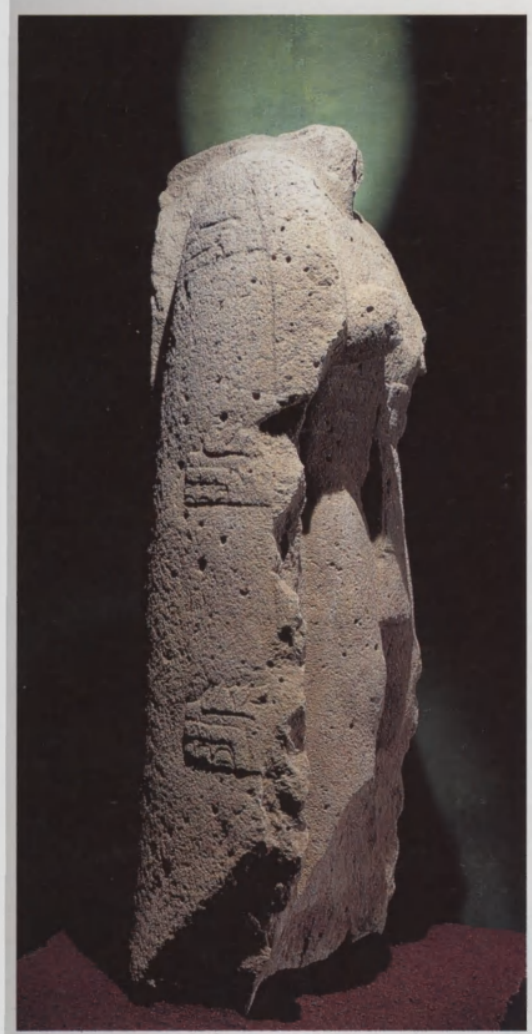


Figura 13.3. Monumento 19 de Laguna de los Cerros, Veracurz. Nótese el diseño de tres cabezas de dragón en su capa (a la izquierda).

expresiones del arte mesomericano. Vaillant apoya lo dicho por Saville, y añade que las esculturas exhiben "una boca rugiente de tigre". Así colabora en la formación de que la idea de lo olmeca se expresa, necesariamente, en figuraciones de seres humano-felinos.

Cuando en 1938 M. W. Stirling (fig. 2.3) llega a tierras olmecas, su imaginación estaba nutrida por los escritos y exploradores que lo precedieron. Ha sido el arqueólogo olmequista que descubrió durante sus ocho años de trabajo de campo (1938-1946) el mayor número de esculturas colosales (cerca de medio centenar), y el primero que hizo un comentario con el cual coincido: "la mayor parte del arte olmeca representativo consiste en seres humanos o antropomorfos" (Stirling, 1965:721).

Sin embargo, hemos de convenir que fue Miguel Covarrubias el artista, el conocedor, el coleccionista, el admirador del arte olmeca, quien haría perdurar el concepto del estilo artístico, al reafirmar la presencia de sus temas (el tigre, los seres humanos), sus formas (naturalistas y redondeadas) y sus rasgos expresivos (la boca rugiente, los seres asexuados y regordetes de apariencia infantil). De modo tal que lo olmeca había echado raíces a pesar de la Mesa Redonda de 1942, efectuada en Tuxtla Gutiérrez, con el tema *Mayas y olmecas,* en la cual se propuso, entre otros, el nombre de "cultura de La Venta", que nunca cobró plena aceptación. La razón era evidente, lo olmeca se refería, de modo primordial, a un estilo artístico para entonces definido en cuanto a sus más destacados rasgos de apariencia figurativa.

Para dar solidez a esta apreciación unilateral del estilo artístico se repitió, incansablemente, que lo que lo unificaba eran las figuraciones olmecas de entes humano-felinos y de seres engendrados por la unión sexual de un jaguar y de una mujer. Estos asuntos se convirtieron en el *leit motif* del arte olmeca. La situación prevaleció, en cierta medida, hasta la segunda mitad de la década de los años sesenta cuando Michael D. Coe se interesó formalmente en los olmecas; publicó enjundiosos estudios (1965, 1966, 1967) y se fue a explorar el sitio arqueológico de San Lorenzo(1966a, 1967a, 1968, 1971). Coe respetó las características del estilo artístico de su maestro Stirling y de su predecesor Saville; también rindió homenaje a Covarrubias y estableció categorías que coadyuvaban a definir tal estilo.

Cerca de 30 años han transcurrido desde que Coe fijó primeramente su atención en el arte y en la cultura olmecas. Sus estudios lo llevaron a reconocer una deidad primordial de la lluvia —bajo el aspecto de hombre-jaguar— (1965, 1968), y más adelante a proponer la identidad de otros dioses cuyos nombres y atributos se toman de la religión mexica: Xipe, Xiuhcóatl, Quetzalcóatl y el dios de la muerte, y se miran grabados en hombros y rodillas de la escultura de Las Limas (fig. 13.2). De trascendencia para estudios iconográficos posteriores, siguiendo modelos mayas, ha sido la vinculación del jaguar con el linaje de los "reyes olmecas" (Coe, 1972, 1973).

David Joralemon culmina en sus obras *Olmec Iconography* (1971) y "The Olmec Dragon: A Study of Olmec Iconography" (1976), la labor antecedida por Coe y en un intento de explicación iconográfica extiende el número de los dioses de un supuesto panteón olmeca.

Los estudios de los últimos años se han orientado, de modo principal, en asuntos de iconografía, es decir, en procurar reconocer la identidad de lo representado. Así se ha recurrido a explicar los atributos o emblemas que se

miran asociados con las imágenes como indicadores del estilo artístico a que corresponden (Cervantes, 1968; Grove, 1973, 1981, 1984, 1987).

Otras investigaciones se han abocado a buscar el significado de los símbolos que se advierten incorporados a éstas (Furst, 1968, 1981; Joralemon, 1971, 1976; Reilly, 1990). Unas más han hurgado en la duplicidad de imágenes (González Lauck, 1 991) y en las posibilidades de diversas funciones sígnicas (González Lauck, 1992, 1992a; Porter, 1989 y 1989a; Cyphers, 1992, 1993 y 1993a). De sus propios acercamientos y metodología dan cuenta, en este volumen, la mayoría de los autores citados.

Pocos han investigado acerca de las cualidades artísticas que le son inherentes (Graham, 1979; De la Fuente, 1974, 1975, 1977); me refiero al estudio de las formas que dan presencia a los asuntos que expresan. El significado de los objetos de arte es, sin duda, de primordial importancia, es *lo que o a quién* se representa. Sin embargo, el objeto en sí está constituido por formas, volúmenes y espacios si se trata de esculturas; líneas y colores si son pinturas; es *cómo* se representa. La obra creada, en este caso las esculturas monumentales y las de pequeño formato, revelan un estilo artístico. Es en ellas, en esas obras que permanecen, en donde se ha venido reconociendo el estilo olmeca.

El estilo, las formas y las cualidades expresivas de la escultura monumental

"Por estilo se entiende la forma constante —y a veces los elementos, cualidades y expresión constantes— del arte de un individuo o de un grupo", dice Meyer Schapiro en su clásica definición. Añade que es objeto de estudio del historiador de arte en "sus correspondencias internas y los problemas de su formación y cambio [...]", y prosigue: "por encima de todo, sin embargo, el estilo es un sistema de formas con cualidad y expresión significativas, a través del cual se hace visible la personalidad del artista y la forma de pensar y sentir de un grupo" (Schapiro, 1962:7 y 8). Al carecer de fuentes documentales las obras de arte son, en sí mismas, las fuentes primordiales para el conocimiento de las costumbres y creencias de sus creadores. La comprensión de su código formal posibilitará un mejor entendimiento de su significado.

Con base en el estudio de más de 250 esculturas monumentales que proceden de la llamada zona nuclear (sur de Veracruz y oriente de Tabasco) y de numerosas tallas de tamaño reducido, encuentro que, en sus formas destacan los siguientes caracteres fundamentales: que dan cuenta de definida voluntad artística.

El volumen hacia el cual se muestra marcada preferencia; la plena realización de la imagen tridimensional, la forma rotunda que se asienta inmóvil contenida en el espacio (fig. 13.3). El volumen, las más de las veces compacto, crea un ritmo interno característico de la forma cerrada (fig. de la pág. del título del capítulo 15). En ocasiones, se configura una relación volumen/espacio diferente debido a los huecos que a aquél traspasan. Sin dejar de ser —los huecos— parte del ritmo interno, se alcanza diferente y tensa relación plástica (fig. 6.4).

La *pesadez* de la masa que se advierte sólidamente arraigada; las plenas esculturas olmecas revelan la honda voluntad por evitar ligereza y se anclan al suelo que las sustenta. Esta voluntad formal persiste a pesar de que, a las

Figura 13.4. Monumento 1 de Cuauhtotolapa Veracruz, que muestra rasgos de la escultu olmeca.

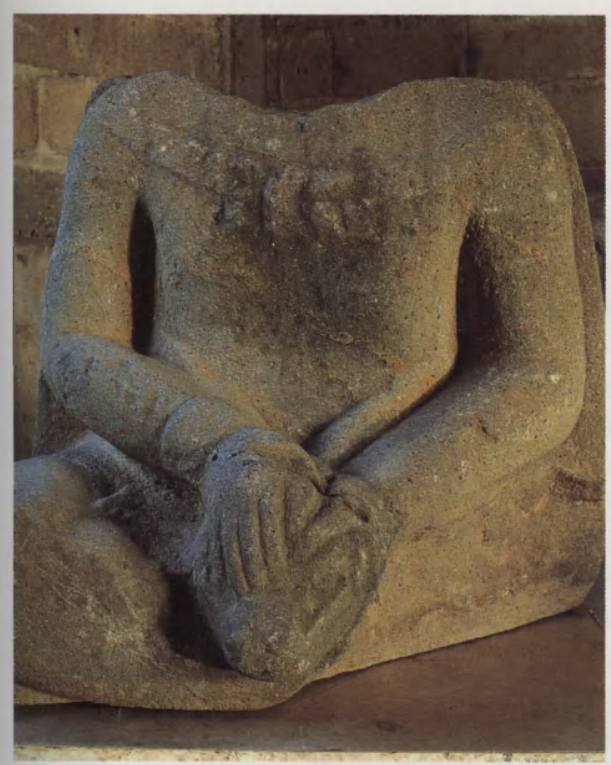


Figura 13.5. Monumento 47 de San Lorenzo Tenochtitlan, Veracruz, que representa a un hombre con una serpiente emplumada.

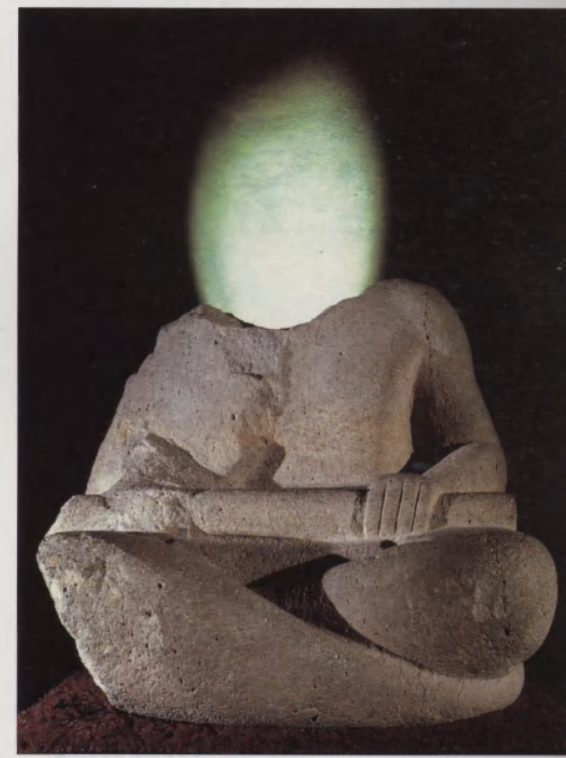


Figura 13.6. Monumento 11 de San Lorenzo Tenochtitlan, Veracruz.

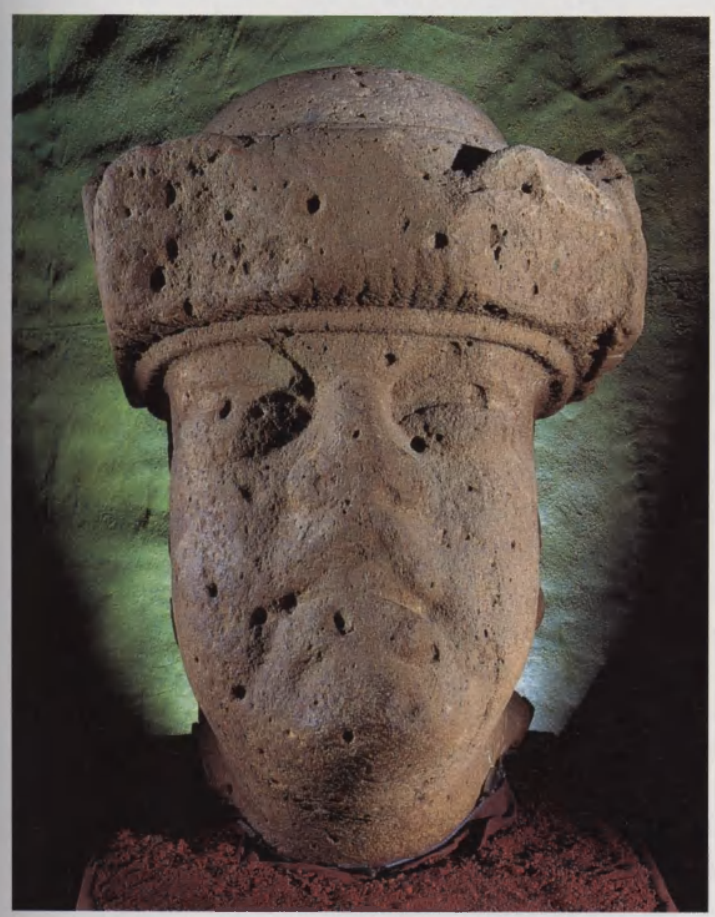
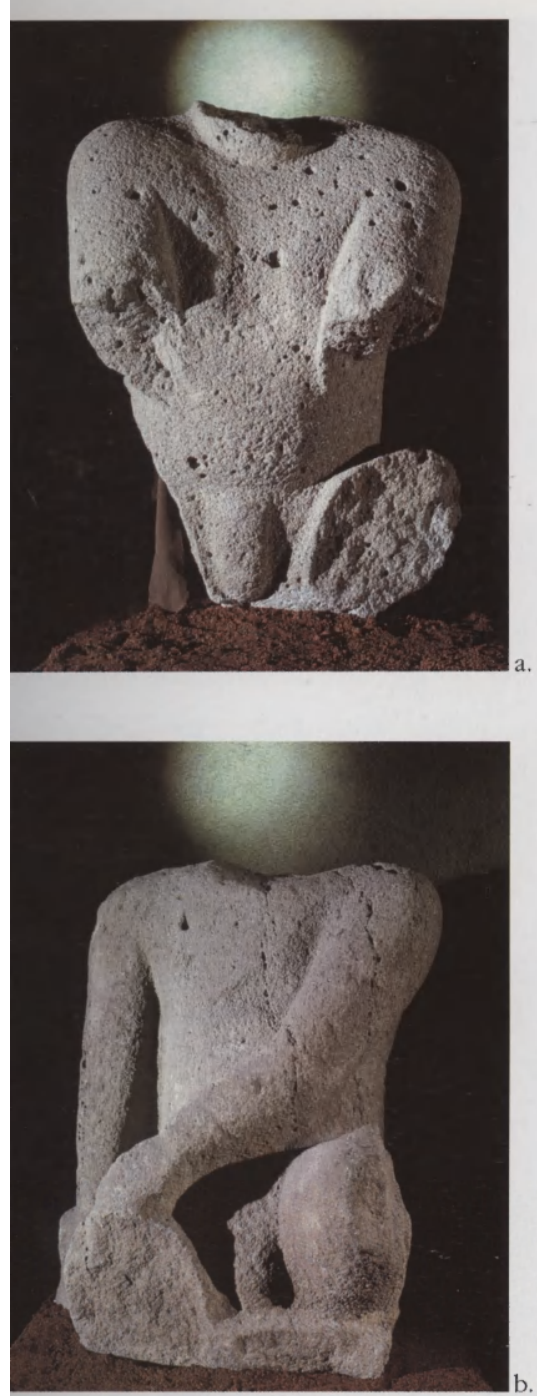


Figura 13.7. Monumento 6 de San Lorenzo Tenochtitlan, Veracruz.



igura 13.8. Esculturas de hombres sedentes de aguna de los Cerros, Veracruz, hoy en el Museo de Xalapa. a. Monumento 3. b. Monuento 11.

esculturas colosales, se las haya revestido de distinta imagen como parece haber ocurrido, entre otros, con los altares transformados en cabezas colosales (véase el capítulo 4). Y se aprecia también en las piedras relevadas en talla directa como son las llamadas estelas 2 y 3 de La Venta (figs. 6.2, 6.3 y 6.12), y los relieves de Chalcatzingo en los cuales la talla se integra inseparadamente con la materia (véase el capítulo 10): es la mejor expresión de su carácter *pétreo*.

La estructura de formas *geométricas* que contribuye, de manera esencial, a la fuerza expresiva de las esculturas olmecas. Formas geométricas básicas —cuadrados, prismas rectangulares— se advierten sobremanera en los llamados "altares", en especial el altar 4 de La Venta (figs. 6.25 y 14.23), ya que no muestra señales de "reciclaje" (tallado de imagen distinta a la inicial). Sin embargo, es norma plástica común que las esculturas se constituyan de una estructura piramidal de base cuadrada (*El príncipe*, de Cruz del Milagro [fig. 16.6], el monumento 8 de La Venta) o por la combinación armónica de dos cuerpos geométricos; así, la forma total de la pieza queda inscrita dentro de una pirámide de planta rectangular y vértice superior trunco que sirve de apoyo a la forma cúbica de la cabeza, como se ve en el monumento 1 de Cuauhtotolapan (fig. 13.4) y en el monumento 77 de La Venta (fig. 15.1). Cabe señalar que, en no pocas ocasiones, tales estructuras se encubren por superficies redondeadas que eliminan el áspero rigor del geometrismo y le confieren, a la vez, contundente aspecto sensual, como se aprecia en los monumentos 11 (fig. 13.6) y 47 (fig. 13.5) de San Lorenzo.

El *sintetismo* de las formas acusa sabio rigor anatómico, de manera especial cuando de formas humanas se trata: el cuerpo y las extremidades se muestran reducidos a recursos mínimos. Ello refuerza la poderosa energía plástica de las formas simples y otorga expresión única en la figura anatómica contenida (figs. 13.3 y 13.5).

La justa *proporción armónica* es la regla formal que ancla el estilo de las esculturas colosales olmecas. Me refiero al patrón que se advierte en la perfección de esas esculturas hechas en un lapso y en un rumbo determinados; costa del Golfo: cabezas colosales (véase el capítulo 4), monumento 77 de La Venta (fig. 16.1), monumentos 10 (fig. 14.5) y 52 (figs. 4.6 y 15.11) de San Lorenzo, *El príncipe* de Cruz del Milagro (fig. 16.6), monumento 1 de Las Limas (fig. 13.2), monumento 8 de Laguna de los Cerros y monumento 1 de Cuauhtotolapan Viejo (fig. 13.4), entre otros. En otros estudios he planteado que la unidad formal ocurre en los tiempos de mayor integración de la cultura olmeca; por ello se muestra en la definición del estilo. Y la dicha unidad formal proviene de la armonía de sus proporciones; es evidente la relación de orden entre las partes y la presencia de un patrón matemático. Tal proporción armónica se expresa por la relación de tamaños entre dos líneas de medidas diferentes, entre dos figuras geométricas de medidas también diferentes, y entre dos cuerpos poliédricos de diversas dimensiones. Las alteraciones en la proporción remiten a la falta de su conocimiento, y pueden indicar que se está en proceso de adquirirlo o, de otro lado, que se ha perdido por carecer de significado.

Tengo para mí que la proporción armónica en las esculturas colosales olmecas revela la perfecta integración de un estilo artístico. Así se reconoce el punto cimero de la cultura. Por ello no se advierte en los "altares" —acaso

son tempranos— ni tampoco se aprecia en las obras relevadas, que pudieran ser tardías —las estelas y los monumentos 21 y 58 de San Lorenzo, y monumento 13 de La Venta, entre otros.

No hay, a la fecha, datos arqueológicos que nos permitan ubicar en el tiempo, con precisión, las esculturas colosales olmecas. Los estudios estilísticos pueden contribuir al diagnóstico de los estilos regionales y locales, y proponer, cuando haya mayor información, un principio y una secuencia.

El primer gran arte de Mesoamérica se manifiesta primariamente en las imágenes esculpidas olmecas, las grandes esculturas en basalto y las pequeñas figuras de jade. En ambas expresiones creativas se revelan ciertos rasgos formales, a saber: la voluntad por establecer el volumen, el arraigo y pesadez del mismo, su apariencia monumental —que prescinde del tamaño y se ancla en las proporciones—, el ritmo interno de la forma cerrada, la estructura geométrica envuelta en formas redondeadas y su perfecta proporción armónica.

He dicho en otras ocasiones que la verdadera escultura se muestra en los inicios de la civilización de Mesoamérica con el arte olmeca, y al término de su opulencia se manifiesta en el arte mexica. Sólo ellos, olmecas y mexicas, tuvieron la sabiduría de expresarse, cabalmente, en esa dimensión tridimensional. Como en toda regla, caben las excepciones; en tiempos clásicos y posclásicos tempranos hay ejemplos notables de esculturas de bulto (los llamados "altares" de Copán, el *Huehuetéotl* y las *Cihuateteo* del centro de Veracruz, y el marcador de juego de pelota de Xochicalco, entre otros).

Los capítulos 14 y 15 de este volumen se ocupan de los pormenores que se revelan en los signos iconográficos del arte olmeca. Por mi parte, y como señalé anteriormente, daré cuenta de los temas generales, porque la obra de arte los revela a través de sus formas. Forma y significado son, en la realidad, cualidades inseparables de la obra en su totalidad. Para su mejor comprensión, y sólo para ello, se han estudiado por separado: los rasgos formales y los que se refieren a su contenido o significado. En este último aspecto se concentran, mayoritariamente, los estudios de las dos últimas décadas. El objeto de arte revela su unicidad en la cabal integración de su forma y de su contenido. El énfasis puesto en el significado parte del supuesto unívoco y parcial de que en ello se ancla el "estilo olmeca".

Figura 13.9. Un bajorrelieve del monumento 14 de San Lorenzo Tenochtitlan, Veracruz.

Acerca de la iconología

Habré de referirme ahora a los asuntos primordiales que comunican las formas antes descritas. Aludo, con ello, no a un mero reconocimiento temático, sino a otro, más profundo, que se arraiga en la comprensión de la más honda concepción del hombre y del mundo. Desde este punto de vista, estrictamente iconológico, se congregan tres conjuntos que incluyen los tres grupos temáticos que puedo comprender y en los cuales rara vez deja de aparecer el hombre, éstos son: las imágenes míticas, las efigies de seres sobrenaturales y las figuras humanas propiamente dichas.

Cabe aclarar que por iconología se entiende, de acuerdo con Panofsky (1955:40/41), el significado intrínseco de los "valores simbólicos", la historia cultural de síntomas que son esenciales a las tendencias de la mente humana en lo general, pero he ahí lo importante, ésos se expresan a través de temas y conceptos que son, a la vez, específicos y particulares. Dicho de otro modo,

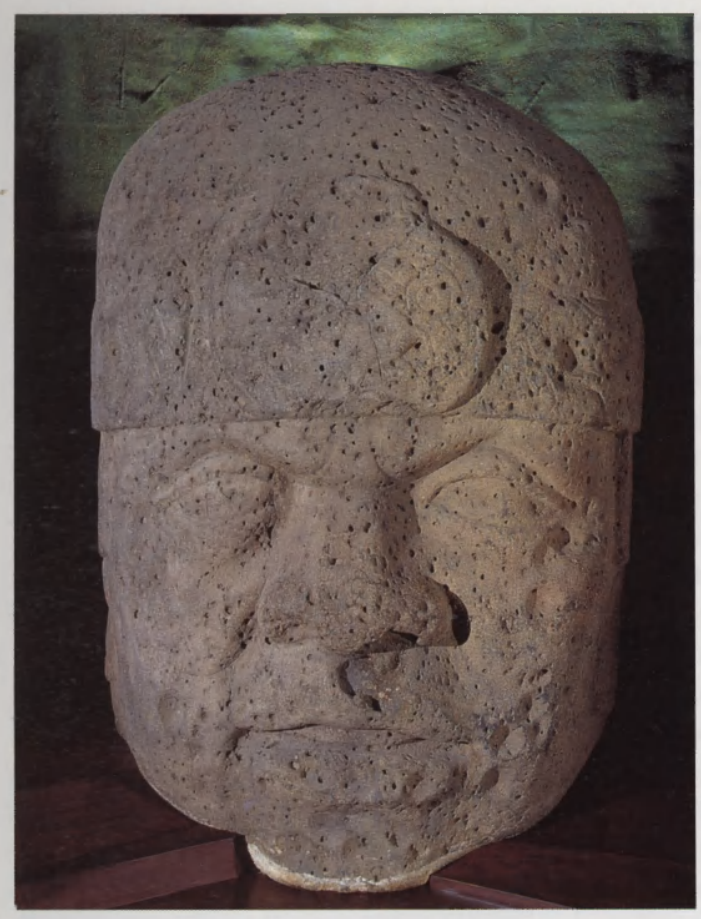


Figura 13.10. Monumento 2 y cabeza 2 de San Lorenzo Tenochtitlan, Veracruz.

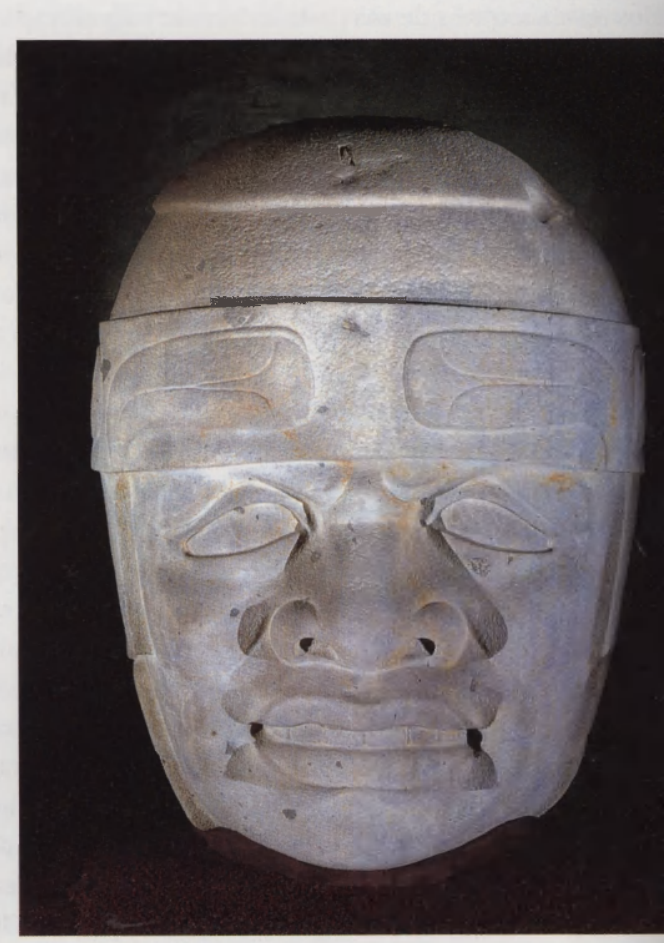


Figura 13.11. Monumento 61 y cabeza 8 de San Lorenzo Tenochtitlan, Veracruz.

los olmecas expresan en los asuntos que figuran en sus obras la misma temática que ocupa e inquieta a otros pueblos. Lo que interesa es, además de señalar tales inquietudes existenciales, subrayar las diferencias que hacen del "estilo artístico olmeca" un modo de expresión original y diferente. Cabe añadir que la escultura olmeca es *conceptual,* su voluntad es la de manifestar ideas primordiales, no se inclina por las relaciones escénicas o narrativas.

Mi interés se centra en las orientaciones básicas de la cultura y en los mitos e ideas que le dieron sentido. La escultura monumental ofrece un testimonio ineludible: aproximadamente tres cuartas partes de las que hoy se conocen representan figuras humanas en forma de cabezas (fig. 13.7), de torsos (fig. 13.8), de cuerpos sedentes, pero todas sin rasgos de otro carácter que el específicamente humano. De lo anterior resulta que predominan las representaciones de figuras humanas y no como se ha repetido invariablemente en relación al hombre-jaguar y monstruo-jaguar *(were-jaguar)* en su aspecto de niño y de adulto.

No descarto, ciertamente, la presencia de figuras de carácter híbrido en las cuales se advierten, además de la representación del felino —en su totalidad o de manera simbólica— otros animales. Pero, con base en la evidencia, la escultura olmeca monumental es, primordialmente, *homocéntrica.* Añado que bajo esta presencia humana se representa a los gobernantes en las diversas actividades inherentes a su rango: sacerdotes, jugadores de pelota, guerreros supremos, iniciadores de linajes, grandes edificadores y entes sagrados.

Las imágenes míticas

El universo, inexplicable a la luz de la razón, fue comprendido por los pueblos precientíficos por medio de conocimientos empíricos volcados en mitos que asignaban principios, medios y destinos de los hechos de ese universo. También aseguraban al hombre su posesión material y espiritual, de ahí su conciencia colectiva. Una de las primeras inquietudes, entre otras, de los hombres prehispánicos —al igual que los de otras latitudes— fueron sus orígenes y su destino (el enigma por siglos presente acerca de dónde venimos y hacia adónde vamos). Con formas sintéticas, pero fabricadas en dimensiones colosales, los lapidarios olmecas dieron presencia plástica *distinta y original* a tales inquietudes, que no son otras que las referidas a los mitos que tratan del origen, de la creación del hombre y de su predestinación sobrenatural, de tal suerte que tres esculturas monumentales sumamente degradadas: el monumento 1 de Tenochtitlan, el 3 de Potrero Nuevo y el 20 de Laguna de los Cerros, que se había supuesto sólo figuraban la unión sexual entre un jaguar y una mujer que dio origen a la raza olmeca —por ello, sus facciones de apariencia felina—, aluden a un hecho más fundamental. Es la posesión de la tierra, la unión divina de la pareja cósmica, la alianza primordial. No se representa una mera unión sexual, se simboliza un evento mítico de profunda significación: el origen de la raza humana, de la raza que hoy llamamos *olmeca.* Es el fruto de esa unión sobrenatural, es el origen sacro del hombre. Posiblemente alude, también, al origen divino de los gobernantes.

Hay otras esculturas monumentales de tiempos tempranos —rigurosamente ajustadas a patrones geométricos—; se constituyen por la representación, en su vista frontal, de figuras humanas que simulan emerger de una

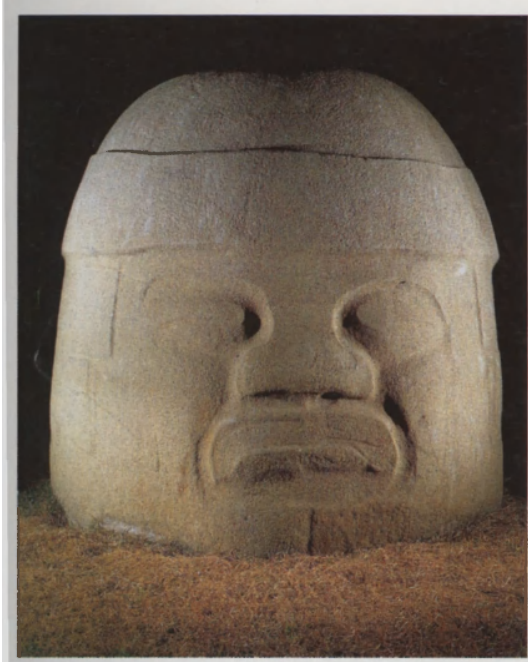


Figura 13.12. La cabeza colosal de La Cobata, Veracruz, un cerro cercano al sitio de Tres Zapotes.

horadación que representa a una cueva. Se les dio antiguamente el nombre de "altares"; hoy día se las ha considerado, al parecer de manera más congruente, como "tronos" o asiento de los gobernantes. Destaca ópticamente la voluminosa figura de un individuo que parece emerger de la dicha cueva que muestra en lo alto y a los lados diseños relevados (figs. 4.27, 6.24, 6.25 y 6.27). Tal parece que se quiere señalar la cualidad física natural del hombre por medio de formas sensualmente talladas, y así distinguirla de otras que destacan por su carácter lineal y por ello más abstractas, que se refieren a seres sobrenaturales.

El personaje humano sale de la cueva, la tierra, y de modo que no deja lugar a dudas establece ¿los linajes olmecas?, y con ello su ascendencia y hegemonía divina. De tal manera, las imágenes visuales característicamente de "estilo olmeca" reproducen el mito de origen de su pueblo, la cueva de la tierra, la gran matriz ancestral es paridora del hombre. De ello dan cuenta los altares de San Lorenzo (fig. 13.9), de La Venta, de Laguna de los Cerros y el monumento llamado *El rey* de Chalcatzingo (véase el capítulo 15).

He de añadir una modalidad significativa y peculiar a algunos altares y a otras esculturas, grandes y pequeñas: las figuras humanas sostienen en sus brazos a una figura humana de menor tamaño. Pudiera representar a un niño, el *baby-jaguar,* como se ha dicho; lo que llama poderosamente la atención es la cabeza hendida en su parte media y desproporcionadamente grande, así como sus rasgos faciales estilizados en facciones animales y fantásticas (fig. 13.2). Algunos niños parecen estar en movimiento, como si estuvieran vivos: las caras laterales del altar 5 de La Venta (fig. 6.28) y la figurilla de jade del Museo de Brooklyn. Otros, en cambio, se perciben flácidos, como si estuviesen muertos, de tal manera está en la cara frontal del antes dicho altar 5 de La Venta (fig. 6.27) y en la extraordinaria escultura de Las Limas, hoy en el Museo de Jalapa, Veracruz (fig. 13.2). Cabe suponer que la representación de tales "niños", animados o inertes, diera forma a un mito de fertilidad, asociado con el mito de creación del hombre olmeca. En el caso de los primeros pudiera ser que estuvieran destinados al sacrificio; en cuanto a los segundos, los inanimados, parece que se trata de una ofrenda, y se ofrece lo que es precioso: el niño sacrificado que, por así serlo, se convierte en sagrado. De alguna manera, estas imágenes tienen que ver con la sacralización de los gobernantes y con su origen divino. El mito de origen, el hombre que emerge de la cueva —la montaña, la tierra, el inframundo— al combinarse con el concepto de sacrificio —la pequeña figura sobrenatural yacente— es también un mito de fertilidad y de renovación de la vida; ambos son parte de un mito global que se refiere al inacabable ciclo cósmico y vital.

Actores de las escenas míticas arriba mencionadas son las figuras, siempre únicas, que incorporan a su aspecto, de cuerpo humano, rasgos de animales combinados con otros de carácter fantástico. La gran mayoría son las que pudieran corresponder al tradicionalmente llamado grupo de los *were-jaguar* y que, posiblemente, personifiquen a deidades del agua (lluvia, tormenta), fertilidad (siembra, germinación), muerte (transfiguración) y de otras más que son comunes a pueblos con una religión afincada en creencias que giran en torno a los fenómenos de la naturaleza.

Estas figuras oscilan en su apariencia entre imágenes de adultos (se les reconoce principalmente por sus colmillos: monumentos 10 de San Lorenzo; 6, 9 y 64 de La Venta, así como numerosas hachas de jade o piedra

verde), y de aspecto infantil (se les ve su encía desdentada: monumentos 52 de San Lorenzo [fig. 15.11] y 75 de La Venta, e igualmente hachas y figuras de pequeño formato sin colmillos). Parece legítimo recordar que la presencia sobrenatural se indica cuando una figura humana sufre transformaciones o sustituciones en su cabeza y en sus rasgos faciales (ojos en forma de escuadra, enormes labios vueltos hacia arriba), y en sus extremidades (garras en lugar de manos o pies). Por regla general, a los seres humanos se les representa como tales, en tanto que a los que tienen significado sobrenatural, a los dioses, a los personificados, se les figura con apariencia irreconocible en la naturaleza, ya que se violan las leyes ordinarias de la realidad visual.

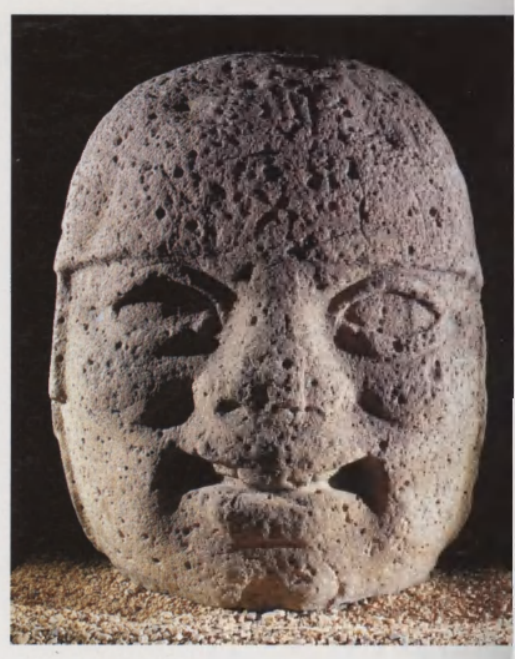


Figura 13.13. Monumento 2 y cabeza 2 de La Venta, Tabasco.

Las figuras humanas

Queda ahora por mencionar al conjunto de mayor importancia en el arte olmeca figurativo: las esculturas de carácter exclusivamente humano. Entre las tallas monumentales son, sin duda, las más numerosas conocidas a la fecha. Abundan, también, en las figurillas de piedra verde y son, ambas, las imágenes más representativas del arte escultórico olmeca.

Se trata del concepto del hombre, de la idea del hombre que, anclado en el mito, es el puente entre el mundo sobrenatural y la naturaleza del mundo terreno. Es, ciertamente, la forma humana en la que tiene asiento el poder divino; por ello, no es del todo una figura histórica.

Hay por lo menos tres variantes entre el conjunto de figuras humanas. El primero se constituye por hombres que muestran sobre su cabeza, en el tocado, o colocadas por encima de ella, una o varias figuras de aspecto sobrenatural *(were-jaguar);* así se advierte en los monumentos 44 de La Venta (fig. 6.23), en el de San Martín Pajapan (fig. de la página del título del cap. 2) y en las estelas 2 y 3 de La Venta (figs. 6.2 y 6.12). Es la misma idea que se ve en tiempos y en rumbos posteriores de Mesoamérica, en que los humanos desempeñan sus quehaceres rituales y sagrados bajo la mirada de los observadores celestiales; recuérdense las cámaras pintadas de Bonampak. Esto no impide que las figuras humanas representen a un ente religioso, político o social particular. Dicho de otro modo, las efigies humanas en el arte olmeca pueden ser gobernantes, sacerdotes, jugadores de pelota, conquistadores, héroes, etc., sin dejar por eso de estar siempre bajo la égida de los dioses tutelares.

Hay otro conjunto de esculturas colosales y de pequeñas dimensiones que representan al hombre dentro de los cánones y las convenciones propios de la voluntad formal olmeca. Carecen de individualismo y de características expresivas; su rango específico se indica por los atributos que porta. Entre ellas se cuentan esculturas colosales como la de Cruz del Milagro (fig. 16.6) y la de Cuahtotolapan (fig. 13.4), y tallas de pequeño formato como las figurillas de piedra verde del Museo de Cleveland y del de Historia Natural de Chicago.

El conjunto más impresionante y único en la historia del arte universal es el de las 17 cabezas colosales completas: 10 proceden de San Lorenzo (figs. 13.10 y 13.11), cuatro de La Venta y tres de Tres Zapotes y sus inmediaciones. Se trata, sin duda, de retratos no sólo en los rasgos físicos que acusan distinta individualidad, sino en la carga expresiva que denota, dentro de la madurez temprana, diferentes estados de ánimo. Todas, excepto una, la de Cobata (fig. 13.12), representan a seres vivos de vigorosa personalidad; unas tienen el

ceño fruncido (la 1 y la 5 de San Lorenzo, figs. 4.16 y 4.20); otras muestran expresión adusta (la 4 y la 6 de San Lorenzo, figs. 4.18 y 4.19); algunas se ven casi sonrientes (la 3 y la 9 de San Lorenzo, fig. 4.21; y la 2 y la 4 de La Venta, figs. 13.13 y 13.14), y hay también las que exhiben con orgullo su notable dignidad (la 1 de La Venta, fig. 6.21; y la 2 de Tres Zapotes, o Cerro Nestepe, fig. 13.15). La cabeza recién descubierta, en mayo de este año (la 10 de acuerdo con el orden que le han asignado la doctora Ann Cyphers Guillén y su equipo de trabajo), se distingue por los pómulos realzados que le confieren expresión amable y la vinculan en ese rasgo con la 3 y la 5 del mismo lugar (figs. 4.14 y 4.15). Si se observan con cuidado, todas son distintas, y cada una conserva en su diversidad el sello del estilo rigurosamente olmeca.

En otras ocasiones he dicho (De la Fuente, 1975, 1977, 1984) que las cabezas colosales son retratos; ello implica, necesariamente, un cierto grado de identidad del modelo. De tal semejanza son prueba fehaciente la variedad de sus rostros. Sin embargo, de acuerdo con lo dicho líneas arriba, creo que las cabezas fueron para los olmecas de la costa del Golfo, además de los retratos de sus gobernantes, la evidencia irreversible de ese "deseo faraónico de eternidad, de sobrevivencia física más allá de los accidentes del tiempo" (Kubler, 1962:69); la manera única y distintiva de este pueblo para manifestar su credo absoluto en el orden cósmico. La perfección armónica que en las cabezas se revela indica el perfecto conocimiento de un orden que lo mismo habría de aplicarse a los fenómenos naturales, cósmicos y terrenales, que a los hechos creados por el hombre.

"Las *cabezas colosales* olmecas son retratos de sabios; todos esos rostros monumentales se miran, en su estrabismo, profundamente concentrados" (De la Fuente, 1975:61); es un modo de exhibir la disciplina física y espiritual como medio para obtener la comprensión del orden en el universo.

Convengo con los estudios recientes (Porter, 1989) que en algunas cabezas colosales se advierte el proceso para cambiar la apariencia de altares o tronos que tenían anteriormente (véase el capítulo 4). Tal fenómeno artístico-cultural indica la ocurrencia de cambios internos. De una parte, parece legítimo suponer que los altares o tronos dejaron de tener significado para el grupo en el poder, de ahí la necesidad de encontrar otro símbolo que cumpliera plenamente con la imagen de poder requerida: las cabezas colosales —retratos de los gobernantes— resultaban inobjetables. En ellas se congregan el símbolo del poder terrenal y el del poder divino; en ellas se funden, dicotomía inevitable, lo universal y lo particular, lo divino y lo mundano, el espíritu y la materia. El cambio revela también un distinto concepto del transcurrir del tiempo —en términos de trabajo humano— y una renovada aspiración a la eternidad —por la talla en un material destinado a permanecer.

Hay otros datos que indican la individualidad de las cabezas: los tocados y las orejeras son, en todas, diferentes; el tocado más lujoso es el de la cabeza 10 de San Lorenzo (figs. 4.14 y 4.15), y sus rasgos simbólicos —la garra de tres dedos y las pequeñas placas horadadas que conforman el casquete— se reconocen también en las cabezas 5 y 6 del mismo sitio. Por otra parte, las cabezas tienen una serie de elementos comunes: en todas se observa el mismo grupo étnico; llevan tocados formados de banda y de casquete —las variaciones están en el diseño simbólico que los ornamenta—, y todas están provistas de grandes orejeras —los elementos que las componen son también distintos.

Figura 13.14. Monumento 4 y cabeza 4 de La Venta, Tabasco. Nótese el diseño en el tocado.

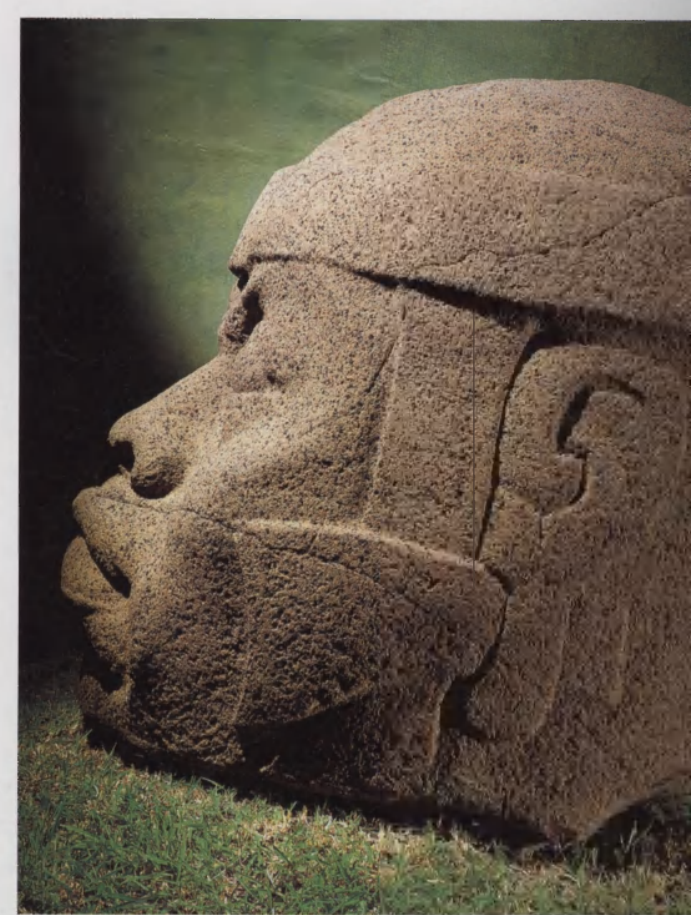
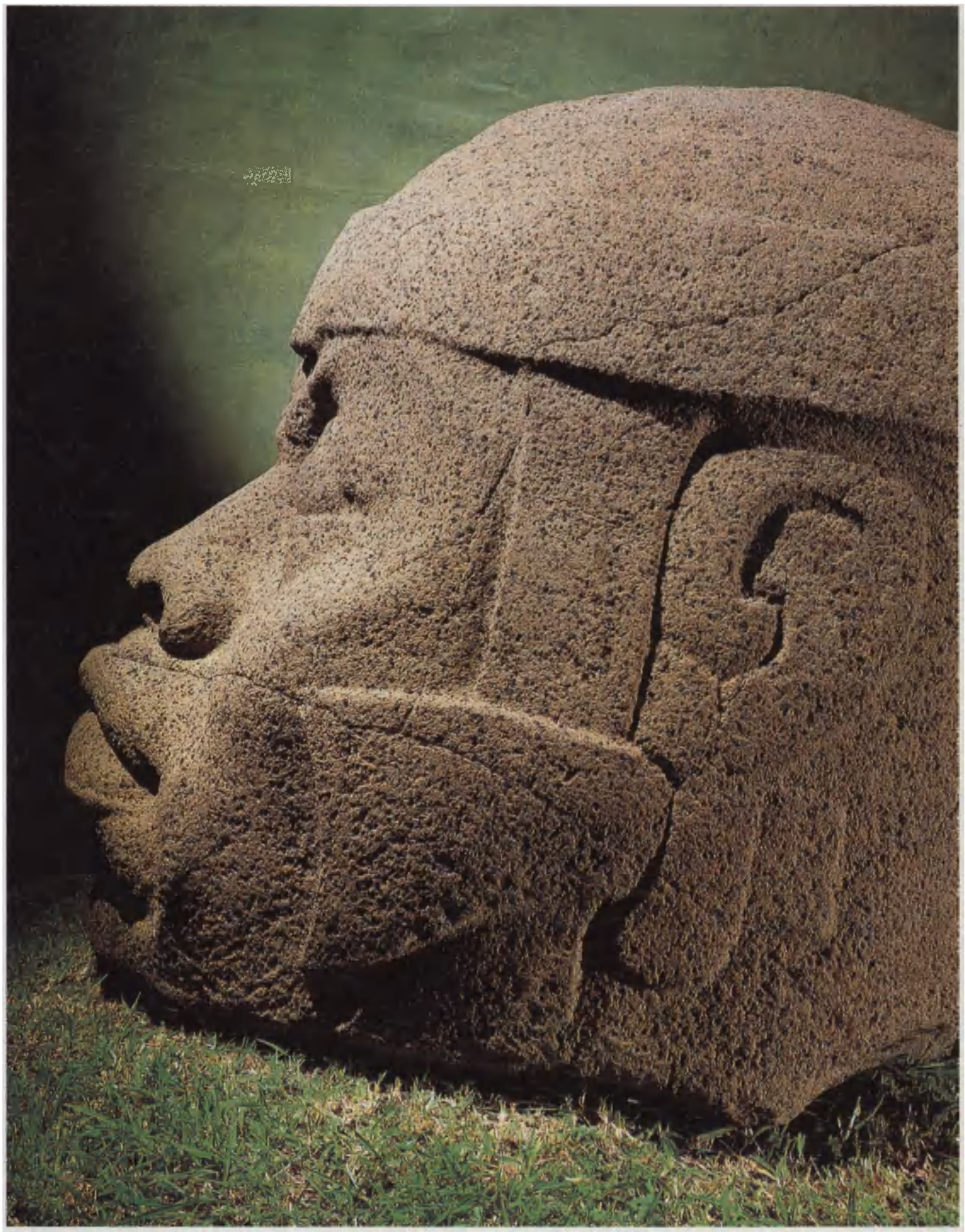


Figura 13.15. Monumento Q de Tres Zapotes, Veracruz.



Rasgos todos que colaboran al reconocimiento de la identidad personal; representan, además, el asiento de la naturaleza divina del hombre; plasman tanto la condición temporal humana como la eternidad. Como símbolos de omnipotencia concretaban en formas tangibles, lo mismo que sus modelos humanos, poderes divinos y sobrenaturales; por ello eran objetos sagrados.

Algo más sobre el retrato

He dicho que las cabezas colosales son retratos; añado que el arte del retrato fue cultivado con éxito por los artistas olmecas en distintos medios materiales y en diferentes latitudes; por ello muestran estilos regionales. El arte del retrato ha de considerarse dentro del uso de recursos convencionales o estilizaciones en la representación de rasgos físicos y, por lo general, se pone poco énfasis en la expresión de rasgos morales o espirituales. El artista de sociedades como la de los olmecas está más preocupado con la función social del retrato, sus peculiaridades en cuanto tipo humano y los signos de su autoridad —la imagen de poder—, que con sus características somáticas o psíquicas que pudieran equipararse a las del retrato "psicológico". Recuérdese que es más importante la imagen de la potestad y del poder, que la del individuo.

Ahora bien, conviene señalar que con los olmecas se inició la vertiente figurativa del retrato —habría de continuarse primordialmente con los mayas—; pondré ejemplos del arte de tamaño reducido. Me refiero, de un lado, a las portentosas figurillas de Dumbarton Oaks, a una del Museo de Jalapa y a otra, modelo de cabeza colosal, que se encuentra en el Museo Etnográfico de Berlín. De otro lado, hay que destacar las máscaras, de extraordinaria factura en su mayoría, procedentes de Arroyo Pesquero en Veracruz y que hoy día, merced al tráfico ilegal, engalanan varios museos y colecciones particulares del mundo.

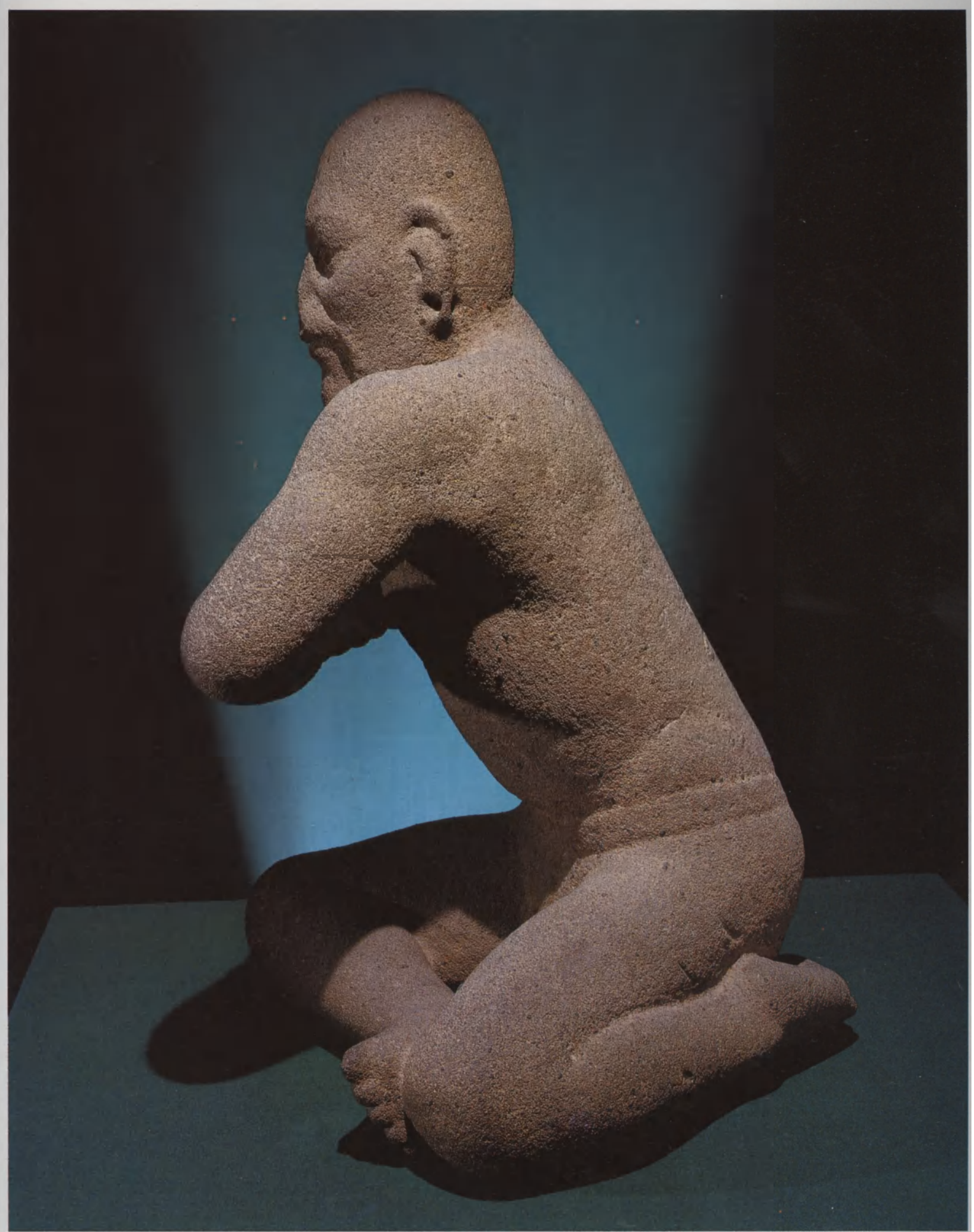
Reflexiones finales

El arte monumental olmeca expresa la voluntad definida por encontrar un orden que dé coherencia a sus creencias, rituales, conductas políticas y estructura social. Ello se muestra en la concreción de sus formas claras y definidas, en la perfecta distribución armónica de las mismas: tales formas expresan, siempre de manera conceptual, nunca descriptiva, su concepto del hombre como centro de la naturaleza y del cosmos (fig. 13.16).

Con los olmecas da comienzo la civilización en Mesoamérica; los restos materiales que perduran indican el alto grado de cultura que alcanzó este pueblo excepcional. Aunque su lugar de origen haya sido otro que las tierras, siempre entre las aguas, de las costas del Golfo, es en éstas donde alcanzaron su verdadera identidad, en donde fundaron sus ciudades y en donde prestaron forma, en imágenes colosales y diminutas, a las fuerzas sobrenaturales que dieron sentido a su existencia.

Los olmecas establecieron las bases para el desarrollo posterior de otros pueblos, en cuanto a su conducta social, política, económica y religiosa pero, antes que eso, descubrieron y tuvieron para sí una visión organizada del cosmos que les otorgó unidad e individualidad inconfundible y que permanece clara y perfecta en sus obras de arte.

Figura 13.16. Monumento 1 de Antonio Plaza, Veracruz, *El luchador*, hoy en el Museo Nacional de Antropología.



14. Observaciones sobre su pensamiento cosmogónico y la organización sociopolítica

Jorge Angulo V.

Un sistema de comunicación gráfica

Uno de los componentes más importantes que antropólogos e historiadores consideran indispensables para aceptar que un grupo cultural merezca el título de civilizado, es que debe contar con un lenguaje escrito comprensible para todos los miembros de la sociedad, aunque hablen idiomas diferentes, ya que la comunicación gráfica actúa como un elemento en la cohesión de los comandos cívicos y en las ideas y conceptos religiosos que amalgaman la unidad cultural del grupo. Los especialistas en lenguas y sistemas ágrafos han rechazado la existencia de una verdadera comunicación escrita entre las culturas mesoamericanas, con el argumento de que no habían llegado a la etapa de escritura alfabética, aunque aceptan que durante la etapa Postclásica (1350-1521 a.C.), en el altiplano, la comunicación gráfica se encontraba en el siguiente paso evolutivo en el que se usaban fonogramas silábicos y alfabéticos y se componía de pictogramas complementados por topónimos e ideogramas con significados determinados. Tampoco han podido rechazar que desde el periodo Clásico temprano (250-600 d.C.), en la zona maya y la zapoteca existía una forma de comunicación glífica, manifiesta en estelas, lápidas, tableros y otros objetos suntuarios en los que se plasmaban relatos histórico descriptivos referentes a las jerarquías sociales, ni que existiera el complemento participante expresado en ideogramas o glifos silábico-fonéticos compaginados, por lo regular, con numerales que denotan la clara existencia de un sistema calendárico basado en diversas observaciones astronómicas. Aún queda la duda si entre los olmecas, que existieron más de 1000 años antes (1100-500 a. C.), había un sistema de comunicación gráfica o si todas las esculturas, relieves, pinturas y grabados en cerámica o en objetos lapidarios, corresponden a una expresión artística carente de una misiva significativa o si en cada una de esas "obras de arte" se encuentra inmerso un mensaje, ya sea subliminal o con un claro contenido para los participantes de aquella cultura, aunque sea comprensible para quienes lo observamos después de 30 siglos y desde los diversos conceptos de la cultura occidental actual.

Página de enfrente: Monumento 52 de Lorenzo Tenochtitlan, Veracruz.

Figura 14.1. Monumento 1 de Chalcatzingo, Morelos, conocido como *El rey,* grabado aproximadamente en el año 800 a. C. En el relieve se ven tres conjuntos de nubes de tres estratos sobre la figura del personaje mítico que controla los elementos de la naturaleza relacionados con la lluvia y la fertilidad de la tierra. (Takuhón y dibujos de Chappie Angulo, excepto otras especificaciones.)

Figura 14.2. Lám. XXII del *Códice Telleriano-Remensis.* El códice relata la muerte de Ahuízotl y la incursión de su sucesor Moctezuma en Tlaxiaco (Oaxaca), en cuyo topónimo se encuentra el mismo símbolo de las nubes con gotas de agua (fines del siglo XVI). (Fotografía cortesía de Jorge Angulo.)

Quienes enfatizan que sólo la escritura alfabética hace palpables y perdurables las ideas, los hechos y los sucesos históricos y que la comunicación pictográfica sólo sugiere ideas abstractas y vaguedades filológicas, no toman en cuenta que la expresión pictórica lleva un mensaje tan permanente como la escritura, pero requiere de otro tipo de lectura interpretativa, quizás más comprensible dentro del lenguaje universal. Existen varias hipótesis y lecturas propuestas por los avezados y por quienes se han compenetrado en este tema, que analizan y desglosan cada elemento glífico, mientras otras buscan la comprensión del mensaje conjunto, mostrando la posibilidad de una comprensión de aquella cultura, aunque sólo sea en una forma parcial. Algunos ensayos en los que se han descrito con amplitud los sistemas de comunicación verbal y no verbal que existen entre las diversas especies zoológicas y entre humanos hablantes de diferentes lenguas, señalan una infinidad de fórmulas, claves, códigos y signos que se emiten para ser captados y decodificados por un receptor (H. Von Winning, 1987; U. Eco, 1991; J. Angulo, 1994). Con esa idea básica, se intenta descifrar algunos de los mensajes que, aunque fuesen claros para quienes integraban aquel extemporáneo contexto cultural, resultan ajenos a los investigadores del siglo XX, quienes, a pesar de los intensos estudios desarrollados al respecto, sólo hemos logrado percibir un mínimo porcentaje de su pensamiento social, político y religioso. Sin embargo, en los intentos reconstructivos de esa extraordinaria cultura extinta, se observan algunas escenas de aparente carácter descriptivo que debieron fungir como mensajes dirigidos al consciente y al subconsciente de quienes estaban compenetrados en los asuntos cívicos, rituales y ceremoniales compaginados al pensamiento religioso.

El presente ensayo se concreta al análisis de algunos símbolos, signos y diversas escenas de la simbología olmeca que fueron plasmados en esculturas, relieves, pinturas en acantilados, cuevas o grandes rocas o los diseños

grabados o incisos en lapidaria fina, cerámica y objetos transportables que proceden de las regiones ocupadas por los olmecas, tanto del Golfo como del Altiplano, para compararlos con las grafías de otras culturas posteriores dentro de la misma Mesoamérica.

La expresión gráfica dividida en tres grupos

La sistemática con la que se intenta comprender la iconografía olmeca, se ha venido aplicando con la amplia versatilidad que cada autor le ha dado a los tres componentes básicos que se resumen en este ensayo; sin embargo, esto no implica que sean los únicos, ya que puede existir una gran variedad de métodos analíticos, como los que se han venido superponiendo con esta finalidad y se han aprovechado como escalones en la comprensión de los mensajes transmitidos, como se ve en los esfuerzos realizados en el trabajo de Miguel Covarrubias (1955), E. Benson (1967), el catálogo clasificatorio de P. D. Joralemon (1973) o los estudios de S. Milbrath (1979), M. Coe y otros. Sin embargo, la gran mayoría de los análisis de los elementos que componen las esculturas, relieves y diseños esgrafiados tanto en las piezas monumentales como de mobiliario, se apegan estrictamente a las formas gráficas del diseño, comenzando a reconocer y clasificar los diseños formales en los tres siguientes aspectos:

1) La semejanza visual identificable con algún elemento de la naturaleza.

2) La asociación comparativa de algunos diseños heredados o recogidos por la tradición o reutilizados por las culturas de etapas posteriores dentro de la misma Mesoamérica.

3) Por analogías simbólicas, aunque hayan o no sufrido alguna transformación o modificación estilística, con un posible cambio en el contenido del significado.

Por supuesto, el método de análisis en los tres agrupamientos varía de acuerdo con el contexto natural y cultural en que hayan sido encontrados y está sujeto a la asociación de los otros elementos compaginados, así como a la trayectoria seguida por los procesos de transformación o de cambio en cada elemento iconográfico a lo largo del tiempo y del espacio. En el sistema propuesto en este ensayo, se estudia la expresión gráfica y se analiza cada elemento que compone el monumento, sin dejar de considerarlo como parte integral de un conjunto unitario, el cual se desglosa iconográficamente en los grandes aspectos siguientes: *1)* pictogramas representativos y glifos o símbolos concretos; *2)* ideogramas, símbolos o diseños abstractos, y *3)* escenas descriptivas o representativas.

Debe especificarse que el análisis se hace conjugando todo el conjunto gráfico como un solo mensaje codificado, ya que cada vasija, pieza o monumento (con o sin escenas representativas), está compuesto o complementado por pictogramas o glifos concretos y por ideogramas o glifos abstractos. Desde luego que la posibilidad para reconocer o identificar estos dos últimos se incrementa conforme se aumenta la familiaridad que el investigador haya desarrollado respecto al conocimiento de la glífica y la simbología en las diversas culturas mesoamericanas del Clásico y el Postclásico, tal como se ve en algunos ensayo que siguen la trayectoria evolutiva de ciertos glifos en los que, inevitablemente, se correlacionan las formas con su contenido.

Figura 14.3. Pintura sobre papel amate de Abraham Mauricio S., de San Agustín de las Flores, Guerrero, en la cual se representan los cúmulos de nubes con lluvia sobre el campo sembrado. Tomado de "El ciclo mágico de los días", *Testimonio de un poblado indígena mexicano,* Conafe-Salvat, 1979. (Fotografía cortesía de Jorge Angulo.)

Figura 14.4. Figurilla de jade procedente de Tepetlaxco, Puebla (Colección de Dumbarton Oaks), mostrando un jugador de pelota que lleva una manopla o guanteleta en su mano derecha, y una antorcha en la izquierda. (Dibujo de Áyax Moreno, cortesía de NWAF.)

Pictogramas representativos y glifos o símbolos concretos

Se refiere a los diseños gráficos de carácter natural o figurativo que en ocasiones son fáciles de identificar, por la semejanza de su figura con las formas reconocibles entre los elementos materiales de la naturaleza. Sin embargo, es preciso estar alerta para no confundir la misma forma cuando aparece en diversas connotaciones, contextos, etapas o culturas ya que, aunque aún conserven la misma esencia, pudieran proyectar un significado diferente.

Un ejemplo claro es la representación pictórica del cúmulo de nubes compuestas por una línea serpentina con ondulaciones, semejando la congregación de vapores suspendidos en la atmósfera, representados por los delgados estratos que se ven en la serie de figuras del grupo I A de Chalcatzingo y los densos conglomerados que se apilan en tres niveles en la parte alta del conocido relieve I A-1 *El rey* en ese mismo sitio (fig. 14.1).

Ese diseño de nubes con una serie de líneas verticales esgrafiadas sobre la roca semejantes a los dientes de un peine, complementa la idea de la lluvia, puesto que de las líneas se desprenden gotas de agua representadas por una elongada protuberancia en forma de gota, que termina en dos círculos concéntricos, además del conocido glifo del chalchíhuitl o cuenta de jade, como el símbolo materializado del agua preciosa, la sangre, la leche materna, el semen y el pulque entre las culturas de etapas posteriores, ya que todos se asocian con los elementos que dan la vida a las plantas, a los animales y a los seres humanos. Ese mismo diseño se encuentra casi 2 500 años después en la lámina XXIII del *Códice Telleriano Remensis,* hecho a petición de los hispanos para conocer la historia de los mexicas relatada en su propia escritura pictográfica. Explica que un año después de la muerte de Ahuízotl, Moctezuma (Xocoyotzin) conquista Tlaxiaco. La asociación que aquí interesa, recae en el topónimo de este lugar en Oaxaca, puesto que es representado por un juego de pelota o tlach(tli) cubierto por la lluvia o qiua(huitl), más la partícula "co" para indicar la localidad (fig. 14.2). Es decir una forma de escritura glífico-silábica en la que se utiliza el sonido de la raíz de cada glifo para producir la palabra Tlach-qiua-co, hispanizado en el actual Tlaxiaco.

Lo que concierne a esta referencia es la semejanza del pictograma de "nubes cagadas de lluvia" en el relieve de Chalcatzingo (*ca.* 800 a.C.) y el diseño en un códice pintado en 1547 d. C. Aún más desconcertante resulta encontrar las pinturas en papel amate que ahora hacen los habitantes de San Agustín de las Flores, Xalitla y Ameyaltepec en Guerrero, que contienen escenas de siembra en las que representan los cúmulos de nubes acompañados de líneas verticales para indicar la lluvia, en una forma similar a las anteriores (fig. 14.3).

Las manoplas o guanteletes para el juego de pelota, aunque no sobrevivieron ejemplos arqueológicos, hay monolitos y esculturas de seres humanos o humanoides con rasgos de deidades que portan guanteletes, tal vez como emblemas o señalamientos locativos o conmemorativos. Algunos monumentos y hachas tienen figuras con la manopla en una mano y la antorcha en la otra, mientras que algunas otras sostienen dos antorchas sin manopla o guantelete. También hay hachas-ofrenda que tienen esgrafiados esos mismos motivos que pudieron ser emblemas, trofeos, ofrendas o símbolos de poder, asociados a quienes efectuaban los diversos juegos de pelota. La posición de algunas figuras (sedentes o de pie), debe de representar una postura habi-

Figura 14.5. Monumento 10 de San Lorenzo que representa a un jugador con atributo de dioses que porta dos manoplas o guanteletas para golpear la pelota.

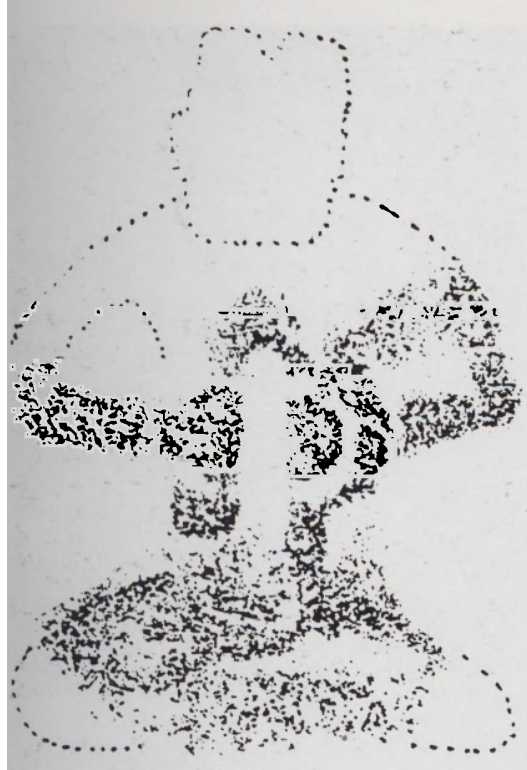


Figura 14.6. Monumento 20 de Chalcatzingo. Restos de un relieve en el que se adivina la forma de un jugador en posición sedente con los brazos sobre el pecho empuñando una manopla en la mano izquierda y una antorcha en la derecha.

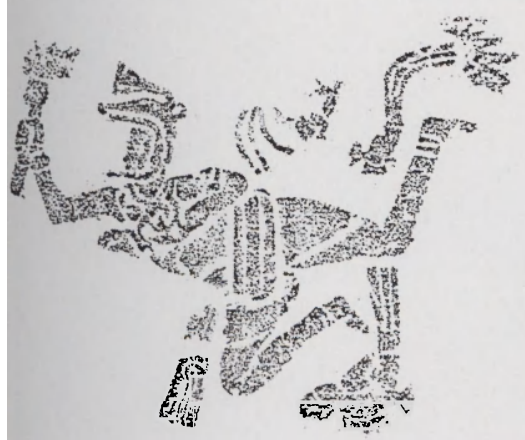


Figura 14.7. Monumento 12 de Chalcatzingo, conocido popularmente como *El olmeca volador*. Representa a un jugador de pelota con manopla en la mano izquierda, antorcha en la derecha y protector en la cintura del tipo "yugo". Acompañan al personaje un quetzal y una guacamaya asociadas al juego de pelota solar.

tual del jugador al momento de iniciar la ceremonia del juego, como lo indican la escultura de Tepetlaxco, Puebla (fig. 14.4), y el monumento 10 de San Lorenzo (fig. 14.5), así como el montículo 20 de Chalcatzingo (fig. 14.6).

La relación de tan variadas representaciones en esculturas monolíticas no transportables, relieves, esculturas de barro o de otros materiales móviles quizá se utilizó con fines conmemorativos, trofeos u ofrendas relacionadas con las ceremonias dedicadas a la lluvia, a la cosecha y a la fertilidad humana y agrícola, cuyo significado debió de estar íntimamente relacionado con la mítica religiosa de la lectura astronómica, así como con el juego de pelota diurno y nocturno.

Considerando que tales implementos eran imprescindibles en el ritual de esos juegos de pelota, se indican algunas opciones interpretativas cuyo carácter no debe ser excluyente, sino más bien ambi o polivalente, según las observaciones siguientes:

La presencia de una o dos manoplas o guanteletes para golpear la pelota de caucho, hule o *ulli*.* La manopla en realidad tiene un cierto parecido a los guanteletes de cuero llenos de estoperoles que los jugadores de "la pelota mixteca" usan en la actualidad. La muestra se ve en el monumento 10 de San Lorenzo (fig. 14.5), en el hacha esgrafiada en la ofrenda 1942-C de La Venta y en el monumento 9 de Teopantecuanitlán, mientras que la dinámica posición del relieve o monumento 12 de Chalcatzingo (fig. 14.7) expresa un espectacular salto en el aire con una antorcha en la mano y un tipo de manopla en la otra.

La antorcha en la otra mano ha sugerido que se trataba de un juego nocturno en el que cada jugador debía alumbrar su camino o reiniciar el fuego en el hule de la pelota con el haz de cañas encendidas, a la vez que golpeaba la misma pelota con la manopla que le cubre la otra mano.

La existencia de monumentos con una antorcha en cada mano y la falta de guanteletes en figuras con más características de deidad que humanas, pudiera significar que era un juego solar donde la pelota representaba al astro rey, movida por las deidades del cosmos, puesto que en esta forma los dioses iluminaban el firmamento mientras que el sol recorría su nocturno camino por el inframundo, antes de volver a surgir por el horizonte matutino (monumento 1 de Tlacozotitlán) (fig. 14.8).

Podría argumentarse que dentro del medio humano se trata de emular las actividades desarrolladas en los niveles cósmicos, ya sean astrales o del inframundo y que la recreación del juego de pelota se hacía para estimular el desplazamiento diario del astro solar por el cielo o el espacio diurno y por el inframundo, durante el lapso nocturno. Parece que tal concepto se extendió hasta las culturas del Clásico y el Postclásico, puesto que la gran mayoría de las canchas de juego están orientadas de este a oeste siguiendo la trayectoria del sol. Con este pensamiento hay lugar para la variedad de figuras equipadas con dos guanteletes, un guantelete y una antorcha o una antorcha en cada mano, puesto que el simbolismo encerrado en este importante juego se relaciona con el diario movimiento del astro que otorgaba vigor y energía a todas las especies vivas que poblaban la tierra.

Quizás ésta fue la razón por la cual debía recompensarse a las deidades con juegos y ceremonias que celebraban las efemérides astronómicas relacionadas con los equinoccios y los solsticios o con las festividades que anticipa-

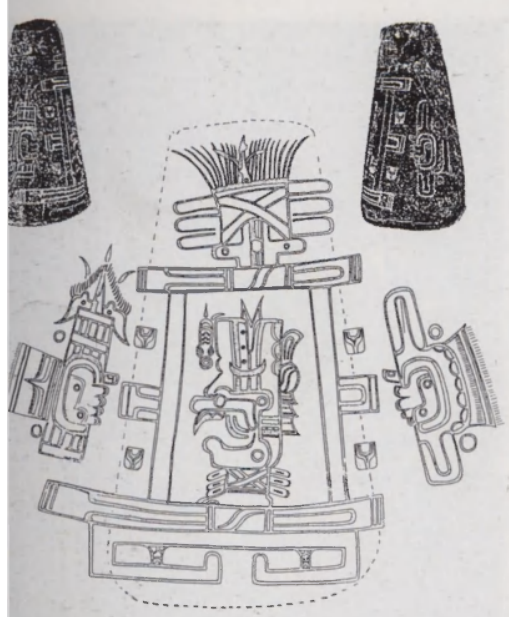
ban la época de siembra, la cosecha y los diversos cambios del ciclo humano como nacimientos, pubertad, asociación matrimonial, así como la toma de poder, conquistas, decesos y otros más.

No sería difícil que muchas de las hachas esgrafiadas y otros objetos portátiles fuesen emblemas-trofeo con un carácter conmemorativo o suntuario ya que se otorgaban a los destacados jugadores que representaban a los señores durante el importante ritual del juego (fig. 14.9).

Parece que una de las ofrendas de mayor relevancia para el juego de pelota, concierne al sacrificio por decapitación iniciado desde la época olmeca, como se ve en la vasija de las inmediaciones de Chalcatzingo, cuyo panel central tiene grabados símbolos de fertilidad y elementos de agua y tierra circundando el perfil de la cabeza de un personaje con el ojo cerrado (forma de luna menguante) y una máscara bucal con un agudo incisivo, mientras que en los paneles laterales se complementa el mensaje, pues las manos del decapitado (asociado a los jugadores de pelota) portan un guantelete y una antorcha encendida (fig. 14.10).

Figura 14.8. Monumento 1 de Tlacozotitlán, también llamado Teopantecuanitlán. Representa a un jugador de pelota divinizado con una antorcha en cada mano.

Figura 14.9. Hacha trofeo asociada a la deidad de la lluvia y a la fertilidad, de las colecciones del Museo Nacional de Antropología.



gura 14.10. Vasija de barro cuyo esgrafiado :presenta a un decapitado que aún lleva en ıs manos una antorcha y una manopla. (Redi-ujado de Frances Pratt en el libro de Carlo T. ay, 1970.)

gura 14.11. Monumentos 1 y 2 de Laguna de ıs Cerros, mostrando seres fantásticos con ele-ıentos cósmicos, terrenales y del inframundo, ɔmo se ve en los ojos, su proporción huma-ɔide y la boca, respectivamente.

Ideogramas, símbolos o diseños abstractos

Estos ideogramas son representaciones glíficas carentes de asociación figurativa que, al hacer patentes ideas intangibles o conceptos, abstractos requieren de la invención de un símbolo o signo convencional que las identifique. Existen glifos que conservan la misma forma y el mismo significado a través del tiempo y el espacio. Placas en los ojos de una deidad del cielo nocturno (monumentos 1 y 2 de Laguna de los Cerros), cuyo ojo derecho lleva el símbolo de la Vía Láctea, más conocido como la Cruz de San Andrés, mientras que la placa en el ojo izquierdo de la figura representa a la luna, es decir, a seres nocturnos o del inframundo. En ocasiones se usa el símbolo de la luna menguante como pupila del ojo, para representar a los muertos o a quienes obviamente se encuentran en un sitio oscuro, sin luz o en el lugar opuesto a la estancia del sol y de la vida, aunque no se descarta que también podría representar al astro solar durante su recorrido nocturno por el interior de la tierra o el mismo inframundo, puesto que esas cabezas humanoides, tienen la nariz platirrina y una gran boca mostrando las encías desdentadas, semejantes a las de un sapo, y sobre las comisuras de la gran boca se encuentran dos largos colmillos como los de la serpiente, que es otro animal relacionado tanto con la tierra como con el agua (fig. 14.11). Por lo regular las fauces abiertas asocian a las cuevas y a las oquedades en la corteza terrestre, así como al pantano o la entrada al inframundo por vía terrestre-acuática. Hay una figura muy esquematizada del "monstruo de la tierra" que se encuentra en la parte baja de la estela llamada de *La reina* de Chalcatzingo (fig. 14.12).

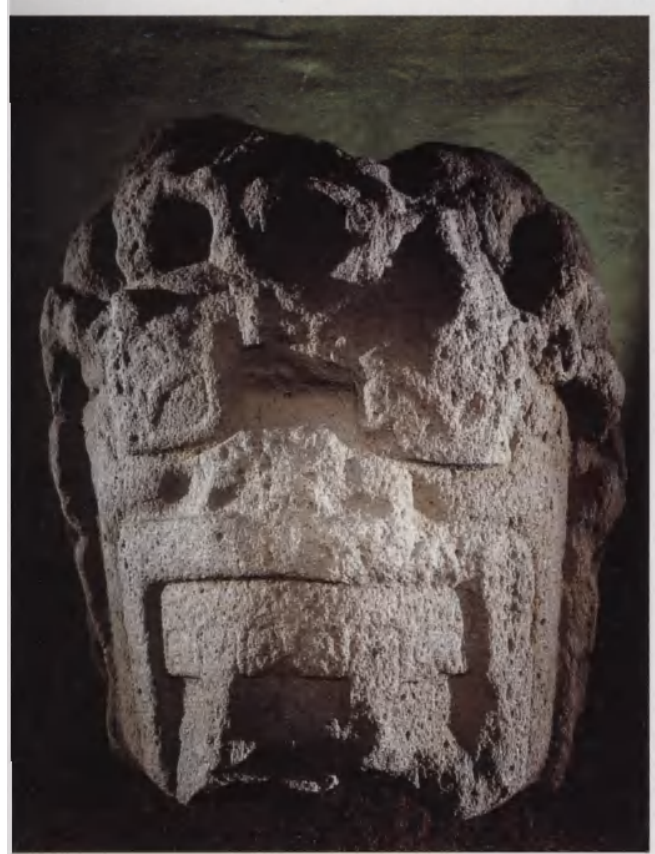


Figura 14.12. Estela 21 de Chalcatzingo, Morelos, conocida como *La reina*. Diseño del llamado monstruo de la tierra, en cuyas fauces abiertas se ve un rombo con un círculo al centro, como símbolo del fuego.

a.

Figura 14.13. a. Vasija de cerámica de Tlapacoya, con un esgrafiado representando al monstruo de la tierra en forma de iguana y con las fauces abiertas. b y c. Altar 20 y estela 4 de Izapa, Chiapas, con un simplificado monstruo de la tierra.

b.

c.

En realidad el símbolo se encuentra en diferentes sitios contemporáneos, con pequeñas variaciones en cuanto a forma y estilo pero siempre con el mismo contexto significativo, en el que aparece la deidad de la tierra con esa gran boca abierta por la cual se comunicaban los Señores de la Noche que habitaban el inframundo, o el Xibalbá entre los mayas y el Mictlán entre los nahoa del altiplano.

La representación de esa deidad de la tierra donde se apoya la figura femenina de Chalcatzingo tiene en su centro un rombo que siempre va asociado al símbolo del fuego, como se ve en el brasero que carga el dios Huehuetéotl teotihuacano labrado en basalto.

La combinación "mascarón de la tierra" con el símbolo del fuego dentro de sus fauces, posiblemente se lea: "tierra de fuego" o "tierra caliente" que es el nombre que se le da a la región meridional del actual estado de Guerrero. Según las fuentes del siglo XVI ahí se sitúa la mítica región de Cihuatlán o "tierra de mujeres" que despertara un gran interés a los conquistadores hispanos, quienes trataron de incursionar una y mil veces, en una prolongada y frustante búsqueda.

Otro diseño similar se encuentra en la vasija recobrada durante las excavaciones de Tlapacoya, en la que se muestra el estilizado perfil de la deidad en forma de iguana y el mascarón representado de frente con los rasgos característicos de la misma deidad. Una combinación que también se asocia a la tierra seca y cálida donde abundan las iguanas (fig. 14.13a). Otros emblemas muy simplificados de la misma deidad de la tierra se localizan en las bases de las estelas 4 y 18, así como en el altar 20 de Izapa, Chiapas, contemporáneos de la estela de *La reina* (fig. 14.13 b y c); también se dan combinaciones fantásticas de diversos elementos fitomorfos y zoomorfos con figuras humanas. Muchos de los saurios son un buen ejemplo de estas combinaciones, como frecuentemente se ve en la iguana y el cipactli o cocodrilo, puesto que hay relatos míticos que cuentan que el cipactli descansaba sobre las prístinas

igura 14.14. Vasija en forma de iguana procedente de Tlapacoya.

igura 14.15. Figura de Atlihuayan, Morelos, on un personaje vistiendo una piel de iguana.

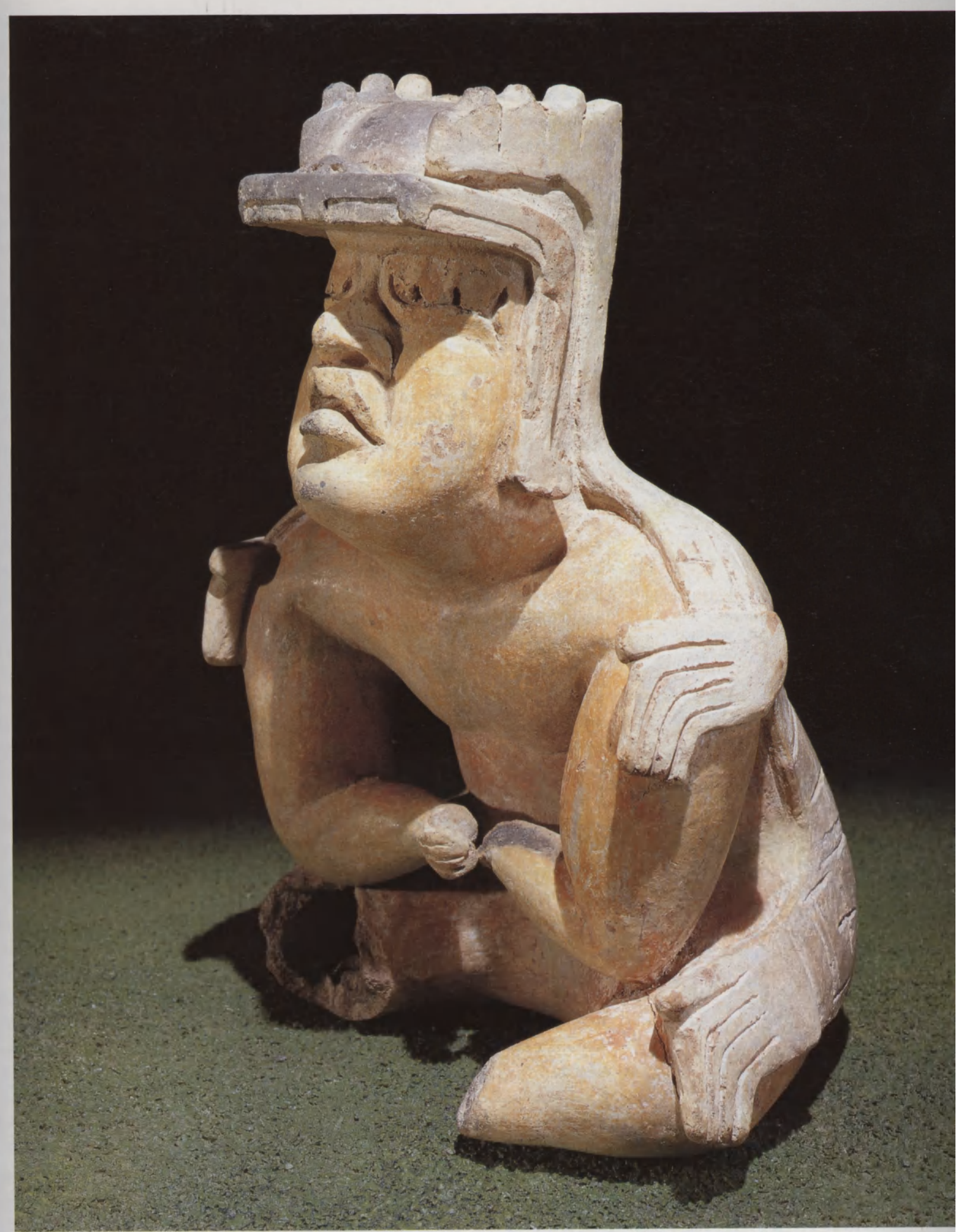


Figura 14.16. Figurilla de jade de Necaxa, Puebla, hoy en el American Museum of Natural History, que muestra la transformación del hombre en animal. (Dibujo de Áyax Moreno, cortesía de NWAF.)

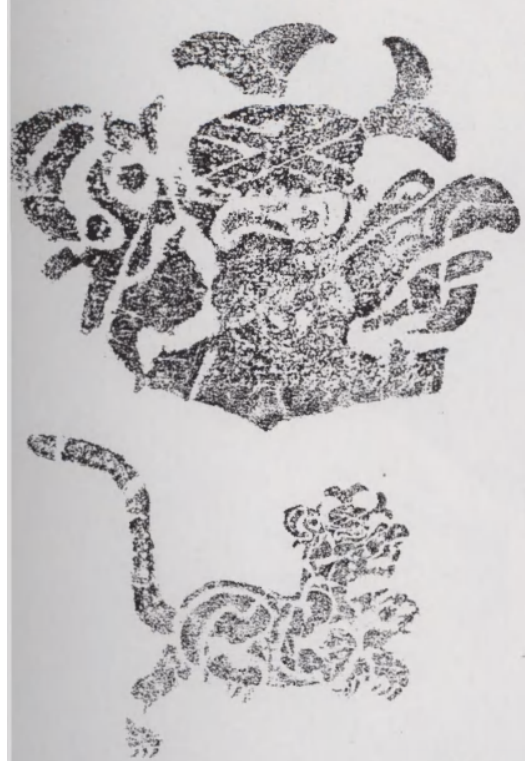


Figura 14.17. Monumento 4 de Chalcatzingo, Morelos. El felino tiene en la oreja el símbolo de Venus.

aguas del universo y que su rugosa espalda era la misma tierra compuesta de crestas, picos y cordilleras, mientras las áreas con menos relieve en la espalda, correspondían a los valles y las cañadas por donde corría, se acumulaba o brotaba el agua procedente del enorme estanque cósmico. La figura del saurio siempre se asocia al inframundo y al mismo mundo terrenal, en donde hay partes secas y montañosas, y regiones irrigadas con abundante agua y vegetación. Aunque tanto la iguana como el cocodrilo son aspectos de la misma tierra, la primera está asociada con la resequedad y el calor seco y el segundo con los pantanos y la tierra irrigada. Una vasija encontrada también en Tlapacoya (fig. 14.14) muestra con realismo las inconfundibles crestas de la cabeza y el cuerpo que cubren a la iguana, que resultan semejantes a la piel que cubre la antropomorfa figura de barro procedente de Atlihuayan (fig. 14.15). Otra figurilla de jade procedente de Necaxa, Puebla, revela la personificación o transformación de un personaje en saurio (fig. 14.16).

Otro caso que combina diversos elementos utilizados como atributo o personificación de seres ancestrales en figuras zoomorfas divinizadas, se encuentra en el relieve IB-4 de Chalcatzingo (fig. 14.17), ya que en este caso, el glifo de Venus forma parte de la oreja del felino como un símbolo de su carácter astral o cosmogónico. Desde luego no se trata de una decoración casual, puesto que en la mejilla del roedor con proporciones humanas localizado en un mural en relieve llamado de "Las cuatro eras" de Toniná (fig. 14.18), se encuentra el mismo glifo de Venus, así como en el friso de estubo, en el interior de la casa E del Palacio de Palenque, donde se representa la banda estelar compuesta por el dragón celeste con una cabeza en cada extremo y un ave Moan con la lengua bífida al centro del elongado cuerpo, compuesto por diversos glifos de estrellas y planetas. El glifo de Venus en el dragón palencano se encuentra en la nariz, el ojo y la oreja y una posición similar a la que ocupa ese singular planeta en el mencionado jaguar de Chalcatzingo. Ese mismo símbolo lo descubre Ivan Sprajcs en un sello de Tlatilco donde se ve el perfil de una cabeza humana que en el lugar de la oreja "parece tener una variante del glifo maya Lamat". Luego, citando a Joralemon, indica que esa cabeza se identifica con el Dios I y señala que "Justeson *et al.* observa que el mismo sello contiene un probable ancestro del glifo maya del Sol (T 544) y sugiere que los diseños de esa serie de glifos preclásicos pueden ser precursores de las bandas astronómicas de los mayas" (fig. 14.19 a y b).

Escenas descriptivas

La mayoría de las escenas están esculpidas, talladas en alto y bajorrelieve en un solo monolito, aunque pueden constituir una secuencia de figuras grabadas o pintadas sobre una misma roca o estar talladas en una serie de monolitos alineados en un acantilado, conformando el desarrollo de un relato temático. Las escenas pueden descubrir los temas siguientes: ceremonias o rituales periódicos efectuados simultáneamente o relatos que se suceden en una secuencia cíclica. Ejemplo de estas ceremonias rituales se encuentra en la secuencia de relieves que forman el grupo I A de Chalcatzingo, compuesto por cinco espacios para las diversas figuras zoomorfas que están agazapadas y se alinean sobre las rocas del acantilado. En esa ordenada secuela, se repite una gran mayoría de elementos complementarios de un mensaje que

varía conforme el desarrollo de la lectura simbólico-pictográfica le agrega modificativos o calificativos determinantes (fig. 14.20 a, b y c).

En trabajos anteriores se explican con detalles los significados de la glífica empleada y se interpreta la secuencia de cuadro por cuadro que forman la serie (Angulo, 1987 a y b). Por tales razones este ensayo sólo se concreta a resaltar la importancia y la relación de los glifos o diseños simbólicos que se repiten en los cuadros de la secuencia, puesto que se encuentran también en las diversas culturas mesoamericanas de etapas posteriores. Sin embargo, es preciso aclarar que, aunque el símbolo conserve una gran semejanza en cuanto a la forma, no se sabe a ciencia cierta si el significado es el mismo en todas las áreas culturales o en todas las épocas, ya que la base del significado pudo tomar acepciones más adecuadas al nuevo contexto en que fue utilizado.

Figura 14.18. Figura de un roedor modelado en un muro de estuco procedente de Toniná, Chiapas. La tuza lleva en su mejilla el símbolo de Venus.

Uno de los ejemplos más claros es el glifo que se enreda en un sentido y se desenreda en el contrario, a la vez que sirve de base a la serie de animales de la secuencia (I A de Chalcatzingo). Sin embargo, el mismo símbolo se encuentra con frecuencia en el borde de muchas vasijas del Postclásico y en diversos sellos utilizables como decoración correlacionados al *xonecuilli* que Enciso reproduce ampliamente (fig. 14.21).

Soplo del viento, el aliento o la emisión de vida que sale de las fauces de los animales con la cabeza hacia arriba de la serie IA de Chalcatzingo. Es posible que sea la expresión de un rugido lanzado al espacio a manera de plegaria o una petición, cuyo contorno refleja la misma forma que el glifo "IK" que personifica a la deidad del viento y al aliento o soplo divino que da vida y energía a los grupos mayas. Otro ejemplo es la representación de la nube con las gotas de agua y el símbolo abstracto del *chalchíhuitl* explicado en párrafos anteriores (fig. 14.1)

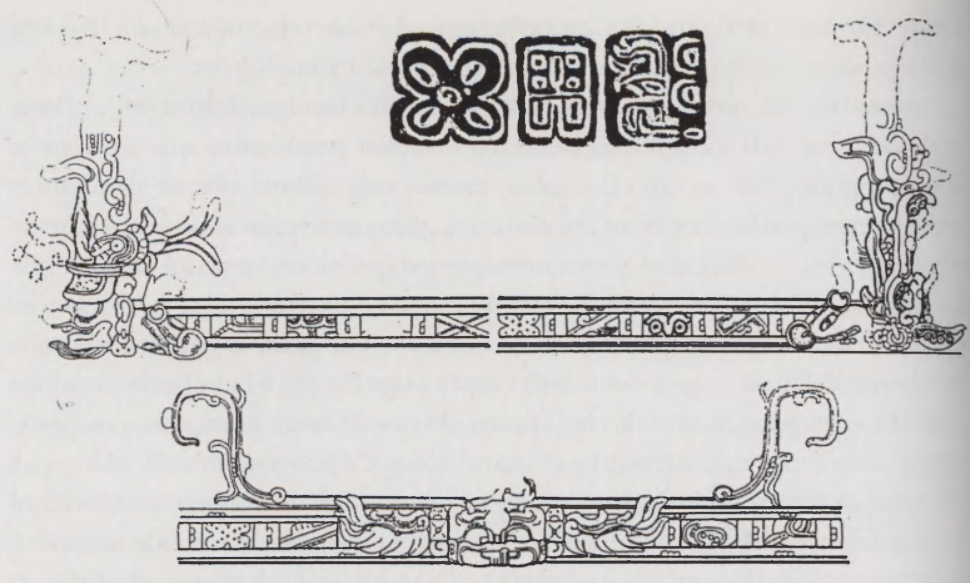
Un elemento que sólo se representa en los tres últimos cuadros y que se ha identificado como la guía de calabaza. Su primer imagen corresponde a la de una incipiente planta, la segunda se encuentra más desarrollada o con un pequeño fruto y la tercera es la guía de calabaza con dos frutos maduros coronados por la respectiva flor y el brote de otro fruto que se inicia, así como la clásica guía terminal que trepa sobre la roca, los árboles o estructuras firmes en busca de la luz solar (fig. 14.20 c).

También se encuentran escenas conmemorativas de historias o hechos verdaderos como la toma de posesión de un puesto político-religioso. Uno de los ejemplos más claros de este mensaje se encuentra en la pintura policroma localizada en un sector de la Sierra Madre del Sur, frente al pueblo de Acatlán Guerrero.

Aún se desconocen los recursos tecnológicos de que se valieron los olmecas que realizaron esa monumental pintura de aproximados 4 metros de ancho por 2.50 metros de alto que ha perdurado a la intemperie durante casi 3000 años en medio de un acantilado vertical, a poco menos de 20 metros bajo la cima y a más de 15 metros arriba de la pequeña plataforma-talud frente a la cueva que ahí se forma.

No será necesario describir el análisis de todos los ornamentos y demás componentes de la figura principal representada en ese mural pictórico, puesto que ese trabajo fue realizado por David Grove (1970). Sin embargo, importa expresar un análisis interpretativo diferente al antes referido, puesto que en este ensayo se le considera como un personaje investido de un

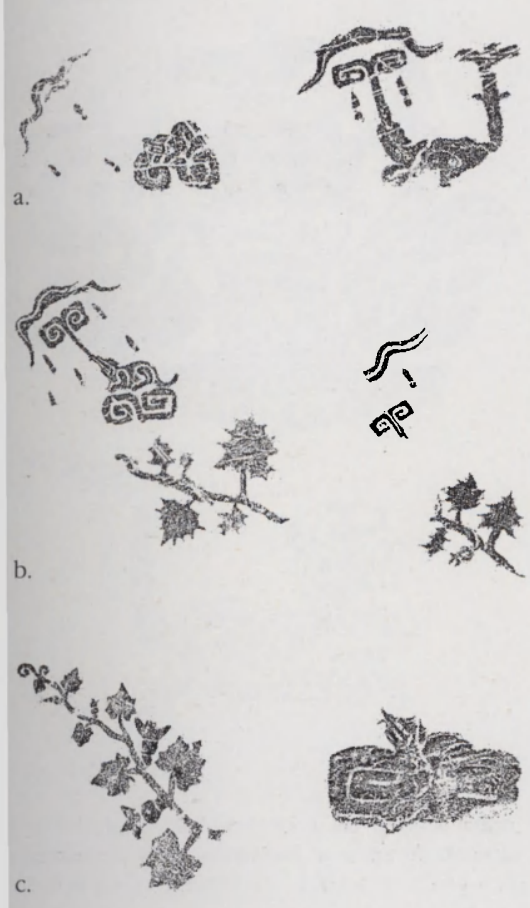
Figura 14.19. a. Símbolo de Venus sobre la oreja y el cuerpo de la gran serpiente bicéfala que representa la banda de astros celestes, dentro de la casa E del Palacio de Palenque, Chiapas. b. El símbolo de Venus sobre la oreja de un personaje en la banda de glifos estelares de un sello encontrado en Tlatilco, Estado de México.



importante cargo político-religioso, que porta atributos de diversas deidades, como la placa de jade con la Cruz de San Andrés que lleva sobre el pecho, la capa o atuendo de plumas que le cubre la cabeza, los hombros y los brazos asociada con el pájaro Moan o el águila arpía, ya que ambas se relacionan tanto con los dioses celestes como con los del inframundo (fig. 14.22).

El hecho de llevar pintado sobre las piernas una mano con el pulgar enroscado hacia su propia palma, le otorga el título de "hacedor" o el que realiza el mandato de los dioses y, por encontrarse en una dinámica posición sedente, con una pierna doblada y la otra colgante, denota claramente la seguridad de su comando y la sapiencia de la resolución presentada ante sus súbditos o el juicio que decide el destino de sus cautivos. Tal cargo o actitud político-religiosa queda confirmada al encontrarse sobre un altar o trono en el que está pintado el dragón-jaguar con ojos de cielo nocturno, tan frecuentemente representado en la simbología olmeca, como parte de la tierra y la entrada al mundo de los ancestros, donde se perpetúan o se les da continuidad al linaje que demuestre alguna relación con las deidades del cosmos, la biosfera y el inframundo.

Figura 14.20. a, b y c. Secuencia de figurillas zoomórficas y fitomorfas sobre símbolos abstractos.



Durante las temporadas de excavación efectuadas en Chalcatzingo, W. Fash (1987: 82-94) exploró un altar de más de 4 metros de largo, constituido por grandes piedras talladas individualmente, cuya forma de ensamble formaba los ojos y las cejas del llamado "monstruo de la tierra" representado con bastante frecuencia en el arte olmeca (fig. 10.12). En otras esculturas y relieves olmecas o en algunas dentro del área maya se encuentran representaciones similares a este trono o altar. Esa misma figura del monstruo de la tierra se encuentra tallada en el monumento 4 de La Venta (fig. 14.23), con la diferencia de que el personaje principal de la pintura de Oxtotitlán se posa sobre la parte superior del trono-jaguar, mientras que en el monumento 4 de La Venta, la figura sale de las fauces del monstruo, dándole un diferente cariz al mensaje, a la vez que hace comprensible el uso del trono-altar, desde donde debió ejercer el comando administrativo uno de los señores de Chalcatzingo, o quienes estaban investidos de los poderes administrativo-sacramentales.

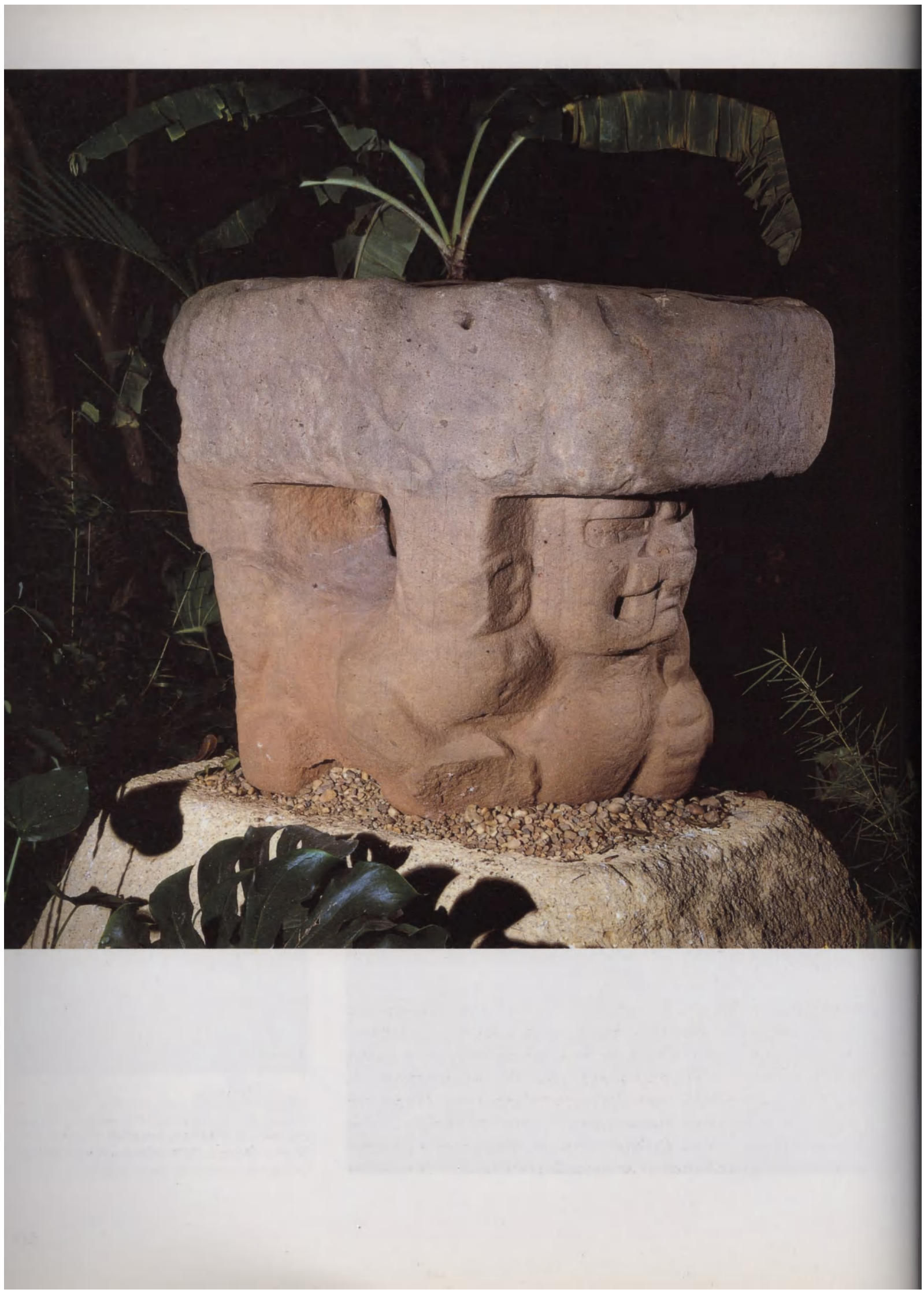
Figura 14.22. Personaje en Oxtotitlán, Guerrero, pintado sobre un trono adornado con rasgos de jaguar o el monstruo de la tierra. (Fotografía cortesía de Jorge Angulo.)

Figura 14.21. Sellos de diversos sitios y etapas con un mismo significado. (Redibujados de J. Enciso.)

En el área maya se encuentran monumentos esculpidos con figuras similares, como el mutilado dintel 3 de Piedras Negras, Guatemala (fig. 14.24) localizado en la colección del Museo de la Universidad de Pensilvania, en el que se representa un trono-altar con la figura de un *Halac Uinic* o uno de los dirigentes de ese sitio, al momento de confrontar las vicisitudes de los *batab-boob,* capitanes o señores de alto linaje que se encontraban bajo su tutela o comando y entre los que se cuentan cinco personajes de pie y siete sentados en posición de loto a un nivel inferior del trono.

Figura 14.23. Altar 4 de La Venta, Tabasco, mostrando el trono con las mismas facciones o los elementos característicos del jaguar de Oxtotitlán.

Figura 14.24. Altar con personaje sedente, en actitud de escuchar las tribulaciones de sus capitanes guerreros. Se considera que este relieve es el dintel 3 de Piedras Negras, Guatemala. (Fotografía cortesía de Jorge Angulo.)



15. Cosmología, soberanismo y espacio ritual en la Mesoamérica del Formativo

F. Kent Reilly III

Para los olmecas, las formas específicas de la elaborada vestimenta y los espacios arquitectónicos sagrados distinguían al que la llevaba o los usaba como el foco cosmológico de poder. Así pues, la representación de los rituales y la parafernalia que los acompañaba, así como el área donde esto se escenificaba, funcionaban como la concepción de una cosmología chamánica de múltiples capas, y también como la justificación pública del prestigio y del poder del actor que dirigía estos ritos: el soberano. La vestimenta que llevaban las élites del Formativo medio eran claramente ancestrales, semejantes a las que llevaban los soberanos y los nobles de las últimas culturas mesoamericanas (fig. 15.1).

Al igual que la arquitectura religiosa mesoamericana tardía, la ropa ritual olmeca comunicaba una información simbólica cosmológica e ideológica.

Las fuentes de la mayoría de esta información "simbólica" eran las plantas y los animales del medio natural, fuente de inspiración de las metáforas que usaban los olmecas de la zona metropolitana y sus vecinos para descubrir el cosmos visual y la realidad de un mundo sobrenatural. Dado que los símbolos olmecas se inspiraban en el medio natural, se usaban simbólicamente para expresar criaturas compuestas que no existen en la naturaleza, tales como cocodrilos-serpientes.

Modelo cósmico olmeca

La fuente de las funciones más importantes del arte olmeca fue la creación de modelos cosmológicos. Los olmecas concebían su cosmos formado de tres estratos que consistían en: un reino terrenal con un inframundo abajo, y un mundo superior arriba. El reino terrenal se definía como una cuadrícula que constaba de cuatro puntos cardinales y su respectivo centro. Al igual que otros modelos cosmológicos mesoamericanos, el punto central del plano terrenal olmeca era donde se localizaba el *axis mundi*, que para ellos, así como para otras culturas mesoamericanas, se concebía como un gran árbol o una

Página de enfrente: Monumento 59 de La Venta, Tabasco, que representa un trono de jaguar.

Figura 15.1. Atuendo olmeca ritual; monumento 77 de La Venta, Tabasco. (Fotografía cortesía de NWAF.)

montaña que conectaba los tres niveles de su cosmos (fig. 15.2) y vinculaba el mundo de los humanos con el reino sobrenatural.

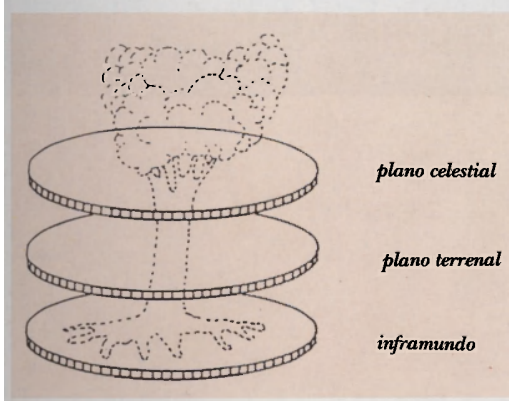


Figura 15.2. Diagrama cósmico olmeca. (Dibujo de F. K. Reilly.)

Cosmología olmeca del Formativo medio

La fuente de gran parte del simbolismo olmeca se inspiraba en los fenómenos naturales tales como el ciclo de crecimiento del maíz, el comportamiento de ciertos animales, los fenómenos meteorológicos y el movimiento de los astros. Estos mismos fenómenos generaron también las metáforas simbólicas mediante las cuales los olmecas y sus coetáneos describían su cosmos. En el arte olmeca estos elementos simbólicos se combinaban para expresar dimensiones cósmicas con figuras zoomorfas o dragones. El grabado o la pintura de estas fantásticas criaturas en los objetos rituales avisaban a quienes las veían que estaban observando una criatura compuesta que podía atravesar los límites entre el reino natural y el sobrenatural. También indicaban que los objetos sobre los cuales se

colocaban estos entes sobrenaturales tenían una función ritual específica. Los elementos individuales contenidos en o sobre los cuerpos quiméricos de esos dragones olmecas identificaban el reino cosmológico en el que tanto la criatura como el objeto ritual se concebían para desempeñar tal función.

Aunque algunos investigadores, durante los años sesenta y setenta, reconocieron que muchas de las imágenes identificadas entonces como monstruo-jaguar, eran de hecho representaciones de animales que no estaban dentro de la categoría de felinos, en un artículo de Michael Muse y Terry Stoker (1974) fue donde primero se difundió tal concepto más ampliamente. Los autores fueron los primeros en lanzar una metodología ecológica y demostraron de una manera convincente que la mayoría de la imaginería zoomorfa sobrenatural se derivaba de los cocodrílidos. Como veremos, estos cocodrílidos convertidos en seres sobrenaturales desempeñaron una parte central en los símbolos bajo los cuales se concebía la cosmología del Formativo medio.

Figura 15.3. Imágenes del dragón olmeca procedentes de vasijas de cerámica del altiplano. (Dibujo de J. E. Clark elaborado a partir de Joralemon, 1971: fig. 101.)

El reino terrenal

El reino terrenal de los olmecas se representaba de manera más explícita en la forma de cocodrílidos sobrenaturales o lo que Joralemon llama "dragón olmeca". El dragón olmeca flotaba sobre la superficie de las aguas primordiales de la creación y en alguna lucha titánica en el pasado mítico, el cuerpo de este gran leviatán se desgarró para formar la tierra y el cielo. El aspecto terrenal de este saurio sobrenatural es un tema que predomina en las representaciones del Formativo medio. En su función como superficie de la tierra, las placas óseas o escamas que forman la armadura del dorso del dragón olmeca se concebían como las montañas terrenales (véase el capítulo 14).

El dragón olmeca poseía diferentes atributos que se interpretaban en la forma de partes del cuerpo. No todas las descripciones de esta criatura contienen todos estos atributos distintivos, pero varias de ellas coinciden con bastante frecuencia en que su presencia en una representación zoomorfa sobrenatural se puede considerar definitiva para representar al dragón olmeca (fig. 15.3). Entre estos atributos podemos mencionar ojos en forma de L, o escuadra, cuando el dragón se representa de perfil y ojos de batea cuando se representa de frente. En ambos casos, los ojos están rematados por cejas flamígeras. La nariz, generalmente es aplastada y los medios de locomoción están sustituidos por un miembro que se ha llegado a conocer como la mano/garra/ala. Las representaciones de los dragones olmecas con dentadura son relativamente raras. La línea de la encía del dragón se sustituye por una línea de U invertida. Casi siempre a este monstruo le falta el maxilar inferior.

La gran fauce abierta que es una característica de casi todos los dragones olmecas representados de frente funcionaba simbólicamente como un portal entre los aspectos naturales y sobrenaturales del cosmos. Estos portales o entradas deben entenderse como rutas de comunicación entre niveles cósmicos y como puntos de acceso al poder sobrenatural. Estos puntos de acceso existen en donde la membrana que separa las esferas natural y sobrenatural se hace más delgada. Los portales como punto de acceso pueden ser características geográficas tales como montañas sagradas o estructuras hechas por el hombre, como por ejemplo, templos, o pueden estar personificados en forma de un jefe chamánico.

Figura 15.4. Monumento 9 de Chalcatzingo, Morelos, que representa la boca del dragón olmeca como portal al inframundo sobrenatural. (Fotografía cortesía de F. Kent Reilly III.)

En las tierras altas de Mesoamérica, durante el periodo Formativo medio, las fauces abiertas del dragón olmeca se representaban en forma cuadrifolia. El monumento 9 del sitio de Chalcatzingo es una soberbia ilustración de esta convención artística (fig. 15.4).

Los sellos cilíndricos del periodo Formativo son artefactos de cerámica en los cuales se representa con frecuencia al dragón olmeca en su forma abstracta o completa. Estos sellos varían de tamaño; los hay desde muy pequeños hasta sellos cuya huella desarrollada mide 8.4 x 17.1 cm. Las opiniones sobre la función de estos sellos del periodo Formativo varían, pero se ha aceptado en forma general que se usaban para imprimir sus diseños sobre otras sustancias.

En un sello del sitio de Las Bocas, Puebla, el dragón olmeca está representado como una cabeza que emerge del océano cósmico en el cual flota esta criatura. En este caso, la cabeza está compuesta por un ojo hendido bajo una ceja flamígera situada sobre una mandíbula superior que contiene un colmillo curvo volteado hacia atrás (fig. 15.5a). Una de las representaciones del dragón olmeca más importantes iconográficamente, inscritas en estos sellos, está grabada en uno de cerámica, también procedente de Las Bocas (fig. 15.5b), en el que el dragón está representado en toda su longitud, en un estilo de rayos X típicamente chamánico. La cabeza del dragón está representada de perfil y tiene únicamente un ojo en forma de L, una ceja flamígera y un hocico rizado hacia atrás. De la mandíbula superior salen cuatro colmillos curvados hacia atrás. La cabeza de esta criatura está de perfil, pero el cuerpo del dragón está volteado hacia arriba con una vista a vuelo de pájaro, que recuerda mucho las antiguas pinturas egipcias. Esta vista del cuerpo del dragón a vuelo de pájaro, representa la espina dorsal como una barra que está flaqueada (en una representación de perspectiva múltiple) por las placas óseas que cubren el dorso de los cocodrílidos. Estas placas óseas forman dos hileras almenadas a los lados, cada una de las cuales está formada por dos dobles motivos de merlones.

En un ejercicio de proyección, cuando estas filas de "escamas" almenadas se rompen en dos dobles motivos de merlón y luego se reordenan alrededor de la espina dorsal del dragón, el espectador está presentado con un motivo de la forma de la barra y cuatro puntos. De manera más específica, este patrón reordenado es una representación exacta del motivo de la barra y los cuatro puntos de las máscaras de mosaico de serpentina que se encontraron enterradas flanqueando la entrada del patio cerrado de La Venta (figs. 15.6 y 6.19).

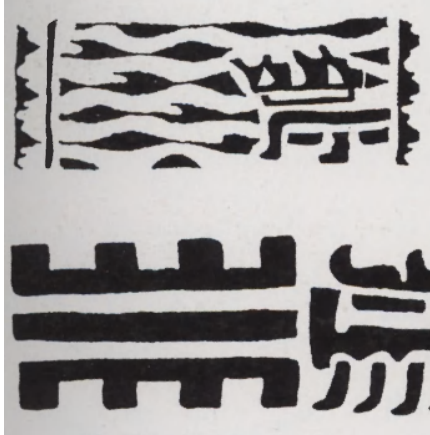


Figura 15.5. Representaciones figurativas y *pars pro toto* del dibujo tomado del dragón olmeca. a. Sello de Las Bocas, Puebla. (Dibujo de F. K. Reilly elaborado a partir de Joralemon, 1971: fig. 119.) b. Sello de Las Bocas. (Dibujo de F. K. Reilly elaborado a partir de Fields, 1974.)

El dragón olmeca de La Venta

Una de las representaciones más explícitas del dragón olmeca fue desenterrada en La Venta. Este objeto es un gran sarcófago de arenisca (2.8 metros de alto) que se encontró en el Complejo A, al extremo norte del sitio. Las caras laterales de este sarcófago (La Venta, monumento 6) estaba tan talladas que el monumento en su conjunto se percibe como una representación cocodrílida o sauria de la tierra (véase la fig. 15.7a y compárese con la 6.19). Este ente sobrenatural está flotando en bandas de agua, con las piernas extendidas hacia fuera y hacia abajo de su cuerpo. Esta postura es típica de los cocodrílidos y es idéntica a la de la imagen de un cocodrílido real parcialmente sumergido, flotando cerca de la superficie del agua (fig. 15.7b).

El dragón olmeca que figura en el monumento 6 comporta varios atributos de un cocodrilo de la vida real incluyendo la frente bifurcada y las cejas flamígeras realzadas. Las plantas de tallos escindidos que surgen a todo lo largo del dorso de este zoomorfo confirman su identidad de monstruo terrenal que funciona como la superficie de la tierra. La lengua bífida que surge de la boca de estos monstruos terrestres, junto con los colmillos escindidos de una serpiente, ponen de manifiesto que el monstruo terrenal, como todos los estilos olmecas de zoomorfos es una criatura compuesta; en este caso, un producto de la fusión de la serpiente y el cocodrílido, para formar una imagen sobrenatural. Como lo han ilustrado muchos estudiosos de Mesoamérica, las serpientes son conductores entre los reinos natural y sobrenatural. Una peculiaridad en la construcción de este dragón olmeca en especial es la presencia de una lengua bífida y dientes de serpiente escindidos. Estos atributos biológicos constituyen una señal simbólica que nos indica que esta criatura, básicamente terrestre, desempeña también una función similar de conductor sobrenatural. Un fenómeno natural del cual puede derivar esta combinación de atributos de saurio y serpiente es el hecho de que la locomoción rápida de los cocodrílidos bajo el agua se hace únicamente con su enorme cola. Así pues, un cocodrílido nadando rápido debajo del agua da la sensación nada menos que de una serpiente gigante, de largo hocico.

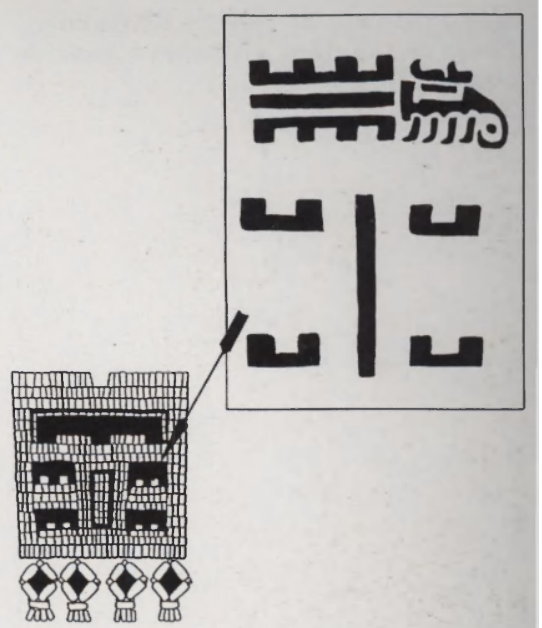


Figura 15.6. Representaciones figurativas y *pars pro toto* del dragón olmeca; comparación de diseños de sellos y de máscaras de mosaico de La Venta. Sello procedente de Las Bocas, Puebla, y la máscara 2 de La Venta, Tabasco. (Dibujo de F. K. Reilly.)

Pensaría que esta asociación del cocodrílido con la imagen esculpida del sarcófago de La Venta podría ser puesta en tela de juicio, por lo menos por el observador casual, dada la apariencia chata de la cara de este dragón olmeca. No obstante esta contradicción biológica, una explicación de esto nos la dan las imágenes olmecas incisas en una vasija del Formativo medio procedente del sitio de Tlapacoya, en el valle de México, que hoy se encuentra en el Museo Nacional de Antropología de la ciudad de México (véase la fig. 15.8 y compárese con la 14.11).

Las vistas frontal y de perfil del dragón olmeca representado en la vasija de Tlapacoya son un ejemplo visual de la segunda característica que arguye Joralemon sobre el arte religioso olmeca: la tendencia a presentar seres sobrenaturales de frente y de perfil.

El artesano que creó esta vasija, de hecho manejó un problema de doble perspectiva y de reconocimiento del espectador, al mostrar al monstruo terrestre en sus variantes de frente y de perfil. El hecho de que cada elemento que constituye la vista frontal del dragón inciso en la vasija de Tlapacoya se pueda comparar con un elemento contenido en la vista de perfil, en la misma vasija, apoya esta interpretación. Aun cuando existen algunas diferencias entre las representaciones del dragón de la vasija de Tlapacoya y la del monumento 6 de La Venta, las imágenes frontales de ambas comparten las mismas cejas flamígeras y los ojos en forma de L. Un problema interesante al cual tuvo que enfrentarse el artista que creó la vasija de Tlapacoya fue cómo mostrar la incisión, tan claramente representada entre los ojos del dragón olmeca de la vista frontal, en el conjunto de la composición de la correspondiente vista de perfil. Este problema se resolvió separando la incisión de la imagen de perfil y haciéndola girar detrás de la cabeza, como un elemento aparte.

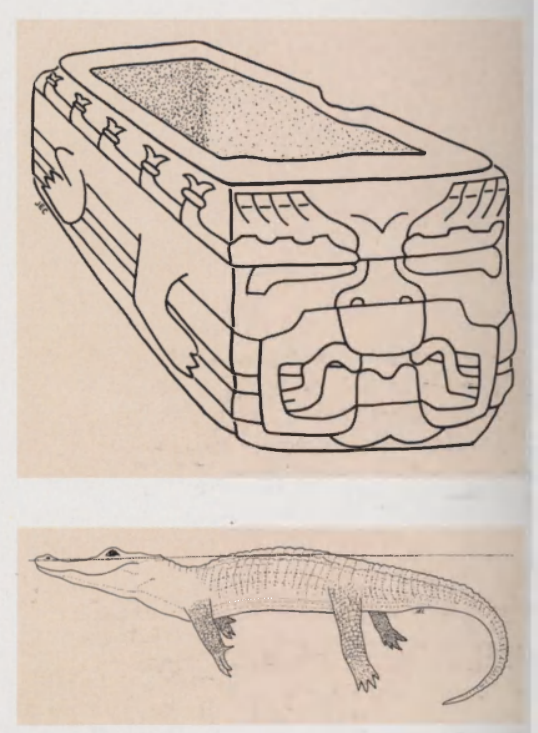
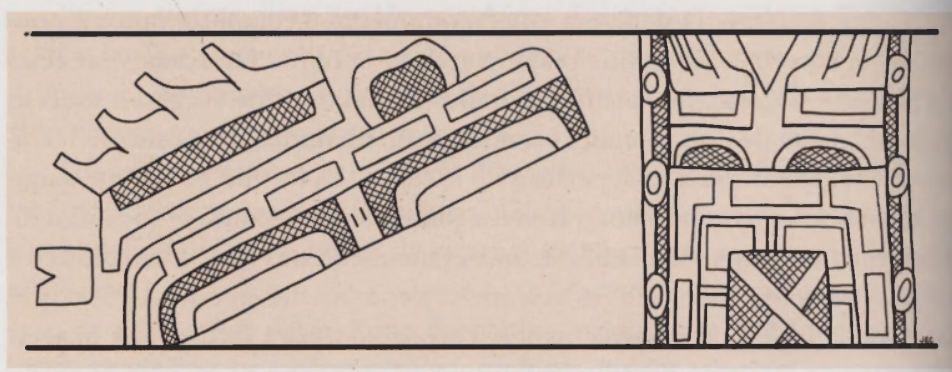


Figura 15.7. a. Monumento 6 de La Venta, Tabasco, que representa el dragón olmeca flotando como la superficie de la tierra. (Dibujo de J. E. Clark elaborado a partir de Joralemon, 1971: fig. 145.) b. Un cocodrilo en actitud de flotar. (Dibujo de J. E. Clark elaborado a partir de Graham, 1979.)

Hay dos motivos que no comparten las representaciones del dragón de la vasija de Tlapacoya y el del monumento 6 de La Venta y son las marcas en las encías en forma de U invertida y las bandas cruzadas de la boca que apa-



igura 15.8. Vasija de cerámica de Tlapacoya. Dibujo de J. E. Clark elaborado a partir de ralemon, 1971: fig. 120.)

recen sólo en la imagen de la cara de frente de la vasija de Tlapacoya. Las marcas de las encías en forma de U invertida son un remplazo estándar de todas las dentaduras en los retratos del monstruo terrenal zoomorfo, excepto en aquellos casos en que se indican colmillos descendentes. Las encías sin dientes (en U invertida) también desempeñan una función importante en la representación *pars pro toto* del dragón olmeca. Muchas de las descripciones de este monstruo terrenal inciso en la cerámica del altiplano, reducen este rasgo sobrenatural a los atributos específicos del ojo en forma de L, las cejas flamígeras, una garra y las encías desdentadas (fig. 15.9). En las composiciones escultóricas del Formativo medio, tales como la roca tallada del sitio de Las Victorias, El Salvador (fig. 15.10), una fila de encías desdentadas estaría representando la línea de la tierra.

Una de las cuestiones todavía confusas sobre la fisonomía del dragón olmeca es por qué esas encías en U sustituyen la sonrisa natural donde se muestran los dientes, esperada en cualquier criatura derivada de un cocodrílido. Por supuesto, en algunas imágenes del dragón olmeca aparecen dientes, generalmente los incisivos frontales; entre ellas, las más prominentes son las representaciones de perfil en la vasija de Tlapacoya y los colmillos de serpiente en la boca del dragón del monumento 6 de La Venta. Sin embargo, en muchas de las descripciones, las imágenes del dragón olmeca generalmente no tienen dientes. Sugiero que en el caso del dragón desdentado puede tratarse de un mito en el cual el dragón olmeca —como una metáfora de la naturaleza incontrolada— perdía su bravura al quitársele los dientes (las encías en U semejaban el alvéolo que queda en la encía después de haber extraído los dientes), para describir un reino terrenal calmado, pacífico y fructífero.

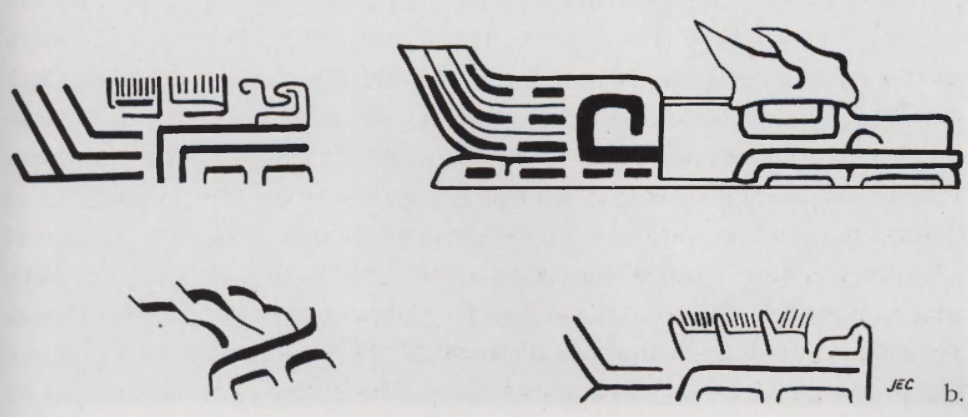
El reino celestial

El motivo de las bandas cruzadas es el segundo elemento más importante que no comparten los dragones del monumento 6 de La Venta y de la vasija de Tlapacoya. Tanto las bandas cruzadas como la hendidura en V que figuran de manera tan prominente en muchas representaciones de dragones, comportan fuertes asociaciones con el reino celestial. Incluso en la vasija de Tlapacoya el motivo de las bandas cruzadas está asociado tan sólo con la imagen que aparece de frente. Las bandas cruzadas son otro motivo que se transmite del sistema iconográfico olmeca al maya. Ciertamente en la iconografía maya, las bandas cruzadas están cargadas de fuertes asociaciones celes-

a.

tes pero no funcionan como un jeroglífico que represente el cielo. Charles Smiley sugirió que las bandas cruzadas son una réplica simbólica del punto de intersección de la eclíptica con la Vía Láctea. Si el motivo de las bandas cruzadas tiene ese significado, entonces, evidentemente simboliza el centro del cielo.

Las representaciones más frecuentes de las bandas cruzadas en el estilo olmeca están en los pectorales o en la pieza frontal de un cinturón usado por humanos y por entes antropomorfos sobrenaturales (véanse las figs. 15.1 y 15.11 y compárense con la 9.4). Esto también se da como un cuerpo que distingue entes zoomorfos sobrenaturales, tales como algunas representaciones del dragón (fig. 15.12). Pero si el dragón olmeca es una criatura terrenal ¿por qué a veces se distinguía con bandas cruzadas? No cabe duda



b.

Figura 15.9. a. Vasija de cerámica de Tlatilco. b
Representaciones abstractas del dragón olmec
de vasijas de cerámica de las tierras alta
(Dibujo de J. E. Clark elaborado a partir
Joralemon, 1971: fig. 101.)

Figura 15.10. Encías en forma de U invertida (desdentadas) del dragón olmeca que indican la línea del suelo. Bajorrelieve procedente de Las Victorias, El Salvador. (Dibujo de F. K. Reilly elaborado a partir de Joralemon, 1971: fig. 13.)

de que el monumento 6 de La Venta es una representación terrenal y esta representación es cierta por la vegetación que brota del dorso del dragón y su localización en el océano primordial (representado por las bandas de agua). Sin embargo, esta asociación terrenal de vegetación y agua, no aparece en la representación del dragón de la vasija de Tlapacoya. La colocación del motivo de bandas cruzadas en la representación frontal nos abre la posibilidad de otra interpretación de las imágenes de los dragones asociadas con el motivo de las bandas cruzadas. En el caso de la vasija de Tlapacoya, este motivo probablemente indica una bestia celeste.

En el arte maya clásico se solía representar el cielo como un derivado de un gran cocodrílido sobrenatural. El cuerpo de este monstruo cósmico ostenta con frecuencia bandas cruzadas y otros símbolos celestes. En Chalcatzingo podemos apreciar una imagen similar que surge sobre un motivo (la S acostada [ᔕ]) que funciona como un símbolo celestial (figs. 15.13 y 10.7). La estrecha asociación de las bandas cruzadas con la imaginería celestial, muy probablemente indica que la imagen frontal de la vasija de Tlapacoya es un monstruo celestial. La localización de este monstruo en oposición a la de la imagen de perfil de la misma vasija, probablemente se entendió como una imaginería cosmológica que representaba la tierra y el cielo; sin embargo, esta interpretación es menos segura. Si las bandas cruzadas funcionaban al menos como una localización celeste, y con más probabilidades como un indicador celestial, queda claro que el dragón olmeca de Joralemon es en realidad la representación de dos criaturas o de un solo monstruo con ambos aspectos: terrenal y celeste al mismo tiempo.

Símbolos celestes y locaciones del cielo

Muchos investigadores concuerdan en que el concepto de estratos es inherente a los modelos cósmicos de Mesoamérica. Un símbolo del periodo Formativo que designa el reino del cielo es el motivo de la S acostada. Sin embargo existen muy pocos ejemplos con este motivo en la zona nuclear de la costa del Golfo; pero esto puede ser producto de las limitadas evidencias arqueológicas. A pesar de ello, el monumento 7 de San Lorenzo (fig. 15.14) es prueba de que fue en la zona nuclear olmeca donde se creó el símbolo de la S acostada o de que fueron los primeros en representarlo en una forma visual permanente. En el caso de esta escultura de San Lorenzo, la S acostada está tallada en el flanco izquierdo de un felino acéfalo echado. La semblanza de la S acostada con un felino zoomorfo se volverá especialmente importante a medida que examinemos la escultura de dos sitios del altiplano del periodo Formativo.

Si los ejemplos de la S acostada fueron raros en la zona nuclear olmeca del Formativo temprano, la abundancia de este elemento simbólico en Chalcatzingo es impresionante. El relieve escultórico mejor conocido en Chalcatzingo es el monumento 1 (fig. 10.3). Un análisis estructural de este monumento nos revela la posición central del elemento de la S acostada en el conjunto de la composición escultórica. La persona representada en el monumento 1 de Chalcatzingo (figs. 15.15 y 15.16) porta un alto tocado y una larga túnica, y está sentada entre las fauces abiertas de un gigante zoomorfo sobrenatural o "monstruo de la cueva". El individuo, ricamente ataviado, está sentado en una banqueta o trono con la forma de una voluta en

forma de S acostada; en sus brazos detiene también una S acostada en una postura ceremonial.

Al colocar esta figura humana en la boca del "monstruo de la cueva", zoomorfo, el artista empleó la metáfora de las fauces abiertas para definir la ubicación del individuo sedente, como la conjunción de los mundos natural y sobrenatural. Arriba de la figura y en el hueco de las fauces abiertas, aparecen dos representaciones de vegetación brotante, quizá maíz. Sobre esta vegetación, se supone que en el cielo, hay tres conjuntos de nubes, tres estratos. De cada uno de estos tres conjuntos de nubes cae una espesa cortina de lluvia que está representada como las púas de un peine; sin embargo no indica si esa cortina de agua llega al suelo.

También cayendo de estos tres estratos de nubes del monumento 1, pero descendiendo hacia el suelo y después sobre la vegetación que brota, se ven gotas de lluvia con forma de signos de admiración o de falos.

Las grandes volutas de humo o neblina que emergen de las fauces abiertas del monstruo de la cueva se han interpretado como nubes que surgen de la cueva, que habían entrado previamente para ser fertilizadas, y convertirse

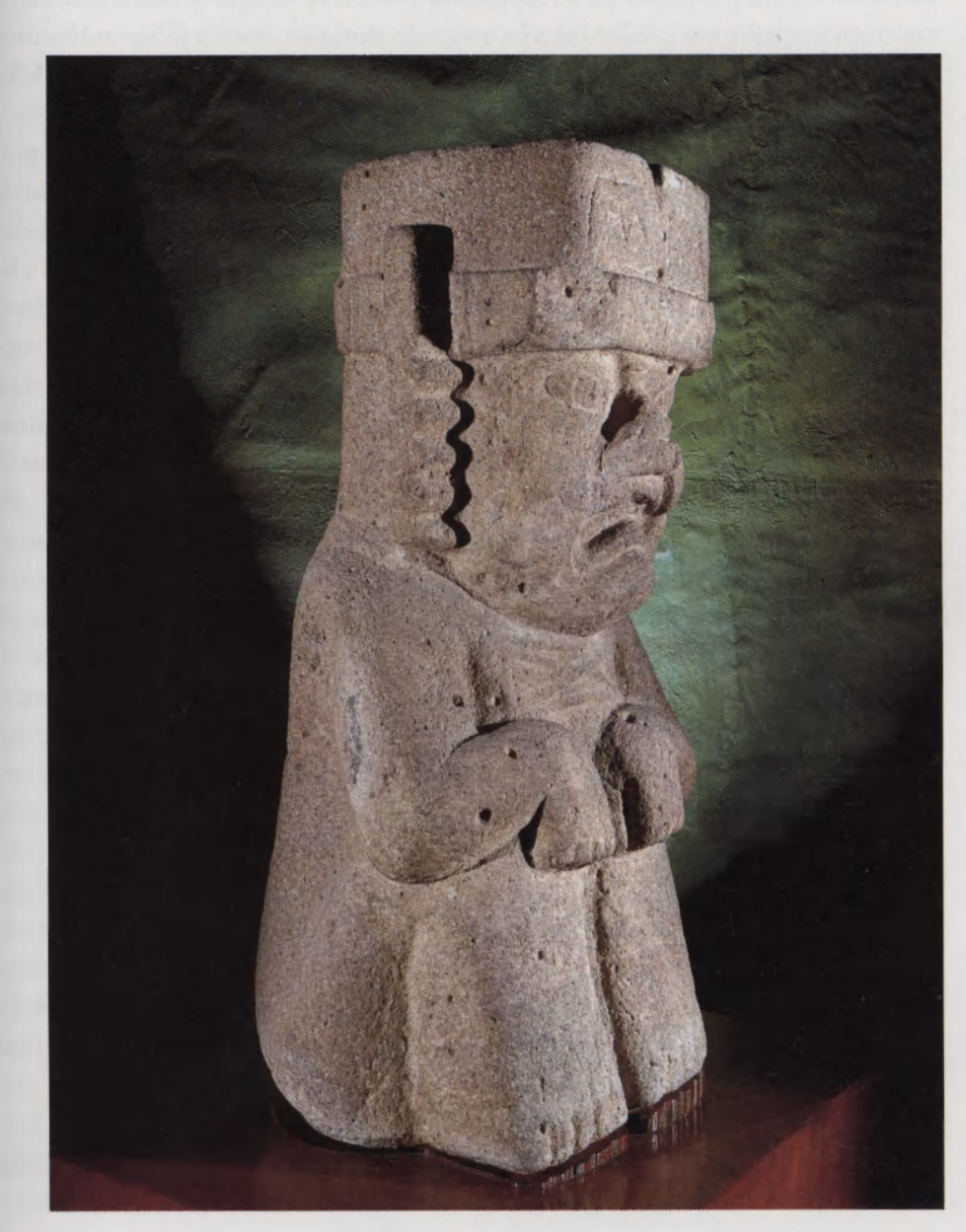


Figura 15.11. Monumento 52 de San Lorenzo, Veracruz, que muestra la placa con una X de San Andrés.

así en fuente de lluvia. De acuerdo con esta interpretación, el personaje central, elaboradamente ataviado, sentado en el portal de las fauces abiertas, está vinculado tanto con el otro mundo sobrenatural —por el hecho de que él (o ella) está sentado en la boca de este ente sobrenatural— como con la vivificante lluvia de las nubes que están arriba.

La pregunta que surge ahora es cuál es la relación entre los elementos de la S acostada y los símbolos de las nubes tan profusos en el monumento 1 de Chalcatzingo. Basándonos en el principio de sustitución iconográfica que dice que cada dos signos independientes que se sustituyen en el mismo contexto deben tomarse como equivalentes, vemos en el monumento 1 de Chalcatzingo y en otras imágenes cercanas, que el conjunto sustituto incluye la S acostada, las gotas de lluvia fálicas y los símbolos de nubes del monumento 1 de Chalcatzingo. El monumento 31 de Chalcatzingo, recientemente descubierto (fig. 15.17), nos ofrece una prueba contundente de que la S acostada puede sustituir al motivo de la nube.

El monumento 31 de aproximadamente un metro de alto, es una especie de estela hecha en una laja de roca, recientemente descubierta en Chalcatzingo. El monumento representa un felino desgarrando a una víctima humana sobre la cual caen tres gotas de lluvia de forma fálica sobre una S acostada. Ciertamente esta sustitución de la S acostada por el símbolo de la nube es un fuerte soporte para identificar una nube con la S acostada.

La identificación sobrenatural de este feroz felino está apoyada por dos elementos iconográficos, una ceja flamígera, que es un motivo vinculado con otros entes sobrenaturales como el dragón olmeca, y un elemento que lleva en su oreja, que muchos estudiosos han comparado con el glifo de Venus o Lamat del periodo Clásico maya (véase el capítulo 14). Este mismo elemento también aparece en la oreja de un felino en el monumento 4 de Chalcatzingo (figs. 1.1 y 14.17). Este felino es uno de una pareja; ambos están representados con cejas flamígeras y aparecen desmembrando a una víctima humana. Sin embargo sólo el felino de la parte superior porta el mismo elemento de la oreja que el felino del monumento 31. El hecho de que los felinos de los monumentos 31 y 4 lleven el mismo elemento simbólico en la oreja y que ambos estén representando el mismo acto sanguinario sugiere que las dos esculturas describen al mismo felino sobrenatural.

Si aplicamos el principio de la sustitución iconográfica a las representaciones de los felinos del periodo Formativo, podemos mostrar que por lo menos tres imágenes pueden aparecer asociadas con la S acostada, el símbolo de la oreja del felino y la sangre derramada. El monumento 7 de San Lorenzo lleva la S acostada en uno de sus flancos. El monumento 31 de Chalcatzingo muestra la S acostada derramando gotas de lluvia de forma fálica sobre el felino que aparece atacando a una víctima humana. El felino del monumento 31, entre otros de sus atributos sobrenaturales, comporta un elemento simbólico específico en su oreja. También en el monumento 4 de Chalcatzingo (fig. 14.17) aparece un felino salvaje, con las orejas marcadas de manera especial, destruyendo a una víctima humana.

Estos ejemplos nos muestran que el elemento de la S acostada, los felinos y la sangre derramada están combinados en un complejo simbólico de sacrificio y fertilidad.

Obviamente, no se puede pasar por alto el símbolo de la S acostada sin antes preguntarnos por qué se necesitaban dos símbolos de nubes en el *corpus* de la iconografía del periodo Formativo medio. Yo creo que la S acostada no sólo simboliza *nube,* sino que también funcionaba como un indicador simbólico de algún lugar celestial en escenas narrativas (véase el capítulo 14). Ciertamente las nubes son, sin lugar a dudas, fenómenos celestiales, aunque existen manifestaciones terrestres en la neblina, el incienso y la bruma que emergen de las cuevas. Es muy probable que la necesidad de identificar específicamente lugares en el cosmos de tres niveles, surja del hecho de que las nubes, así como otros objetos celestiales, tuvieron manifestaciones terrenales en esos fenómenos naturales, tales como la neblina y la bruma.

Otra escultura de Chalcatzingo tallada en la roca, que corrobora la identificación celestial de la S acostada, es el monumento 5 (figs. 15.13 y 10.7). Esta talla en bajorrelieve consiste en una criatura, especie de reptil, grande y ondulante, con cabeza de cocodrílido.

El cuerpo de este ser zoomorfo sobrenatural está inciso con bandas cruzadas (símbolo celestial) y otras marcas muy deterioradas que se han interpretado como plumas, escamas de pescado o piel de cocodrilo. Esta feroz criatura está representada en el momento de devorar o de regurgitar a una figura humana. Este personaje está claramente delineado, excepto su pierna izquierda que está profundamente metida en la garganta del monstruo. La escena parece estar sucediendo sobre tres motivos de S acostada, lo que identifica a esta criatura como un dragón celestial.

¿Por qué, pues, la figura central sedente del monumento 1 (fig. 15.16) está entronizada en una S acostada y lleva en sus brazos una S acostada en una actitud ceremonial? Parece ser que en el monumento 1, la S acostada sobre la cual está sentada la figura central funcionaba como un localizador, y de la misma manera, establecía un lugar en el cielo para los saurios sobrenaturales mencionados más arriba. Los elementos de S acostada del monumento 1 funcionaban como verbos simbólicos que señalaban fenómenos celestiales en el reino terrenal.

Durante la prehistoria mesoamericana los ancestros estaban íntimamente ligados con un lugar celestial. Los ancestros, así como algunos fenómenos sobrenaturales, se podrían manifestar en un espacio natural por el humo que surgía de un ensangrentado papel de corteza que se quema en una vasija que contiene sangre. El humo que sale de la vasija se interpretó como la serpiente imaginaria que vomita la visión ancestral y así se representaba en las composiciones artísticas. Tal como los antepasados del periodo maya Clásico se representaron saliendo de la boca de serpientes imaginarias generadas por humo, la figura sedente del monumento 1 de Chalcatzingo está enmarcada por la boca de un ente sobrenatural. También estas fauces abiertas que detienen la figura celestial entronizada vomitan volutas de humo. Si mi hipótesis es correcta, la figura central del monumento 1 de Chalcatzingo se puede identificar como una figura ancestral que se manifiesta en un espacio natural a través de las volutas de humo. Esta interpretación de la figura del ancestro se comprobó posteriormente por el trono en S acostada que sitúa a la figura sedente en el reino celestial.

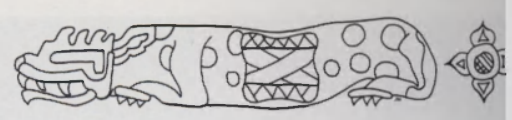


Figura 15.12. Representación del motivo d bandas cruzadas que lleva un dragón celest del periodo Formativo. Imagen del dragó olmeca en una vasija de cerámica procedent de Tabasco. (Dibujo de J. E. Clark elaborado partir de Joralemon, 1971: fig. 95.)

Figura 15.13. Monstruo celestial estilo olmec Monumento 5 de Chalcatzingo, Morelos. (Dibu jo de J. E. Clark elaborado a partir de Joral mon, 1971: fig. 244, y Angulo, 1987: fig. 10.18.)

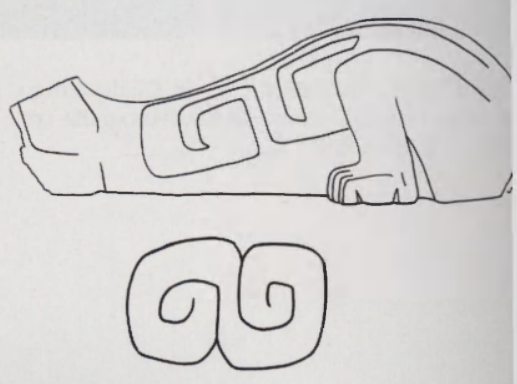


Figura 15.14. Monumento 7 de San Lorenzo Veracruz. (Dibujo de J. E. Clark elaborado partir de Coe y Diehl, 1980: fig. 430.)

Figura 15.15. Monumento 1 de Chalcatzingo, Morelos, conocido como *El rey*. (Fotografía cortesía de F. Kent Reilly III.)

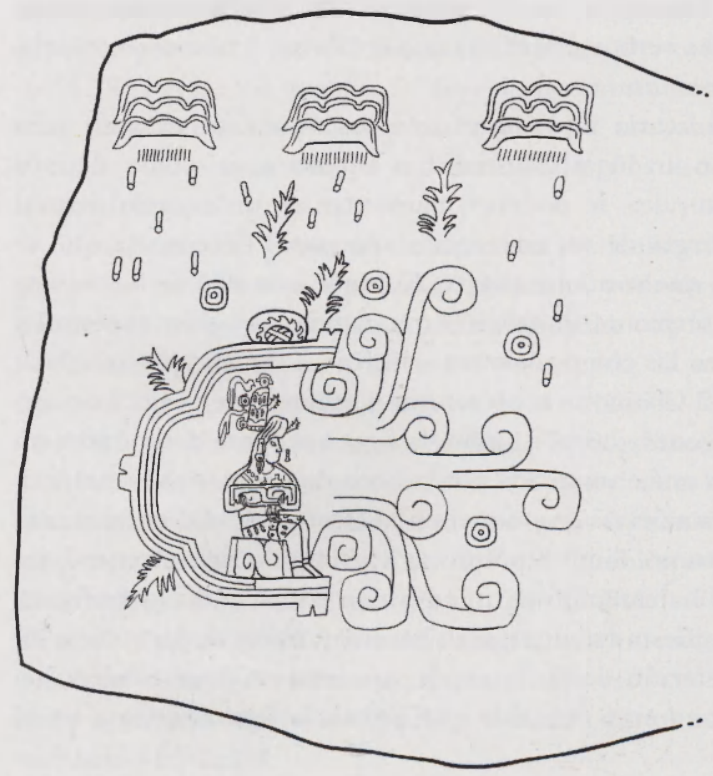


Figura 15.16. Monumento 1 de Chalcatzingo, Morelos. (Dibujo de J. E. Clark elaborado a partir de Coe, 1965: fig. 10.)

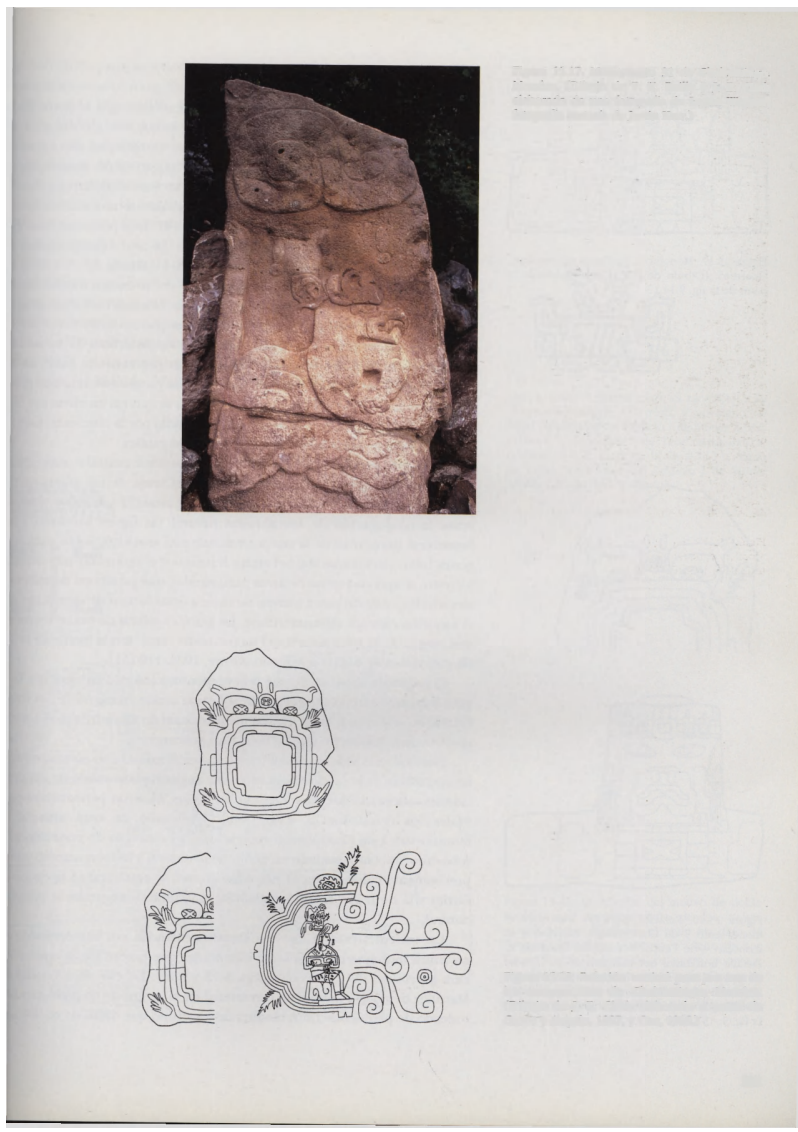


Figura 15.17. Monumento 31 de Chalcatzingo, Morelos. (Dibujo de F. K. Reilly y J. E. Clark elaborado de una fotografía de Logan Wagner; fotografía cortesía de Justin Kerr.)

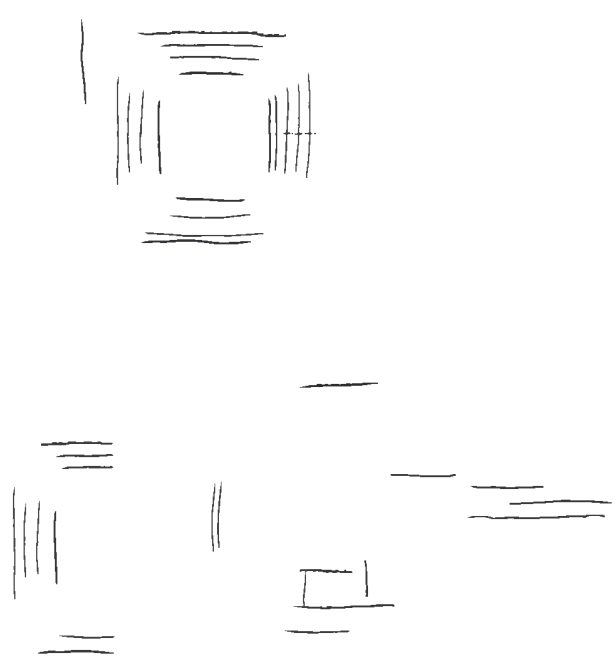


Figura 15.18. Relación vertical *pars pro toto* de los monumentos de Chalcatzingo, Morelos. (Dibujo de J. E. Clark elaborado a partir de Grove y Angulo, 1987, y Coe, 1965.)

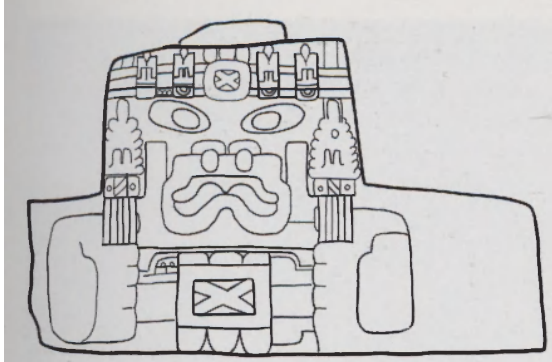


Figura 15.19. Monolito 1 de Teopantecuanitlán, Guerrero. (Dibujo de J. E. Clark elaborado a partir de la fig. 9.14.)

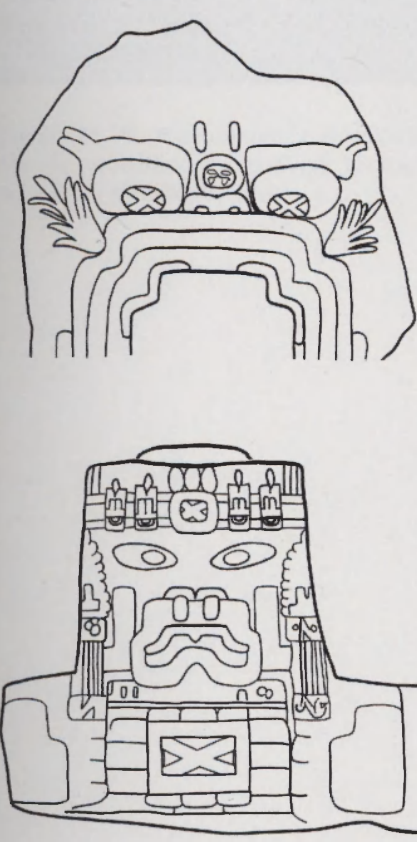


Figura 15.20. Relación *pars pro toto* entre el monumento 9 de Chalcatzingo, Morelos, y el monolito 4 de Teopantecuanitlán, Guerrero. a. Detalle horizontal del monumento 9. (Dibujo de J. E. Clark elaborado a partir de Grove y Angulo, 1987.) b. Monolito 4 de Teopantecuanitlán. (Dibujo de J. E. Clark elaborado a partir de la fig. 9. 13.).

Acceso a lo sobrenatural

Se pueden usar otros símbolos olmecas para demostrar que el portal de lo sobrenatural y el dragón olmeca estaban vinculados y subdivididos en un juego simbólico de significado metafórico. Entre los ejemplos más impresionantes de esta interconexión de motivos está el motivo de flor cuadrifolia, i.e [✤]. En una representación del monumento 9 de chalcatzingo, discutido más arriba, este elemento cuadrifolio claramente muestra las fauces abiertas de un zoomorfo sobrenatural (fig. 15.18). Esta poderosa y notable escultura es una de las grandes obras maestras del arte mesoamericano. El monumento 9 es una losa basáltica, autoestable, horadada, de 1.8 metros de altura y 1.5 metros de ancho, que se trasladó del principal montículo del Formativo a principios de la década de 1960. La boca abierta de esta imagen sobrenatural es lo suficientemente amplia para que un individuo se pueda arrastrar hacia su interior. Sobre la parte superior de la boca de forma cuadrifolia se ven dos ojos sobre los cuales hay un promontorio como en los ojos de los cocodrílidos. Entre esos ojos hay una cartela redonda que rodea una cara con colmillos. Sobrepasando la cartela se aprecia un elemento bilobular. De cada una de las cuatro esquinas formadas por la intersección de las partes de la boca cuadrifolia surgen elementos vegetales.

En el monumento 1 de Chalcatzingo, la persona central —muy probablemente una representación del fundador del linaje de los soberanos del lugar— que se encuentra en la boca de este zoomorfo sobrenatural representa la conjugación de los mundos natural (la figura humana) y sobrenatural (monstruo de la cueva en donde está sentado). Sobre estas imágenes interrelacionadas del soberano humano y el monstruo sobrenatural terrestre se aprecian gotas de lluvia puntiagudas, que provienen de nubes en tres niveles, cayendo sobre plantas de maíz u otras formas de vegetación. En el esquema cósmico mesoamericano, las grandes volutas de humo o neblina que surgen de la boca abierta del monstruo terrenal, son la fuente de la lluvia y las nubes de donde provienen (Grove, 1984: 110-111).

El propósito temático de este relieve monumental es demostrar que la figura humana central es la que, a través de una acción ritual, nutre a la lluvia. Grabando este ritural en la piedra, los soberanos de Chalcatzingo del periodo Formativo hacían público su derecho a gobernar.

Estos mismos soberanos, quienes a su vez se convertían en ancestros, al usar el relieve 1 de Chalcatzingo como un registro permanente de sus capacidades sobrenaturales para asegurar las lluvias, hicieron permanentes y actuales los resultados de este ritual. Expresado de otra manera, el monumento 1 de Chalcatzingo representaba el concepto de oposiciones: el sobe-rano/ancestro, sentado en el filo de lo natural y lo sobrenatural, estaba precisamente colocado en el fiel sobre el cual se equilibraban la época de lluvias y la de secas; en otras palabras, el soberano aseguraba la armonía natural.

Las recientes excavaciones en Teopantecuanitlán nos han revelado una escultura monumental tallada de manera tal que parece ser la representación horizontal del cuadrifolio (figs. 9.13 y 9.14). En este sitio, Guadalupe Martínez descubrió un recinto ceremonial en el centro de un patio hundido rodeado de paredes de finos bloques de travertino que datan de *ca.* 900 a.C.

(. 9.9). la e s e l de es s m s de l d t l d s cuatro monumentos monolíticos, de una similitud impresionante, en forma de T invertida (fig. 15.19). Estos cuatro monumentos fueron arrojados al patio hundido y enterrados cuando, en fechas posteriores, se agrandó el recinto. Cada monumento pesa por lo menos tres toneladas y presenta la imagen tallada de una cara de frente, de los seres sobrenaturales del estilo olmeca. Cabe destacar que en un caso todavía perduran vestigios de pintura roja en la boca con las comisuras hacia abajo del huraño ser sobrenatural. La hosca cara de estos seres sobrenaturales, vista de frente, se puede encontrar en muchos ejemplos de arte movible. Sin embargo, la forma de T invertida de estos grandes monumentos está completamente ausente en el *corpus* de las esculturas monolíticas de la zona nuclear olmeca.

Los entes sobrenaturales tallados en el frente de cada uno de los cuatro monolitos tienen la boca con el labio superior proyectado y las comisuras hacia abajo, clásicas del monstruo-jaguar olmeca. Las manos de estos seres empuñan haces (en la literatura generalmente se refieren a ellos como antorchas) (véase el capítulo 14). Sin embargo, Virginia Fields (1991) demostró

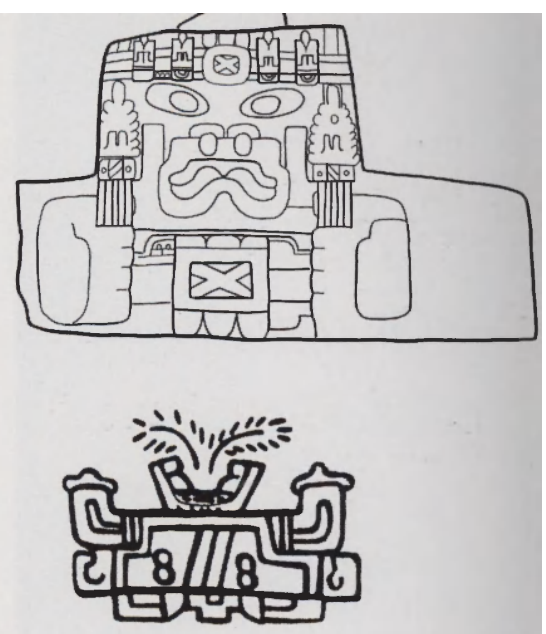


Figura 15.21. Relación entre el monolito 1 de Teopantecuanitlán, Guerrero, y un signo de lugar procedente del Edificio J de Monte Albán, Oaxaca. a. Monolito 1 de Teopantecuanitlán. (Dibujo de J. E. Clark de la fig. 9.14.) b. Signo de lugar procedente del Edificio J de Monte Albán. (Dibujo de J. E. Clark.)

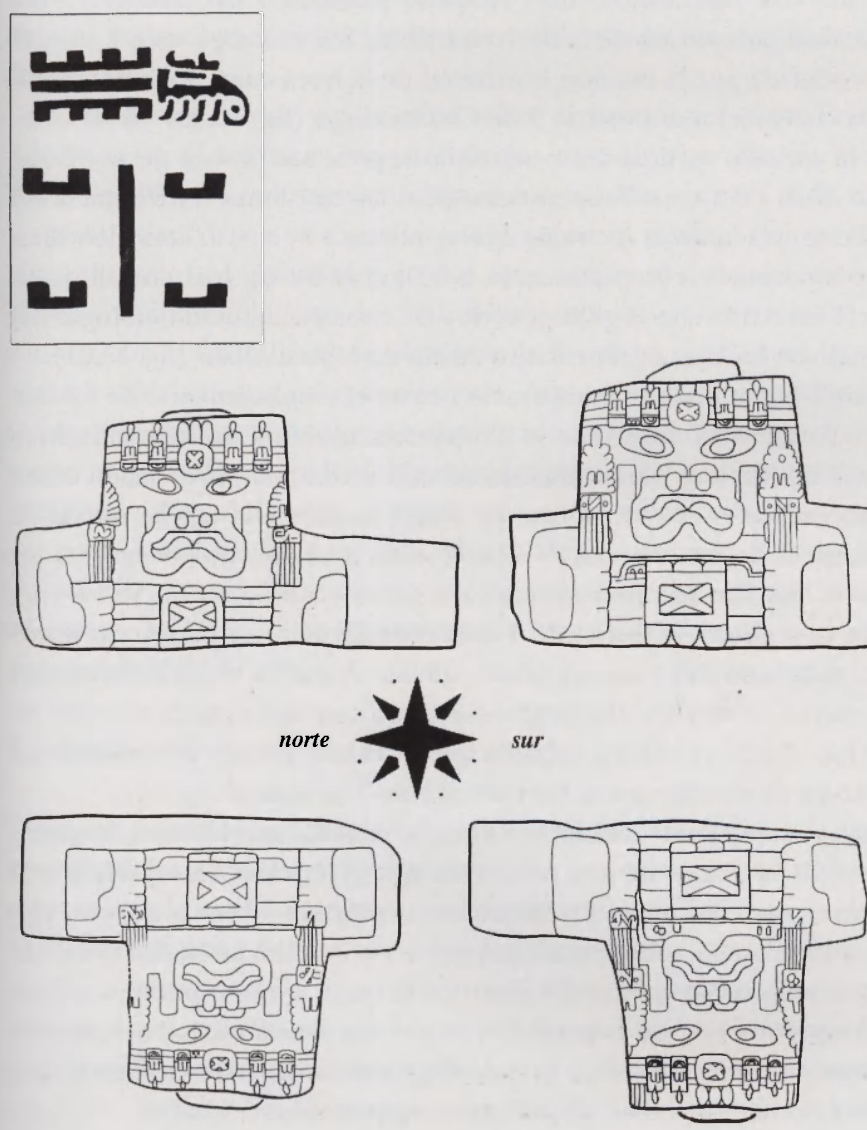


Figura 15.22. La relación del motivo de doble merlón y el emplazamiento de los cuatro monolitos que flanquean el patio hundido de Teopantecuanitlán, Guerrero. a. Sello de Las Bocas, Puebla. b. Vista de los cuatro monolitos que flanquean el patio hundido de Teopantecuanitlán. (Dibujo de F. K. Reilly y J. E. Clark elaborado a partir de Martínez, 1985, y figs. 9.13 y 9.14.)

Figura 15.23. Figura de jadeíta de Tehuacán, Puebla, que lleva un traje del árbol del mundo central (Formativo medio), con cuatro elementos que lo flanquean. (Dibujo de J. E. Clark elaborado a partir de Piña Chan, 1989: fig. 56.)

que esas antorchas generalmente representaban haces de plantas de maíz. La apariencia esponjosa y de espiga del extremo superior de los haces que sostienen en las manos las cuatro figuras de Teopantecuanitlán nos corrobora la interpretación vegetal de este motivo. Estos haces también comportan un doble motivo de merlones y están asegurados con un nudo (probablemente hay dos más que no se pueden ver porque los tapan los brazos y las manos que los empuñan) colocado justo sobre el extremo de las manos.

La banda que rodea la cabeza cuadrada de cada ser sobrenatural está bordeada con elementos amarrados a ella. El motivo central es un círculo alrededor de un motivo de bandas cruzadas coronado con un elemento trifolio. El motivo central está flanqueado por dos pares de rectángulos que surgen. Cada uno de ellos contiene un doble merlón colocado sobre un elemento semicircular con inflorescencias de espigas.

La banda de la cabeza de cada uno de estos cuatro monolitos está amarrada con un elaborado nudo.

En términos estructurales, ¿de qué manera corresponden estos monolitos en forma de T invertida a los monumentos de Chalcatzingo descritos más arriba? Como ya dijimos, el monstruo de la cueva del monumento 1 de Chalcatzingo es un perfil, una representación *pars pro toto* de las fauces cuadrifolias abiertas del monumento 9 de Chalcatzingo. La forma peculiar de T invertida de los monolitos de Teopantecuanitlán es también una representación *pars pro toto* de la flor cuadrifolia. Sin embargo, esta T invertida está producida por la escisión horizontal de la boca cuadrifolia del monstruo de la cueva del monumento 9 de Chalcatzingo (fig. 15.20). Si en Chalcatzingo la escisión vertical del cuadrifolio representa la vista de perfil del monstruo de la cueva, en Teopantecuanitlán las escisiones horizontales del cuadrifolio representan la montaña que contiene a la cueva. Esta identificación se puede hacer comparando la configuración de los monolitos en forma de T invertida con el glifo genérico del montículo, usado en lugar del signo tallado en las lajas del Formativo tardío de Monte Albán (fig. 15.21).

Se puede hacer una útil comparación entre el emplazamiento de los monolitos en forma de T invertida de Teopantecuanitlán y un sello cilíndrico procedente de Tlatilco. Como ilustramos más arriba, una proyección sobre las protuberancias óseas con forma de doble merlón y la espina dorsal en forma de barra de este zoomorfo reproducían el diseño de los pavimentos de mosaico que flanquean la entrada del patio cerrado de La Venta (fig. 15.6). Los monolitos en forma de T invertida forman un patrón de doble merlón a cada lado del patio hundido, similar al patrón de protuberancias óseas en forma de merlón del dorso del dragón terrenal olmeca del sello de Tlatilco (fig. 15.22). ¿Cuál era, pues, la identificación visual y la metáfora del cuadrifolio en su manifestación horizontal o de T invertida?

En esta cosmología de múltiples planos, se pensaba que la tierra, hogar de la humanidad, flotaba en un mar primordial que la rodeaba. La superficie real de la tierra se concebía como un monstruo cocodrílido sobrenatural y las placas óseas o las protuberancias escamosas del dorso eran las montañas del mundo. Las cuadrículas y los trazos del plano de la tierra eran los puntos cardinales con el cenit en el centro concebido como el *axis mundi* o árbol del mundo. En el mundo natural, estos cinco puntos de la cuadrícula terrestre (norte, sur, este, oeste y centro) se podían identificar como montañas o árboles.

se infinito — cabido en tres niveles, posteriormente se ordenó en un panorama sacro de elementos naturales y sobrenaturales. El acceso entre lo natural y lo sobrenatural se hacía a través de portales, que podían ser naturales, como cuevas, montañas y árboles, o ser creados a través de los ritos, las acciones de los soberanos y la construcción de templos, plazas y patios hundidos. Sin embargo, el portal entre lo natural y lo sobrenatural alcanzaba su parte más permeable en cualquier punto que fuera descrito como el centro de los cinco puntos de la cuadrícula natural y, por tanto, la localización del *axis mundi*.

Para los olmecas y otras sociedades mesoamericanas del Formativo, los patios hundidos eran una característica arquitectónica importante y funcionaban como el umbral entre los reinos natural y sobrenatural, y por tanto eran escenario de actos rituales. El patio hundido de Teopantecuanitlán era uno de esos umbrales. Funcionalmente, la forma de los monolitos en T invertida, empotrados en las paredes del patio hundido, pudo representar las cuatro montañas direccionales para los sacerdotes que realizaban los rituales en el patio. Las bandas de la cabeza con los elementos trifolios que llevan los zoomorfos tallados en los monumentos, funcionarían de manera similar a los cuatro símbolos de maíz que brota, para representar el modelo cósmico de los cinco puntos (figs. 15.23 y 8.10). En el caso del patio hundido de Teopantecuanitlán, la posición central del árbol del mundo podría haber sido el soberano local vestido con su atavío de árbol del mundo.

Para el observador que se sitúe sobre el patio y por tanto fuera de él, sólo se vería el extremo superior de los monolitos como un motivo de doble merlón. La colocación de un doble merlón en cada lado del patio hundido identifica este espacio ritual como el umbral del otro mundo sobrenatural. Los elaborados nudos, que serían el único elemento de la banda trifolia visible para los individuos situados sobre la parte alta del patio, y por lo tanto fuera de él, toman la forma ya sea de una boca sobrenatural abierta o una boca desdentada. Ambos motivos de nudos comportan un significado simbólico de aberturas sobrenaturales, que apoyan con creces mi identificación de doble merlón/portal del patio hundido de Teopantecuanitlán. Así pues, al igual que en la cueva sobrenatural representada en el monumento 1 de Chalcatzingo, el doble merlón hundido describe el espacio como un modelo cósmico, así como la situación del límite entre lo natural y lo sobrenatural y como tal, como un poderoso sitio de celebración de rituales.

Figura 15.24. Estela 25 de Izapa, Chiapas, una representación del árbol-cocodrilo.

El soberano olmeca como el árbol del mundo

Todas las cosmologías chamánicas tienen un *axis mundi* que vincula los reinos celestial, terrestre y del inframundo. El *axis mundi* no era menos fundamental para la cosmología mesoamericana en general, y para la olmeca en particular. El árbol del mundo era un intermediario sagrado entre los reinos de la tierra, el cielo y el inframundo. En el Nuevo Mundo, el concepto del árbol del mundo como *axis mundi* no se limitaba a las poblaciones precolombinas de Mesoamérica. Muchos grupos nativos americanos, incluyendo las poblaciones contemporáneas mayas y las comunidades zoque en

Chiapas, todavía poseen una cosmología en la cual el concepto del árbol del mundo funciona de manera prominente. Susan Gillespie destaca que entre los mayas de Yucatán persiste la creencia de que la enorme ceiba soporta la bóveda celeste y sirve de camino para que las almas de los muertos puedan alcanzar el cielo: en un texto maya del siglo XVII se asevera que los fundadores del linaje surgieron de las raíces de la ceiba. En gran parte del pensamiento cosmológico de Mesoamérica se tenía la creencia no de un árbol del mundo, sino de cinco. Estos cinco árboles correspondían a las direcciones del mundo: este, oeste, norte, sur y centro. También servían como conductos para el movimiento de poder sobrenatural de un reino cósmico a otro.

En la estela 25 del sitio de Izapa, del Formativo tardío, el árbol del mundo toma la forma de un cocodrílido en posición vertical (fig. 15.24). El periodo maya Clásico pudo haber representado también el árbol del mundo como un cocodrílido sobrenatural en posición vertical al igual que en las representaciones cruciformes más familiares. Sin embargo, los olmecas ciertamente fueron los más responsables de la creación de este concepto sáurico del árbol del mundo que pudo surgir de las constantes recombinaciones de los elementos simbólicos que conciben la ideología del dragón olmeca.

Aunque el árbol del mundo sáurico desempeñaba un papel importante en la iconografía de la cosmología y el gobierno del Formativo medio, no era la forma predominante de representarlo. Por el contrario, en el periodo Formativo medio, el árbol del mundo se muestra con más frecuencia como una representación cruciforme de vegetación o como el motivo trilobulado. En esta forma de cruz, el árbol del mundo brota de las cabezas de figuras antropomorfas (fig. 15.25) o del motivo de doble merlón.

Virginia Fields ha demostrado en forma concluyente que el árbol del mundo del Formativo medio se concebía como una planta de maíz. También ilustró, con todo éxito, que el elemento trilobular que se usa en el tocado de los soberanos del Formativo medio es el prototipo del Dios Bufón —el elemento central de la banda real maya de la cabeza (fig. 15.26). Si aceptamos los argumentos sobre la identidad del motivo trilobulado como una forma abstracta de maíz y del árbol del mundo, es obvio que cuando un individuo usaba el motivo trilobular como diadema, era una manera de asociarse con el árbol del mundo — ¡si es que realmente no demandaba funcionar él mismo como tal!

Es interesante ver que el ancestro trifolio del tocado del Dios Bufón del periodo maya Clásico, se usa con frecuencia en las inscripciones del Formativo medio como zoomorfos sobrenaturales. En Teopantecuanitlán, Guerrero, hay un ejemplo impresionante, que son los cuatro remates, entes sobrenaturales en forma de T invertida; todos ellos están representados con el prototipo del tocado del Dios Bufón. Al igual que en el caso del tocado trifolio usado por el soberano humano, el que portan los cuatro entes sobrenaturales consiste en un elemento trifolio flanqueado por dos pares de semillas de maíz germinado. El tocado trifolio en sí, surge de un motivo de bandas cruzadas que está encerrado en un círculo. Cuando se aplica el mismo principio de proyección a estas bandas trifolias de la cabeza, ante el observador se revela un cosmograma de cinco puntos (fig. 15.27).

El rito olmeca también originó el atuendo del *axis mundi* o árbol del mundo que desempeñaría este papel crucial en el *status* sobrenatural de los soberanos del periodo Formativo. En el arte olmeca, los cosmogramas en los que el árbol del mundo era central, generalmente tenían la configuración de cinco puntos. En las representaciones artísticas en las que el soberano del Formativo medio, en su identidad de árbol del mundo, ocupa la posición central en ese cosmograma de cinco puntos, los otros puntos se identifican como semillas de maíz germinado.

Representaciones explícitas de este cosmograma de cinco puntos se ven incisas en dos hachas de jade de Arroyo Pesquero (fig. 15.28); una muestra una figura humana que lleva una máscara bucal que en muchos aspectos se parece a la que va unida al conjunto que forma la máscara de la vasija de Chalcatzingo (fig. 14.7). La figura de Arroyo Pesquero también lleva un alto tocado con un notorio nudo atado en la parte de atrás. Este tocado está compuesto por diferentes elementos simbólicos, entre los que se cuenta una banda en la cabeza, coronada por el motivo de doble merlón. Saliendo de este doble merlón hay una orla bifurcada, que quizá represente plumas, de la cual surge un elemento vegetal trilobulado.

La figura incisa en el hacha de Arroyo Pesquero nos ofrece una imagen de un soberano del periodo Formativo como el *axis mundi.* La identidad del soberano como tal se comunicaba por los elementos del vestido y por motivos que identificaban a la figura humana como el árbol del mundo. El elemento de tres picos representaba la corona que surgía del árbol del mundo.

Con objeto de demostrar que el soberano descrito en la segunda hacha de Arroyo Pesquero ocupa la posición central del cosmograma de cinco puntos, debo regresar al concepto del principio de proyección, que es un sello distintivo del arte Formativo medio (Reilly, 1991, 1994). Cuando se oscurecen estas imágenes incisas, dándoles la dimensión verdadera a la imagen de la vida real que describen, la posición central del soberano se hace obvia; y las esquinas marcadas por las semillas hendidas de maíz se convierten en las otras cuatro direcciones (fig. 15.29). Dado que las piernas de la figura erecta también forman la boca del monstruo/árbol del mundo, que está en posición vertical, la figura de pie también se identifica como un portal sobrenatural así como el árbol del mundo del cocodrílido en posición vertical.

Ciertamente, la imagen cosmológica de los cinco puntos incisos en el hacha de Arroyo Pesquero es una prueba contundente de que los soberanos olmecas apoyaban su posición social con una confirmación sobrenatural. Dicho llanamente, el sistema simbólico olmeca proporcionaba los medios por los cuales el soberano se podía identificar como el eje cósmico o el árbol del mundo.

La difusión de esta ideología política específica a lo largo del Formativo medio en Mesoamérica indica claramente la presencia de un complejo ideológico uniforme a través de un área extensa y a través del tiempo. El hecho de que estas culturas mesoamericanas individuales hayan contribuido con elementos específicos a este complejo ceremonial del Formativo medio, sólo nos sirve para destacar su interés "internacional". El que esta ideología política se haya difundido tan rápidamente en el periodo Formativo medio, indica que muy probablemente había una complejidad política creciente, por lo menos en reinos que existían fuera de la zona nuclear olmeca (véase el capí-

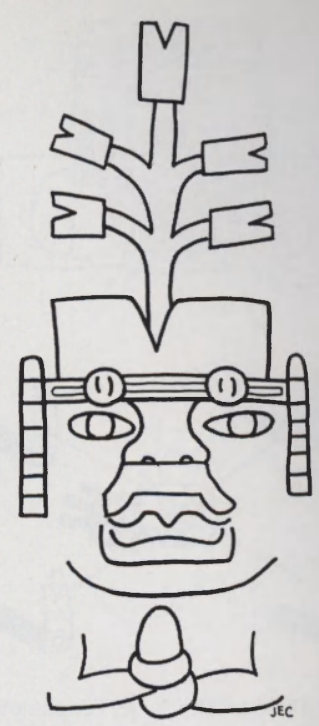


Figura 15.25. El árbol del mundo surgiendo de tocado hendido de una figura escindida. (Dibujo de J. E. Clark elaborado a partir de Nicholson, 1976: fig. 20.)

Figura 15.26. Origen del maíz del motivo trifolio del Formativo medio y del Dios Bufón del Clásico maya. (Dibujo de F. K. Reilly elaborado de Fields, 1991; Joralemon, 1971, y Schele y Miller, 1986.)

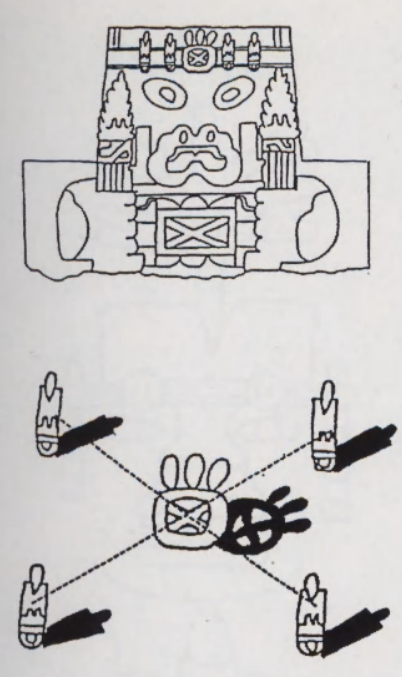


Figura 15.27. Monolito 1 de Teopantecuanitlán, Guerrero. La banda de la cabeza del monolito 1 reinterpretada en las convenciones europeas de ilusión espacial como un diagrama cósmico de cinco puntos. (Dibujo de F. K. Reilly.)

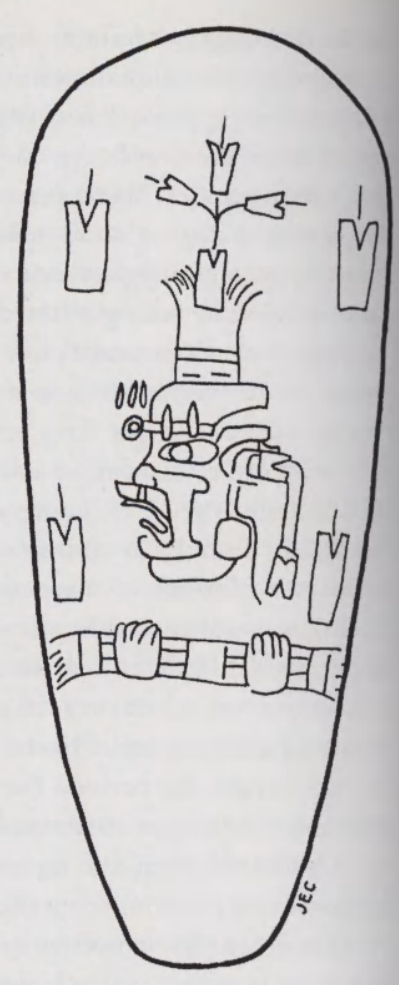
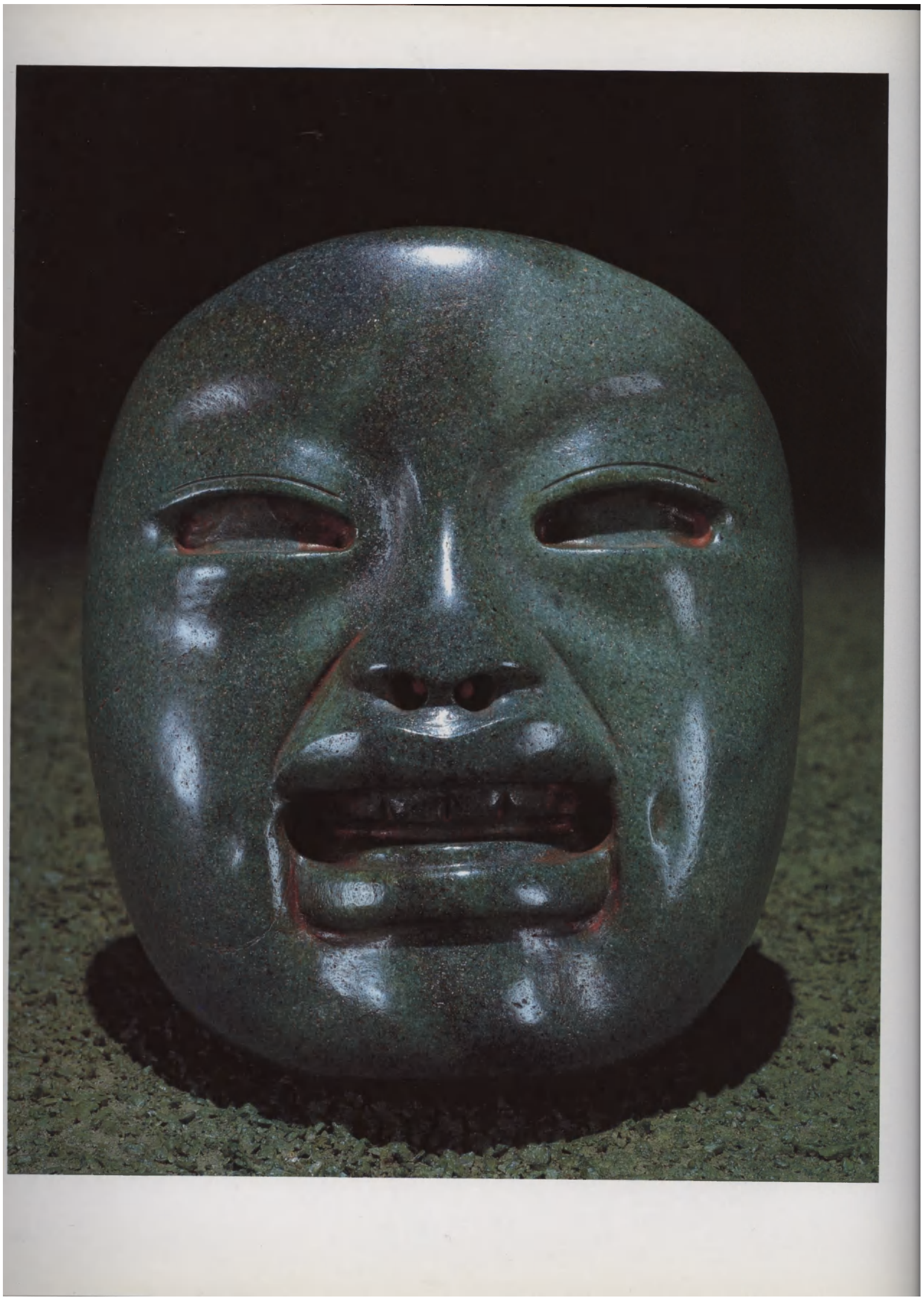


Figura 15.29. El hacha del soberano olmeca reinterpretada en las convenciones europeas de ilusión espacial como un diagrama cósmico de cinco puntos. (Dibujo de F. K. Reilly.)

Figura 15.28. Hachas de Arroyo Pesquero, Veracruz, mostrando atributos de dragón en un soberano olmeca del Formativo medio. (Dibujo de J. E. Clark elaborado a partir de Joralemon, 1976: fig.8.)

tulo 16). Como Kent Flannery ha dicho con justeza (1968:108), "la élite de un determinado número de regiones circunvecinas clave vino a emular el comportamiento de la élite olmeca, a tomar prestado su simbolismo y adoptar aquellos aspectos de la religión olmeca que le daban más prestigio a sus propias posiciones".

Numerosos pueblos mesoamericanos validaban sus instituciones políticas con la misma ideología chamánica que usaban los primeros "reyes divinos" olmecas, con lo que se demuestra que la matriz ideológica chamánica fue una condición preexistente en toda Mesoamérica.



16. Los olmecas y el primer milenio de Mesoamérica

John E. Clark y *Tomás Pérez Suárez*

El asedio español de Tenochtitlán, la capital azteca, en 1521, orilló a los últimos valientes guerreros del imperio azteca a doblegarse ante la Cruz y la Corona y, con ello, se exterminó de manera efectiva la civilización tradicional de Mesoamérica que había prosperado durante tres milenios. El fin ignominioso de Mesoamérica que reportó la miseria de millones ha sido, desde entonces, fuente de enconadas controversias. En contraposición, el principio de Mesoamérica se halla envuelto en el oscuro pasado y sólo recientemente ha empezado a salir a la luz.

El propósito de este volumen es el de ofrecer nueva información y perspectivas sobre los creadores de esta tradición mesoamericana y de la primera civilización de Mesoamérica: los olmecas. Hemos considerado los acontecimientos en Mesoamérica en su totalidad y no sólo en la región del Golfo de México, considerada como la cuna olmeca; de ahí el título, *Los olmecas en Mesoamérica.* La acción recíproca registrada entre los olmecas y sus vecinos de las regiones circundantes fue crítica para la generación de difusión de la civilización.

Las relaciones entre los olmecas y sus vecinos se modifican notablemente a través del tiempo. Es aquí donde hacemos la distinción entre olmeca temprano, medio y tardío. Nuestro énfasis, en esta obra, se ha centrado en los periodos temprano, 1200 a 900 a.C., y medio, de 900 a 600 a.C., excluyendo casi totalmente el periodo tardío de 600 a 300 a.C. El periodo olmeca temprano aparece aquí con estudios de San Lorenzo y El Manatí en la zona nuclear y Mazatán, San José Mogote y Tlatilco en el exterior. La Venta estuvo ocupada durante el periodo Formativo temprano, pero la mayor parte de la evidencia que tenemos data de mediados de la época olmeca media. Otras localidades pertenecientes al periodo olmeca medio y que se han tratado en los capítulos anteriores son Acapulco y San Isidro en Chiapas, Chalcatzingo en Morelos y Teopantecuanitlán en Guerrero. La principal localidad del olmeca tardío de la zona se cree que es Tres Zapotes, posiblemente la última capital olmeca de la región. Lowe (capítulo 7) ha estudiado muchos otros lugares relacionados con el periodo olmeca tardío, a lo largo del río Grijalva, en el centro de Chiapas.

Página de enfrente: Máscara olmeca de jade procedente de Colima.

Son aparentes las claras diferencias que existen entre la zona nuclear y las zonas aledañas durante los periodos Formativo temprano y medio. En los capítulos precedentes se exponen las diferencias en arquitectura, patrones de asentamiento, esculturas, estilos artísticos, actividad ceremonial y los artefactos empleados en exhibiciones públicas. En el presente capítulo final resumiremos brevemente esa información para cada uno de los periodos olmecas y se interpretarán a la luz del desarrollo total de la civilización de Mesoamérica.

El mundo olmeca temprano

Para comprender el papel de los olmecas tempranos en Mesoamérica es necesario estudiarlos de manera realista, en su medio, durante el Formativo temprano. Los capítulos anteriores sugieren que los siguientes cinco hechos básicos del periodo Formativo temprano deben incluirse en cualquier explicación sobre el surgimiento y difusión de la civilización olmeca:

1. Algunas sociedades situadas fuera de la zona nuclear parecen haber sido más avanzadas que los protoolmecas, durante la primera mitad del periodo Formativo temprano (1700 a 1200 a.C.), habiendo desarrollado sociedades con cacicazgos sencillos y una multitud de tecnologías (véanse los capítulos 3, 8 y 11).

2. San Lorenzo pronto superó a estas primeras sociedades en lo referente a complejidad sociopolítica. Los indicadores más evidentes de disparidad son el tamaño de San Lorenzo, sus monumentales modificaciones arquitectónicas de la meseta, la arquitectura palaciega de las clases privilegiadas, el número y tamaño de las esculturas monolíticas, la compleja iconografía y las reservas de productos importados comercializados (véanse los capítulos 4 y 12).

3. El tema predominante de las esculturas monumentales de bulto son los adultos masculinos de la clase alta, como se observa en las cabezas colosales de piedra, las figuras en los nichos de los tronos, así como las figuras sentadas (véanse los capítulos 4 y 13).

4. El comercio entre los pueblos de la zona metropolitana y las aledañas precedió al surgimiento de San Lorenzo como capital de la región y continuó posteriormente (véanse los capítulos 3, 4, 7, 8 y 12).

5. Las sociedades situadas fuera de la zona nuclear parecen haber adoptado algunos de los elementos de la sociedad olmeca. Los objetos importados durante el periodo olmeca temprano incluyen vasijas talladas con diseños abstractos (fig. 16.1), figurillas con engobe de estilo olmeca, huecas o sólidas, por lo general masculinas (fig. 16.2) y sellos cilíndricos (véanse los capítulos 7 y 12).

Figura 16.1. Vasijas de cerámica labradas. Están actualmente en el Museo Carlos Pellicer, Villahermosa, Tabasco. Tales vasijas fueron importantes en el intercambio durante el Formativo temprano.

Aunque muchas de las características culturales del mundo olmeca temprano, de 1200 a.C., se heredaron evidentemente de sus antecesores, seguimos manteniendo a los olmecas como los originadores de la civilización mesoamericana. Desde el punto de vista arqueológico, observamos una clara diferenciación entre las culturas preolmecas, tales como la mokaya y la zapoteca de Chiapas y Oaxaca, y los olmecas tempranos de San Lorenzo. Las diferencias más evidentes son la presencia de esculturas monolíticas de San Lorenzo y su ausencia en sociedades preolmecas. Además de la creación de la escultura de bulto, encontramos en San Lorenzo una variedad de innova-

Figura 16.2. Figuras huecas hechas de ba
fino, estilo *baby face,* procedentes de Veracru

ciones que indican un avance cualitativo en la organización social, política y económica. El asentamiento de San Lorenzo temprano era, sin duda, diez veces mayor que la más extensa comunidad contemporánea situada fuera de sus confines. Es evidente que algo de gran importancia ocurrió en la meseta entre 1400 y 1200 a.C. que eclipsó las formaciones sociopolíticas anteriores en Mesoamérica. Creemos por la evidencia que se trató de la creación de reyes divinos (véase el capítulo 15).

Si se consideran los acontecimientos desiguales registrados en las zonas metropolitanas y aledañas debemos interpretar los varios artefactos en términos de su significado pasado y sus funciones sociales. Hoy vemos los monumentos olmecas con admiración y ensalzamos a los artesanos olmecas por su arte o industria. Pero ¿qué representan estos monumentos y qué nos dicen de la civilización olmeca? Evidentemente, se crearon, se erigieron y se colocaron estratégicamente en entornos arquitectónicos con el fin de evocar ciertas respuestas emocionales en los que los observaban. Pero, ¿qué mensaje transmitían? Dudamos que haya sido una apreciación estética o artística en el sentido moderno de la palabra. Creemos, más bien, que señalaban diferencias de poder.

La historia de la civilización olmeca parece haberse distinguido por la creación y aprovechamiento de varias fuentes de poder a un nivel nunca visto antes en Mesoamérica. Ello incluía mucha pompa y circunstancia en nombre del estado y la religión. La mayor parte de las características de lo que hoy consideramos como la base de la civilización mesoamericana fueron las instituciones que detentaron el poder y los símbolos materiales representativos de ese poder controlado por los gobernantes privilegiados, así como mitológicos, ideologías, etc., que legitimizaron el ejercicio del poder de unos cuantos elegidos; en resumen, la institución de soberanismo divino y las

ceremonias, apoyos y parafernalia que lo acompañaba. Es importante señalar que todos estos elementos no existían en las sociedades preolmecas y constituyen lo que consideramos la principal contribución de los olmecas a Mesoamérica (compárense los capítulos 3 y 15).

Aceptamos las dos interpretaciones propuestas por muchos, respecto al significado de las esculturas humanas de los olmecas tempranos. Primero, concordamos que las cabezas colosales de piedra representaban a caciques de la sociedad Olmeca, probablemente a reyes (fig. 16.3). Segundo, otras evidencias sugieren que esos reyes se involucraban en rituales públicos y pueden haber recibido gran parte de su poder a través del control de los rituales (véase el capítulo 15). Todavía no sabemos cómo se dio este acontecimiento, pero la limitada información obtenida de la región de Mazatán demuestra que los primeros caciques de los reinos del Formativo temprano pueden haber sido chamanes activos, lo que indica una primera unión entre el conocimiento esotérico y místico dentro del poder civil.

Como ya se ha expuesto, los primeros monumentos olmecas de piedra se tallaron en redondo y consistían en cabezas colosales, tronos y una serie de esculturas menores de hombres, animales y criaturas sobrenaturales (véase el capítulo 13). La distribución de estos monumentos por todo el periodo Temprano de Mesoamérica aparece en el figura 16.4. Con la excepción de los monumentos olmecas del Soconusco, casi todos los monumentos de este periodo se concentraron en la zona nuclear. De hecho, ésta es la razón principal por la cual esta zona costera de tierras bajas se ha considerado como la zona metropolitana. El mayor número de monumentos se encuentra en San Lorenzo, La Venta y Laguna de los Cerros.

La mayoría de los estudiosos interpreta las cabezas colosales como retratos de gobernantes, representando posiblemente a reyes o reyes-sacerdotes. Los grandes tronos (fig. 16.5), considerados en un principio como "altares",

Figura 16.3. Cabeza colosal A de Tres Zapotes, Veracruz. (Fotografía cortesía de Tomás Pérez.)

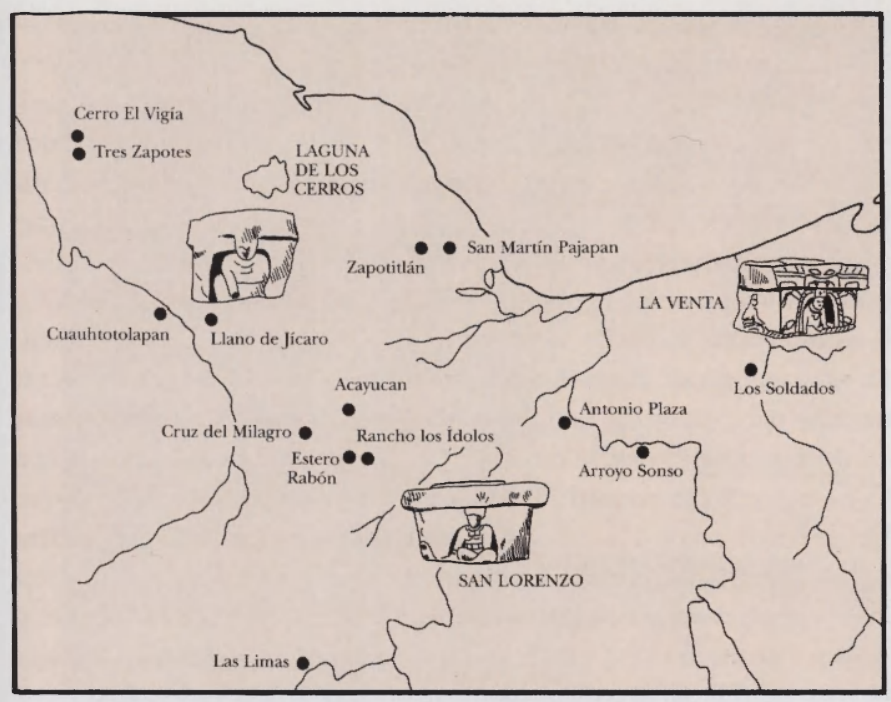


Figura 16.4. Mapa de los monumentos olmecas tempranos. (Dibujos de Áyax Moreno y J. E Clark, cortesía de NWAF.)

Figura 16.5. El altar 4 de La Venta, Tabasco. (Fotografía cortesía de NWAF.)

los usaron seguramente los gobernantes representados por las grandes cabezas de piedra. A la fecha, se conoce de la existencia de 17 cabezas colosales y más de 10 tronos en la zona metropolitana. Más numerosas son las esculturas monumentales menores que representan adultos masculinos, sentados con las piernas cruzadas al frente y con elaborados adornos, tales como capas decoradas y elegantes tocados (fig. 16.6). Éstos parecen representar nobles de menor categoría que los reyes retratados en las cabezas colosales. Eran quizás príncipes, reyes o gobernantes de menor categoría.

Si estas interpretaciones de la escultura olmeca son correctas, su presencia en un sitio tendría un claro significado político y ritual y representaba un claro mensaje para todos los habitantes del reino. La distribución de estos tres tipos de monumentos en la zona nuclear arroja un claro patrón. Se sabe que sólo en tres sitios se encuentran las tres formas de monumento, aunque es posible que haya otros. Las cabezas colosales de piedra sólo se han encontrado en San Lorenzo, La Venta y Tres Zapotes y sus inmediaciones. Por otra parte, los tronos con cubierta superior se han descubierto en San Lorenzo y La Venta, pero no en Tres Zapotes. También existen varios tronos en Laguna de los Cerros, pero hasta la fecha no se han descubierto cabezas colosales en ese sitio, ni en los alrededores. Se encuentran esculturas de hombres sentados en los tres sitios y en numerosos sitios circundantes (fig. 16.4).

La distribución de monumentos de piedra indica que existían diferencias funcionales entre ellos. La combinación de cabezas colosales, tronos y hombres sentados parece haber ocurrido sólo en las antiguas capitales de San Lorenzo y La Venta, mientras las esculturas masculinas sedentes estaban presentes en los centros dependientes. Nuestra opinión es que estos hombres sentados representaban reyes menores o príncipes de estos centros dependientes. Así, la distribución de monumentos en la zona nuclear indicaría la jerarquía social y política de un rey poderoso y de reyes jóvenes o príncipes —uno de los cuales puede haber estado en la línea de sucesión del rey principal.

Es interesante observar que el Soconusco se ajusta a este patrón de la zona nuclear. Se conoce la existencia de una cabeza de piedra reesculpida en Abaj Takalik, en Guatemala, y se sabe de varios fragmentos de escultura temprana, tallada en bulto, hallada en los alrededores (figs. 7.1 y 16.4). Con base en la sola evidencia escultórica, el Soconusco parece haber sido un lugar excepcional ajustado a las políticas de la zona metropolitana, quizás un pequeño reino olmeca fuera de la zona nuclear. Por otra parte, la ausencia de escultura monolítica olmeca en regiones más lejanas como Oaxaca y el valle de México (véanse los capítulos 8 y 11) sugiere la existencia de lazos más débiles con los olmecas tempranos, de los existentes en el Soconusco.

Es importante señalar aquí, que el patrón observado en el Soconusco ocurrió hacia fines del periodo Formativo temprano y después de una lenta interacción con los olmecas de la zona metropolitana (véase el capítulo 12). El patrón anterior de influencia olmeca fue similar al observado en el valle de Oaxaca y en la cuenca de México. La única evidencia clara de la presencia o influencia de esta etapa temprana se observó en las vasijas y figurillas de cerámica y en los sellos cilíndricos. Pueden haber sido objetos de comercio o regalos a las élites locales. Estos objetos pueden haber identificado a gobernantes locales con los más poderosos reyes del centro metropolitano y, por consiguiente, haber reforzado su autoridad en los asuntos locales. La

Figura 16.6. *El príncipe* de Cruz del Milagro, Veracruz. Tales monumentos aparecen en las capitales olmecas y también en sitios dependientes de ellas. Pudieron haber representado a príncipes o reyes menores en la jerarquía regional.

igura 16.7. Dos vistas de una figurilla de jade e Guatemala. (Fotografía cortesía de Filmteam DB Stock Photography.)

política externa del siguiente periodo parece haber sido mucho más compleja e incluyó regalos y alianzas más elaborados.

El mundo olmeca medio

La política mesoamericana cambió significativamente entre el periodo temprano y el medio. En el Formativo medio se observan cambios en la iconografía de los símbolos, en los medios empleados para mantener la iconografía y en la presentación de símbolos e iconos. Como ya se ha mencionado, los monumentos olmecas tempranos se tallaron en bulto. En el Formativo medio hubo un cambio hacia el tallado en bajorrelieve sobre superficies planas, como las estelas, así como un estilo más narrativo conteniendo escenas con varios individuos.

En contraposición con el periodo temprano, los artefactos aparecidos en sitios de las zonas aledañas, en el Formativo medio, consistían en figurillas de jade (fig. 16.7), hachas de jade y máscaras de jade (fig. 16.8). Esto lo expone claramente Gareth Lowe en su estudio sobre Chiapas. Como se observa en la figura 7.1, la mayor parte de los grandes monumentos de piedra en Chiapas se localizan en la costa del Pacífico, mientras que las figurillas de jade, las hachas y las máscaras se hallaron en el valle interior, a lo largo del río Grijalva. Los sitios sobre el río Grijalva pertenecen, en su mayoría, al Formativo medio y se relacionan estrechamente con el desarrollo de La Venta, mientras que los sitios costeros son anteriores y están relacionados con San Lorenzo.

La distribución de estelas y monumentos de bajorrelieve olmecas, en toda Mesoamérica, aparece en la figura 16.9. Comparándola con la distribución temprana de monumentos de bulto, vemos un claro patrón. El arte parietal olmeca y las estelas se hallan distribuidos más ampliamente que los otros monumentos tempranos. Es más, no existe un número más importante de relieves en la zona nuclear que en las regiones circundantes. Este patrón de monumentos revela una distribución más amplia de la influencia olmeca, por una parte, y por la otra, una mayor igualdad de los reinos representados (véanse los capítulos 6, 9 y 10).

Como ya se ha mencionado, la influencia de los olmecas tempranos se manifestó, por lo general, fuera de la zona metropolitana por objetos de jade, en ocasiones con elaborados diseños. Esto supone que la influencia olmeca estaba ligada a prácticas de cultos o rituales, y que el obsequio de los accesorios requeridos para esos rituales ofrecía a los caciques locales el poder para realizar dichos rituales (véase el capítulo 15). Esto habría colocado a los caciques locales en una posición dependiente de los especialistas en rituales olmecas.

La distribución de máscaras de jade, figurillas y hachas se relaciona con las prácticas y rituales del Formativo medio, dominadas por las altas jerarquías de La Venta. El jade pudo haber sido importado a La Venta en su estado bruto (de Guatemala y quizás de Guerrero), y tallado allí haciendo los artefactos elaborados que hoy conocemos. Muchos de ellos también contenían una detallada iconografía olmeca, de forma semejante a las vasijas talladas del periodo temprano. Pero los objetos de jade eran más duraderos que las vasijas y, posiblemente, tenían una función distinta en los rituales políticos. Algunos de

Figura 16.8. Pectoral de jade de procedencia desconocida. Muestra los diseños abstractos olmecas, probablemente relacionados con rituales especiales.

estos objetos parecen haber sido cetros o partes del ornamento real. Estos objetos estaban destinados a ser exhibidos públicamente y para la glorificación personal de su dueño.

En consecuencia, los olmecas que fabricaron estos objetos y los pusieron a disposición de otros deben de haber influido notablemente en la política "internacional" de su tiempo.

Dos monumentos de Pijijiapan y Chalcatzingo (figs. 7.8 y 10.11) son de especial interés para nuestras consideraciones sobre posibles cambios en la política olmeca, ya que claramente representan mujeres, una desviación ajena a las prácticas olmecas usuales. Podemos especular que se trata de mujeres de la realeza de la zona nuclear, que se casaron con caciques de centros en regiones circundantes (David Grove sugiere en el capítulo 10 que la estela 21 de Chalcatzingo puede representar una mujer de Teopantecuanitlán). Ello puede denotar la existencia de una política estratégica básica entre los olmecas del Formativo medio y sus contemporáneos, fundada en alianzas matrimoniales. Las ventajas políticas de un buen casamiento son ampliamente reconocidas.

La estrecha unión entre las sociedades del Soconusco y los olmecas de la zona metropolitana puede indicar que estos pueblos estaban estrechamente aliados mediante matrimonios ventajosos previamente concertados. El relieve de Pijijiapan (fig. 16.10) puede datar de los finales del Formativo temprano e indicar la existencia de alianzas matrimoniales tempranas. Estas alianzas quizá pueden ser demostradas eventualmente a través de un cuidadoso análisis de la información de entierros.

A este respecto, la información de entierros del sitio Chiapa de Corzo del Formativo medio (fig. 7.1) es particularmente interesante. La primera

Figura 16.9. Mapa de la distribución de bajorrelieves y estelas en el estilo olmeca medio. (Dibujo de Áyax Moreno, cortesía de NWAF.)

evidencia de actividad arquitectónica en este sitio está fechada hacia 750 a.C., en el tiempo en que La Venta se encontraba en la cumbre de su poder (véase el capítulo 6). La secuencia de los entierros en Chiapa de Corzo durante este periodo demuestra que el primer entierro importante en la pirámide, fue el de una mujer de mediana edad; y entre los objetos que la acompañaban se encontró una vasija de cerámica estilo La Venta. Todos los subsiguientes entierros de personas de alto rango en pirámides, fueron de hombres adultos. Éstos estaban acompañados por orejeras, collares, pulseras de jade y objetos semejantes a los encontrados en entierros en La Venta (figs. 6.17, 8.9).

Es posible que en Chiapa de Corzo veamos la fundación de un linaje real mediante alianzas matrimoniales con la dinastía olmeca de La Venta. Una novia olmeca pudo haberse casado con un aspirante a cacique de Chiapa de Corzo. Ann Cyphers Guillén se ha manifestado por este mismo lineamiento en lo referente a la mujer retratada en la estela 21 de Chalcatzingo (fig. 10.11), aunque en este caso no se encuentra por ahora información de entierros que corrobore este supuesto.

El concepto de sangre real estaba muy difundido en Mesoamérica durante los tiempos del Clásico y el Postclásico. Suponemos que se trata de un legado de la civilización olmeca y que las alianzas políticas consolidadas por lazos matrimoniales comenzaron, por lo menos, durante el periodo Formativo medio o quizás antes. Parte de este concepto incluiría la idea de reyes divinos y la importancia del derecho de sucesión para reinar. Creemos que el núcleo de la civilización olmeca era el rey divino y todos los accesorios y adornos que lo acompañaban. Los símbolos físicos del liderazgo en Mesoamérica cambiaron muy poco desde los tiempos de los olmecas tempranos hasta la Conquista. Los olmecas tenían elaborados tronos, capas bordadas de plumas, cetros, espejos, penachos de plumas, tapetes de piel de jaguar y una variedad de adornos de jade (collares, pulseras, pendientes, orejeras), y, probablemente, palacios, templos y pirámides. Se inmortalizaron a sí mismos en piedra y fueron enterrados en elaboradas tumbas. Las semejanzas con estados mesoamericanos posteriores se extendieron hasta la esfera ideológica, pero por ahora, contamos con muy poca información para justificar estas últimas afirmaciones.

Los tiempos medios de los olmecas parecen casi frenéticos, con sus grandes centros situados por toda Mesoamérica, un gran volumen de comercio exterior y elevado número de dirigentes. Consideramos que este rápido desarrollo de múltiples cacicazgos en las zonas aledañas fue el resultado de numerosas alianzas políticas y matrimonios entre la nueva élite. El mismo éxito de esta estrategia de alianzas matrimoniales puede muy bien haber sido la ruina de la civilización olmeca.

El último de los olmecas

Como indica Beatriz de la Fuente (capítulo 13), esta cultura se definió originalmente sobre la base de un estilo artístico especial. Es importante tener esto en cuenta al considerar el "fin" de la cultura olmeca. Lo que esta expresión quiere decir es el fin de un estilo artístico reconocido que atribuimos a los olmecas. No se registró un "colapso" espectacular de la civilización olmeca en 300 a.C., en el sentido en que este concepto se aplica a los mayas del

Clásico. Por el contrario, los olmecas adoptaron un estilo artístico diferente y se volvieron invisibles desde el punto de vista arqueológico. Hacia fines de lo que consideramos el periodo olmeca (hacia el año 300 a.C.), los mayas y los zapotecas se estaban desarrollando con gran rapidez, extendiendo sus fronteras. Esta expresión resultó en una adopción de su estilo artístico por parte de los pueblos circunvecinos, de manera análoga a lo ocurrido durante el Formativo temprano. De hecho, los descendientes de los olmecas, hacia 400 a 300 a.C., adoptaron estilos ajenos y desaparecieron como tradición artística, aunque siguieron vigentes desde el punto de vista cultural y biológico. Sus descendientes todavía están presentes hoy día y se conocen como zoques, mixes y popolucas. Y todavía viven en las mismas llanuras de tierra baja que ocuparon sus ancestros. Mencionamos anteriormente que el éxito de la política externa olmeca durante el Formativo medio selló su destino por la paradoja del poder. Esta paradoja consiste en lo siguiente: para ejercer ampliamente el poder, hay que delegar parte de ese poder en subordinados que se convierten en rivales potenciales; solo se puede conservar el poder deshaciéndose de parte del mismo.

Como hemos discutido aquí, la estrategia política olmeca iba acompañada de accesorios rituales especiales, un posible acceso a los conocimientos rituales de legitimación, y quizás, lo más importante, las alianzas a través de matrimonios reales. Todas éstas son estrategias a corto plazo que acarrean posibles consecuencias desastrosas a largo plazo.

La estrategia de recurrir a novias reales para lograr la fidelidad política (con todos los beneficios económicos que ello comúnmente representa) no puede aplicarse con éxito ya que el heredero de dicha unión puede, en esencia, independizarse de sus abuelos. No nos sorprendería si la desaparición de la dinastía olmeca esté relacionada precisamente con la proliferación de alianzas matrimoniales y el establecimiento de reinos distantes. Una vez fundada cada dinastía regional, con sangre real en sus venas, los olmecas de la zona metropolitana poco podían ofrecerles que no fueran los adornos especiales y los conocimientos. Estos últimos sólo servirían para cimentar los lazos políticos y económicos sobre bases esporádicas y a corto plazo. La distribución de objetos especiales de jade por Mesoamérica puede representar una continuidad de la estrategia de matrimonios. Pero una vez que los soberanos de los territorios circundantes contaban con la totalidad de la destreza de la monarquía y la política, podían desarrollarse independientemente y de esa manera romper con la zona nuclear.

La información existente sobre el Formativo tardío mesoamericano sugiere que los reinos aledaños se volvieron más poderosos que las sociedades de la región de la costa del Golfo, ya que para su supervivencia política y bienestar económico empezaron a emular los estilos y las prácticas de sus antiguos aliados y parientes políticos.

Algunas conclusiones

Con la clara excepción del juicio de Cristo por Pilatos, uno de los encuentros más significativos de los últimos 2000 años fue el celebrado en Tenochtitlán, en 1519, entre Hernán Cortés y Moctezuma. Las diferencias radicales que separaban las culturas de cada uno de los mandatarios culminaron con

Figura 16.10. Estela con bajorrelieves de El Viejón, Veracruz.

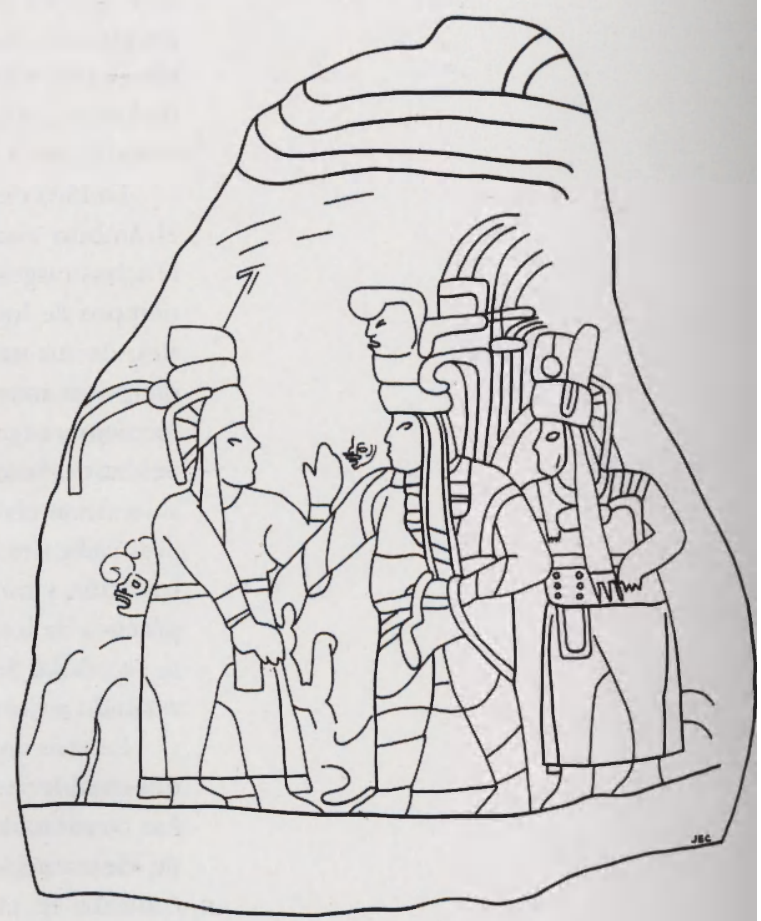


Figura 16.11. Monumento 1 de Pijijiapán, Chiapas. Compárese con la figura 7.8. (Dibujo de J. E. Clark y Áyax Moreno, cortesía de NWAF.)

la conquista española y el eclipse de casi 3000 años de tradición mesoamericana. Teniendo en cuenta el principio y el fin de esta tradición, parece irónico que los primeros gobernantes de San Lorenzo, que precedieron a Moctezuma por 2 700 años, tuvieran mucho más en común con este desdichado emperador, que Cortés.

Esta comparación caprichosa entre los reyes olmecas del Formativo temprano con Moctezuma y Cortés, presenta aquí varios temas de interés. En primer lugar en el lenguaje usual suponemos, por lo general, que la "civilización" consiste en una larga tradición de creencias, normas culturales y prácticas, y no en una nación específica o una dinastía política. La tradición occidental de la civilización ha sobrevivido la desaparición de cientos de Estados. De igual forma, la civilización mesoamericana sobrevivió el colapso de numerosos Estados como el maya, el zapoteca, el teotihuacano y el tolteca. Por sus propias consideraciones, los aztecas se consideraban a sí mismos como el pueblo del quinto sol y herederos de los cuatro anteriores.

Nuestra afirmación respecto a la continuidad de la civilización mesoamericana y su amplia similitud de principio a fin, supone que esta tradición persistió durante siglos con poco cambio. En otras palabras, un núcleo estable de la civilización mesoamericana se mantuvo presente desde su nacimiento en el segundo milenio antes de Cristo. Hemos argumentado que este núcleo de civilización estaba constituido por un soberanismo divino con todos los elementos que lo constituyeron. Algunos estudiosos se refieren a esos elementos esenciales que persistieron desde los tiempos olmecas hasta los aztecas como "el legado olmeca".

En el primer capítulo se caracterizó a los olmecas como la gente del primer sol y los iniciadores y creadores de la civilización mesoamericana. Todos los pueblos posteriores de Mesoamérica heredaron, en gran parte, el patrón olmeca de vida civilizada. Por esta razón muchos consideran que los olmecas fueron la cultura madre de todas las civilizaciones mesoamericanas, tales como la maya, la zapoteca y la teotihuacana.

La idea de una cultura madre olmeca ha sufrido reveses últimamente en el ámbito académico y está siendo cuestionada por muchos estudiosos. Muchos rasgos de la civilización mesoamericana que están presentes durante tiempos de los aztecas tardíos, por ejemplo, no provinieron de los olmecas, sino de sus sucesores. Los aztecas disfrutaron de prácticas de subsistencia y dietéticas más elaboradas que los olmecas, tenían mayores conocimientos técnicos y organizativos que los olmecas, y rendían culto a mayor número de deidades. Pero la mayoría de estas derivaciones postolmecas parecen haber sido meras elaboraciones de las prácticas antiguas básicas, más bien que cambios radicales. La tesis de la cultura madre trata a la civilización a nivel de tradición y no sostiene que los olmecas inventaron cada técnica, creencia o práctica de importancia halladas en Mesoamérica en tiempos de la Conquista española. Si los olmecas hubieran originado todo, un rey olmeca hubiera recibido a Cortés en las afueras de la ciudad de México, en 1519.

La tesis de la cultura madre únicamente supone que los olmecas tempranos establecieron un patrón básico de vida civilizada, o "alta cultura", que fue continuada con bastante detalle por las dinastías y aristócratas sucesivos de Mesoamérica, durante los siguientes 2500 años. La alta cultura olmeca se centraba en el soberanismo, la política, la religión y el ritual. Los capítulos

de este libro demuestran la riqueza del legado olmeca a Mesoamérica. Creemos que futuras investigaciones vendrán a demostrar una mayor complejidad de los primeros olmecas de la zona nuclear y, también, la existencia de lazos más evidentes con sus sucesores inmediatos: los mayas, los zapotecas y los teotihuacanos.

Bibliografía

ACEVES C., Patricia Margarita
1984 *Cerámica de la fase Rosario del valle de Oaxaca,* tesis inédita, Escuela de Antropología, Universidad Autónoma de Guadalajara.

ANDREWS V., Wyllis E.
1987 *Spoons and Knuckle Dusters in Formative Mesoamerica,* ponencia presentada en el tercer simposium de Texas: "Olmec, Izapa, and the Development of Maya Civilization".

ANGULO, Jorge
1972 "El concepto olmeca como religión", *Religión en Mesoamérica,* pp. 73-78, XII Mesa Redonda, SMA, México.

1986a "Relieves del grupo IA de la Montaña Sagrada en Chalcatzingo", *Homenaje a Román Piña Chan,* pp. 119-228, UNAM, México.

1987b "The Chalcatzingo Reliefs: An Iconographic Analysis", *Ancient Chalcatzingo,* D. C. Grove, ed., pp. 133-158, Austin, University of Texas Press.

en prensa "Aspectos de la cultura a través de sus obras", *La pintura mural prehispánica en México,* vol. 1: *Teotihuacán,* Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, México.

AUFDERMAUER, Joerg
1970 "Excavaciones en los sitios preclásicos de Moyotzingo, Puebla", *Comunicaciones*, núm. 1, pp. 9-27, Proyecto Puebla-Tlaxcala, FAPIC, Puebla.

BELL, Clive
1964 *Art*, Arrow Books, Sidney, Toronto, Nueva York.

BENSON, Elizabeth
1971 "An Olmec Figure at Dumbarton Oaks", *Studies in Precolumbian Art and Archaeology*, núm. 8. Dumbarton Oaks, Washington, D. C.

BENSON, Elizabeth, ed.
1968 *Dumbarton Oaks Conference on the Olmec*, Dumbarton Oaks, Washington, D. C.
1981 *The Olmecs and Their Neighbors: Essays in Memory of Matthew W. Stirling*, Dumbarton Oaks, Washington, D. C.

BERNAL, Ignacio
1969 *The Olmec World*, University of California Press, Los Ángeles.

BEVERIDO P., Francisco
1987 "Breve historia de la arqueología olmeca", *La Palabra y el Hombre*, núm. 64, pp. 161-194.

BEYER, Herman
1927 "Tribes and Temples de F. Blom y O. La Farge (1926-27)", *El México antiguo*, vol. II, pp. 305-313, México.

BLOM, Franz, y Oliver LA FARGE
1926 *Tribes and Temples; A Record of the Expedition to Middle America conducted by the Tulane University of Louisiana in 1925*, publicación del Middle America Research Institute, núm. 1, Tulane University, Nueva Orleáns.

BOGGS, Stanley
1950 "Olmec pictographs in the Las Victorias group, Chalchuapa archaeological zone, El Salvador", *Notes on Middle American Archaeology and Ethnology*, 99, pp. 85-92.

BORHEGYE, Stephan F. de
1965 "Settlement Patterns of the Guatemalan Highlands", *Handbook of Middle American Indians*, vol. 2, pp. 59-75, editado por R. Wauchope y G. R. Willey, University of Texas Press, Austin.

BOVE, Fred
1978 "Laguna de los Cerros, and Olmec Central Place", *Journal of New World Archaeology*, núm. 2, pp. 1-56.

CASO, Alfonso
1965 "¿Existió un imperio olmeca?", *Memoria del Colegio Nacional*, tomo V, núm. 3, pp. 3-52.

CERVANTES, María Antonieta
1968 "Dos elementos de uso ritual en el arte olmeca", *Anales del INAH*, vol. 20, pp. 37-51, México.

CLARK, John
1990 "Olmecas, olmequismo y olmequización en Mesoamérica", *Arqueología*, núm. 3, pp. 49-55.
1991 "The Beginnings of Mesoamérica: Apologia for the Soconusco Early Formative", *The Formation of Complex Societies in Southeastern Mesoamerica*, W. R. Fowler, Jr., ed., pp. 13-26, CRC Press, Boca Raton.

CLARK, John E., y Michael BLAKE
1989 "El origen de la civilización en Mesoamérica: los olmecas y mokayas del Soconusco de Chiapas", *El Preclásico o Formativo: avances y perspectivas*, M. Carmona, ed., pp. 385-405, Museo Nacional de Antropología, INAH, México.

CLEWLOW, William
1974 "A Stylistic and Chronological Study of Olmec Monumental Sculpture", *University of California Archaeological Research Facility*, núm. 19.

CÓDICE TELLERIANO-REMENSIS
1964 *Antigüedades de México*, recopilación de Lord Kingsborough, SHCP, México.

COE, Michael D.
1965 "The Olmec Style and its Distribution", *The Handbook of Middle American Indians*, vol. 3, pp. 679-715, University of Texas Press, Austin.
1965a *The Jaguar's Children: Preclassic Central Mexico*, Museum of Primitive Art, Nueva York.
1965b "The Olmec Style and its Distribution", *The Handook of Middle American Indians*, vol. 3, pp. 739-775, University of Texas Press, Austin.
1966 "An Early Stone Pectoral from Southeastern Mexico", *Studies in Precolumbian Art and Archaeology*, núm. 1, Dumbarton Oaks, Washington, D. C.
1966a *Preliminary Report on the First Season Work at San Lorenzo Tenochtitlan, Veracruz*, Yale University, New Haven, copia mecanografiada.
1967 "An Olmec Serpentine Figure at Dumbarton Oaks", *American Antiquity*, núm. 32, pp. 111-113.
1967a "La segunda temporada en San Lorenzo Tenochtitlan, Veracruz", *Boletín del INAH*, núm. 28, pp. 1-10.
1968 "San Lorenzo and the Olmec Civilization", *Dumbarton Oaks Conference on the Olmec*, pp. 41-71, Dumbarton Oaks, Washington, D. C.
1971 "The Achaeological Sequence at San Lorenzo Tenochtitlan, México", *Contributions of the University of California, Archaelogical Research Facility*, núm. 8, pp. 21-34.
1972 "Olmec Jaguars and Olmec Kings", *The cult of the Feline: A Conference in*

Precolumbian Iconography, Dumbarton Oaks, Washington, D. C.

1973 "The Iconology of Olmec Art", *The Iconography of Middle American Sculpture*, pp. 1-12, Metropolitan Museum, Nueva York.

1977 "Olmec and Maya: A Study in Relationships", *The origins of Maya Civilization*, Richard E. W. Adams, ed., pp. 183-196, Albuquerque, University of New Mexico Press.

1981 "Gift of the River: Ecology of the San Lorenzo Olmec", *The Olmec and Their Neighbors*, E. Benson, ed., pp., 15-19, Dumbarton Oaks, Washington, D. C.

1989 "The Olmec Heartland: Evolution of Ideology", *Regional Perspectives on the Olmecs*, R. J. Sharer y D. C. Grove, eds., pp. 66-82, Cambridge University Press, Cambridge.

COE, Michael D., y Richard A. DIEHL
1980 *In the Land of the Olmec*, Universiy of Texas Press, Austin.

COE, Michael D., y Kent V. FLANNERY
1967 *Early Cultures and Human Ecology in South Coast of Guatemala*, Smithsonian Press, Washington, D. C.

CORTEX, Constance
1986 *The Principal Bird Diety in Preclassic and Early Classic Maya Art*, tesis inédita, University of Texas, Austin.

COVARRUBIAS, Miguel
1942 "Estilo artístico olmeca", *Mayas y olmecas. Segunda reunión de mesa redonda*, pp. 46-49. Sociedad Mexicana de Antropología, México.

1946 "El arte olmeca o de La Venta", *Cuadernos Americanos*, año V, vol. XXVIII, núm. 4, pp. 153-179, México.

1961 *Arte indígena de México y Centroamérica*, trad. Sol Arguedas, UNAM, México.

CYPHERS GUILLÉN, Ann

1991 "Exploraciones arqueológicas en San Lorenzo, Veracruz: temporada 1990", *Boletín del Consejo de Arqueología.*

1992 "Investigaciones arqueológicas recientes en San Lorenzo Tenochtitlan, Veracruz: 1990-1992", *Anales de Antropología del* IIA, UNAM.

1992 "Three New Olmec Sculptures from Southern Veracruz", *Mexicon.*

1993 "Olmec Sculpture and Architecture of the Azuzul Acropolis, Loma del Zapote, Veracruz, Mexico", *Research and Explorations.*

1993a "Observaciones sobre el arte monumental olmeca de San Lorenzo", ponencia presentada en el simposio Investigaciones Recientes en el Mundo Olmeca: San Lorenzo Tenochtitlan y su Hinterland, XIII Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas, ciudad de México.

1993b "Nuevas perspectivas sobre los olmecas de San Lorenzo", ponencia presentada en el simposio Investigaciones Recientes en el Mundo Olmeca: San Lorenzo Tenochtitlan y su Hinterland, XIII Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas.

CHAVERO, Alfredo

1887 "Historia antigua y de la Conquista", *México a través de los siglos,* Riva Palacio, ed., vol 1, México.

DE LA FUENTE, Beatriz

1973 *Catálogo de la escuela monumental olmeca,* Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, México.

1975 *Las cabezas colosales olmecas,* Col. Testimonios del Fondo, FCE, México.

1976 "La cabeza colosal de Cobata", *Actas del XLI Congreso Internacional de Americanistas,* vol., II, pp. 349-357, México.

1977 *Los hombres de piedra,* Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, México (hay reedición de 1984).

1981 "Towards a Conception of Monumental Olmeca Art", *The Olmec and their Neighbors,* E. Benson, ed., pp. 63-64, Dumbarton Oaks, Washington, D. C.

DÍAZ OYARZABAL, Clara Luz

1990 *Colección de objetos de piedra, obsdiana, concha, metales, y textiles del estado de Guerrero,* Museo Nacional de Antropología, Col. Catálogos de Museos, INAH, México.

DRUCKER, Philip

1943 "Ceramic Sequences at Tres Zapotes, Veracruz, Mexico", *Bureau of American Ethnology,* boletín 140, Smithsonian Institution, Washington, D. C.

1947 *Some Implications of the Ceramic Complex of La Venta,* Smithsonian Miscellaneous Collections, vol. 17, núm. 18, Smithsonian Institution, Washington, D. C.

1952 *La Venta, Tabasco: A Study of Olmec Ceramics and Art,* Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology, boletín 153, U. S. Government Printing Office, Washington, D. C.

1981 "On the Nature of the Olmec Policy", *The Olmec and their Neighbors,* E. Benson, ed., pp. 29-47. Dumbarton Oaks, Washington, D. C.

DRUKER, Philip, Robert F. HEIZER, y Robert J. SQUIRE

1959 *Excavations at La Venta, Tabasco,* Smithsonian Institution, 1955, *Bureau of American Ethnology,* boletín 170, U. S. Government Printing Office, Washington, D. C.

ECO, Umberto

1975/1991 *Trattato di Semiotica Generale,* Studio Compiani, núm. 10, Milán.

ELIADE, Mircea
1991 *Tratado de historia de las religiones,* Era, México.

ENCISO, Jorge
1953 *Design Motifs of Ancient Mexico,* Dover Publications, Inc., Nueva York.

FASH, William
1987 "The Altar and Associated Features", *Ancient Chalcatzingo,* D. C. Grove, ed., pp. 82-94, University of Texas Press, Austin.

FEINMAN, Gary M., S. A. KOWALEWSKI, L. FINSTEN, R. E. BLANTON, y L. NICHOLAS
1985 "Long-Term Demographic Change: A Perspective from the Valley of Oaxaca, Mexico", *Journal of Field Archaeology,* núm. 12, pp. 333-362.

FIELD, Frederick V.
1974 *Pre-Hispanic Mexican Stamp Designs,* Nueva York, Dover Publications, Inc.

FIELDS, Virginia
1987 *The Origins of Kingship among the Lowland Classic Maya,* ponencia inédita, University of Texas, Austin.
1991 "The Iconographic Heritage of the Maya Jester God", *Sixth Palenque Round Table, 1986,* M. G. Robertson y V. Fields, eds., pp. 167-174, University of Oklahoma Press, Norman.

FLANNERY, Kent V.
1968 "The Olmec and the Valley of Oaxaca: A Model for Inter-Regional Interaction in Formative Times", *Dumbarton Oaks Conference on the Olmec,* E. Benson, ed., pp. 143-185, Dumbarton Oaks, Washington, D.C.

FLANNERY, Kent V., y Joyce MARCUS
1976 "The Evolution of the Public Building in Formative Oaxaca", *Cultural Continuity and Change: Essays in Honor of James Bennett Griffin,* C. Cle-

land, editor, pp. 205-221, Academic Press, Nueva York.

1994 *Early Formative Pottery of the Valley of Oaxaca, Mexico,* Memoirs of the Museum of Anthropology, University of Michigan, núm. 27, Ann Arbor.

FREIDEL, David A., Linda SCHELE y Joy PARKER
1993 *Maya Cosmos: Three Thousand Years on the Shaman's Path,* Nueva York, Morrow.

FURST, Peter T.
1968 "The Olmec Were Jaguar Motif in the Light of the Ethnographic Reality", *Dumbarton Oaks Conference on the Olmec,* E. Benson, ed., pp. 143-174, Dumbarton Oaks, Washington, D.C.

1981 "Jaguar Baby or Toad Mother: A New Look at and Old Problem in Olmec Iconography", *The Olmec and their Neighbors,* E. Benson, ed., pp. 149-162, Dumbarton Oaks, Washington, D.C.

GARCÍA COOK, Ángel
1981 "The Historical Importance of Tlaxcala in the Cultural Development of the Central Highlands", *Archaeology, Supplement to the Handbook of Middle American Indians,* núm. 1, J. A. Sabloff, ed., pp. 244-276, University of Texas Press, Austin.

GAY, Carlo T. E.
1957 "Oldest Painting in the New World", *Natural History,* núm. 76, pp. 26-75.

1972 *Chalcatzingo,* International Scholarly Book Services, Inc., Portland, Oregon.

1973 "Olmec Hieroglyphic Writing", *Archaeology,* núm. 26, pp. 278-288.

1974 *Xochipala: The Beginnings of Olmec Art,* Princeton University Press, New Jersey.

GILLESPIE, Susan D.
1993 "Power, Pathways, and Appropriations in Mesoamerican Art", *Imagery and Creativity: Ethnoaesthetics and Art Worlds in the Americas,* D. S. Whitten y N. E. Whitten, Jr., eds., University of Arizona Press, Tucson.

GONZÁLEZ LAUCK, Rebeca
1988 "Proyecto arqueológico de La Venta", *Arqueología,* núm. 4, pp. 121-165.
1991 "Algunas consideraciones sobre los monumentos 75 y 80 de La Venta, Tabasco", *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas,* vol. XVI, núm. 62, pp. 163-174, UNAM, México.
1992 "La desmitificación de los olmecas", ponencia del ciclo *Origen y presencia del México prehispánico,* Villahermosa, Tabasco, copia mecanografiada.
1992a "Power, Legitimacy and Material Culture at La Venta, Tabasco", ponencia presentada en el XCI Annual Meeting of the American Anthropological Association, copia mecanografiada.

GRAHAM, Ada
1979 *Alligators,* Delacorate Press, Nueva York.

GRAHAM, John A.
1981 "Abaj Takalik: The Olmec Style and its Antecedents in Pacific Guatemala", *Ancient Mesoamerica,* J. A. Graham, ed., pp. 163-176, Peek Publishers.
1989 "Olmec Diffusion: A Sculptural View of Pacific Guatemala", *Regional Perspectives on the Olmecs,* R. J. Sharer y D. C. Grove, eds., pp. 227-246, Cambridge University Press, Cambridge.

GRAHAM, John A., y Larry BENSON
1990 *Maya and Olmec Boulder Sculpture at Abaj Takalik: Its Development and Portent,* copia mecanografiada.

GRAHAM, John A., y Mark JOHNSON
1979 "The Great Mound at La Venta", *Contributions of the University of California Archaeological Research Facility,* núm. 41, pp. 1-5.

GRIEDER, Terence
1982 *Origins of Pre-Columbian Art,* University of Texas Press, Austin.

GROVE, David C.
1968 "Chalcatzingo, Morelos, Mexico: A Reappraisal of the Olmec Rock Carvings", *American Antiquity,* núm. 33, pp. 486-491.
1970 "The Olmec Paintings of Oxtotitlan Cave Guerrero, Mexico", *Studies in Pre-Columbian Art and Archaeology,* núm. 6, Dumbarton Oaks, Washington, D. C.
1973 "Olmec Altars and Olmec Myths", *Archaeology,* núm. 26, pp. 128-135.
1981 "Olmec Mutilation as a Clue to Meaning", *The Olmec and their Neighbors,* E. Benson, ed., pp. 49-68, Dumbarton Oaks, Washington, D.C.
1984 *Chalcatzingo: Excavations on the Olmec Frontier,* Thames and Hudson, Londres.
1987 *Ancient Chalcatzingo,* University of Texas Press, Austin.
1987a "«Torches» and «Knuckle Dusters» and the Legitimization of Formative Period Rulership", *Mexicon,* vol. IX, núm. 3.
1989 "Chalcatzingo and its Olmec Connection", *Regional Perspectives on the Olmecs,* R. J. Sharer y D. C. Grove, eds., pp. 122-147, Cambridge University Press, Cambridge.
1989a "What's in a Name?" *Regional Perspectives on the Olmecs,* R. J. Sharer y D. C. Grove, eds., pp. 8-14, Cambridge University Press, Cambridge.

GROVE, David C., y Jorge ANGULO V.
1987 "A Catalog and Description of Chalcatzingo Monuments", *Ancient Chalcatzingo,* D. C. Grove, ed., pp.

114-131, University of Texas Press, Austin.

GUZMÁN, Eulalia
1994 "Relieves del Cerro de la Cantera", *Arqueología Mexicana,* núm. 2, pp. 71-73.

HEIZER, Robert F.
1960 "Agriculture and the Theocratic State in Lowland Southeastern Mexico", *American Antiquity,* núm. 26, pp. 215-222.

1961 "Interferences on the Nature of Olmec Society based upon Data from the La Venta, Tabasco Site", *Kroeber Anthropological Society Papers,* núm. 25, pp. 43-57.

1962 "The Possible Sociopolitical Structure of the La Venta Olmecs", *Akten des 34 Internationalen Amerikanisten Kongresses,* Viena, 1960, pp. 310-317.

HEIZER, Robert F., Philip DRUCKER y John A. GRAHAM
1968 "Investigations at La Venta, 1967", *Contributions of the University of California Archaeological Research Facility,* núm. 5, pp. 1-33.

HEIZER, Robert F., John A. GRAHAM y Lewis K. NAPTON
1968 "The 1968 Investigations at La Venta", *Contributions of the University of California Archaeological Research Facility,* núm. 5, pp. 127-205.

HOLMES, William H.
1907 "On a Nephrite Statuette from San Andres Tuxtla, Veracruz, Mexico", *American Anthropologist,* núm. 9, pp. 691-701.

HOPKINS, Nicholas A.
1984 "Otomanguean Linguistic Prehistory", *Essays in Otomanguean Culture History,* J. K. Josserand, N. A. Hopkins y M. C. Winter, eds., pp. 25-64, Vanderbilt University Publications in Anthropology, núm. 31, Nashville.

JIMÉNEZ-MORENO, Wigberto
1942 "El enigma de los olmecas", *Cuadernos Americanos,* núm. 5, pp. 113-135.

JOHANSSON, Patrick
1982 "Festejos, ritos propiciatorios y rituales prehispánicos", *Teatro mexicano: historia y dramaturgia,* CENCA, México.

JORALEMON, Peter D.
1971 "A Study of Olmec Iconography", *Studies in Precolumbian Art and Archaeology,* núm. 7, Dumbarton Oaks, Washington, D. C.
1976 "The Olmec Dragon: A Study in Precolumbian Iconography", *Origins of Religious Art and Iconography in Pre-Classic Mesoamerica,* H. B. Nicholson, ed., pp. 27-71, UCLA Latin American Center Publications, Los Ángeles.

KOWALEWSKI, Stephen A., Gary M. FEINMAN, Laura FINSTEN, Richard E. BLANTON y Linda M. NICHOLAS
1989 *Monte Alban's Hinterland, Part II: Prehispanic Settlement Patterns in Tlacolula, Etla and Ocotlan, the Valley of Oaxaca, Mexico,* Memoirs of the Museum of Anthropology, University of Michigan, núm. 32, Ann Arbor, Michigan.

KUNZ, George F.
1889 "Sur une Hache Votive Gigantesque en Jadeite de l'Oaxaca et Sur un Pectoral de Jadeite du Guatemala", *Congres International d'Anthropologie et d'Archaeologie Prehistorique,* décima sesión, pp. 517-523, París.
1890 *Gems and Precious Stones of North America,* The Scientific Publishing Co., Nueva York.

LEE, Thomas A., Jr.
1989 "Chiapas and the Olmec", *Regional Perspectives on the Olmec,* R. J. Sharer y D. C. Grove, eds., pp. 198-226, Cambridge University Press, Cambridge.

LOWE, Gareth W.
1973 "The Early Preclassic Barra Phase of Altamira, Chiapas: A Review with new Data", *Papers of the New World Archaeological Foundations,* núm. 38, Provo, Utah.
1977 "The Mixe-Zoque as Competing Neighbors of the Maya", *The Origins of Maya Civilization,* R. E. W. Adams, ed., pp. 197-284, The University of New Mexico Press, Albuquerque.

MACNEISH, Richard S., Frederick A. PETERSON y Kent V. FLANNERY
1970 *The Prehistory of the Tehuacan Valley,* vol. 3, *Ceramics,* University of Texas Press, Austin.

MARCUS, Joyce
1983 "The Espiridion Complex and the Origins of the Oaxacan Formative", *The Cloud People,* K. V. Flannery y J. Marcus, eds., pp. 42-43, Academic Press, Nueva York.
1989 "Zapotec Chiefdoms and the Nature of Formative Religion", *Regional Perspectives on the Olmec,* R. J. Sharer y D. C. Grove, eds., pp. 148-197, Cambridge University Press, Cambridge.

MARTÍNEZ D., Guadalupe
1982 "Teopantecuanitlan, Guerrero: un sitio olmeca", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos,* núm. 28, pp. 128-132.
1985 "El sitio olmeca de Teopantecuanitlan en Guerrero", *Sobretiro de Anales de Antropología,* vol. 22, pp. 216-226, UNAM, México.
1985a "Teopanatecuanitlan", *Arqueología y etnohistoria del estado de Guerrero,* pp. 55-80, INAH, Gobierno del Estado de Guerrero, México.
1990 "Una tumba troncocónica en Guerrero: nuevo hallazgo en Chilpancingo", *Arqueología,* núm. 4, pp. 59-66.
1991 "Colonia Temixco II, Chilpancingo, Guerrero: rescate arqueológi-

co", informe al Consejo de Arqueología, INAH, México.

MARTÍNEZ-JIMÉNEZ-ARBOLEYDA
1994 "Introducción arqueológica", *Historia de Guerrero,* en prensa.

MEDELLÍN ZENIL, Alfonso
1969 "Monolitos inéditos olmecas", *La Palabras y el Hombre,* núm. 16, pp. 75-97.
1971 *Monumentos olmecas y otros en el Museo de la Universidad de Veracruz,* Union Academique Internationale, Corpus Antiquitatum Americanensium, vol. V, INAH, México.

MELGAR, José
1869 "Antigüedades mexicanas, notable escultura antigua", *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística,* época 2, vol. III, pp. 104-109, México.
1871 "Estudio sobre la antigüedad y el origen de la cabeza colosal de tipo etiópico que existe en Hueyapan, del cantón de los tuxtlas". *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística,* época 2, vol. III, pp. 104-109, México.

MILBRATH, Susan
1979 "A Study of Olmec Sculptural Chronology", *Studies in Precolumbian Art and Archaeology,* núm. 23, Dumbarton Oaks, Washington, D. C.

MUSE, Michael, y Terry STOCKER
1974 "The Cult of the Cross: Interpretations in Olmec Iconography", *Journal of the Steward Anthropological Society,* núm. 5, pp. 67-98, University of Illinois, Urbana.

NAVARRETE, Carlos
1971 "Algunas piezas olmecas de Chiapas y Guatemala", *Anales de Antropología,* núm. 8, pp. 69-82.

NIEDERBERGER, Cristine
1976 "Zohapilco: cinco milenios de ocupación humana en sitio lacustre de la cuenca de México", *Colección Científica,* núm. 30, INAH, México, D. F.
1987 *Paleopaisages et Archeologie pre-urbaine du basin de Mexico,* CEMCA, México.

ORTIZ C., Ponciano
1975 *La cerámica de los tuxtlas,* tesis de maestría, Escuela de Antropología, Facultad de Humanidades, Universidad Veracruzana, Xalapa, México.

ORTIZ C., Ponciano, M.ª del Carmen RODRÍGUEZ y Paul SCHMIDT
1988 "El proyecto Manatí: Informe preliminar", *Revista de Arqueología,* núm. 3.

ORTIZ C., Ponciano y M.ª del Carmen RODRÍGUEZ
1989 "Proyecto Manatí, 1989". *Revista de Arqueología,* núm. 1, pp. 23-53.

ORTIZ C., Ponciano, M.ª del Carmen RODRÍGUEZ y Alfredo DELGADO
1992 "Las ofrendas de El Manatí y su posible asociación con el juego de pelota: un yugo a destiempo", *El juego de pelota en Mesoamérica: raíces y supervivencia,* M. T. Uriarte, ed., pp. 55-67, Casa de Cultura, Gobierno del Estado de Sinaloa.

PANOFSKY, Erwin
1955 *Meaning in the Visual Arts,* Doubleday Anchor Books, Nueva York.

PARADIS, Louise I.
1981 "Guerrero and the Olmec", *The Olmec and their Neighbors: Essays in Memoria of Matthew W. Stirling,* E. Benson, ed., pp. 195-208, Dumbarton Oaks, Washington, D. C.

PASO Y TRONCOSO, F. del
1892 *Catálogo de los objetos que presenta la República de México en la Exposición Histórica Americana de Madrid,* Madrid.

PEELER, Damon E. y Marcus WINTER
1992-1993 "Mesoamerican Site Orientations and their Relationship to the 260-Day Ritual Period", *Notas Mesoamericanas,* núm. 14, pp. 37-62, Universidad de las Américas, Puebla.

PIÑA CHAN, Román
1958 *Tlatilco,* INAH, México.
1960 "Algunos sitios arqueológicos de Oaxaca y Guerrero", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos,* tomo XVI, pp. 65-76, Sociedad Mexicana de Antropología, México.
1982 *Los olmecas antiguos,* Consejo Editorial del Gobierno del Estado de Tabasco, México.
1990 "Los olmecas: la cultura madre", *La aventura humana,* Lunwerg Editores, S. A., Barcelona-Madrid.

PIÑA CHAN, Román, y R. COVARRUBIAS
1964 *El pueblo del jaguar,* Consejo para la instalación del Museo Nacional de Antropología, INAH, México.

PIÑA CHAN, Román, Arturo ROMANO y Eduardo PAREYÓN
1952 "Tlatilco, nuevo sitio preclásico de la cuenca de México", *Tlatonani* I, núm. 3-4, pp. 9-14.

PIRES-FERREIRA, Jane W.
1975 *Formative Mesoamerican Exchange Networks with Special Reference to the Valley of Oaxaca,* Memoirs of the University of Michigan Museum of Anthropology, núm. 7, Ann Arbor, Michigan.

PORTER, James
1989 *Olmec Colossal Heads as Recarved Thrones: "Mutilation" Revolution and Recording,* copia mecanografiada.
1989a *Celtiform Stelae: A New Sculpture Type and its Implications for Epigraphers,* copia mecanografiada.

PORTER, Muriel Noe
1953 "Tlatilco and pre-classic cultures of the New World", *Vicking Fund Publications in Anthropology,* núm. 19.

PYNE, Nanette M.
1976 "The Fire-Serpent and Were-Jaguar in Formative Oaxaca: A Contingency Table Analysis", *The Early Mesoamerican Village,* K. V. Flannery, ed., pp. 272-282, Academic Press, Nueva York.

RAMÍREZ U., Susana
1993 *Hacienda Blanca: una aldea a través del tiempo, en el valle de Etla, Oaxaca,* tesis inédita, Escuela de Antropología, Universidad Autónoma de Guadalajara.

REILLY, F. Kent, III
1987 *The Ecological Origins of Olmec Symbols of Rulership,* tesis inédita, the University of Texas, Austin.
1988 *Olmec Conception of the Sacred Mountain as Underworld Entrance,* manuscrito inédito, Latin American Studies, copia mecanografiada.
1990 "The Shaman in Transformation Pose: A Study of the Theme of Rulership in Olmec Art", *Record of the Art Museum, Princeton University,* vol. 48, núm. 2.
1991 "Olmec Iconographic Influences on the Symbols of Maya Rulership: An Examination of Possible Sources", *Sixth Palenque Round Table, 1986,* M. G. Robertson y V. Fields, eds., pp. 151-166, University of Oklahoma Press, Norman.
1994 *Visions to Another World: Art, Shamanism and Political Power in Middle Formative Mesoamerica,* tesis inédita, University of Texas, Austin.

REINA R., Rosa, y Guadalupe MARTÍNEZ D.
1989 "Hallazgo funerario de la época olmeca en Chilpancingo, Guerrero, *Arqueología,* num. 1, pp. 13-22.

RICKETSON, O. G., y E. B. RICKETSON
1937 *Uaxactun, Guatemala, Group E 1926-1931,* Carnegie Institution of Washington, Publ. 477, Washington, D. C.

RODRÍGUEZ, M.ª del Carmen, y Ponciano ORTIZ C.
1994 *El Manatí: un espacio sagrado olmeca,* Universidad Veracruzana, Xalapa, Veracruz.

SALAZAR, Abraham, y Antonio SALDÍVAR
1979 *El ciclo mágico de los días: testimonio de un poblado indígena mexicano,* Conafe-Sep-Fonapas, Editorial Salvat, México.

SAVILLE, Marshal H.
1900 "A Votive axe of Jadeite from Mexico", *Monumental Records,* núm. 1, pp. 138-140.
1929 "Votive Axes from Ancient Mexico I", *Indian Notes,* núm. 6, pp. 266-299.
1929a "Votive Axes from Ancient Mexico II", *Indian Notes,* núm. 6, pp. 335-342.

SCHAPIRO, Meyer
1962 *Estilo* (trad. de "Style", en *Anthropology Today,* ed. por A. L. Koreber, University of Chicago Press), serie El Problema de la Visión, Cuadernos del Taller, núm. 14, Ed. Paidós, Buenos Aires.

SCHELE, Linda, y David FREIDEL
1990 *A Forest of Kings: The Untold Story of the Ancient Maya,* Morrow, Nueva York.
1991 "The Courts of Creation: Ballcourts, Ballgames, and Portals to the Maya Otherworld, *The Mesoamerican Ballgame,* V. L. Scarborough y D. R. Wilcox, eds., pp. 289-317, University of Arizona Press, Tucson.
1992 *Workbook for the XVIth Maya Hieroglyphic Workshop at Texas,* Austin: Department of Art and Art History and the Institute of Latin American Studies, University of Texas, Austin.

SCHELE, Linda, y Mary MILLER
1986 *Blood of Kings: Dynasty and Ritual in Maya Art,* Kimball Art Museum, Fort Worth, Texas.

SELER, E.
1906 "Die Monumente von Huilocintla im Canton Tuxpan des Staates Veracruz", *Compte rendu de la XVeme Session du Congres International des Americanistes,* vol. 2, pp. 381-387, Quebec.

SELER-SACHS, C.
1922 "Altertumer des Kanton Tuxtla en Staate Veracruz". *Festschrift Eduard Seler,* pp. 543-556, Strecker und Schroder, Stuttgart.

SHARER, Robert J., y David C. GROVE, eds.
1989 *Regional Perspectives on the Olmec,* Cambridge University Press, Cambridge.

SISSON, Eduard B.
1970 "Settlement Patterns and Land Use in the Northwestern Chontalpa, Tabasco, Mexico: A Progress Report", *Cerámica de Cultura Maya,* núm. 6, pp. 41-54.

SPAJS, Iván
1993 "The Venus-Rain-Maiz Complex in the Mesoamerican World-view: Part I", *Journal for the History of Astronomy.*

STIRLING, Matthew W.
1939 "Discovering the New World's Oldest Dated Work of Man", *National Geographic Magazine,* vol. LXXVI, pp. 183-218.
1943 *Stone Monuments of Southern Mexico,* Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology, boletín núm. 138, U.S. Government Printing Office, Washington, D. C.
1943 "La Venta's Green Stone Tigers", *National Geographic Magazine,* vol. LXXXIV (núm. 3), pp. 321-332.

1947 "On the Trail of La Venta Man", *National Geographic Magazine,* vol. XCI (núm. 2), pp. 137-172.

1955 "Stone Monuments of the Río Chiquito, Veracruz, Mexico", *Anthropological Papers,* núm. 43, pp. 5-24.

1965 "Monumental Sculpture of Southern Veracruz and Tabasco", *The Handbook of Middle American Indians,* tomo 3, pp. 716-738, University of Texas Press, Austin.

STUART, George
1993 "New Light on the Olmec", *National Geographic,* vol. 184, núm. 5, pp. 88-114.

TATE, Carolyn E.
1992 *Yaxchilan: The Design of a Maya Ceremonial City,* University of Texas Press, Austin.

THOMPSON, J. Eric S.
1970 *Maya History and Religion,* University of Oklahoma Press, Norman.

TOLSTOY, Paul
1989 "Coapexco and Tlatilco: Sites with Olmec Materials in the Basin of Mexico", *Regional Perspectives on the Olmec,* R. J. Sharer y D. C. Grove, eds., pp. 185-223, Cambridge University Press, Cambridge.

VAILLANT, George C.
1932 "A Pre-Columbian Jade", *Natural History,* núm. 32, parte 2, Nueva York.

VELSON, Joseph F., y Thomas C. CLARK
1975 "Transport of Stone Monuments to the La Venta and San Lorenzo Sites", *Contributions to the University of California Archaeological Research Facility,* núm. 24, pp. 1-39.

VILLELA, Samuel
1989 "Nuevo testimonio rupestre olmeca en el oriente de Guerrero", *Arqueología,* núm. 2, pp. 37-48.

WALTER, Heinz
1970 "Informe preliminar sobre la excavación en el sitio de San Francisco Acatepec, Puebla, México", *Comunicaciones,* núm. 1, pp. 25-36, FAPIC, Puebla, México.

WEIANT, C. W.
1943 "An Introduction to the Ceramics of Tres Zapotes, Veracruz", *Bureau of American Ethnology,* boletín núm. 139, Smithsonian Institution, Washington, D. C.

WEYERSTALL, A.
1932 "Some Observations on Indian Mounds, Idols and Pottery in the Lower Papaloapan basin, State of Veracruz, Mexico", *Middle American Papers, Middle American Research Series,* núm. 4, pp. 23-69, Tulane University, Nueva Orleáns.

WICKE, R. CHARLES
1971 *Olmec: an Early Art Style of Precolumbian Mexico,* The University of Arizona Press, Tucson.

WINNING, von Hasso
1987 *La iconografía de Teotihuacan: los dioses y los signos,* Investigaciones Estéticas, UNAM, México.

YADÉUN, Juan
1993 *Toniná,* Citibank, Edición El Equilibrista, México.

ZÁRATE, Roberto
1987 *Excavaciones en un sitio preclásico en San Mateo Etlatongo, Noshixtlan, Oaxaca, México,* BAR International Series, núm. 322, Inglaterra.